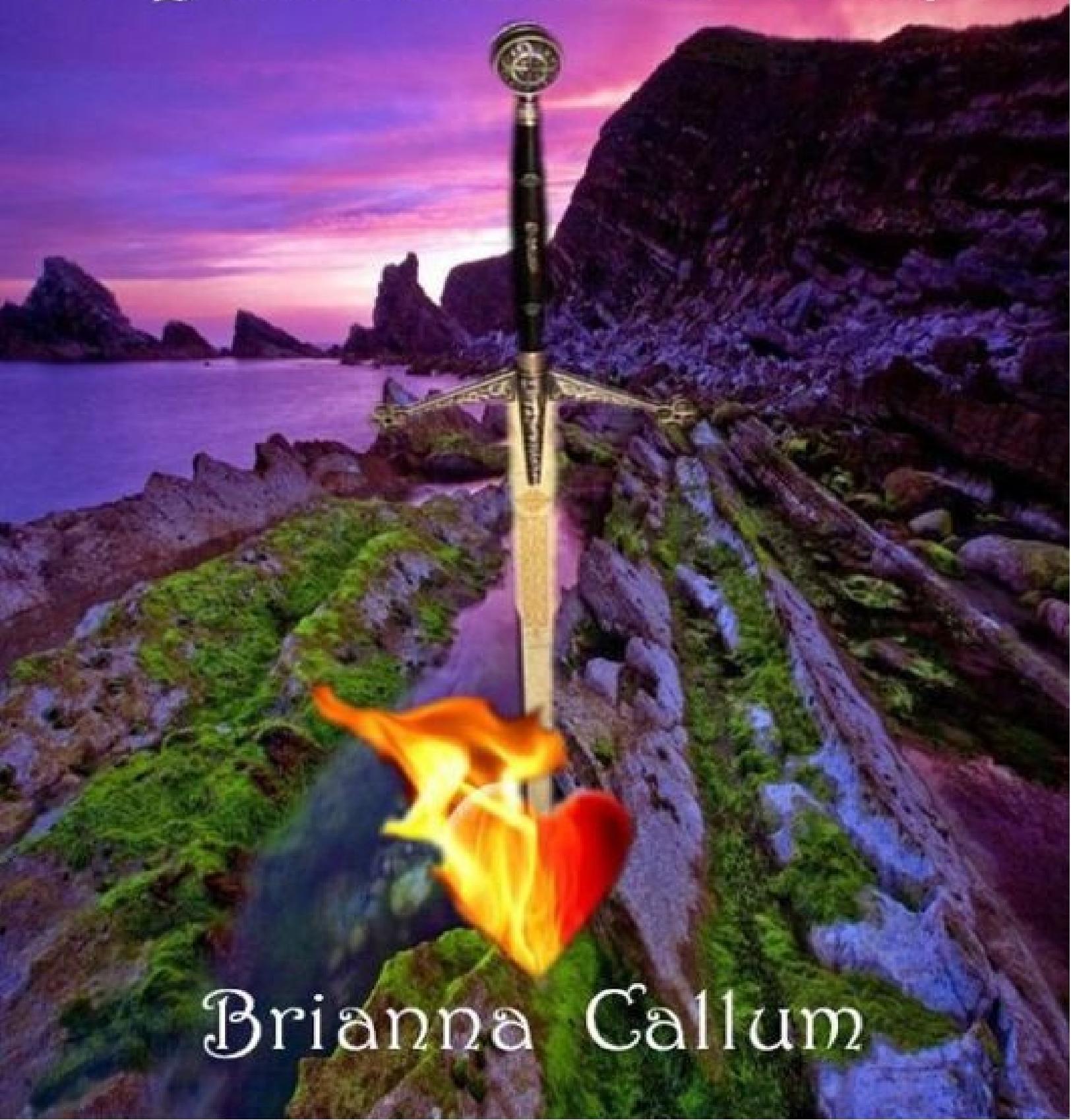


Highlands I

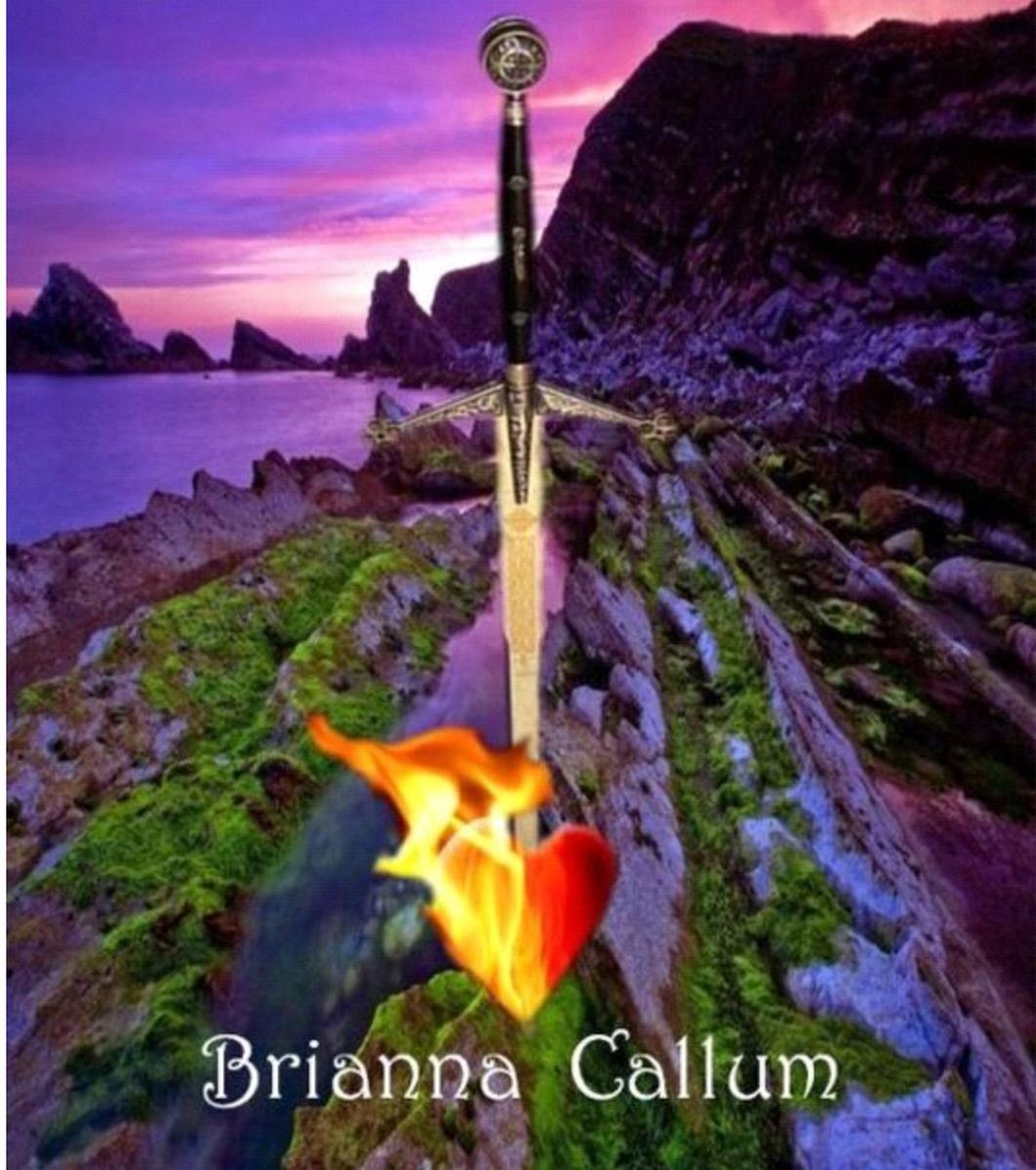
El guardián de mi corazón



Brianna Callum

Highlands I

El guardián de mi corazón



Brianna Callum

El guardián de mi corazón

Brianna Callum

Highlands I

A Fernando, Brian y David, con todo mi corazón.

Los amo.

Prólogo

Highlands – Escocia

Año 1616

Los primeros rayos del sol de la mañana se reflejaban sobre la hoja afilada de la espada de Ian Mc Dubh, lanzando cegadores destellos de plata. Los músculos de sus poderosos brazos se contraían con cada movimiento de embestida y defensa, realzando sus formas y contornos, cada vez que las armas chocaban entre sí.

A pesar de la brisa fresca, el duro ejercicio físico había cubierto de sudor la dorada piel del guerrero, haciéndolo parecer una escultura viviente de bronce... Una muy bella escultura, con su rústica camisa húmeda adherida a su torso y su *plaid*[1] ondeando por el viento alrededor de sus fuertes muslos, resaltando toda la magnificencia de aquellas piernas.

Aquello no era una batalla a muerte, pero sí, un duro combate de entrenamiento. Ni Ian, ni Cam McInnes, su contrincante y mejor amigo, daban un segundo de tregua. Ambos lanzaban estocadas rápidas y certeras, no con la intención de herir al otro, pero sí, de mantener una lucha casi real.

Los dos amigos disfrutaban al máximo de aquellos enfrentamientos a los cuales se habían aficionado desde que tenían poco más de cinco años. Habían empezado con rústicas espadas de madera que John Mc Dubh, el antiguo carpintero de la aldea y padre de Ian, les había tallado a los niños. Con el correr de los años, las espadas habían ido cambiando de tamaño y de material, hasta llegar a ser las que ahora portaban los guerreros; poderosas *Claymore*. Espadas de un metro cuarenta de largo y poco más de dos kilos de peso. Armas que sólo espadachines experimentados y con un arduo adiestramiento, tal como lo eran Ian y Cam, eran capaces de portar y maniobrar a la perfección.

De allí; de aquel incansable entrenamiento al cual se habían sometido cada día de sus vidas en los últimos veintidós años, los amigos, habían obtenido aquellos cuerpos musculosos y esculpidos. Cuerpos dignos de contemplar. De porte similar, con alturas que en ambos casos superaban el metro noventa; de torsos anchos y brazos como troncos. Con sus cabellos sueltos ondeando al viento; los de Cam, de un dorado perfecto, herencia de su ascendencia vikinga; los de Ian, de un color castaño

oscuro que destellaba cobrizo al recibir la luz del sol.

Ellos se plantaban con firmeza en el campo de batalla, no vacilaban al momento de atacar. Sosteniendo sus espadas con ambas manos, sin que el pulso les temblara y con la mirada fija en el oponente. Los ojos pardos de McInnes y los azules de Mc Dubh, enfrascados en un duelo imperturbable; observando la más mínima reacción del otro, estudiándose. Caminando en círculos en un estado absoluto de alerta; tal como dos tigres esperando la oportunidad justa, de abalanzarse sobre su oponente.

Cualquiera que pasara por la liza en aquel momento, podría jurar que aquellos dos magníficos highlanders, estaban a punto de matarse; sin embargo, ellos jamás serían capaces de hacerse daño el uno al otro adrede. Claro que de tanto en tanto resultaban con alguna herida producto de esos ejercicios, pero nunca era porque esa había sido la intención.

Ian y Cam eran los mejores amigos; el afecto que sentía el uno por el otro era tan grande, que bien podrían haber sido hermanos. Además, Ian era un agradecido del gran privilegio que le otorgaba Cam al ser su amigo; puesto que era el primogénito del Laird, mientras que él, sólo era el hijo de un humilde carpintero; aún así, el joven heredero, siempre lo había tratado como a un igual.

Cameron había intercedido por él ante su padre y el Laird McInnes había accedido, permitiéndole a Ian estudiar y entrenar con su hijo. Más tarde, cuando el padre de Ian había muerto, dejándolo solo en el mundo a la corta edad de catorce años, el Laird lo había llevado a vivir al castillo.

Ahora, ellos eran dos hombres de veintisiete años. Hombres cultos, que podían hablar a la perfección el inglés y el francés, además del gaélico escocés. Ambos podían mantener una conversación relacionada con cualquier tema importante, como cualquier par de caballeros y a la vez, eran los más feroces guerreros del clan.

Ian, a causa de todo aquello, se sentía en deuda con los señores del castillo y nunca dudaría en dar su vida por ellos, o por cualquier miembro de aquella familia. Les había jurado lealtad absoluta y honraría aquel juramento hasta el final de sus días.

Capítulo I

Ian mantenía su concentración en el combate, pero era totalmente consciente de un enorme par de ojos que lo observaban. Unos hermosos ojos pardos, bordeados de largas y espesas pestañas. Los sentía clavados en su nuca; podía percibir claramente la fuerza y el calor de aquella mirada posada sobre él.

Sabía que ella estaba allí, escondida detrás del cobertizo. Tal como ocurría cada mañana, cuando él entrenaba, ella se había escondido en ese lugar para observarlo.

Una sonrisa pugnó por dibujársele en los labios cuando dejó que su mente vagara por la dueña de aquellos ojos. Kate, la pequeña Katherine; esa diablilla que era tan revoltosa como hermosa.

Katherine se había convertido en su sombra casi desde que ella había aprendido a caminar y lo había hecho bastante rápido además. Cualquier intento de privacidad se veía truncado con aquella muchachita, y en más de una ocasión, él y Cam, habían tenido que hacer acopio de toda su paciencia para no echar a empujones a la pequeña entrometida.

Cuando eran niños de once o doce años y ella sólo tenía dos o tres, claro que les molestaba ser perseguidos por una bebé que insistía en querer participar de los mismos juegos que ellos; pero ni hablar de lo fastidiosa que se puso aquella situación, cuando ellos se habían convertido en muchachitos de dieciséis o diecisiete años. Ellos habían tenido que hacer toda clase de trucos para escapar, sin ser vistos por Katherine, para ir en busca de diversión en los brazos de alguna aldeana bien dispuesta.

Los años habían pasado; ellos se habían convertido en hombres, y la molesta muchachita se había transformado en una bonita mujer de dieciocho años. Los hábitos no habían cambiado y allí estaba ella, a unos cuantos metros de él, observándolo, como siempre había hecho.

Al parecer, las cosas no cambian, pensó Ian. Aunque inmediatamente, se preguntó si esa afirmación era completamente cierta, puesto que presentía que algo había cambiado, pero en él.

La presencia de ella lo perturbaba, tal vez más que antes todavía, porque de alguna manera, ahora se sentía irremediablemente feliz de saber que ella estaba cerca, mirándolo; y ese sentimiento lo inquietaba.

—¡Maldición! —masculló Ian, al sentir la hoja de Cam demasiado cerca de su oreja; y apartando sus pensamientos de un plumazo.

—Estás muy distraído, Ian. Será mejor que por hoy dejemos el entrenamiento; no quiero ser el responsable de que pierdas un pedazo, querido amigo —dijo, bajando la espada cautelosamente hasta clavar la punta en el suelo, para luego apoyarse, despreocupadamente, en la empuñadura de hierro labrado con intrincados diseños.

—Creo que tienes razón, hoy, eh... —prefirió no dar más explicaciones—. Vamos por un buen desayuno, ¿quieres?

Hablar de comida siempre lograba distraer a su amigo, aunque ahora no se dio ese caso.

—Vamos —asintió, y luego añadió—: pero tendrás que decirme que es lo que te preocupa tanto.

—No me sucede nada; tal vez sea que estoy cansado —al decir aquello, miró distraídamente hacia otro lado.

Cam soltó una estruendosa carcajada.

—¿Cansado tú? —Preguntó con tono irónico, mientras lo observaba enarcando una ceja—. ¡No, viejo! —Negó con la cabeza—. Deberías haber buscado una excusa mejor, si tenías pensado evadirme. Ahora sólo has logrado despertar más mi curiosidad.

—¡Demonios! —gruñó Ian entre dientes, mientras se encaminaba a paso vivo hacia el castillo.

Ian había elegido muy mal las palabras, sólo que se había percatado demasiado tarde. Él jamás se había quejado de estar cansado, ni aún, cuando lo había estado. Tenía una fuerza de voluntad y un espíritu tan aguerrido y orgulloso, que le impedían mostrar alguna debilidad; ni siquiera algo tan humano como el cansancio físico después de horas de trabajo, y eso, Cam lo conocía de sobra.

Otra carcajada, más estruendosa que la anterior, resonó a sus espaldas. Ian no se giró, y eso, alentó más a su amigo, quien se moría de ganas de saber que era lo que le sucedía.

Cam, sin dejar de reír, corrió hasta acercarse a su lado y le pasó un brazo sobre los hombros; Ian se sacudió para sacárselo de encima, echándole una mirada furiosa.

—¡Uy! ¡Esto debe ser muy, pero muy bueno! ¿Algún lío de faldas, tal vez? —Inquirió—. ¿Alguien que yo conozca? —Intentó ahora.

—¡Ya, Cam!, déjalo de una buena vez —masculló—. No voy a decirte nada —declaró con decisión, y luego en un murmullo, añadió—: Si ni siquiera yo, sé qué demonios me sucede.

Ante esas palabras, Cam sólo pudo sorprenderse. Notó que Ian, realmente, parecía bastante desconcertado; entonces decidió ya no molestarlo. *O por lo menos durante un rato*, pensó.

Se dijo que se dedicaría a observar a su amigo, suponiendo que si Ian bajaba la guardia, en algún momento dejaría ver qué era lo que tanto lo intranquilizaba. Por lo pronto lo dejaría refrescarse y él iría a hacer lo mismo.

—Está bien, Ian. Si no quieres hablar —se alzó de hombros—, no hables. Iré a cambiarme — anunció. Se había alejado unos pasos, se volvió hacia su compañero y agregó—: No hace falta que te diga que si quieres hablar, aquí estoy.

Ian asintió con la cabeza, entonces Cameron lo dejó en el patio y se encaminó hacia la entrada de la fortaleza de piedra gris.

Una vez que estuvo solo, Mc Dubh se lavó bruscamente las manos y el rostro en el pozo que estaba en el patio.

Quería dejar de pensar.

Introdujo la cabeza en el agua fría, deseando que aquello lo despejara.

Quizás debería enfriar otras partes, pensó. ¡Idiota, idiota y mil veces idiota! se recriminó a sí mismo, mientras contenía la respiración bajo el agua.

Tengo que dejar de pensar en ella. ¿Será que estoy enloqueciendo? Levantó la cabeza para tomar otra bocanada de aire y luego la volvió a hundir en el agua. *¡Maldito estúpido!*

Ian sabía que estaba sintiendo cosas por Kate. Hacía ya un tiempo que había dejado de verla como a una niña. Esa mujercita le erizaba la piel tan sólo al estar cerca de él, ¡y qué decir de ciertas partes de su anatomía que con sólo pensar en aquel cuerpo voluptuoso cambiaban de tamaño dolorosamente!

¿Será mejor que vaya a descargar me con alguna mujer o explotaré! refunfuñó mentalmente; pero antes de terminar de elaborar esa idea, la descartó de plano. Ya lo había intentado varias veces en los últimos meses, y siempre con el mismo resultado frustrante. Sí, lograba encontrar alivio a su cuerpo desesperado, pero eso no hacía más que acrecentar su deseo insatisfecho por ella.

Se estaba empezando a odiar a sí mismo por sentir aquello. Sabía perfectamente bien, que aunque había vivido gran parte de su vida en el castillo; aunque había sido acogido por aquella familia y había estudiado y practicado todo lo mismo que Cam, eso no cambiaba sus orígenes humildes. Él seguía siendo lo que era.

Ian sentía que él no era digno, siquiera, de tocar el dobladillo de la falda de Kate; que él, de ninguna manera, estaba a la altura de la hija del Laird. Comprendía, más que bien, que ella estaba destinada a casarse con algún hombre poderoso y con fortuna, y él no tenía absolutamente nada para ofrecerle.

Amor. Claro que podía ofrecerle eso, tan sólo si él fuese alguien de su mismo nivel. Pero por respeto a esa familia que lo había protegido y por respeto y cariño a ella, —un cariño demasiado profundo—, no la condenaría a atarse al simple hijo de un carpintero, cuando ella podía tener a un gran señor; a un Laird que le ofreciese todo lo que él no le podía dar.

—¿Acaso piensas ahogarte? —Susurró, divertida, una dulce voz femenina a su lado.

Ian, avergonzado, sacó la cabeza del pozo, echando su cabello hacia atrás. Aquello envió una cortina de agua helada a su espalda, provocándole una sucesión de escalofríos a través de la espina.

¡Señor, era lo que me faltaba! ¡Justo ella tenía que encontrarme como un memo!

—Yo... eh... sólo estaba lavándome un poco —intentó justificarse—. Hemos estado entrenando y, bueno, me había sudado y... —un intenso e inoportuno rubor ascendió a sus mejillas.

¿Y ahora qué? ¿También va a dejar de funcionar el cerebro y no voy a ser capaz de hilar más de dos palabras?

Ian emitió un gruñido de frustración y ella, preocupada, inmediatamente alzó una ceja.

—¿Ian, te sientes mal? —Le preguntó, dando unos pasos hacia él y acercando su mano a la frente masculina para tocar la piel aún húmeda—. ¿No tendrás fiebre, verdad?

No sé si tengo fiebre o no, ¡pero maldición que estoy ardiendo! pensó ofuscado, mientras se apartaba de ella velozmente; no sin antes percibir aquella corriente que los había atravesado a ambos cuando habían estado en contacto.

—Estoy bien —su voz sonó más brusca de lo que él hubiese querido, pero en ese momento nada parecía funcionar de la manera deseada.

—No quería molestarte, Ian —dijo ella, con voz herida y bajando la mirada hacia el suelo polvoriento.

Él se arrepintió al instante por haberle hablado con ese tono. Ian siempre había intentado hablarle a Kate con suavidad, aún en aquellos momentos en los cuales hubiese deseado ahorcar a la muy entrometida.

Podía recordar varias de aquellas situaciones embarazosas, por ejemplo, cuando hacía aproximadamente cuatro años atrás, Kate lo había seguido hasta el bosque. Él estaba muy *meloso* con una de las muchachas de la cocina, cuando ella apareció.

Ian todavía no podía explicar cómo se había dado cuenta de que Katherine había llegado, porque ella no había hecho ningún ruido; sin embargo, él había percibido su presencia allí. Había sentido la fuerza de aquella mirada posada en su espalda y con eso, una sensación extraña. Él había sido capaz de sentir en su alma, el dolor de Kate.

En esa ocasión, se había apartado de su *casi* ocasional amante, ya que no había sido capaz de acabar lo que había iniciado, y después de ayudarle a la muchacha a acomodarse la túnica, le había pedido que regresara al castillo.

Ian se había quedado en ese lugar, recostado contra un serbal y con los ojos cerrados; apabullado por las cosas nuevas que había empezado a sentir. Kate no había hecho ningún movimiento, pero él la había podido imaginar, escondida detrás de unos arbustos tupidos. Era como si realmente la hubiese estado viendo: su rostro cubierto de lágrimas y su cuerpo agitándose por el

llanto, mientras ella hacía un esfuerzo descomunal por no ser oída. Él mismo había derramado algunas lágrimas sin saber bien porqué.

—¡Soy un bruto! Lo siento; pero de verdad Kate, no me sucede nada —dijo, ahora más tranquilo y apartando aquellos recuerdos de su mente.

Al oír eso, ella pareció recuperar un poco la alegría, al menos, había levantado la cabeza y lo miraba con esos enormes ojos de color extraño: una mezcla de marrones con algo de verde y una pizquita de gris. Ojos que a él, últimamente, lo estaban atormentando demasiado; durante el día en sus pensamientos y durante la noche, en cada uno de sus sueños.

—Iré a la cocina a tomar un desayuno, ¿vienes? —Le preguntó él, cambiando de tema; sabiendo que debería procurar alejarse de ella, pero siendo totalmente consciente de que eso para él, era cada vez más difícil.

—¡Claro que iré! —Exclamó—. Mmmm, me parece que primero deberías cambiarte —le dedicó una mirada significativa a su camisa húmeda y con una sonrisa en sus labios continuó—: ¡Te has hecho un lío en esa ropa!

Él también se miró rápidamente, y comprobó que tenía un aspecto horroroso. Estaba mojado, sucio, sudado y con el cabello bastante revuelto. Con eso y todo, a ella le pareció increíblemente apuesto.

—¡Demonios, estoy hecho un asco! —Exclamó, haciendo un gesto de disgusto—. Iré a ponerme más presentable. ¿Me esperas en la cocina?

—Sí —fue la única respuesta de ella, cuando en realidad, hubiese deseado decirle que aún con esas fachas, él era el hombre más guapo que pisaba esas tierras.

Ian asintió con la cabeza y se alejó hacia el castillo, dejando a Kate en el patio. Ella se sentó en el borde del pozo de agua y se permitió observar la imponente figura masculina hasta que desapareció de su vista.

Capítulo II

Los recuerdos asaltaron a Kate de repente.

Se vio persiguiendo a Ian y a Cam, cuando era pequeña; intentando ser parte de sus juegos. A ella le gustaba uno en particular; cuando Ian, accediendo a sus caprichos, se transformaba en su caballero de brillante armadura; en el caballero que la salvaba de las garras del horroroso dragón dorado, que no era otro más que su hermano Cam. En aquel juego, ella era su princesa y él su guardián...

Luego recordó, con una sonrisa en los labios, a Ian enseñándole a cabalgar; primero en un pony y después en un bonito alazán. Ella había tenido miedo de caer del animal que le había parecido enorme; pero él, con su paciencia, con sus palabras alentadoras, le había dado confianza; la había animado a intentarlo.

Aquella vez, Ian había montado detrás de ella, sosteniéndole las manos que llevaban las riendas. Durante un tramo del trayecto, había sido él quien ejerciera el control, después fue derivándolo a ella; poco a poco, aflojando su sujeción de forma tan imperceptible, que al terminar la tarde, era Kate quien guiaba al animal, sin siquiera haberlo notado.

Nunca olvidaría la sensación de sentirlo tan cerca, pegado a su espalda. Kate había sentido el calor que emanaba de su cuerpo; su aliento tibio junto a su cuello, erizándole la piel; las manos ásperas sobre las suyas; su olor...

Cerró los ojos, reviviendo aquellos momentos que para ella habían sido mágicos e inolvidables.

Kate amaba a Ian Mc Dubh con todo su corazón y con su alma desde que tenía uso de razón. Ese era el hombre con el cual quería pasar el resto de su vida, casarse, tener hijos, formar una familia. Ese era su único sueño, su único anhelo. Estaba convencida de que él era su hombre destinado; sin embargo, parecía que él no sentía lo mismo por ella y eso la estaba destrozando.

Ian siempre había sido amable y cariñoso, pero aquella era la forma en la que un hermano trataría a su hermana; tal como Cam la trataba. En realidad, si Kate tenía que ser sincera, debía reconocer que Ian era con ella, hasta más considerado que Cam, pero eso no era amor.

Kate anhelaba que Ian se enamorara de ella; soñaba con provocar los deseos de él, ser capaz de despertar su pasión, tal como había visto que algunas aldeanas o las muchachas de las cocinas lo

hacían.

¿Señor, por qué Ian no se fija en mí? ¿Qué tengo que hacer para que me ame, para que desee hacerme suya?, se preguntó dolida.

Ian no tenía una prometida, pero nunca le habían faltado mujeres. Kate lo sabía y aquello le rompía el alma en pedazos.

Cuando ella lo había descubierto en el bosque, echado en el suelo sobre aquella mujer; subiéndole las faldas y acariciándole las piernas; besándola en el cuello, Kate se había sentido morir. Se había quedado inmóvil, sin hacer ningún ruido, pero algo había sucedido con él. Abruptamente se había separado de la mujer y se había quedado recostado en el serbal, con sus ojos cerrados. Kate no había podido dejar de llorar, ni aún después de que la mujer se había ido de su lado.

Ese día su corazón se había fracturado por la desilusión y no fue el último. Ese día había comprendido que ante los ojos de Ian, no era más que una niña y cada día volvía a confirmar que él prefería a otras antes que a ella. Para colmo, ahora la había tratado muy rudamente, como si su presencia lo hubiese molestado, cuando ella sólo se había acercado a él para conversar.

¿Por qué se molestó tanto conmigo?, se preguntó. *¿Qué hice, que pudiera enfadarlo?* No era capaz de hallar una respuesta.

—Kate, se enfría el desayuno —ladró la voz de su hermano desde la puerta de la cocina—. ¿Vas a quedarte soñando mucho tiempo más o vendrás a comer? —Se burló él.

Katherine enfocó su mirada, que se había vuelto algo turbia. Esperaba que desde aquella distancia no se notara. Se puso de pie y caminó, un poco mecánicamente, por el sendero. Antes que llegara a la entrada, ya podía apreciar el aroma del café y de la carne asada mezclada con el olor de la madera al quemarse.

Una vez en el interior de la estancia, el calor del ambiente la acogió reconfortándola. No había notado lo fría que estaba, hasta que sintió aquella calidez. Kate se aproximó más al fuego, para calentarse las manos y ese cambio abrupto de temperatura le provocó un agradable estremecimiento que ella recibió de buena gana.

Al voltearse para ir a la mesa, se encontró con un par de ojos increíblemente azules, mirándola.

Cuando ella era más pequeña, algunos años atrás, había acompañado a su padre en un viaje a la isla de *Skye*, ubicada al noroeste de las costas escocesas. Ellos habían tenido que cruzar en un precario bote, un brazo de mar para llegar hasta el castillo. El paisaje marítimo y de montañas le había impactado; pero lo que más le había llamado la atención, había sido el color del mar. Éste le había recordado el color exacto de los ojos de Ian, de un azul oscuro profundo; impresionante.

Perderse en su mirada le provocaba la misma sensación de paz que le había provocado la marea, el acompasado romper de las olas; y a la vez, la misma sensación vertiginosa. El mar y los

ojos de Ian, la desestabilizaban, le hacían perder el equilibrio. Aunque ella sabía, que hubiese pasado mareada el resto de su vida, gustosa, si sólo de ella hubiese dependido.

—¿Qué hacías allí afuera congelándote, niña? —Inquirió Cam, con el ceño fruncido.

—Cuando te dejé en el patio, creí que entrarías detrás de mí. Nunca imaginé que te quedarías allí con esa brisa fría, de lo contrario, me hubiese asegurado de traerte yo mismo, Kate —completó Ian.

—¡Sólo falta que ahora te pesques un resfriado, Katherine! ¡Bien merecido te lo tendrías por pasearte a éstas horas! —Siguió regañándola su hermano—. ¿Se puede saber en dónde tienes la cabeza?

En tú maldito amigo, pensó Katherine que esa hubiese sido la respuesta adecuada. Era allí en dónde a cada segundo, estaban sus pensamientos, en ningún otro lugar; pero por supuesto que no lo dijo. Si hubiese servido de algo, lo hubiese dicho, sin embargo, sabía que era inútil, entonces, simplemente guardó silencio.

—No has contestado a ninguna de nuestras preguntas, hermanita. ¿Te ocurre algo? —Le preguntó Cam, ahora con mayor calma, al notar que los ojos de ella se habían vuelto algo vidriosos.

—No, Cam; estoy bien. No me sucede nada y tampoco tenía nada que decir, por esa razón no he respondido —desvió la mirada, buscando evitar los ojos escrutadores de los dos hombres que estaban frente a ella—. Sabes que me gusta dar un paseo en la mañana —dijo, justificando sus acciones—. Siempre lo hago y nunca me he enfermado.

Kate miró de reojo a Ian, creyó descubrir una sonrisa escondida en su rostro. *¿Sabrá él que “mis paseos” se limitan a estar escondida detrás del cobertizo, espiándolo mientras entrena? ¡Cielos, que no me haya descubierto!*, rogó para sus adentros, sin poder evitar sonrojarse un poco.

—Me gusta, eh..., me gusta observar el amanecer, la hierba húmeda por el rocío —quiso explicar.

Ahora la sonrisa de Ian, era bastante más pronunciada.

¡Diablos! ¡Definitivamente debe saberlo!

Kate se atrevió a levantar los ojos hacia Ian y se sorprendió. Ella esperaba encontrarse con una mirada burlona y sin embargo, él ya no sonreía y lo que vio en sus ojos, fue preocupación. Permanecía serio, la sonrisa había desaparecido de sus labios y ahora hasta parecía molesto por algo. Ian metía grandes bocados de comida en su boca.

Cualquiera diría que quiere atragantarse, reflexionó Kate, sin entender que le pasaba últimamente a ese hombre. Primero lo había visto discutiendo solo y con la cabeza bajo el agua, y ahora ella podía jurar que él mascullaba entre dientes, claro que no se le entendía ni una palabra con todo aquello que masticaba.

Cam, quien bebía de una taza humeante de café, no pudo dejar de notarlo. *Realmente hoy, estos dos están más que extraños*, pensó. *¡Buen día me espera, con un amigo y una hermana completamente chiflados! ¡Dios me ampare!*, rogó.

—Cam, ya que padre no se encuentra en el castillo, ¿tengo que pedirte permiso a ti para salir a dar un paseo? —Preguntó la muchacha, a sabiendas de que la respuesta era sí—. Me gustaría ir a la feria que ha venido a la aldea —agregó, sabiendo ahora, que la respuesta tal vez fuese un no.

Aquellas ferias ambulantes, que se instalaban sólo uno o dos días en cada región, eran pintorescas y repletas de atracciones. Había desde puestos de ventas de telas, piedras, joyas y armas, hasta de comidas y adornos. Uno podía recorrer durante todo el día un lugar así y al llegar la tarde, aún no haber visto todo. También, a veces, había juglares y en algunas ocasiones, modestas compañías de actores que representaban alguna pequeña actuación o bailarines, ¡ni hablar de los músicos!

Kate estaba muy entusiasmada con la idea de asistir, pero también era sabido, que un evento tan concurrido como aquel era un lugar propicio para que se provocaran disturbios o delitos y la hija de un Laird no podría pasearse con total tranquilidad por el lugar. Podía ser secuestrada por algún clan enemistado con su padre o incluso ser atacada; con todo eso, aún así, Kate rogaba que su hermano le permitiese concurrir.

—Kate —comenzó a decir suavemente Cam—. No creo que sea un sitio apropiado; hay demasiada gente. Es peligroso.

—Cam, por favor. ¡Hoy es el último día que estarán en la aldea, déjame ir! —Rogó—. Prometo que seré cuidadosa.

—Querida, si algo te sucediese...

—¡Nada me ocurrirá! Y si te quedas más tranquilo, llevaré oculta en mi vestido, la daga que me obsequió padre en mi cumpleaños.

—¡Ni aunque fueses con veinte espadas, estaría tranquilo! — Exclamó preocupado.

Últimamente, habían ocurrido algunos conflictos entre el clan McInnes y el clan McPherson; todo a causa de algunos robos de ganado.

Los McPherson habían empezado el pleito sacándoles veinte cabezas; a causa de eso, ellos habían hecho una incursión en las tierras del clan vecino para recuperarlas y de paso, se habían apropiado de diez cabezas ajenas. *Por las molestias ocasionadas* habían dicho, justificándose; y desde entonces, los hurtos no se habían detenido.

Cam temía que los McPherson intentaran algo más arriesgado, como llevarse algunas mujeres, puesto que ya era bastante mala la reputación de ese clan con respecto a ese tema, y si lo hicieran, definitivamente no sería la primera vez. Era sabido que los McPherson habían raptado aldeanas de algunos clanes más lejanos y Cameron, pensando con la mentalidad de sus enemigos, supuso que

Kate, la hija del Laird opuesto, sería un muy buen premio para ellos. Por eso, sentía temor.

—¡No puedo permitir que te arriesgues! —Expuso con firmeza, luego de haber sopesado pro y contras y haber ganado éstos últimos—. Lo siento —se disculpó.

—¡Entonces acompáñame tú, Cam! Eres uno de los dos mejores guerreros del clan —Kate miró de reojo a Ian, el otro mejor guerrero; quien no había dicho ni una sola palabra desde que se había estado atiborrando de comida.

—No puedo, Kate. Hay varios asuntos importantes para resolver aquí, en el castillo y en ausencia de nuestro padre, soy el único responsable. En otra ocasión tal vez, querida.

—Entonces... —ella no sabía si preguntar o no, finalmente se decidió—. ¿Si Ian me acompañase? —Kate, ahora clavó sus ojos en el hombre que había permanecido silencioso y le habló con dulzura—: Ian, si Cam lo permite, ¿tú vendrías conmigo a la feria, como mi guardián?

Ian se derritió por dentro con aquella mirada suplicante.

¡Maldición, estoy perdido! Pensó. *¡Jamás voy a ser capaz de negarle nada a esta mujer!* Sin embargo lo intentó. Algo titubeante, pero lo intentó.

—Eh... es que hoy tenía que reparar el cobertizo —dijo.

Dos pares de ojos pardos lo miraron expectantes. Él no sabía si desviar la vista o acceder de una buena vez. Al parecer, su amigo esperaba su respuesta para dar su opinión y Ian estaba seguro de que si él accedía a acompañar a Kate, Cam concedería el permiso.

Katherine moduló con sus labios un silencioso *por favor*, sólo para que él lo percibiera y eso fue todo lo que necesitó Ian para asentir.

Una fuerza poderosa, en su alma, le impedía desilusionar a la muchachita. Nunca, en sus veintisiete años de vida, había sentido tal devoción por una mujer. No le habían faltado amantes, pero ninguna de ellas había significado nada. Ninguna de ellas había logrado despertar, ni siquiera acostándose con él, las cosas que provocaba Kate tan sólo con una mirada; ¡Ni que decir de cuando ella sonreía!

Ian la amaba. Estaba tan enamorado de Katherine que eso lo enfadaba y le dolía en lo más profundo de su ser; porque sabía, que aunque su amor fuese correspondido, y tenía casi la seguridad de que así era, era un amor imposible; un amor que bajo ningún concepto podría ser concretado. Ella merecía mucho más de lo que él tenía para ofrecer... *Mucho más* pensó angustiado.

—¿Ian? —Interrogó ella.

—Creo que la reparación del cobertizo puede esperar un día más, si es que Cam lo permite —dijo, mirando a los hermanos, pero sobre todo a la muchacha, porque no quería perderse aquella sonrisa dulce que le dedicó en agradecimiento.

—¡Claro que el cobertizo puede esperar! —Exclamó el rubio—. Confío en ti, Ian Mc Dubh, tanto como en mí mismo —expuso con sinceridad—. Si sobre esta tierra, hay una sola persona a la cual le confiaría mi vida, sin dudar, y la vida de la persona que más quiero en este mundo, que es la de esta molesta muchachita —aclaró en tono burlón y señalando a Kate ladeando la cabeza— esa única persona, eres tú.

—Agradezco tu confianza, Cam y sabes que haré todo por no defraudarte. Puedes estar seguro, de que gustoso, daría mi vida por salvar la de cualquiera de ustedes, y así será hasta el final de mis días —expuso con solemnidad.

—Lo sé, hermano —le dijo Cam, palmeándole la espalda—. Yo también daría mi vida por ti.

—¿Estás loco? —Le preguntó Ian con tono horrorizado—. ¡Eso no debes ni pensarlo! Jamás, siquiera, vuelvas a mencionar algo así, y mucho menos llevarlo a cabo.

—Ian, ¿por qué no habría de decirlo o hacerlo?

—Porque mi vida, no vale ni un cuarto de lo que vale la tuya —fue la respuesta firme de Ian—. Tú, eres el futuro Laird; el heredero, y yo, sólo soy el hijo de un carpintero. Soy alguien que tuvo la muy buena fortuna de ser acogido por esta familia; pero eso no cambia mi origen plebeyo.

—Tú eres mi amigo, mi hermano y si yo digo que tu vida vale más de lo que tú dices, entonces es así —le recriminó, también con firmeza—. Y ahora, ve a acompañar a esta molestia a la feria —señaló con la cabeza a su hermana.

Ian asintió y se volteó hacia Katherine. Ella se había quedado escuchando la conversación y tenía los ojos agrandados por la sorpresa.

Kate sabía que Ian siempre los protegería, pero oírlo decir con tal convicción que daría su vida por ella, le provocó una sensación increíblemente hermosa. Claro que de ninguna manera quería que él muriese por su causa; lo que le resultaba maravilloso, era el hecho de saber que él estaría dispuesto, tal como ella lo estaría por él.

¿Puede que después de todo, Ian sienta algo por mí? Una persona no puede estar dispuesta a morir por otra así como así... a no ser que ese "alguien" signifique algo para él, se dijo esperanzada.

—¿Vamos, Kate? —Le preguntó Ian.

—¡Sí! Buscaré una capa para el frío y estaré en la entrada en un momento —se acercó a su hermano y lo besó en la mejilla—. Gracias Cam, te quiero —después de aquella demostración de afecto, salió disparada hacia las escaleras.

Los hombres aprovecharon la ausencia de ella para conversar más tranquilos.

—¿Qué es lo que te preocupa, Cam?

—Los McPherson —soltó sin dudarlo—. Estoy seguro de que intentarán algo y me temo que ya no se contentarán con unas cabezas de ganado.

—Entiendo; yo también he estado pensando en ello. No te preocupes, no dejaré que Kate se aleje de mi lado. ¡Voy a amarrarla a mi cintura, si es necesario!

Con aquellas palabras, los dos hombres estallaron en carcajadas al recordar un episodio del pasado.

Cuando la pequeña no tenía más de cinco años, ella había insistido en ir con ellos a una de aquellas ferias. Los muchachos, absolutamente en contra de ser acompañados por la niñita, se habían escabullido en un descuido; sin embargo, se habían llevado una gran sorpresa cuando Kate los había alcanzado, saliendo por un atajo a mitad de camino y no les había quedado más que llevarla con ellos.

Una vez en el predio y con tanta gente, la habían perdido de vista en dos ocasiones, entonces, Cam no había tenido mejor idea que atarla con un trozo de cuerda. Había sujetado un extremo a su cintura y el otro extremo de la soga a la cintura de la niña, logrando de esa manera mantenerla a su lado el resto del día.

—Bueno, no creo que ahora sea apropiado —dijo Cam, sofocándose con la risa—. Además, sabes que nunca me perdonó el haberla amarrado; tal vez, sólo podrías llevarla de la mano —sugirió.

—Tomaré tu consejo, ¡Dios sabe que no quiero ser objeto de su ira! —Bromeó.

—Nunca lo serías —dijo Cam, bastante serio.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó Ian a su amigo, alzando una ceja con aire interrogador.

—Nada, no me hagas caso; es un pensamiento que me está rondando en la cabeza desde hace bastante tiempo, pero ni siquiera me preguntes, porque no puedo decírtelo.

—Bien, no te preguntaré más entonces. Ahora iré a preparar los caballos; seguro que Kate ya debe estar casi lista.

—¡Si, anda! Nos vemos en la tarde. Eh, Ian, una última cosa. Procuren regresar antes de que anochezca.

—Lo haremos —saludó con la cabeza y se retiró hacia los establos.

Ian ingresó a las cuadras. Allí olía a heno y a madera, mezclado con el olor fuerte propio de los animales. Una vez que tuvo listos todos los aparejos, fue por los dos veloces caballos que llevarían: uno blanco, que sabía era el preferido de Katherine y *Warrior*, su fiel semental.

Los cepilló rápidamente, aunque estaban más que limpios y bien cuidados, puesto que era su costumbre que los animales no tuviesen nada de polvo al ser ensillados. Trabajando primero en uno y luego en el otro, les colocó el sudadero sobre el dorso y sobre éste, la montura. Mientras ajustaba la cincha, Ian sonrió; pensaba en el absurdo nombre del caballo de Kate. *Heaven* había insistido ella en llamarlo.

—*No hay nada más bochornoso para un semental, que llamarse “cielo”* —le había dicho él en aquella ocasión. Aunque ella, con su habitual testarudez, no le había hecho ni el menor caso; y allí estaba, el pobre animalito, portando ese nombre vergonzoso.

Una nueva sonrisa, ahora de lado, se le dibujó en los labios a Ian al oír a Kate entrando al establo y llamando al caballo.

—*Heaven, ¿cómo has estado, querido? ¿Me has extrañado? ¡Ven aquí, Heaven, hoy iremos a dar un paseo!* —Acariciaba con ternura el cuello del animal, mientras le susurraba aquellas palabras.

—¿No irás a ir por allí llamándolo con ese nombre de mujercita, verdad? —La molestó él.

—¿De qué otra forma lo llamaría, sino? ¡Ese es su nombre, Ian y de ninguna manera es un nombre de *mujercita!* —Replicó indignada.

—¿No? —bufó él—. Al oírlo no puedes sino imaginar una yegua. Pobrecillo, lo has deshonrado —dijo, negando con la cabeza y terminando de sujetar la montura de *Warrior*.

—¿Y qué nombre le tendría que haber puesto, según tú?

—Bueno, creo que *Hell*, hubiese sido más apropiado, o *Demon*.

—¡Santo cielo, llamar a mi caballo *Infierno*, *Demonio* o *Guerrero*, como tú has llamado al tuyo! ¡De sólo pensarlo me da escalofríos!

—¿No pretendías que le pusiera *Florezilla* a mi caballo de guerra! ¿No? —Sonrió él.

Warrior levantó la cabeza en ese momento como si hubiese entendido lo que ellos decían y ambos rompieron a reír con ganas.

—No te preocupes, muchacho —Ian le acarició el hocico—. Nunca hubiese permitido que semejante sacrilegio se llevara a cabo contigo.

Cuando se hubieron recuperado del momento divertido, y con una sonrisa aún en los labios, sacaron del establo a los caballos; los llevaban por las riendas. Una vez en el patio, Ian tomó a Kate

de la cintura, y la alzó hasta la silla de *Heaven*; comprobó que ella estaba segura, entonces se acercó a *Warrior* y lo montó de un salto. Al instante, emprendieron el viaje hacia la feria.

Capítulo III

Los caballos iban a un trote tranquilo, uno al lado del otro, por el camino boscoso. Los suaves rayos de sol, filtrándose entre los abetos y serbales, se reflejaban en las gotitas de rocío que aún permanecían sobre las hojas de los frondosos árboles y resaltaban la luminosa paleta de verdes. El aroma a hierba y tierra húmeda, les llegaba atraído por una brisa fría, que aún no había sido caldeada por el sol.

Kate se arrebujó más en su capa de lana gruesa. Al observar a Ian, notó que iba con todos sus sentidos en estado de alerta y sin apartar su mano de la empuñadura de la espada.

Él llevaba su *Claymore* colgada a la cintura y otra espada más ligera, a su espalda; una daga en el cinturón y una, oculta en la bota, completaba su armamento.

Katherine lo miraba de reojo. Tenía que mantener la mirada en el camino, pero aquel highlander imponente, capturaba toda su atención.

Erguido sobre su semental gris oscuro y majestuosamente vestido con su plaid. Él llevaba la prenda de tartán en tonos verdes y azules alrededor de su cintura y un extremo que se cruzaba sobre su hombro, sobre la camisa blanca, iba sujeto con un broche discreto y bastante desgastado. Sus pies, cubiertos con botas de *ante*[2], sujetas a las pantorrillas por tiras de cuero, complementaban su atuendo. Y su cabello era un espectáculo aparte; una visión perfecta: largo, ondeándose como una capa sobre su amplia espalda y dejando ver varios matices castaños y cobrizos. Kate sentía que ese hombre, definitivamente, le quitaba el aliento.

La marcha fue tranquila y sin inconvenientes. Después de una hora de cabalgata por las tierras de McInnes, llegaron al predio.

La feria se había alojado en las afueras de la aldea y antes de ingresar, ellos ya podían apreciar que centenares de puestos habían sido emplazados en el lugar.

Ian desmontó de su garañón y acudió en ayuda de Kate. Haciendo contacto visual, la tomó de la cintura con sus manos fuertes y la impulsó hacia el suelo. El cuerpo de ella se deslizó sobre el suyo en toda su extensión, provocándole a él una inmediata erección.

Ian maldijo para sus adentros por aquella reacción tan inoportuna de su cuerpo traicionero; reacción que no había podido evitar.

Últimamente, el más mínimo pensamiento acerca de esa hermosa mujer lo volvía loco de excitación, ¡ni hablar de lo que estaba sintiendo ahora, con ese roce sutil!, con la presión de los generosos pechos de ella sobre su torso, de la diminuta cintura de Kate entre sus manos, las piernas largas de ella apenas tocándose con las suyas... Ian estaba a punto de enloquecer con la miríada de imágenes sensuales que conjuró su mente. Se permitió disfrutar un momento más, sólo fue un período fugaz; glorioso; pero condenadamente efímero.

Él no era el único que sentía, tampoco el único atormentado.

El calor de las manos de Ian se había filtrado a través de la tela del vestido y Katherine deseó febrilmente, poder deleitarse con esas palmas recorriendo todo su cuerpo y sin la molesta barrera de ropas que se interponía entre piel y piel; sin embargo, él interrumpió bruscamente ese instante sublime que había quedado suspendido en el tiempo, soltándola y alejándose de su lado.

Aún con las emociones un poco alteradas, llevaron a los caballos hasta el establo de una posada, en dónde Ian pagó al muchacho encargado para que cuidara *muy bien* a los animales; él se encargó de enfatizar aquellas dos palabras. Después, se encaminaron hacia la feria.

Los puestos estaban ubicados uno al lado del otro, separados por una corta distancia entre sí y en hileras que dejaba pasillos entre medio para que la gente circulara. Cada uno era diferente del otro y parecían darles la bienvenida con una muestra inagotable de colores, de ruidos y de olores, que se abría delante de ellos.

Cientos de personas recorrían la exhibición, agolpándose en los distintos carros para apreciar las mercaderías que los comerciantes ofrecían. Bullicios de voces regateando los precios, les llegaban hasta los oídos y a lo lejos, la música. Sonidos de gaitas y cantos, palmas de gente vitoreando algún baile.

Ian se acercó a Katherine y buscó su mano mirándola a los ojos.

Ella no se había dado cuenta que mantenía sus manos en un puño, aferradas a la falda. Estaba algo nerviosa al ver tanta gente junta, aunque también estaba ansiosa y expectante.

Kate aflojó la presión sobre la tela para entrelazar sus dedos a los de Ian; inmediatamente recuperó la confianza. Sabía que con él estaba segura. La palma masculina estaba tibia y le envió una corriente que le recorrió todo el brazo... *¿O tal vez fueron sus ojos azules?, ¿o la combinación de ambos?* Se preguntó, abstraída en aquellas sensaciones, sin poder precisar el origen.

—No tengas miedo, Kate —le susurró, acercando su boca a su oreja y apenas tocándole la piel.

Kate sintió que se le oprimía el pecho y que se le olvidaba, incluso, de cómo tenía que hacer para respirar. Contuvo el aliento hasta que él volvió a ponerse derecho. Ian continuó hablándole con voz dulce y con un matiz claramente firme.

—No quiero que te alejes de mi lado, Kate. No dejaré que algo te suceda —le prometió—, pero no puedo darme el lujo de perderte entre tanta gente. Quiero que comprendas que un descuido, puede ser fatal —le explicó—. ¿Lo entiendes, verdad?

—Sí —dijo ella, perturbada.

Las palabras que Ian había pronunciado se le habían colado en el alma y aún vibraban allí. *No quiero que te alejes de mi lado, Kate*, le había dicho y ella, bajo ningún concepto, quería alejarse de él. No quería apartarse ni ahora en la feria, ni nunca. *¡Señor, permíte que algún día me diga esto mismo, pero con respecto a su vida, por favor!*

—¿Qué quieres ver primero? —Le preguntó Ian, sin soltarla y empezando a caminar—. ¿Qué te gustaría comprar?

—¡Quiero recorrerlo todo! —Exclamó ella—. Y me gustaría comprar algún bonito trozo de tela para hacerme un vestido. ¡También quiero ver a los actores, escuchar a los músicos y a los juglares! —Dijo con voz soñadora.

Ian le sonrió.

—Entonces te llevaré, Kate. Te prometo que te llevaré a dónde tú quieras.

Antes que cualquiera de los dos fuera capaz de analizar el profundo significado de aquello que había dicho Ian, él ya los había conducido al corazón de la acción.

Las personas pasaban a su lado, empujándolos sin el más mínimo cuidado. Nadie quería perderse nada y no dudaban en atropellarse los unos a los otros para lograrlo.

Ian condujo a Katherine hasta un puesto de telas. Mientras ella elegía la que más le gustaba, él se situó a su lado y la rodeó por la cintura con un brazo, de manera protectora. Sus cinco sentidos en alerta, escudriñando a las personas cercanas.

Kate intentó volcar toda su concentración en las telas. Inevitablemente, sus pensamientos estaban en el brazo protector de él, rodeándola. La simple tarea de elegir un género se le hacía tan difícil como intentar traducir un texto en lengua árabe.

—No sé con cual quedarme —le confesó ella, levantando dos trozos de seda hacia el serio guerrero que la acompañaba. Uno era de un color rojo similar al del fruto del serbal y el otro género, era de un color verde igual al de las hojas del brezo.

—El verde —opinó el hombre—. Se parece al bonito color de tus ojos... aunque, el rojo los resalta —meditó.

—¿Mis ojos? —Preguntó ella—. ¿Por qué razón mis aburridos ojos marrones iban a parecerse al color de ésta tela —señaló la verde—, o resaltar con la otra?

—Porque tus ojos, que nada tienen de aburridos —le respondió él, levantándole la barbilla

para poder tener un mejor ángulo de los ojos en cuestión—, poseen matices de verde.

—¿Si? —Su voz sonaba tan incrédula que Ian no pudo más que reír.

Kate tenía los ojos más hermosos que Ian había visto jamás y ella ni siquiera era consciente de eso. Eran enormes estanques pardos, bordeados por espesas pestañas largas y rizadas, que le conferían a su mirada una profundidad absoluta.

Los ojos de Katherine, revelaban todas sus emociones y Ian podía leerlos con la misma facilidad con la que podría haber leído un libro abierto. Al mirar a través de ellos, sentía que lo que en realidad estaba contemplando, era el alma misma de su dueña; y muchas veces, lo que veía en ellos lo asustaba, porque estaba seguro que aquellos ojos le decían que lo amaba. Lo que Kate nunca le había dicho con palabras, se lo decía a cada segundo con la mirada.

—¡El verde! —Repitió él—. Sin lugar a dudas.

—¡Entonces me lo llevaré! Aunque sólo sea para comprobar tu teoría —dijo, sonriendo con ternura—. No obstante, dudo que mis ojos sean otra cosa más que marrones.

—Son pardos, Kate. Confía en lo que te digo —Ian volvió a mirarlos al sol—. ¡Definitivamente pardos!

Él cargó el paquete con la tela recién comprada y siguieron recorriendo los numerosos puestos, incluidos varios en los que se ofrecían adornos y joyas, sin que Kate volviera a hacer alguna compra.

Llegaron a un sector en dónde abundaban los puestos de comidas, y los variados olores los asaltaron de repente. Allí, algunas mujeres cortaban verduras, otras se dedicaban a la tarea de preparar *haggis*[3], rellenando estómagos limpios de oveja con trozos de hígado y el resto de los ingredientes; y un grupo de cocineras, removía calderos humeantes que prometían verdaderos manjares. El efluvio del guiso fuertemente condimentado con especias, de las cebollas asadas y de algunos postres, les hizo recordar que ya hacía varias horas que habían probado el último bocado.

—¿Sientes ese aroma, Kate? —Preguntó respirando hondo—. ¿No es el paraíso?

El aire, ahora se había perfumado con el olor de la nata, harina de avena y las frambuesas. El inconfundible aroma del *cranachan*[4].

—¡Me ha abierto el apetito! —Exclamó sonriente—. ¡Y no me iré de aquí, sin antes haber comido un buen tazón de ese postre! ¡Vamos, yo invito! —le dijo, tironeándole a ella de la mano como un chico, en dirección al carro que los vendía.

—¡No pienso resistirme a tu invitación! ¡El *cranachan* también es mi postre favorito! —indicó ella.

Ian pagó a la mercadera, una amable ancianita de rostro redondo y cabellos grises, por dos tazones y luego buscaron un lugar para sentarse a degustar aquella delicia.

Encontraron el sitio ideal a varios metros de los puestos, cerca de un juglar que recitaba bellos poemas y canciones. Estaban entre serbales, rodeados de flores silvestres y plantas de fresas. Un grueso tronco caído les servía de asiento.

El bardo, un apuesto jovencito de unos veinte años; delgado y con el cabello rubio lacio y bastante corto y de pícaros ojos color avellana; pronto inventó un soneto dedicado a la belleza deslumbrante de Kate. Ella se sonrojó hasta las orejas e Ian, hirvió de celos; aunque intentó hacer lo posible por disimularlo, sonriendo y festejando las ocurrencias del artista, que en ese momento recitaba muy románticamente:

*“¡Oh! Bella muchacha de los ojos verdes,
regálame una sonrisa y sentiré
que la tierra a mis pies se mueve.
Pídeme que te traiga una estrella o la luna,
y yo gustoso escalaré hasta los cielos
para traerte una.”*

¡Esto es una cursilería!, pensó Ian, reprimiendo las ganas de abofetear al meloso muchachito. *¡Pero es todo lo que yo siento por ella! ¿Será que este infeliz me lee los pensamientos?*

Ian tuvo que aguantar los poemas y las canciones de amor durante bastante tiempo; al parecer, a Kate, todo ese derroche de romanticismo le encantaba. Él sólo quería alejarse de allí. Cada palabra, cada frase, reflejaba sus sentimientos por esa mujer y el saber que nunca podría expresarlos, le dolía como si cientos de puñales se clavasen en su pecho.

El juglar se había acercado a ellos y se había sentado en el suelo, con sus piernas cruzadas, a los pies de Kate. Sus dedos largos y delicados, rasgaban las cuerdas de un laúd arrancando una dulce melodía.

La letra de la canción hablaba de un joven Laird de las tierras altas que se había enamorado de una *Sidhe*.

El hada, de largos y rojos cabellos como el fuego, lo había hechizado con su belleza incomparable, con su ternura, con su piel suave como la seda y su cadenciosa voz, tan dulce como la miel.

Él la había encontrado en los bosques, cantando una extraña canción en un idioma para él incomprensible, rodeada de flores fragantes; y ya no había sido capaz de vivir sin ella.

La fantástica historia relataba el amor apasionado que había surgido entre la Sidhe y el Laird, de cómo ellos se habían entregado sus corazones y su pasión. Juntos habían vivido muchos años en el bosque. Él lo había abandonado todo por ella, su castillo, su gente y ella había dejado atrás el mundo de las hadas para permanecer junto a él.

Hasta ahí la canción era hermosa, transmitiendo el poder del amor, y la entrega absoluta de ellos; pero después, el relato se había vuelto triste y doloroso, cuando el hombre, al transcurrir los años, había envejecido y finalmente fallecido, siendo el dulce rostro juvenil de ella, lo último que él había visto antes de cerrar sus ojos para siempre.

Contaba el relato que el dulce hada había sido embargada por tal tristeza, que no había sido capaz de seguir viviendo. Ella era un ser inmortal, pero el dolor de su espíritu era tan profundo, que su cuerpo, poco a poco se había ido mimetizando con las lágrimas que derramaba y en poco tiempo no era más que unas cuantas gotas de rocío esparcidas sobre la hierba.

Mientras el juglar cantaba, Ian había estado todo el tiempo observando a Kate. Era fácil para él imaginar a la Sidhe con el rostro y el cuerpo de Katherine, puesto que para Ian, no había sobre esa tierra nadie capaz de embrujarlo tanto como lo hacía ella.

Él se había quedado maravillado con los cambios que se habían operado en su hermoso rostro, a medida que avanzaba la recitación. Primero, sus ojos habían adoptado un aire soñador y una sonrisa se había dibujado en sus labios de fresa; después, había sonreído abiertamente cuando los amantes habían decidido permanecer juntos, arriesgándose por lo que sentían, abandonando sus mundos tan desiguales para crear un nuevo espacio neutral para ellos; y más tarde, al llegar el triste final, su rostro se había ensombrecido, sus bonitos ojos se habían empañado y una húmeda cascada de lágrimas había empapado sus mejillas. Él quiso secarlas con sus labios, saborear la sal de aquellas gotas de rocío que le recordaban a las del cuento y estrujarla entre sus brazos.

Ian deseó en lo más profundo de su alma poder hacer cómo aquel Laird ficticio, olvidar las diferencias que había entre ellos y entregarse por completo a lo que su corazón le decía a gritos. *¿Cómo hacer para ser tan egoísta y desterrar a la razón?*

Él no podía, por más que lo deseara con cada fibra de su ser. Seguía teniendo aquella molesta vocecita en su cabeza, recordándole que ella merecía un verdadero Laird, un castillo erigido en tierras fértiles, riquezas y un título de nobleza. Ella ya era *Lady Katherine*, a pesar de que él nunca la llamase así; y eso era algo que Ian, por el bien de ella, no debía olvidar.

—¿Por qué no seguimos recorriendo la feria? —Preguntó Ian con la voz rasposa por la emoción—. Antes dijiste que querías ver a los bailarines y me parece escuchar música de gaitas y batir de palmas no muy lejos de aquí.

—Bueno, vamos —dijo ella, de mala gana—. Aunque me gustaría quedarme un rato más escuchando a Jason McDonnell.

Ese era el nombre del jovencito meloso y a Ian lo asaltaron unas repentinas ganas de ahorcarlo al escucharla a ella pronunciando aquel nombre en sus labios.

—¿Pues no pensarás desperdiciar toda la tarde aquí sentada con todo lo que aún nos falta recorrer, no?

—Bueno, yo no diría que es desperdiciar la tarde. Jason es muy talentoso y además dice cosas muy hermosas —alegó Kate.

—¡Tonterías! —dijo él, con la voz cargada de celos y sabiendo que mentía descaradamente.

—Al menos voy a tener que creerme que mis ojos tienen algo de verde, Jason también lo ha notado y hasta me ha dedicado un poema.

Ian gruñó al mejor estilo escocés. Un sonido más parecido al de una bestia que al de un humano refunfuñando entre dientes y Kate sonrió disimuladamente.

Parece celoso, pensó esperanzada. Tal vez él... Tal vez yo, después de todo, no le resulte tan indiferente. Suspiró sonoramente.

—¡Ah bueno, lo que faltaba! —Refunfuñó Ian—. ¡Hasta suspiras por ese infeliz!

—¡No he suspirado por él! —replicó ella.

—¿Y entonces a que se ha debido eso? No puedes negarme que era un suspiro. ¡He oído a muchas mujercitas suspirar y puedo jurar que eso que has hecho lo era!

Ahora era ella quien reventaba de celos.

De sólo pensar en Ian acariciando a otra mujer; que con la maestría de sus expertas caricias arrancara sus suspiros, Kate se llenó de dolor; un dolor que tan veloz como había aparecido ella lo espantó, convirtiéndolo en rabia.

—¡Pues me importa muy poco a cuantas mujercitas has oído suspirar, y si yo lo he hecho, no es asunto tuyo, Ian Mc Dubh!

Ella caminó indignada entre los puestos, pero sin poder alejarse de Ian, que la llevaba tomada de la mano como si ella fuese una niña a la cual en cualquier momento podía extraviar entre la gente. Para rematarla, él se reía burlonamente.

—¡Te estás comportando como un tonto, Ian! —le recriminó indignada. Sin embargo, al mirarlo y perderse en su sonrisa, se olvidó por completo de que estaba enfadada.

Se acercaron a un círculo en el que los músicos ejecutaban una melodía de ritmo vivo y de rápida velocidad. La música alegre del *Reel*[5] invitaba a salir a bailar y ellos pronto se contagiaron del entusiasmo de los demás, batiendo palmas y siguiendo los compases con los pies.

Varias parejas se encontraban en la pista improvisada, siguiendo los pasos de la coreografía de la danza y Kate se moría por estar entre ellos. Le dirigió una mirada significativa a Ian y lo descubrió justo, cuando él la miraba de reojo. Él levantó el entrecejo y abrió un poco los ojos, en un gesto que

claramente dejaba adivinar un *¿Qué?*

—¿Ahora me vas a decir que quieres bailar? —le preguntó alegremente.

—¿Si te lo dijera, saldrías a bailar conmigo? —preguntó inocentemente. Ella se balanceaba en el lugar, tenía la cabeza levemente ladeada y se mordía el labio inferior, expectante.

Ian hacía un momento, había echado una mirada alrededor, captando a varios hombres, desde jóvenes hasta viejos enclenques con la mirada posada en las sugerentes curvas de Kate. ¡Ni muerto dejaría que esos buitres lujuriosos le pusieran un solo dedo encima, ni siquiera para ejecutar el más casto de los bailes!

—No te dejaría hacerlo con ningún otro, así que, no me quedaría más opción que ser tu pareja de baile —dijo, alzando los hombros.

—¡Entonces vamos! —lo arrastró ella a la pista, tironeándolo de la manga de la camisa y sin darle tiempo de arrepentirse.

La coreografía demandaba una gran habilidad para efectuar todas las figuras y el elaborado baile con los pies, mientras las parejas se iban alternando.

El ejercicio había alborotado los rizos castaño claros de Katherine y con las mejillas sonrojadas, sus ojos parecían más verdes aún. La felicidad absoluta se había instalado en su alma en ese momento y lo transmitía con su franca sonrisa, con sus dulces carcajadas.

Ian estaba hechizado. No podía quitar sus ojos de ella, ni siquiera cuando ella se alejaba un poco siguiendo los pasos del *Reel*.

Cada vez que ellos volvían a acercarse durante la danza, cada vez que sus manos se rozaban, una sucesión de estremecimientos les recorría el cuerpo y cuando volvían a apartarse, los consumía la necesidad de estar juntos otra vez.

Se deseaban, se ansiaban.

Llegando al final de la pieza musical, una mujer regordeta se enredó con sus propios pies en un paso complicado y tropezó empujando a Katherine en el camino. Kate fue impulsada hacia adelante, y hubiese caído al suelo de no ser por Ian, que estaba justo frente a ella. Él la retuvo entre sus brazos y ya no supieron si la orquesta había seguido tocando o no.

Veían todo difuso a su alrededor, lo único que enfocaban sus ojos era el rostro del otro, muy cerca, a sólo una corta distancia. El sonido les llegaba lejano; lo único que oían claramente, era el retumbar frenético de sus corazones.

Todo había dejado de existir, sólo estaban ellos.

La magia se estaba gestando, un mínimo movimiento, tomar la decisión y todo podía ser diferente entre ellos... Pero los brazos de Ian se fueron soltando, dejando que la bruma se disipara.

Permitió que su raciocinio prevaleciera y se alejó de ella.

Los dos, sintieron instantáneamente el vacío, la falta que les provocaba separarse.

Se tomaron un momento para recuperarse, para normalizar el ritmo de la respiración, para que la sangre les volviese a circular por las venas con tranquilidad y fingieron que nada había sucedido entre ellos.

Retomaron la recorrida por los puestos, con la excusa de que todavía había mucho para ver. Fueron dejando atrás: carros con telas de distintos colores, y otros con platos deliciosos, pero que en ese momento a ninguno de los dos les apetecía probar.

Un silencio incómodo se había instalado entre ellos, hasta que a Kate le llamó la atención un lugar en el que vendían toda clase de baratijas y se detuvieron allí. Era el puesto de un orfebre en el que ofrecían cuchillos, candelabros, algunas piezas de joyería barata y otras más sofisticadas y de refinados diseños.

Después de hurgar un buen rato entre los artículos, a Katherine, le gustó muchísimo un broche circular de plata. Era muy masculino y fino a la vez; sin incrustaciones de piedras y con un grabado que representaba a un águila real en pleno vuelo. El águila era el símbolo del valor, y si había algo que definiera a Ian, eso era su valor.

Katherine pagó de buena gana una suma, bastante elevada, por el broche, y después se volteó hacia Ian, quien la miraba sorprendido.

En el puesto había dijes, pulseras, anillos y hasta artilugios para el cabello, en cambio, lo único que ella había comprado había sido un broche masculino.

Ian tenía una ceja enarcada y pasaba su mirada del broche a Kate y de Kate al broche. Ella le sonrió y lo hizo caminar hacia un lugar más apartado, entre los árboles, dónde podían estar alejados del bullicio y de las miradas curiosas. Cuando llegaron, la muchacha se giró hasta ponerse de frente, entonces extendió su mano y abrió los dedos lentamente, revelando en su palma el objeto.

—Es para ti —le dijo dulcemente y con las mejillas algo sonrojadas.

La reacción de Ian fue instantánea. Negaba con su cabeza y con sus palabras.

—No Kate, no puedo aceptarlo. No deberías haber comprado algo para mí. No es correcto que me hagas obsequios. No...

—¡Déjate de tantos *No* que ya me has aburrido, Ian! —exclamó exasperada—. Lo he comprado para ti y no veo cual puede ser el problema si lo aceptas.

—No es apropiado que me hagas obsequios y además es un objeto demasiado fino para alguien como yo. ¡Eso te ha costado una fortuna!

—¿Alguien como tú? ¡Escúchame, Ian Mc Dubh!, no conozco a nadie que pueda lucir mejor que

tú un objeto semejante —negó con la cabeza y continuó con voz suave—: Mira, tiene el grabado de un águila real... yo sé, que a ti te gustan.

—¿Y cómo sabes que a mí me gustan? —interrogó él, sabiendo ya la respuesta.

—Eh... —ella miró hacia un costado, se sentía algo avergonzada—, digamos que, alguna vez, te descubrí contemplando su vuelo.

—¿Y con una vez que me viste observarlas puedes asegurar que me gustan? —Su voz sonaba muy divertida ahora.

—Bueno, tal vez no haya sido una sola vez, podría decir que fueron varias veces; casi cada tarde —confesó en un susurro.

—¿Me has estado espiando, Katherine McInnes? —Ian intentaba sonar indignado, pero el no poder reprimir la risa le quitaba todo el efecto.

Katherine levantó la mirada y la fundió con la de él, respiró hondo y le respondió sin titubear; sin saber de dónde había obtenido el valor.

—¿Sabes que sí! Y no te hagas el que acabas de descubrirlo. No sé cómo, pero estoy segura de que cada vez que estoy cerca de ti, tú lo distingues.

¿Y eso de dónde salió?, se preguntó ella. Las palabras le habían salido sin pensar. No había sido hasta ese día que ella había empezado a sospechar que él sabía que ella lo espiaba, ¿pero tan segura estaba que era así, cómo para afirmarlo?

—¿Cómo lo sabes, Kate? —le preguntó, atónito.

Ella también se sorprendió.

Lo que Kate le había dicho era verdad. Cada vez que estaba a su alrededor, aunque él no pudiese verla ni oírla, simplemente, Ian sabía que ella estaba allí; y cosas más increíbles que esas también había sido capaz de percibir, cómo cuando ella estaba triste, él sentía su tristeza, o su alegría si estaba feliz. Hasta cuando ella había estado en peligro, él había podido saberlo, y gracias a eso le había salvado la vida...

Ian recordó cierta vez, cuando la muchacha sólo tenía siete años. En esa ocasión, él había estado atendiendo a uno de los caballos del Laird y de repente, y sin explicación, había sentido en lo más profundo de su alma, que algo andaba mal con Kate.

El miedo se le había calado hasta los huesos, le había estrujado el corazón. Le llegaban las sensaciones de lo que a ella le estaba pasando. Percibía claramente que se ahogaba, que el agua la cubría impidiéndole tomar una bocanada más de aire.

Ian no se había ni detenido a pensar que hacer, ni tampoco había dudado. Había montado el animal, sin siquiera ponerle una montura y había salido disparado, directamente con rumbo al lago.

Había forzado al caballo en una carrera desenfrenada.

Nunca había sido capaz de explicar cómo había podido averiguar el lugar exacto en el que estaba Kate; simplemente, lo había sabido en su interior, en su alma misma.

En su camino a través del bosque, se había rasguñado los brazos desnudos y el rostro al chocarse contra las ramas de los árboles. Las espinas le habían rasgado la piel despiadadamente, pero él no se había detenido ni disminuido la marcha, al contrario, espoleaba al caballo para que duplicara su esfuerzo y arremetiera en una carrera más veloz.

Al llegar a la orilla había saltado del animal, zambulléndose directamente en el agua. La había buscado desesperado, escrutando las aguas turbias. Los ojos le escocían, no sabía muy bien si era producto del agua o de las lágrimas.

Nadaba bajo la superficie como un poseso, luchando contra las algas que se enredaban en sus piernas. El ritmo de su corazón era frenético.

Ian se había sentido abatido; sus propios pulmones le habían estado exigiendo que alcanzara la superficie y tomara una nueva bocanada de aire, pero no lo hizo; no abandonaría su búsqueda. Sabía que Kate estaría en peor estado que él, puesto que ella era más pequeña, más frágil.

Necesitaba encontrarla.

¡Señor ayúdame, muéstrame dónde está ella!, había rogado, mientras continuaba explorando el lago, hasta que por fin, sus ruegos habían sido escuchados y había atisbado a la pequeña, a una corta distancia de dónde él se encontraba.

Se había acercado a ella, encontrándola inconsciente, y el terror lo había golpeado directo en el corazón. Su sangre parecía haberse congelado en sus venas mientras intentaba sacarla a la superficie.

Las ropas mojadas de ambos le complicaba aún más la tarea, empujándolos, jalándolos hacia el fondo.

Ian se había impulsado, pataleando tan fuerte como había podido, dando largas brazadas con su miembro derecho. Con su brazo izquierdo, sostenía con fuerza sobrehumana el inerte cuerpecito de la niña. Logró arrastrarla hasta la orilla, temiendo lo peor; aunque algo le decía que ella aún estaba viva.

Al alcanzar el margen del río, la había depositado sobre la hierba, la había puesto de lado y la había golpeado en la espalda para hacerle escupir el agua; sin embargo, ella seguía como muerta.

—¡Vamos, Kate, abre tus ojos! —Gritó enloquecido, zarandeándola por los hombros—. ¡No puedes dejarme, niña! Yo te necesito junto a mí...

Nada de lo que había estado haciendo había logrado reanimarla. Parecía que ya todo estaba perdido, que aquella lucecita se había extinguido; a pesar de eso, Ian no pudo darse por vencido.

Siguió luchando para traerla de vuelta.

Con temor, sin saber si estaba haciendo bien o mal, separó los labios de la pequeña Kate y le insufló su propio aire.

—Por favor, Kate, respira —había rogado en voz alta.

Volvió a repetir lo anterior, y con esa nueva bocanada de aire, como por arte de magia, la niña había empezado a convulsionarse. La incorporó un poco y entre toses, ella había expulsado el líquido.

—Gracias Señor, gracias —repetía él, mientras le palmeaba la espalda para facilitarle la salida del agua.

Poco a poco, ella había vuelto a abrir los ojos y Ian había sentido que su propia alma había regresado a su cuerpo.

La había abrazado tan fuerte, mientras reía histéricamente, que después se le ocurrió pensar que podría haberle roto los huesos, pero se había sentido tan feliz...

No la he perdido, esas palabras se le habían cruzado por la cabeza, aunque no se había detenido a analizar el verdadero significado de ellas.

Ahora, a Ian al recordar aquel episodio, le parecían increíbles las cosas que había gritado y pensado; aunque algo dentro de él le decía que esas palabras habían surgido de algún rincón desde lo más profundo de su alma.

Se obligó a regresar al presente, confirmando para sí que él era capaz de percibir a Kate y a cuanto a ella le concerniera; y al parecer, la muchacha lo sabía.

—No me has respondido, Kate. ¿Cómo lo sabes? —quiso saber.

—¡Porque a mí, me sucede lo mismo contigo! —Le confesó, mirándolo a los ojos—. ¿Cómo crees que he podido seguirte a todos lados, todo éste tiempo? —le preguntó ella, sabiendo que ya no podía seguir evitando el tema.

Ian se había quedado de piedra y sin pronunciar palabra.

—He sido capaz de hacerlo —siguió explicando, algo que en realidad ni para ella tenía una explicación lógica—, porque, no entiendo de que manera, pero siempre sé dónde estás... ¿Será que nuestras almas están conectadas de alguna manera especial?

—¿Puedes conocer mis sentimientos también? —le preguntó Ian, temiendo que la respuesta

fuera afirmativa.

—No, pero ojala pudiera hacerlo —respondió ella, con una sonrisa débil.

Él respiró con alivio. No quería que Kate conociera el secreto que guardaba su corazón.

—Kate, será mejor que regresemos con las demás personas —dijo, intentando cambiar el rumbo de la conversación, que según él, ya se estaba adentrando demasiado en un terreno que consideraba peligroso.

—¡Aún no has aceptado mi obsequio! —lo reprendió. Kate comprendió qué él pensaba que era hora de hablar de otra cosa—. Déjame prenderlo a tu tartán —le pidió ella.

Ian no sabía cómo negarse.

—Kate yo...

Ian intentó hablar, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Katherine, con dedos temblorosos, le estaba desabrochando su viejo prendedor. No pudo más que permanecer inmóvil, sintiendo el suave roce de sus dedos.

Ella mantuvo el objeto desgastado en su mano durante unos instantes, dudando; después, se animó a preguntar.

—¿Qué harás con él? —levantó la mano que aferraba la pieza que acababa de quitarle de su ropa.

—Supongo que lo guardaré. Ahora que tendré uno nuevo —dijo resignado—, no tiene sentido que lo siga usando, ¿no crees?

—¿Me permites quedármelo?

—Kate, ¿para qué quieres un broche viejo y vulgar? —le preguntó—. Si deseas tener uno, deberías quedarte con el que has comprado, que es hermoso.

Ella le sonrió con dulzura.

—No quiero cualquier broche, Ian; quiero éste, que te ha pertenecido —expresó ella, con decisión y con el rostro encendido.

—No creo que sea correcto —expuso, con un nudo en la garganta—. A decir verdad, nada de esto lo es; ni que tú me hagas obsequios, ni mucho menos, que yo te regale esa baratija.

—Por favor, Ian, será nuestro secreto. Déjame conservarlo —suplicó—. Para mí, será el mayor de los tesoros.

Kate había llevado su mano cerrada hacia su pecho, en actitud protectora; como temiendo que

él fuera a quitarle su *tesoro*, como ella lo había llamado. Mientras, lo miraba, rogándole con los ojos.

Ian terminó de confirmar, en ese instante, que si Kate realmente le pidiera una estrella, él buscaría el modo de llegar al cielo para bajársela.

—Quédatelo, si eso es lo que quieres —susurró.

A ella se le iluminó el rostro entero con una deslumbrante sonrisa. Guardó su presente en un bolsillo de su vestido y después, se dedicó a prender el broche de plata en el tartán de Ian.

Él se removía inquieto en el lugar, estaba nervioso. Mil y un deseos lo estaban asaltando en ese momento. Kate le rozaba el torso, imperceptiblemente, mientras se dedicaba a su trabajo, y a él, ese simple e inocente toque, lo estaba enloqueciendo. Su entrepierna se había endurecido dolorosamente y la sangre bullía caliente por sus venas.

—¡Quédate quieto, Ian! ¿No querrás que clave el alfiler en tu piel, verdad?

—¡Claro que no! —masculló y se obligó a permanecer inmóvil y rogando que ella pusiera fin a aquella tortura pronto.

Ella no lo hizo.

Al contrario de lo que Ian esperaba: que Katherine terminara de prenderle la joya al plaid y que se alejara, ella permaneció en el lugar, muy cerca de él; excesivamente cerca. Sólo unos pocos centímetros los separaban. Ian no recordaba en qué momento, se habían cerrado tanto las distancias, otra vez.

Esto es demasiado para un sólo día, pensó.

Estaban tan próximos que él podía contar las pecas que ella tenía sobre su pequeña y graciosa nariz. El imperceptible subir y bajar de su pecho. Si él tan sólo inclinara su cabeza un palmo, podría capturar sus labios carnosos.

Ian cerró los ojos. Su objetivo era evitar cometer una locura y creyó que al no verla, podría reprimir la tentación.

Se equivocó de cabo a rabo.

Las sensaciones no hicieron más que acrecentarse. Le llegaba el olor de ella, su perfume a fresas y bayas; el tibio aliento de su respiración, que le acariciaba el hueco de su garganta. El calor que emanaba del cuerpo de Kate, parecía burlarse de su necesidad.

Entonces sucedió algo más, que podría quebrar la poca fuerza de voluntad que le quedaba. Los dedos de Katherine ya no acariciaban el borde del broche, aquellos dedos, ahora lo acariciaban a él.

Ian abrió los ojos y se encontró con los de ella escrutando su rostro. Las pequeñas manos se

deslizaban por los músculos de su pecho como alas de mariposas; suaves, delicadas; enloquecedoras.

—Katherine, por favor... —susurró en un gemido y con la respiración acelerada. La piel le quemaba donde ella lo tocaba.

—¿Katherine por favor, qué, Ian? —preguntó ella, alentada por la respuesta de él—. ¿Quieres que me detenga o que continúe?

—No lo sé —mintió él.

Ian ansiaba que ella continuara. Le apetecía hacer lo mismo él con ella; acariciarla, despojarla de sus ropas y hacerle el amor. Lo deseaba desesperadamente. Anhelaba besar cada centímetro de aquel cuerpo voluptuoso, reclamarlo como suyo.

No había nada en este mundo o en otro, que Ian quisiera más. Katherine McInnes era todo lo que él deseaba, todo lo que él amaba.

Estuvo a punto de ceder a sus impulsos. Por un breve instante creyó que no sería capaz de apartarse de ella, pero su inoportuna conciencia acudió a él nuevamente. Molesta, recordándole que él no estaba a su altura, puesto que ella era la hija del Laird.

Ian capturó con sus manos las manos de ella y las sostuvo aún sobre sus hombros durante un segundo más. Kate se humedeció los labios, en clara señal de invitación. Sabía que ella esperaba que él la besara, pero debería decepcionarla.

—No podemos hacer esto, pequeña —le dijo él, finalmente—. Entre tú y yo, nunca podrá haber nada más que una bonita amistad; nada más.

—Ian, yo te am...

No la dejó continuar, había tapado su boca con sus dedos. Ian no quería oírlo, no podría soportarlo.

—No lo digas, Kate, por favor —le rogó—. Nunca más. Júrame que no intentarás decírmelo y que desterrarás de tu corazón lo que sientes por mí —suplicó.

—No puedo prometerte eso, Ian. Discúlpame, pero no puedo. Si yo arrancara lo que siento por ti de mi corazón, entonces estaría arrancando mi corazón completo.

Kate se soltó y salió corriendo antes que Ian pudiera reaccionar.

Ella no sabía cómo volvería a mirarlo a la cara después de haberle dado a entender lo que sentía por él. No podía comprender cómo había sido capaz de actuar así, en forma tan descarada; para colmo, él la había rechazado. Había despreciado su amor. No había querido escuchar lo que ella tenía para decirle.

Kate corría entre la gente, empujándolos a su paso. Las lágrimas le impedían ver con claridad, tornando borrosas todas las imágenes. Su pecho subía y bajaba agitado.

Más de una persona le gruñó y hasta cosechó algunos insultos a su paso; ni eso la detuvo. Quería perderse, desaparecer; alargar las distancias entre ella y Ian.

—¡Kate, detente!

La voz de Ian había salido como un rugido feroz que a ella la llenó de pánico, sin embargo, no logró que interrumpiera su huída. Continuó con su carrera desesperada, frenética; enredando sus piernas en su propio vestido y tropezando con algunas raíces en el camino.

Ian la perseguía, ya estaba bastante cerca. Si ella continuaba corriendo a ese paso, él, que era mucho más veloz, la alcanzaría. Resolvió entonces que debía ocultarse. Se secó los ojos con el dorso de la mano, sin aminorar la marcha y buscó algún escondrijo.

Se escabulló entre unas cabañas precarias con techos de paja y se escondió detrás de uno de los muros, apoyándose en la fría pared, hasta recuperar el aliento. Espió el camino, apenas asomando la cabeza y vio cuando Ian pasaba por allí cerca, completamente desconcertado.

Le dolió ver su rostro, él parecía consternado, y también aterrado.

Ian buscaba a Kate con la mirada en todas direcciones; la había perdido de vista.

—¡Kate! —gritó—. ¡Kate, demonios! ¿Dónde estás? ¡KATE! —Intentó ahora, con más fuerza—. Kate, por favor, regresa —suplicó.

—¿Qué pasa, muchachote? ¿Has perdido a tu noviecita? —le preguntó una bonita mujer pelirroja, quien salió en ese momento de una de las viviendas, alertada por los gritos.

La pelirroja se acercó a él y deslizó, sensual, una mano sobre el torso de Ian, desde el hueco de la garganta hasta el cinturón con el cual amarraba su plaid.

—¿Quieres divertirte un rato? —le preguntó.

Kate sintió una ola de celos enterrarse en su estómago. Apretó los puños con tanta fuerza, que las uñas se le clavaron en las palmas, mientras la furia en su interior amenazaba con estallar.

—Lo siento, señora, pero no estoy interesado —dijo Ian, en forma educada, apartando la mano de la mujer bien lejos de su cuerpo.

—¿Estás seguro que no quieres venir un rato conmigo? —Volvió a preguntar ella, bajándose un poco el amplio escote de su blusa para mostrar más, de sus enormes pechos—. No debes preocuparte por la paga; contigo lo haría gratis, muchachote.

—¡Le he dicho que no! —Repuso Ian—. Por favor, retírese señora. Seguramente encontrará hombres que estarán más que dispuestos de pasar un rato con usted, aunque no es mi caso.

—Bien, tú te lo pierdes, querido —le respondió ella, acariciándose uno de sus hombros y después alejándose con un provocativo contoneo de caderas.

—¡Maldita descarada! —Masculló Kate entre dientes, aún oculta detrás del muro. Había hablado demasiado alto.

—¡Te he oído, Kate! —le dijo Ian dulcemente y reflejando alivio en su voz—. Sé que estás por aquí. Haz el favor de salir así regresamos al castillo.

Él se recostó contra un árbol y se cruzó de brazos para esperar que ella apareciese. Sabía que estaba allí, detrás de una de aquellas cabañas. Presentía que se sentía avergonzada y también con el alma herida por su culpa, pero estaba a salvo y eso a él lo tranquilizaba.

Kate se había erguido para salir de su escondite. De nada le servía seguir ocultándose, si tarde o temprano tendría que volver a enfrentarse a Ian y aunque ella hubiese preferido esperar un poco más, estaba empezando a caer la tarde y ellos habían prometido a Cam que regresarían antes del anochecer y debían cumplir con su palabra.

No había dado aún ni un paso, cuando dos brazos fuertes la aferraron, uno por la cintura y el otro tapándole la boca con una mano enorme y mugrienta. El corazón se le detuvo, o eso le pareció a ella, porque a causa del pánico, hasta había dejado de respirar.

Ian advirtió su miedo. Kate estaba en peligro y otra vez él lo sentía, como si él mismo estuviese viviendo aquello.

Alguien la había atrapado. La aferraban con fuerza y ella forcejeaba inútilmente. Quería gritar, pero le estaban tapando la boca.

Como un animal al acecho caminó sigiloso, sin hacer ruido.

Siguió su instinto, dejó que la intuición lo guiara hasta ella. Sacó la daga que llevaba oculta en la bota y la aferró con su mano izquierda; su mano derecha estaba posada sobre la empuñadura de su espada, listo para retirarla de la funda. Así bordeó las chozas.

—¿Acaso te has perdido, mujer? —El hombre, aunque por su tamaño bien podría haber sido un gigante, le preguntó a Kate al oído, raspándole la piel con su barba grasienta—. Pues eres muy afortunada, porque yo te he encontrado y ahora iremos a dar un paseo.

No, gritaba ella. Ninguna de sus quejas podía ser escuchada. Pataleaba, forcejeaba, todo era inútil. Las lágrimas se le escurrían por las mejillas.

—¡Deja de llorar, mujer, que me estás empapando la mano! —Refunfuñó su captor—. Al Laird McPherson le encantará mi regalo —agregó después, con voz lujuriosa mientras le manoseaba uno de sus pechos—. ¡Hasta puede que tú y yo pasemos un buen rato antes de que te entregue a él!

Ella se retorció para soltarse; se sentía asqueada. La otra mano enorme le apretaba en parte la nariz, impidiéndole tomar abundante aire y el poco que le llegaba, estaba cargado del olor a alcohol

que despedía el aliento repugnante de su captor. Kate sintió deseos de vomitar y una arcada le convulsionó el cuerpo.

—¡Quieta, muchacha! —la reprendió—. Ahora no harás ningún ruido y saldremos de aquí —le advirtió él.

El hombre la obligó a hacer unos pasos. Claro que ella no tenía intención alguna de colaborar y se resistía inútilmente. Estaban cerca del bosque; unos metros más y se internarían en él.

Ian, pensó Kate. Ian ayúdame, por favor...

A pesar del terror, Kate se permitió analizar las palabras del hombre: McPherson, había dicho su captor. Él la llevaría con el peor enemigo de su hermano.

¡Santo Dios! De esto no puede resultar nada bueno.

Conjeturó que el cruel Laird podría exigir algún rescate en el mejor de los casos, pero, ¿qué sucedería si él no estaba dispuesto a devolverla a su clan? ¿Si prefería conservarla? Ella ni quería imaginar esa terrible posibilidad. Estar lejos de su gente y sometida a un hombre, o varios. Estar lejos de Ian...

Kate, al principio, no entendió que era lo que estaba sucediendo; demoró unos segundos en darse cuenta de que habían llegado en su ayuda. El asqueroso hombre, que parecía más un oso mugriento que un humano, se había congelado en su sitio. Había visto que él había querido sacar su espada; pero una voz fría, dura y cargada de furia, había hablado.

—Suéltala ahora y te permitiré vivir. Haz un solo movimiento, y te cortaré la garganta.

Ian. Una sensación de alivio se deslizó a través de Kate al oírlo.

Esa era la voz de él, que había ido en su auxilio. No podía verlo puesto que estaba detrás de ellos, pero la ferocidad con la que había pronunciado aquellas palabras, no dejaba lugar a dudas de que llevaría a cabo su amenaza.

—¡Quita tus inmundas manos de ella, ahora! —volvió a insistir Ian, ya perdiendo la paciencia.

El agresor la soltó. Katherine se alejó con rapidez, yendo junto a Ian. Fue entonces cuando advirtió que éste aferraba de los sucios cabellos al hombre y tenía la hoja de su puñal sobre su cuello.

El hombre tendría unos treinta y cinco años, aunque aparentaba ser mayor. Su cabello podría decirse que era de un color rojizo o rubio oscuro, aunque con tanta mugre era imposible definirlo con exactitud.

Sin soltarlo, Mc Dubh lo hizo girar hasta ponerlo frente a Kate. Después, con el mismo tono impasible, siguió hablando.

—Tu nombre —exigió Ian.

—Ron —respondió él, con odio.

—Portas los colores de los McPherson —observó el más joven—. ¿Llevas también ese nombre?

Ron se negó a responder, entonces Mc Dubh presionó la hoja sobre su cuello. Intimidado, el gigante asintió sin pronunciar palabras.

—Bien. ¡Mírala a ella, Ron McPherson!

Ian tironeó de sus cabellos hasta que su mirada estuviese sobre el rostro de Kate. Ron forcejeó un poco, y la filosa hoja se clavó levemente en su piel tensa, sin hacerle demasiado daño.

—¡Mira bien su rostro y memorízalo, también mis palabras! —Ordenó, con un tono de voz que no daba lugar a refutaciones—. Si en algún momento de tu vida vuelves a cruzarte en tu camino con ella, desvía tus pasos y aléjate; porque la próxima vez que te le acerques, no vivirás —sentenció con convicción—. Yo, Ian Mc Dubh del clan McInnes, te juro que te mandaré directo al infierno si tan sólo te atreves a volver a dirigirle una de tus miradas. ¿Lo has entendido?

El aludido asintió con un gruñido, sin embargo, su mirada cargada de ira dejaba traslucir que no sólo estaba memorizando el rostro de Kate, sino también el de Ian y aquella mirada contenía una promesa de represalia.

En ese momento, Ian se había ganado un enemigo personal.

Ron McPherson, ahora no había podido actuar por haber sido sorprendido, pero en un enfrentamiento o si la situación fuese a la inversa, seguramente sería un rival a temer.

Una vocecita interior le decía a Katherine que Ian debería cuidar sus espaldas, puesto que ese hombre no olvidaría esa humillación tan fácilmente y buscaría obtener su venganza.

Un pánico mayor al que había sentido minutos antes, le hizo eco en los huesos con esos negros pensamientos. Imágenes de Ian en peligro le atenazaban el corazón.

Ian empujó al hombre lejos de ellos, gritándole que se fuera de aquellas tierras pertenecientes a McInnes. Cuando McPherson había desaparecido de su vista, internándose en la espesura del bosque, Mc Dubh se volvió, furioso, hacia Katherine.

—¿Te das cuenta de lo que podría haberte sucedido a causa de tu estúpido comportamiento? —gritó Ian, aferrándola por los hombros y obligándola a mirarlo a los ojos.

Ella notó que el color se le había ido del rostro y respiraba agitado.

Un momento antes, Ian había permanecido feroz, pero ahora parecía asustado. Ella supuso que él estaría evaluando todas las posibilidades de lo que podría haber ocurrido.

—Yo, lo siento, Ian —se disculpó, mirando hacia un costado.

Él no le permitió ocultar su rostro y lo volvió hacia él, tomándola de la barbilla. Sus dedos fuertes se le clavaban en la piel.

—¡Mírame, Katherine y respóndeme! ¿Eres consciente o no, del riesgo que corriste? ¿Entiendes que el Laird McPherson no te hubiese devuelto nunca a nosotros? ¡Demonios! ¿Lo entiendes? —la zarandeaba por el hombro que aún tenía agarrado, sin ejercer excesiva presión—. ¡Maldita sea, ellos te hubiesen tratado como a una ramera! —aquellas palabras y el tono utilizado, reflejaban consternación y espanto.

Katherine notaba que a él le temblaba el pulso. Nunca lo había visto así, o tal vez sí, pero había sido en una sola oportunidad y de eso hacía ya mucho tiempo. Cuando Ian la había sacado, casi muerta, del lago. Sólo aquella vez, ella lo había visto con tanto pánico, como ahora.

—Ian, sí, lo comprendo —dijo ella, acariciándole la mejilla—, y lo siento... ¿Pero sabes que es lo que más me preocupa de todo esto?

—¿Qué? —refunfuñó él, sintiendo todavía un dolor agudo en el pecho.

—Ese hombre, Ron McPherson; él querrá vengarse de ti —su voz sonaba afligida—, y todo es por mi causa.

—¡Eso a mí no me preocupa!

—¡Pero a mí sí! —exclamó—. Ian, él no te perdonará lo que le has hecho y yo temo por tu vida. No soportaría que algo malo te ocurriese —las lágrimas desbordaban de sus ojos—. ¡Santo Dios! ¡Qué idiota he sido! Perdóname, mi amor, por favor —susurró Kate, ahogándose con las palabras que su corazón había deslizado furtivas hasta su garganta.

—Katherine...

Tantas emociones habían desbaratado a Ian.

No podía pensar con claridad. En ese momento, sólo podía ser capaz de sentir... Había temido tanto por ella; había imaginado tantas atrocidades posibles y eso lo había desesperado. Ahora la tenía nuevamente entre sus brazos, sintiendo su cuerpo temblar suavemente contra el suyo. No la había perdido; McPherson no había podido arrebatársela.

Ella le acariciaba el rostro y lo había llamado mi amor.

La mente de Ian se anuló absolutamente. Ningún pensamiento razonable se dignó a acudir a él, sólo Katherine.

La furia, el terror, el deseo feroz que sentía por ella... Todo se arremolinó con la fuerza de un tornado en el cuerpo de Ian y estalló de la única forma en la que no tendría que haber estallado.

Ian se lanzó sobre Kate, empujándola y aplastándola con su cuerpo contra un abeto. La pasión contenida durante tanto tiempo no se conformaba con poco. Quería sentirla, enterrarse en ella. Reclamó su boca de manera febril, devorando sus labios y hundiendo su lengua profundamente; degustando su sabor a fresas, extrayendo su esencia.

Las manos de Ian estaban en todas partes. Asió el escote del vestido de Kate y tironeó hacia abajo, forzó la prenda haciéndole saltar dos de los botones superiores y desgarrándola un poco. Para él, aún no era suficiente. Bruscamente jaló un poco más, dejando expuesto los pechos de ella, que al entrar en contacto con la brisa helada se contrajeron inmediatamente.

Ian la sostuvo con un brazo por la cintura y con su otra mano, ahuecó uno de los senos voluptuosos. Kate se arqueó, exponiéndose más a él, entregándose deseosa. Los labios de Ian descendieron por la suave piel de su cuello, dejando un sendero ardiente hasta que capturaron un excitado pezón. Ella gimió de placer.

Las manos de Katherine también habían comenzado con la exploración; recorrían la espalda de Ian, delineaban los músculos marcados, palpaban su contorno, adivinaba sus formas fuertes. Se atrevió a más y las deslizó sobre el trasero de él. Podía percibir la dura erección de Ian que se aplastaba sobre su vientre, pero la ropa le molestaba, quería sentir su piel.

Ian también ansiaba despojarla de sus ropas. Dejó que su mano vagara hasta el dobladillo de la falda y volvió a subirla, esta vez recorriendo una de las piernas de la muchacha y alzando la prenda en el recorrido. Quería poseerla, hacerla suya.

La boca de Ian seguía atormentándola; vagando entre sus pechos; mordisqueando su cuello; lamiendo un punto que descubrió sensible, detrás de su oreja. Kate estaba experimentando cosas que nunca había imaginado que sería posible sentir. Su cuerpo reaccionaba a cada roce de las manos y de la boca de él, y ella se rendía a su deseo, no oponía resistencia; lo ansiaba en su interior. Sentía una humedad acumularse entre sus piernas, un torbellino de sensaciones que estaba a punto de desatarse, pero que ella no sabía muy bien que era, sólo sentía que era maravilloso.

—¡Oh Dios! ¡Te amo, Ian! ¡Te amo tanto! —susurró ella entre gemidos, ya sin poder resistirlo. Fue un error. No debería haber hablado.

Escuchar la voz excitada de Kate susurrándole palabras de amor, fue lo que volvió a Ian, salvajemente, a la realidad. Cuando despejó su mente, fue dolorosamente consciente de lo que estaba haciendo. La situación lo golpeó con la violencia de un puño en medio del rostro.

No podía creer que había estado a punto de tomar a la muchacha, a la pequeña hija de su Señor. Le había desgarrado la ropa, había estado por arrebatarse la inocencia, allí, de pie en el bosque, como si ella fuese una vulgar prostituta.

—¡Mierda! ¡Soy un maldito desgraciado! —gritó Ian, apartándose de Kate y lanzando un feroz puñetazo al tronco del árbol contra el que había arrinconado a Kate.

Ella lo miraba desconcertada. No podía entender que había podido suceder para que él se

apartara de ella de esa manera. Kate estaba segura de que él la deseaba tanto como ella lo deseaba a él. Sin embargo, Ian se había detenido y ahora parecía furioso, otra vez.

Él maldecía y lanzaba golpes de puño seguidos, uno detrás del otro contra el árbol, de manera rabiosa.

Katherine intentó arreglarse el vestido y masculló algo entre dientes al no poder conseguirlo. Ian la miró, sintiéndose avergonzado por lo que le había hecho. Ella tenía los labios hinchados y enrojecidos por los besos, los cabellos revueltos con algunos rizos cayéndole sobre el rostro. Ella era hermosa y él aún no había podido aplacar su ardor por ella. *¡Maldición, ni en un millón de años lo haré!*

Ian volvió a acercarse a Kate y la ayudó a cubrirse lo mejor que pudo.

—Kate —empezó él sin saber muy bien como continuar. Ella lo miró a los ojos y él adivinó en ellos un poco de decepción—. Katherine, lo que hicimos recién estuvo mal. Todo fue mi culpa. Por favor, Kate, perdóname —le rogó, sosteniéndole las manos.

—No tengo que perdonarte nada, Ian —respondió con dulzura, acariciándole a él los nudillos golpeados que sangraban—. ¡Mira lo que te has hecho! Tendré que curarte esas heridas —continuó ella.

—Sí, Kate, quiero que me perdones. Yo nunca, debería haber hecho lo que hice. ¡Santo Dios! —se sentía inquieto—. ¡Y deja esas malditas heridas que no es nada! —refunfuñó, retirando sus manos.

—¿Por qué te apartaste de mí, Ian? —Le preguntó ella, mirándolo a los ojos y esforzándose por hilar las palabras—. Necesito saberlo.

—Me dejé llevar, Kate. Sé que estuve mal; y doy gracias por haber reaccionado a tiempo y haber logrado apartarme.

—Yo no quería que te detuvieras, Ian —le confesó ella, sonrojándose—. Yo estoy enamorada de ti y nada me haría más feliz que ser tu mujer.

—Kate, ya te dije antes que no puede haber nada entre tú y yo.

—Yo te amo —protestó ella. De nada sirvió.

—Eso no tiene ninguna importancia —su voz revelaba firmeza y Katherine supo que sería bastante difícil luchar contra esa determinación.

—Eres la hija de un Laird y yo no soy digno, siquiera, de tocar el borde de tu falda.

—¡Pues hace un momento, has hecho bastante más que eso, Ian Mc Dubh!

—Lo sé y estoy avergonzado, Katherine; es por eso que estoy implorando tu perdón.

—¡Perdón y un cuerno, Ian! No soy tonta y sé que podría exigirte que te casaras conmigo por ofender mi honor; aunque espero no tener que hacerlo y que tú mismo le pidas mi mano a mi padre.

—¡Kate, no puedo hacerlo! Tu padre jamás accederá a que tú te desposes conmigo. Él debe aspirar mucho más alto para ti. En cambio, me desterrará por permitirme semejante osadía imperdonable contigo.

—¡Él te quiere como a un hijo! Nada lo hará más feliz que vernos juntos. Sabes que jamás te haría daño —ella estaba entusiasmada con la idea; sin embargo él, para todo tenía un pero.

—¡No me desterrará, me mandará a ahorcar directamente! —expuso él—. No voy a negarte que tu padre ha sido muy generoso conmigo, pero yo sigo siendo un simple plebeyo, mujer. No tengo posesiones importantes, no tengo tierras más que la pequeña parcela en dónde está la cabaña que pertenecía a mi padre. ¡Creo que el salón del castillo es más grande que todo el terreno que me pertenece! —Exclamó con ironía—. ¿Crees que él quiere una vida de pobreza para su pequeña?

—¡Con eso yo sería feliz! Sólo quiero tenerte a ti, Ian; no me importa lo que tienes o no, ni lo que pueda querer mi padre —intentó acariciarle la mejilla, él no se lo permitió.

—No empecemos de nuevo, Kate —le advirtió. Yo no voy a condenarte a pasar una vida de miseria. Ya he tomado la decisión.

—¿Una decisión?

—No voy a pedir tu mano; si quieres denunciarme con tu padre, hazlo. Recibiré la pena que me sea impuesta por mis atrevimientos, pero no me casaré contigo.

—Si confieso lo que ha sucedido entre nosotros y tú no me tomas por esposa, entonces estaré deshonrada ante los ojos de todos. Ellos creerán que soy una ramera y que he sido manchada. ¿Me harías eso, Ian?

—Sigues siendo virgen, Katherine; tu esposo lo sabrá la noche de bodas y tu nombre quedará limpio —dijo fríamente, reprimiendo los celos más primitivos que habían despertado con la simple idea de imaginarla en brazos de otro.

—¿Estás decidido entonces? —le preguntó.

Él asintió.

—Respóndeme algo, Ian. Sólo te pido sinceridad, creo que al menos me lo merezco, ¿no lo crees tú también?

Él volvió a asentir.

—¿Qué sientes por mí, Ian?

Él lo consideró un momento. Si le decía la verdad, estaba seguro de que ella haría lo posible

por casarse con él. Tenía que ocultarle sus sentimientos. Tal vez, lo más acertado sería hacerle creer que lo que él sentía por ella era puramente sexual. Era preferible que Kate lo despreciara, así podría dejar de amarlo. Ese pensamiento le envió una punzada de dolor a su corazón, pero se consoló diciéndose que era lo mejor para ella.

—Prefiero no responder tu pregunta, Kate.

—¡No seas cobarde, Ian! ¡Quiero saberlo! —Exigió ella, poniéndose frente a él—. ¿Me amas? ¿Me deseas? ¿Qué diablos es lo que despierto en ti?

—No creo que te guste la respuesta, Kate —dijo, con la esperanza de que esa frase hiciera que ella desistiera de querer una respuesta de parte de él.

—Soportaré lo que tengas para decirme.

Kate imaginaba que lo que él expusiera no iba a agradarle, igualmente quería oír las palabras y las quería escuchar de su boca.

—Bien —se alzó de hombros con un gesto que procuró pareciera de indiferencia. *Señor, que difícil es mentirle.* Respiró hondo—. Soy un hombre, Katherine y no puedo negar que eres una mujer hermosa y muy apetecible —paseó sus ojos en una mirada lujuriosa a lo largo del cuerpo de ella. Sintió asco de sí mismo en ese instante, pero continuó con su actuación—. No pude contenerme; despertaste mis instintos más bajos, mujer.

Kate se rodeó con sus brazos; un fuerte temblor se había instalado en su interior, mientras su vista se nublaba.

—Me excitas, eso es lo que siento por ti —siguió diciendo él—. Por esa razón, lo mejor será que te mantengas alejada de mis garras, Katherine. No quiero volver a olvidar quien eres y tú tampoco debes olvidar quien soy yo. Sólo soy un hombre, que como cualquier otro, responde ante una bella mujer.

—Entonces —tuvo que tragar saliva antes de continuar. Sentía un nudo en su garganta—, ¿sólo es lujuria lo que sientes por mí? —la decepción y el dolor en su voz, era imposible no detectarlas.

En ese momento, Ian se sintió el ser más despiadado y repugnante.

—Lo siento, Katherine, pero sí, eso es todo lo que siento por ti; pura y absoluta lujuria —él creyó, por un momento, que no podría terminar de decir aquello sin vomitar; en cambio, se forzó a dibujar en su rostro una sonrisa despreocupada.

—Bien... lujuria —repitió ella, procurando que su tono de voz no denotara emociones—. Bueno, Ian, no te preocupes; si eso es todo lo que sientes por mí, no voy a volver a pedirte que me tomes por esposa. Sabe Dios qué no quiero obligar a nadie a atarse a mí; ni tampoco quiero tener a mi lado a un marido que no me ama —le dio la espalda, ocultándole su mirada vidriosa—. Tampoco voy a denunciarte con mi padre. Nadie sabrá lo que ha pasado aquí entre nosotros, así que no debes

temer ni por tu vida, ni por nada.

—Gracias, Kate —dijo él, despreciándose aún más.

Ella era tan valiente. Tan digna. Ian nunca en su vida se perdonaría el estar haciendo sufrir a esa mujer.

Se dijo que pasaría el resto de sus días viéndola a ella casarse con un gran hombre que la mereciera, teniendo una vida a su altura, formando una familia. Sería testigo de la felicidad que seguramente tendría, y él, permanecería el resto de sus días amándola en silencio y sufriendo por no tenerla. Ese sería para él el castigo por ser la causa ahora de sus penas.

* * *

Durante el camino de regreso al castillo McInnes, ninguno de los dos pronunció palabra. Las últimas luces del día terminaron de ocultarse sólo momentos después de que ellos traspusieran las puertas de la fortaleza.

Kate había prendido su capa hasta arriba, para que no se viese su vestido desgarrado; de lo que no tenía idea, era de cómo ocultar su corazón herido, sus sueños rotos. Ian Mc Dubh, el hombre que ella amaría por el resto de su vida, se había encargado de hacer añicos, en un segundo, todas sus ilusiones.

Esa mañana cuando partieron, lo habían hecho contentos, riendo juntos con una broma, como buenos amigos; después habían disfrutado de un día increíble, un día que sería imposible que Kate borrara de su alma. Ellos, en tan pocas horas, habían compartido tantas cosas... Kate se emocionó con algunos de los recuerdos y se ruborizó cuando volvió a revivir su encuentro íntimo con Ian. Ahora volvían a casa y ni siquiera se hablaban. *¿Cómo se hace para desterrar tanto dolor?*

Dos mozos de cuabras llegaron para asistirlos. Ian apeó a Kate del lomo de *Heaven*; el contacto fue el mínimo indispensable y no se atrevió a mirarla a los ojos, porque sabía que si lo hacía vería en ellos cuánto la había lastimado.

El poderoso guerrero, el que jamás temía en una batalla, al que ningún rival podía amedrentar, en ese breve espacio de tiempo, había sido cobarde y no había sido capaz de enfrentarla.

Los muchachos se llevaron a los caballos al establo y ellos volvieron a quedar solos en el patio.

Kate le echó una última mirada.

Él seguía evitándola.

—Que pases una buena noche, Ian y gracias por acompañarme hoy —su dulce voz reverberó en la noche fría, hizo eco en el interior de Mc Dubh y volvió a poner a prueba toda su fuerza de voluntad.

Ian se quedó en medio del patio, mirando la espalda de Kate retirándose hacia el castillo. Ella no podía verlo, por esa razón, moduló con sus labios un: *lo siento, mi amor*. Quería gritarle que lo que le había dicho antes era una descarada mentira; que la amaba con cada célula de su cuerpo, con todo su corazón y con su alma; pero no podía hacerlo. Entonces, simplemente guardó silencio y encerró cada uno de sus sentimientos en lo profundo de su corazón.

Capítulo IV

Durante los días que siguieron a la visita a la feria, Cam notó varias cosas extrañas. Lo más evidente, era que tanto Kate como Ian, se evitaban. Ellos se habían saludado sin siquiera mirarse y durante el corto tiempo que coincidían en un lugar, ya sea para desayunar o para la cena, había habido una palpable tensión entre ellos. Ni se dirigían la palabra ni se miraban, pero cuando cada uno de ellos creía que el otro no lo miraba y que no eran observados por otras personas, Cam los había descubierto contemplándose.

Ya hacía cinco días de esa salida y las cosas continuaban igual o peor, ya que el humor de ellos era un completo desastre. Kate estaba apática e Ian carecía por completo de alegría. Un oso enfurecido parecía mucho más calmo de lo que Ian había estado esos últimos días. Se lo había pasado gruñendo y con el ceño fruncido. Era innegable que algo había pasado entre ellos durante el paseo y Cam estaba dispuesto a averiguar la verdad.

La noche de la feria, Ian le había relatado el nefasto suceso ocurrido con McPherson. No había dado demasiados detalles y sólo se había explayado cuando él se lo había pedido. En conclusión: Ian se había descuidado, Kate había sido capturada por un McPherson y después Mc Dubh la había rescatado. Cam especulaba que Ian y Kate podrían haber discutido a causa de eso, sin embargo, estaba casi seguro de que la tirantez existente entre ellos se debía a algo diferente.

Otra de las cosas que a Cam le había llamado mucho la atención esa noche, habían sido las heridas que Ian tenía en los nudillos.

Cuando ellos se encontraron en el estudio, las lesiones ya no sangraban; tenía varias costras secas y sorprendentemente, múltiples astillas en la piel. Era como si Ian hubiese dado puñetazos contra un tronco, cosa bastante absurda, pero no se le ocurría otra forma con la cual él podría haberse lastimado así.

Cam conjeturaba que su amigo podría haber descargado su enojo contra algún árbol. *¿Pero furia a causa de qué? ¿Por el enfrentamiento con McPherson o hay algo más?* Ian no había dicho ni una sola palabra y Cam podía asegurar que tampoco lo haría.

Cameron decidió que era hora de mantener una conversación con su hermana y despejar varios interrogantes. Con determinación salió al exterior del castillo; luego de buscar con la mirada, vio que Katherine estaba arrodillada en el suelo arreglando su jardín, sacando las malas hierbas y podando sus flores.

Su hermanita, con los rizos castaños claros revueltos, sus bonitos ojos pardos y su pequeña nariz pecosa, era una belleza y no sería extraño que su amigo se hubiese prendado de ella.

Mientras la observaba, Cam advirtió que Kate, de vez en cuando, echaba miradas furtivas al techo del cobertizo, en dónde Ian estaba cambiando algunas de las tablas rotas y si la intuición y el poder de observación no le fallaban, estaba convencido de que su hermana estaba enamorada de su amigo.

Por el tenor de las maldiciones que el hombre en cuestión había pronunciado en la última hora, todo el castillo debería suponer que él ya se había martillado los dedos en más de una oportunidad; aunque ninguna de las personas del clan había sido lo suficientemente valiente como para acercarse al guerrero furioso a curarle las lesiones. Cam sonrió, pensando que cualquiera de ellos hubiese preferido meterse en un foso lleno de lobos antes que enfrentarse con el malhumor de Ian.

Kate estaba bastante distraída, ya que fue necesario que Cam la llamase varias veces hasta que ella por fin reparó en su presencia.

—¡Oh, Cam! No te había visto —se disculpó ella, cuando él le señaló que hacía un buen rato que estaba allí—. Creo que estoy un poco distraída hoy —agregó, con una sonrisita dulce.

—¡Ya veo! ¿Qué pensamiento era ese que te mantenía tan abstraída, pequeña? —le preguntó él, ayudándola a ponerse de piel.

Ella esquivó su mirada y se sonrojó hasta las orejas.

Kate había pasado los últimos cinco días reviviendo su momento íntimo con Ian y era justamente eso en lo que ella había estado pensando en ese momento; recordando el sabor de sus besos, la pasión de sus caricias, el calor de su piel.

—Eh, nada Cam —respondió con nerviosidad. Se limpió las manos en el desgastado delantal, mirando un punto fijo cercano a sus pies.

—Kate, me gustaría mucho hablar contigo. Vamos a dar un paseo, querida —la invitó él. Una invitación que no aceptaba una negativa.

Katherine asintió con la cabeza. Se quitó el sucio delantal y lo depositó sobre uno de los bancos de tronco que Ian había construido hacía algunos años para ella. Después se tomó del brazo que Cam le ofrecía y caminaron por un sendero hacia la pradera verde y púrpura.

—Katherine, necesitamos mantener una charla y lo que voy a pedirte, es que seas sincera.

—Lo intentaré, Cam —susurró.

—Bien. En éstos últimos días, después del regreso de ustedes de la feria, he notado que las cosas han cambiado un poco entre Ian y tú. ¿Qué pasó allí, Kate? ¡Y no vayas a decirme *nada*, porque no voy a creerte! ¡Quiero que me digas la verdad, hermanita!

—No sé por dónde empezar —negó con la cabeza y Cam percibió su consternación.

—Ian... ¿Él te ha hecho algo, Kate? —McInnes la tomó de los hombros, obligándola a que lo mirara a los ojos—. ¿Se ha propasado contigo?

—No, Cam, Ian no ha hecho nada de eso —lo defendió ella.

—¿Entonces qué es lo que sucedió entre ustedes, Katherine? Porque no puedes negarme que tú estás triste por su causa.

—No, no voy a negártelo.

Kate había estado pensando en lo que Ian le había dicho esa noche. Primero se había deprimido bastante, pero después se le había ocurrido una idea. Se permitió pensar que tal vez Ian sólo había pronunciado esas palabras dolorosas a causa de su maldito sentido del honor, puesto que él se creía inapropiado para ella y esa era la mejor forma de alejarla... Y si era así, si él de verdad la quisiera a ella, era posible que Cam pudiese convencerlo de que era un candidato perfecto para ser su esposo.

—¡Entonces comienza a hablar, Kate, porque me estás haciendo perder la paciencia con tantos silencios!

—Voy a contarte todo, pero primero vas a tener que prometerme que me dejarás hablar sin interrupciones. Diré la historia completa sólo si haces tú promesa.

—De acuerdo.

—Eso no es todo, también quiero que me jures que no te enfurecerás, ni lastimarás a Ian.

—¡Lo sabía! ¡El maldito te hizo algo! ¡Voy a matarlo! —rugió colérico.

—¡No matarás a nadie! Y si empiezas así, no te diré nada —le advirtió, poniendo los brazos en jarra.

Cameron procuró parecer calmo para que ella hablara de una vez por todas. Asintió con la cabeza y la alentó a continuar.

—Lo primero que voy a confesarte serán mis sentimientos —tragó saliva de manera nerviosa—. Yo estoy enamorada de Ian —Kate cerró los ojos para darse ánimos y cuando volvió a abrirlos miró a su hermano, notando que aparentaba tranquilidad y que no se veía sorprendido. Era como si ella le estuviese relatando algo que él ya sabía—. En realidad esto no es nuevo, he amado a Ian desde que era una niña —continuó explayándose y sacando a la luz lo que guardaba su corazón—. Yo sería la mujer más feliz de ésta tierra si él me tomara por esposa.

—Siempre lo sospeché. Lo de tus sentimientos por él —aclaró, señalando con la cabeza hacia la zona en dónde se ubicaba el cobertizo—. Continúa Kate.

—El otro día, en la feria, sucedieron algunas cosas...

Su hermano la miraba con los ojos entornados y parecía listo para salir a golpear a alguien en cualquier momento, aunque no volvió a interrumpirla.

—Fue un paseo maravilloso, nos divertimos muchísimo. Recorrimos los puestos, escuchamos a un juglar y hasta bailamos un *Reel* —su voz sonaba soñadora.

Cam quería rogarle que fuese al grano, pero había prometido guardar silencio, así que se armó de paciencia.

—No sé cómo, en varias ocasiones quedamos muy cerca uno del otro, como a punto de besarnos, pero Ian, finalmente siempre se alejaba.

—¡Por lo menos en algún momento fue sensato! —opinó él, ya sin poder contenerse.

Kate no le prestó atención.

—Entre nosotros hay una atracción innegable. Soy consciente de que no sé mucho de éstas cosas del romance, aún así, te puedo asegurar que él estaba tan afectado como yo, Cam.. En un momento, quise decirle que lo amaba y él no me lo permitió. Me exigió que nunca más volviese a intentar decírselo y que arrancara lo que sentía por él de mi corazón.

—¿Te explicó por qué te pedía eso? —preguntó Cam, intrigado con la conducta de su mejor amigo. *¿En caso de estar él también enamorado de Kate, por qué no le hace frente a los sentimientos?*

—Dijo que yo no podía quererlo porque él era un simple plebeyo que no era digno de mí. Que yo tenía que casarme con un hombre de mi nivel; con alguien que pudiese ofrecerme lo que me merecía, ya sabes: título, riquezas, posesiones... Cosas que a mí no me importan, Cam. Yo sólo lo quiero a él.

—Entiendo, Kate. Ven aquí, pequeña —la tomó de la mano y la llevó hasta un banco de madera; se sentaron uno junto al otro. Sin soltarla de la mano, comenzó a explicarle el porqué de la conducta de su amigo—: Ian nunca olvidó sus orígenes. ¿Recuerdas cuánto se enfureció cuando yo le dije que daría mi vida por él?

—Sí, lo recuerdo. Él está convencido de que su vida no vale nada al lado de la tuya, sólo porque su origen es humilde.

—Ahí es donde tengo que corregirte, hermanita; Ian cree que no vale nada al lado de ninguno de nosotros. Toda mi vida lo he tratado como a un igual, porque él se ha ganado ese lugar; sin embargo, no se siente a la par. ¡Aún seguiría llamándome *Mi Lord* ó *Mi señor* si cuando éramos pequeños yo no lo hubiese amenazado con dejar de ser su amigo! —Exclamó, negando con la cabeza—. Comprendo que no se sienta a tu altura para ser tu esposo; pero dime, Kate, ¿eso no fue todo lo que ocurrió, verdad?

—No. Fue cuando él me rechazó de esa manera que yo salí corriendo, me mezclé entre la gente

y me oculté para que él no me encontrara. Me sentía tan herida y avergonzada que quería perderlo de vista, al menos por un momento.

Cam la miró con un gesto de reproche.

—Sé que fue un error —se apresuró a aclarar—. Ian finalmente me encontró, y ahí fue cuando McPherson me atrapó, antes que yo volviera con él.

—¿Te das cuenta del riesgo que corriste, Katherine?

—Eso fue exactamente lo mismo que me dijo Ian al rescatarme. Nunca lo había visto así —murmuró—. Su voz era fría como el hielo cuando le habló a mi captor y sus ojos estaban repletos de ira.

—Es un guerrero, Kate; el mejor que he visto en mi vida. Y si Ian tenía la mirada de furia que recuerdo haberle visto alguna vez en las batallas, ¡puedo asegurarte que McPherson se debe haber cagado en sus botas! —Cam sonrió orgulloso de su amigo.

—Bueno, puede ser. ¡Aunque con lo mal que olía ese hombre repugnante, no creo que se distinguiese si se había hecho en sus botas o no! —Por un instante, los hermanos rieron compartiendo la broma, sin embargo, la charla no había terminado y Kate sabía, condenadamente bien, que ahora venía la parte más vergonzosa de explicar.

—¿Qué pasó entonces, después de que Ian expulsó a McPherson de las tierras McInnes?

—Él seguía furioso, pero también advertí su miedo. Era miedo por mí, Cam; pánico por lo que podría haberme sucedido, lo sé. Entonces todo sucedió muy rápido, Ian me tomó en sus brazos y me besó... muy apasionadamente —su voz se había tornado más baja, casi imperceptible.

—¿Él? ¿Tú y él?

—No, fue sólo un beso... ¡Fue tan maravilloso! —exclamó con voz soñadora—. Era como haber perdido la razón; nada más existió en ese instante, sólo él y yo. Sin embargo, Ian, inoportunamente, recuperó el juicio —dijo decepcionada.

—¿De qué estás hablando, Kate?

—Yo quería ser su mujer, Cam. Sé que debería estar avergonzada, pero no lo estoy. Yo lo deseaba, anhelaba entregarme a él y se lo confesé, también cuanto lo amaba y le pedí que se casara conmigo.

—¿Tú le dijiste eso? ¿Katherine, acaso te has vuelto loca? Ninguna muchacha decente le dice esas cosas a un hombre y sigue siendo virgen.

—¡Yo, lamentablemente, lo sigo siendo! ¡Ese condenado y su sentido del honor! Volvió a darme todas sus malditas excusas de porqué él no era apropiado para mí y descargó todo su enojo y frustración contra un tronco, lanzando puñetazos.

—Katherine —sonrió su hermano—. ¿Te das cuenta? Él se cree indigno de ti y sin embargo, es el hombre más honorable que pisa ésta tierra. ¡Hablaré con él y lo haré recapacitar! No te preocupes, hermanita; si hay un hombre que te merece, y no importan los títulos o las posesiones, ese es Ian Mc Dubh y me encargaré de que el muy testarudo lo comprenda.

—¡Oh gracias, Cam! —Kate abrazó a su hermano, esperanzada, y lo cubrió de besos.

—Sólo, no vuelvas a lanzarte a sus brazos hasta que no estén debidamente casados, ¿sí?

—Lo prometo. Haré lo posible por mantener las distancias hasta que tú hables con él.

—Bien. Ahora volvamos al castillo que ya está refrescando y tú no has traído una capa —Cam miró hacia el cielo cubierto de espesas nubes y negó con la cabeza—. Parece que se avecina una tormenta. ¡Espero que Ian haya podido terminar de reparar el cobertizo y que aún le quede algún dedo sin machucar! —Los dos estallaron en carcajadas al recordar la diatriba que había soltado Mc Dubh desde el techo.

Capítulo V

Kate subió a su cuarto para lavarse y cambiarse para la cena. Estaba decidida a metérsele por los ojos a Ian. Él le había dicho que era un hombre y que cómo cualquier hombre, reaccionaba ante una bella mujer. De esas palabras, Katherine había sacado varias conclusiones: primero, que Ian la creía bella y segundo, que él ya había demostrado una vez que ella lo hacía reaccionar.

Kate quería ser la mujer más hermosa para él, acaparar toda su atención; lograr que cuando ella estuviese frente a él, nadie más existiera. Eran expectativas muy altas las que tenía y ella lo sabía, sin embargo, tenía la extraña sensación de que podría obtener su cometido.

A decir verdad, nunca había sido demasiado coqueta; pero a partir de la salida a la feria, se había vuelto más cuidadosa con su aspecto. Una vez que había probado cuánto podía tentarlo y hasta qué punto lo había excitado, ella ansiaba repetirlo y no descansaría hasta lograrlo.

Una doncella regordeta, con la cara redonda tal como una luna llena, de cabellos rubios y mejillas coloradas, le cepillaba el largo cabello.

—Milady, ¿cómo quiere que le peine el cabello hoy? ¿Le gustaría un recogido?

—No, no Morag; me gustaría dejarlo suelto. ¿Qué te parece si sólo trenzas algunas hebras en la coronilla para despejarme el rostro?

—¡Oh sí, Lady Kate! ¡Le quedará precioso! Déjeme ver... —la examinó minuciosamente—. ¡Ya lo tengo! Podría prenderle en las trenzas algunas florcillas con perfume dulce.

La joven asintió encantada.

La amable doncella se había sorprendido gratamente cuando Kate le había pedido, en esos últimos días, que probara hacerle distintos peinados. La señorita, antes bastante indiferente con esos detalles, aunque nunca se la podría haber tildado de desalineada, ahora prestaba atención y hasta opinaba. Tampoco salía de su cuarto sin antes haber visto su reflejo y comprobado que se veía bonita y que el atuendo elegido le sentara bien.

—Morag, hoy me pondré una túnica verde bajo el tartán.

—Últimamente ha vestido ese color casi todos los días, Milady. ¿No prefiere el amarillo, o tal vez el púrpura; ese que se parece tanto a las flores de brezo que cubren las praderas de las tierras de

McInnes?

—¡No, no, Morag! —Negó con énfasis—. ¡Hoy vestiré el verde claro! Y mañana hablaré con la costurera para que me confeccione algunas prendas más; todas en distintos matices de verde.

—Milady, ¿qué se le ha dado ahora por usar sólo ese color? Si hasta hace poco, prefería otros, cómo el azul o el naranja.

—Bueno, verás Morag, alguien me ha dicho que el verde queda bonito con el color de mis ojos. ¿Puedes creerlo? ¿Yo no sabía que mis ojos tenían una pizca de verde? —Se quedó pensativa y con una sonrisa soñadora en los labios rosados.

—¡Claro, si usted tiene ojos pardos, mi querida! —Exclamó la doncella, haciéndole saber a Kate, que todos sabían que los ojos de ella tenían algo de verde—. Y... Mmmm, esa persona que le ha develado este misterio, ¿es alguien muy importante para usted, Lady Katherine? ¿Alguien a quien desea impresionar, tal vez?

La doncella sonreía en forma maternal, al observar con cariño a la muchacha que ella había criado desde pequeña.

La madre de Kate había fallecido después de una larga agonía por padecer las fiebres, cuando la pequeña aún ni había aprendido a caminar. Había sido Morag quien la había acompañado; quién había sido cómo una madre para ella; quien le había curado sus rodillas raspadas, y la había abrazado para consolarla después de alguna pesadilla. Ella había visto crecer a esa pequeñita hasta convertirse en mujer; y ahora esa mujercita, estaba soñando con algún muchacho.

Los años han pasado demasiado rápido, y mi niña Kate, parece realmente enamorada. Morag esperaba que el joven en el que su Señora había puesto sus ojos, realmente la mereciera.

Ella es una persona de naturaleza adorable; dulce, divertida, trabajadora; a veces un poco entrometida, según suelen quejarse bastante seguido su hermano, Lord Cam y también el joven Mc Dubh... Morag se detuvo a pensar un segundo. *El joven Mc Dubh*, se repitió mentalmente y fue como si hubiese tenido, de repente, una revelación.

¿Será él a quién ella quiere impresionar?

Kate le sonreía pero no le había respondido las preguntas. La mujer cincuentona levantó las cejas en gesto interrogante, instándola a hablar.

—Mira, Morag, hay alguien que me gusta y ha sido él quien me ha dicho lo de mis ojos —la parte alta de sus pómulos se tornaron de color rosado intenso—. ¿Sabes? ¡Me dijo que mis ojos no son aburridos! —Exclamó con entusiasmo—. ¿Te das cuenta, Morag? ¡Le gustan mis ojos! ¡Oh Dios, estoy tan enamorada de él!

—¿Quién es, Milady? —la mujer, mientras hablaba, estaba terminando de ajustarle la prenda de tartán sobre la túnica verde claro.

—Oh, no puedo decírtelo, querida Morag. Sólo te diré una cosa: lo amo más que a mi vida y no descansaré hasta conquistarlo; hasta que él sienta lo mismo por mí. ¡Ya verás, Morag, él, algún día, me dirá que me ama! ¡Estoy segura, lo siento aquí! —Se tocó el centro del pecho. Su voz sonaba temblorosa debido a la emoción—. Algo aquí dentro; mi corazón, o tal vez sea algo más profundo cómo mi alma, me dice que él me amará... —hizo una mueca—. Puede que ya me ame, sólo falta que lo reconozca. ¡Algún día lo hará y ese, te juro, será el día más feliz de toda mi vida!

—¡Oh, mi querida, le rogaré a Dios para que ese hombre se enamore de usted; pero principalmente, elevaré mis plegarias para que la persona en la cual usted ha depositado sus afectos, realmente la merezca!

—No tienes que preocuparte, Morag —se puso de pie y besó a la doncella en la regordeta mejilla—. ¡No hay nadie, más digno que él!

—¡Señor! —exclamó Ian, sin poder contener las palabras que le salieron sin pedir permiso en cuánto Katherine ingresó al salón.

Ella había descendido la escalera de piedra, enfundada en una prenda de color verde claro que se ajustaba provocativamente a su cuerpo, delineando sus caderas, su pequeña cintura y sus senos redondos y generosos.

Ian, en cuanto la vio, no pudo reprimir el recuerdo del sabor de esos pechos, de la suavidad de su cremosa piel. Las palmas de las manos le cosquillearon por el deseo de tocarlos otra vez, y sintió como toda la sangre de su cuerpo se agolpaba en un solo lugar de su anatomía. Un lugar cuya rigidez lo estaba matando.

—¿Has dicho algo, Ian? —preguntó Cam, a quien no le había pasado inadvertida la reacción de su amigo.

—Nada —respondió él, secamente, haciendo un esfuerzo sobrehumano para quitar sus ojos de esa sirena que lo hechizaba.

Con aquellos cabellos largos hasta la cadera, salpicados por diminutas florcitas blancas, y caminando elegantemente hacia la mesa principal; Ian volvió a imaginarla como a la *Sidhe* de la canción.

—¿Joven Mc Dubh, le sirvo más vino?

Una linda muchacha de unos veinte o veintidós años le habló con voz sensual. Era una de las siervas del castillo, quien estaba evidentemente atraída por Ian. Una de las tantas que se desvivía por ofrecerle sus favores.

Justo en ese momento, la sirvienta se había inclinado hacia él, dejando expuesta una buena

porción de su escote. Ian ni siquiera le prestó atención. Sus cinco sentidos sólo apuntaban en una dirección. La muchacha se cansó de esperar una respuesta, así que sin más, le llenó la copa y pegó media vuelta. Nadie notó la sonrisa complacida que esbozó Cam en ese momento.

Lady Katherine se sentó a la izquierda de su hermano, quien ocupaba la cabecera en la gran mesa. Frente a ella, a la derecha de McInnes, estaba Ian. Los dos hombres la saludaron con una inclinación de cabeza, a la que ella respondió con igual gesto.

Inmediatamente después de que Kate se acomodara en su lugar, se acercaron dos mujeres a servirle la cena. Kate observó, con bastante rabia, como ellas intentaban provocar a los dos caballeros; sin embargo, tanto Cam como Ian se mantuvieron inmutables y eso tranquilizó bastante a Kate, que hasta ese segundo se moría de nervios.

—Esta noche estás hermosa, Kate —Cam dijo esto observando de reojo a su amigo, quien a pesar de los esfuerzos, aún no había logrado desviar la vista—. ¿Verdad, Ian, que mi hermanita hoy luce estupenda? —La mirada del rubio, ahora estaba posada directamente sobre el aludido.

Kate, a causa del comentario hecho por su hermano, se había ruborizado hasta las orejas.

Ian le dirigió una mirada de sorpresa a McInnes. Le resultaban extraños esos repentinos halagos por parte de Cam hacia Katherine.

—¡Hermano, no tienes que ir por ahí buscando que la gente me elogie! —Expuso, sonando indignada. No podía creer que la hiciera atravesar por semejante vergüenza. *¿Qué espera, que Ian me declare su devoción, así, sin más?* No era esa la forma en la que ella quería atraer su atención.

El gran amor de su vida se había quedado absolutamente callado, fue por esa razón que Kate se sorprendió todavía más, cuando escuchó su voz rompiendo el incómodo silencio que se había formado.

—Coincido contigo, Cam; Katherine está preciosa esta noche.

El corazón de Kate estuvo a punto de estallar.

—Sin embargo, no sé qué es lo que te extraña tanto —continuó diciendo Ian, con un tono de voz tranquilo—, todos los que estamos en este salón, sabemos que ella es la mujer más hermosa del clan.

—¡Sí que lo es! —Exclamó Cameron, evidentemente complacido con la respuesta de su amigo y levantando su copa a modo de brindis.

Voy a matarlo, se dijo Kate.

—Ian, me gustaría mantener una conversación contigo después de la cena —soltó Cameron. Su tono de voz había cambiado por completo.

Mc Dubh dejó suspendida, a mitad de camino, la copa que estaba llevando a sus labios.

—¿Sucede algo? —Una nota de preocupación se colaba en sus palabras. Volvió a dejar la copa sobre la mesa.

—Es un tema importante que me gustaría tratar contigo, a solas —aclaró—. No te alarmes; no creo que sea algo para preocuparse.

—¿Quieres adelantarme algo?

—Después lo conversaremos. Ahora disfrutemos de esta buena cena antes de que se enfríe —se llevó un trozo de carne asada a la boca—. ¡Está deliciosa! —Exclamó, deleitándose con el manjar.

Ian se alzó de hombros. Había comprendido que su amigo no diría ni una sola palabra hasta que no estuviesen solos. Tomó la copa de vino y bebió el resto que quedaba en ella.

No habían probado más de dos bocados cuando un hombre joven de gran altura, notoriamente fatigado y algo sucio, ingresó al salón flanqueado por dos guardias del castillo.

—Mi señor —habló uno de los escoltas, dirigiéndose a McInnes—. Este caballero ha pedido expresamente entrevistarse con usted.

Cam se puso de pie y se acercó al hombre. Ian, con gesto serio, hizo lo mismo y se colocó a la derecha de su amigo, unos tres pasos detrás, custodiándolo y con la mano apoyada en la empuñadura de su espada.

Cam observó al recién llegado de arriba abajo, seriamente. Notó que aquel hombre tendría unos veinticinco años. A pesar del polvo que cubría sus ropas, se veía que éstas eran de buena calidad. El aspecto en general, del joven de cabello negro no demasiado largo y ojos oscuros, se notaba cuidado. Supuso que su suciedad y su barba crecida de dos o tres días, con seguridad, se deberían a un extenso viaje a lomos de caballo. Cam habló, sólo después de sacar sus conclusiones.

—Portas los colores de MacKenzie —no era una pregunta sino una afirmación. Cam conocía a la perfección el tartán del clan aliado—. ¿Quién eres y quién te ha enviado?

—Mi nombre es Jason y me ha enviado mi tío, el Laird MacKenzie, señor. Tengo órdenes explícitas de hablar con Cameron McInnes y rogarle su ayuda—. El hombre todavía estaba cansado por el viaje realizado y le costaba un poco hablar de corrido sin que se le entrecortaran las palabras.

—Yo soy Cameron McInnes —se presentó—. Ven, Jason MacKenzie, eres bienvenido a mi mesa y allí me podrás contar que es lo que te trae por aquí.

El anfitrión hizo señas a unas siervas que estaban apostadas junto a la puerta que conducía a las cocinas, para que el viajero fuera prontamente atendido.

—Mi señor, le agradezco su hospitalidad, pero me temo que no tenemos tiempo para tantas formalidades. Lo que me trae aquí es un asunto que no admite más demoras.

—Bueno, habla entonces, hombre; pero al menos siéntate un momento y bebe una copa de vino

mientras lo haces.

—Gracias —el joven asintió. Bebió el líquido en pocos y largos tragos para no demorar demasiado y empezó a explicar el motivo de su viaje—. Mi tío me ha enviado para solicitar su ayuda, señor.

—Sí, sí, ya has dicho eso. ¿Pero qué es lo que ha sucedido para que tu tío envíe por mí?

—En realidad, mi tío lo necesita a usted, y a algunos hombres más de su clan, que pueda llevar —bebió unos tragos más de la copa que le habían vuelto a rellenar con un vino caliente con especias, que pronto le devolvió la temperatura a su cuerpo. Afuera la noche estaba fría y el viento helado se le había calado hasta los huesos a Jason MacKenzie.

—Bien, Jason. Estoy esperando que hables.

Jason asintió.

—Un grupo de hombres del clan McPherson ha secuestrado a dos de las hijas de mi Laird.

—¿Qué? —rugió Cam. Los presentes levantaron la vista, sobresaltados con la reacción de su señor—. ¿A quienes se han llevado?

—A lady Fiona y a lady Brenna.

El puñetazo que Cam estrelló contra la mesa dejó a todos perplejos. Nadie hubiese esperado tal reacción, cargada de efusividad y de absoluta ira.

Ian se puso de pie. En su rostro se veía una clara interrogación. Cam no le prestó atención y continuó con su interrogatorio.

—¿Cuándo se las llevaron?

—Se las llevaron hace tres días. Ellas viajaban hacia el sur a visitar a unos familiares, entonces su caravana fue interceptada en el camino poco después de salir de las tierras de MacKenzie —negó con la cabeza, su voz y su mirada estaban cargadas de pesar—. La mayoría de los guardias fueron asesinados y ellas dos capturadas. Una de las doncellas que pudo huir se escondió entre unos matorrales y cuando los McPherson huyeron, regresó al lugar para verificar si alguien continuaba con vida. Sólo dos de los diez hombres que formaban el Séquito fueron salvados; el resto de ellos estaban muertos.

—¿Por qué no fui avisado antes? —Inquirió—. ¡Ya han pasado tres días! —Los ojos pardos fulminaban a MacKenzie—. ¡Mierda! —Soltó abruptamente, separándose de la mesa. En esa situación, no soportaba quedarse quieto—. ¡Ya podría haberles sucedido cualquier cosa en manos de esos desgraciados!

—Mi señor, en cuanto el Laird fue informado salió con un grupo de hombres detrás de los McPherson y me envió a mí en su busca —explicó el joven—. He cabalgado por dos días, sin

detenerme más que unos minutos para atender mis necesidades, eh, lo siento señorita —se disculpó Jason al notar por fin la presencia de Kate.

—No tiene porque disculparse, señor, yo lamento mucho lo que ha ocurrido con sus primas.

—Gracias —él asintió, después regresó su atención a Cam—. Mi señor, entonces, ¿vendrá usted conmigo a ayudarnos a rescatar a mis primas, Lady Fiona y Lady Brenna?

Al oír el nombre de Brenna, Cam cerró los ojos un instante y tragó con dificultad. Un nudo incómodo se le había instalado en la garganta. De repente, un odio inmenso, una furia que jamás había creído que sería capaz de sentir, se le había arraigado a las entrañas.

—Prepararé a un grupo de hombres y partiremos en menos de una hora —expuso con firmeza—. Tú, si quieres, aprovecha a comer algo y a descansar un poco MacKenzie; pero antes de que transcurra una hora te quiero listo para emprender el viaje —concluyó, sin dar lugar a refutaciones.

El joven asintió de acuerdo, relajándose un poco en la silla. Era como si todo su cuerpo implorara por un merecido descanso, sin embargo, sólo tenía menos de una hora para recuperar sus fuerzas.

Katherine, apenada por él, le acercó una fuente con comida y una jarra con más vino especiado. Él se lo agradeció sinceramente mientras devoraba, a grandes bocados, la exquisita carne asada. Mientras lo observaba, Kate se preguntaba seriamente cómo haría ese hombre, que había cabalgado durante dos días y dos noches, para volver a lanzarse en una travesía tal vez más dura que la anterior.

—Alistaré mis cosas —acotó Ian, poniéndose de pie, antes de que Cam saliera del salón.

—No, Ian —respondió Cameron, deteniéndose al pie de la escalera de piedra—. Tú no irás con nosotros.

—¿Qué? —Preguntó con incredulidad—. ¿Piensas mezclarte en una escaramuza con los McPherson y no vas a llevarme contigo? —Ahora era Ian quien se movía inquieto, acercándose a su amigo—. Voy a ir contigo —dijo con resolución—, necesitas quién te cuide las espaldas, amigo mío —su tono era decidido, no obstante, Cam pensaba ser más firme aún.

Se acercó a Ian, apoyándole las manos sobre los hombros y haciendo contacto visual.

—Necesito que cuides de alguien que es mucho más importante que mis espaldas, y esa, sabes que es mi hermana, Ian. Entiende que no puedo dejarla sola —le sonrió de lado—. Necesito al mejor guerrero protegiéndola y no hay nadie mejor que tú.

Ian quiso protestar. Cam lo silenció, negando con la cabeza.

—Únicamente sabiendo que ella está contigo, yo puedo partir tranquilo. Ian, en mi ausencia y hasta que regrese mi padre en un par de días de su viaje por las islas de *Skye*, tú estás a cargo del castillo y de su gente. Confío plenamente en ti para que tomes las decisiones adecuadas con respecto a cualquier asunto que se presente y sobre todo, te encomiendo la seguridad y el bienestar de

Katherine. Me llevaré a un grupo de veinte hombres, el resto queda plenamente bajo tus órdenes.

—Procuraré no traicionar tu confianza —dijo Ian, inclinando la cabeza a modo de reverencia.

—Lo sé —fue la respuesta de Cam. Palmeó a su amigo en la espalda y sin decir ni una palabra más, se encaminó hacia las escaleras, ladrando órdenes a sus hombres: Que ensillaran los caballos quienes debían alistarse y que les prepararan provisiones para varios días, fueron algunos de sus pedidos antes de desaparecer hacia su cuarto.

—¡Será un gran Laird algún día! —Exclamó con admiración, Jason MacKenzie, con la mirada todavía fija en corredor oscuro.

—¡Si no lo matan antes! —Refunfuñó Ian, en evidente desacuerdo por no poder acompañar a su amigo en esa batalla.

Ellos siempre habían combatido juntos, cuidándose las espaldas. Ahora Cam estaría solo; con sus hombres, sí, pero sin la otra mitad del equipo y esa idea a Ian lo dejaba muy intranquilo.

—¿Eres Ian Mc Dubh, verdad? —lo interrumpió la voz del visitante.

—Sí. ¿Tan conocido soy? —Intentó bromear.

—Su reputación, como el mejor espadachín de las Highlands lo precede, señor —las palabras de Jason no mostraban ni una pizca de burla, todo lo contrario, rebosaban de admiración.

—¡De nada me sirve ser el mejor guerrero si mi señor no me lleva con él para protegerlo! —Bufó.

—Su señor le ha encomendado una misión mucho más importante, Ian. Realmente usted debe ser el mejor, de lo contrario no le confiaría su clan y la vida de su hermana. Y no debe preocuparse, tal vez no seamos tan buenos como usted, pero le prometo que protegeremos a McInnes.

—¡Mas les vale que así sea, MacKenzie!

Capítulo VI

Los veintidós highlanders, con Cam y Jason a la cabeza, partieron montados en veloces corceles a todo galope en mitad de la noche, con rumbo al este, a las tierras de los McPherson. Pronto, sólo fueron un punto a lo lejos en la extensa pradera, apenas iluminados por la débil luz de la luna, hasta que desaparecieron por completo de la vista de los ocupantes del castillo.

—Ian, ¿por qué crees que Cam reaccionó con tanta furia al oír los nombres de las muchachas capturadas por McPherson?

—Vamos dentro de la fortaleza —dijo él, en vez de responder—. Aquí en el parapeto hace demasiado frío y puedes enfermarte—. La tomó de la cintura para guiarla al interior del castillo. Kate clavó los talones en el suelo, haciéndolo detener, y enfrentándolo.

—¡Estas cambiando de tema, Ian Mc Dubh! —Exclamó enfurecida—. ¡Tengo dieciocho años! ¿Crees que aún pueden resultar las tácticas que usaban tú y mi hermano cuando yo era una niña y ustedes querían evadirse de responder algunas de mis preguntas?

La posición de Kate, con los brazos en jarra y un claro gesto de disgusto, divirtieron a Ian, quien no pudo reprimir una carcajada. Ni tampoco el inmenso deseo de quitarle un rizo que se había soltado de la trenza y ahora caía sobre una de sus mejillas sonrosadas.

—Bueno, Kate; no puedes culparme por intentarlo, ¿verdad?

—¡Eres un maldito descarado! ¿Todavía tienes la desfachatez de reírte de mí? —El delicado roce de los dedos de Ian apartando el cabello le había enviado estremecimientos a cada rincón de su cuerpo. Respiró hondo y se obligó a sí misma a no pensar en todos los lugares de su cuerpo en los que deseaba sentir esa sutil caricia; en cambio añadió—: ¡Estoy esperando una respuesta! —*¡Señor! ¿Esa fue mi voz?* Lo que ella había querido que sonara como un reclamo había sonado más como un gemido.

—De acuerdo, no te enfades; te lo diré. De lo contrario nos tendrás a los dos helándonos aquí afuera hasta que obtengas la respuesta que buscas —masculló, conociendo más que bien lo testaruda que podía llegar a ser Katherine. Desde luego, rasgo que compartía con su hermano. Los McInnes podían ser muy tercos cuando se lo proponían y Ian sabía que en una batalla de voluntades contra ellos, casi siempre le ganaban a él por cansancio.

—¡Estoy esperando, Ian! Y te informo que ya estás bastante pálido. Si sigues haciendo tiempo

te pondrás azul del frío —se burló.

Kate estaba muy arrebujada en su capa de lana, pero él estaba sin abrigo y realmente esa no era una noche para permanecer mucho tiempo a la intemperie sin más ropa que la que llevaba puesta: una delgada camisa de rústico lino y su tartán arrollado a la cintura.

—A Cam, bueno, digamos que le gusta mucho Lady Brenna MacKenzie —expuso finalmente, creyendo que aquello dejaría conforme a la muchacha. Se equivocó abismalmente.

—¿Le gusta mucho? —Quiso saber—. ¿Y cuánto es mucho para Cam?

Ian puso los ojos en blanco.

—Tanto como para querer comprometerse con ella. ¿Estás conforme ahora, Katherine? —Le preguntó, mirándola a los ojos y esos ojos le decían que no. Con resignación añadió—: Bien, ahora que ya te he dicho eso no veo por qué no te diría el resto.

—¿Hay más? —Gritó, abriendo los ojos como platos.

—Sí, hay más. Verás, en realidad, Cameron estaba esperando el regreso de tu padre para hacer un viaje hasta las tierras de los MacKenzie y pedir la mano de Lady Brenna.

—Ya veo. Entonces para Cam esto es algo personal y no dudará en arriesgar su vida por ella, ¿estoy en lo cierto?

—Lamentablemente sí. Es por esa razón que yo quería ir con él y cubrirle las espaldas.

—Ella... ¿Le corresponde a Cam en sus sentimientos? ¿Vale la pena que mi hermano se arriesgue por esa mujer?

Kate, con el dorso de la mano, se secó las lágrimas que ya habían empezado a escocerle en los ojos. Ian la atrajo hacia él en un abrazo fraternal, sin dobles intenciones. En ese momento, sólo quería consolarla. Y ella se refugió en su seguridad, descansando la cabeza sobre su pecho; así podía escuchar los latidos de su corazón y ese rítmico sonido fue el que la fue reconfortando.

—Sí, Katherine —susurró, mientras le acariciaba el cabello—, Lady Brenna le corresponde. Cuando acompañé a tu hermano en el último viaje, pude ser testigo de lo enamorada que se mostraba ella de él.

—Cuéntame más sobre ella, Ian. Todo lo que puedas decirme; todo lo que sepas, por favor —levantó sus ojos pardos hacia él, implorando. Ian asintió.

—No sé mucho, pero te diré lo poco que sé. Aunque no aquí afuera —advirtió—. Vamos a la cocina a beber algo caliente y tal vez algún trozo de pastel, ¿quieres?

—Suena bien.

Ian sintió que se le iluminaba el alma al volver a ver una sonrisa dibujada en los labios de Kate. Adoraba verla feliz. La escoltó hasta la cocina, y allí se sentaron en un tosco banco de madera oscura que estaba apoyado junto a la pared, cerca del fuego. La anciana cocinera, antes de retirarse a su cuarto a descansar y dejarlos solos, les sirvió dos tazas de café bien caliente y una porción de pastel de frambuesas a cada uno.

Kate removía con la cuchara el relleno de la tarta pero no probaba bocado. Su rostro estaba pálido y entristecido, también se veía agotada, como si en cualquier momento se fuese a quedar dormida allí mismo. Sin levantar la mirada de su plato, habló:

—Entonces, Ian, ¿qué sabes de Lady Brenna? ¿Cuántos años tiene? ¿Es bella?

—¡Uy, cuántas preguntas! —Ian estiró las piernas y se recostó sobre la pared. Ella había vuelto a sonreír, sin muchas ganas, pero era una sonrisa al fin—. Lady Brenna debe tener veinticuatro o veinticinco años.

—¿Si? ¿Es bastante grande, no es verdad? ¿Acaso es fea que aún no se ha desposado? ¿Por qué le gusta a Cam si es una solterona fea? —Volvió a soltar una pregunta detrás de la otra, mientras escudriñaba atenta el rostro de Ian.

—Bueno, sí, es algo mayor —asintió, luego se alzó de hombros antes de continuar—. Realmente no sé porqué no ha contraído matrimonio; pero seguramente no le habrán faltado pretendientes y proposiciones. Debo decirte, ya que tú me lo has preguntado —aclaró—, que las cuatro hijas de MacKenzie son mujeres preciosas y Lady Brenna, sin dudas, es la más hermosa de todas ellas.

—Bueno, yo sólo te pregunté por Lady Brenna no por sus hermanas, a las cuales no hacía falta que mencionaras. Tampoco era necesaria tanta efusividad al describir lo bellas que son las MacKenzie.

—¿Estás celosa? —Soltó una carcajada. Se inclinó hacia ella, tomándola por la barbilla y mirándola a los ojos—. Vamos, Kate, ninguna de ellas llega a hacerte sombra —volvió a separarse; tanta proximidad no era apropiada, y procurando sonar despreocupado añadió—: Dije que Lady Brenna era la más hermosa entre sus hermanas, pero tú eres la mujer más bella de toda Escocia.

Ian, últimamente, estaba sufriendo del peor de los males que le podría haber aquejado, según sus propios pensamientos, claro; y ese mal era el de hablar demasiado rápido, sin detenerse a analizar lo que se le cruzaba por la cabeza; cómo en ese preciso instante. *¡Demonios, lo he vuelto a hacer!*

—Kate, olvida lo que he dicho..., por favor —le rogó.

—Lo intentaré, Ian —dijo ella, sobrecargada de alegría—. En éste preciso momento estoy intentando olvidar que es la segunda vez en el día que me dices que soy la mujer más hermosa —estaba a punto de fallar en su intento por reprimir una sonora carcajada—. ¡Lo estoy intentando! ¡Te juro, Ian, que lo estoy intentando!

—¡Oh, claro, si estás haciendo un esfuerzo increíble por olvidarlo! ¡Déjate de burlarte de mí, pequeña! —le advirtió y entonces fueron los dos quienes, por un breve espacio de tiempo, compartieron el buen humor; aunque no duró demasiado—. Escúchame, Kate. No voy a negarte lo que es obvio. Eres hermosa, y...

—¿Y te gusto? —arriesgó ella.

—Sí, me gustas; pero eso no cambia nada entre nosotros.

—Está bien, Ian; no hace falta que vuelvas a repetirlo. Ya me quedó más que claro —le acarició la mejilla, dándole a entender con ese gesto que no insistiría; al menos por ahora.

Sus ojos se encontraron y ese segundo extraordinario quedó suspendido en el tiempo; ella, perdiéndose en las profundidades azules; él, en ese juego de matices que eran los ojos de ella. Lo que ninguno decía con palabras, con sus miradas lo transmitían.

Ian ya había sondeado en el corazón de ella en otras oportunidades y sabía lo que Kate guardaba allí. En cambio Kate, nunca había podido leer los sentimientos de él. Por primera vez le pareció atisbar algo. *¿Es amor?* No se haría ilusiones, no todavía, *¿O sí?*

Katherine se amparó bajo el brazo de él. Necesitaba que la abrazara. Por ahora se conformaría sólo con eso, ya vería que le deparaba el destino para el futuro. Dejó que el cansancio la venciera y sintiendo la dulce caricia de Ian en sus cabellos, se quedó dormida.

Katherine, ¿cómo se supone que voy a lograr estar cerca de ti, amándote tanto y teniendo que mantenerme alejado? ¿Justo tú tenías que ser la hija del Laird, mi amor? ¿Señor, no podría simplemente haber sido una aldeana, la hija del herrero, de un carpintero, una de las muchachas de las cocinas?

Ian la alzó en brazos para llevarla al cuarto; ella se removió un poco, se aferró a su cuello y apoyó la cabeza en su hombro sin despertarse. Él ascendió las escaleras de piedra y cada escalón que subía era una prueba más a su auto control.

—¡Mi maldito honor va a matarme! —masculló entre dientes. Al oír entre sueños el susurro, ella se acurrucó más junto al cuerpo de él, apoyando instintivamente sus labios entreabiertos en la piel del cuello de Ian—. ¡Decisivamente, va a matarme! —Negaba con la cabeza, mientras sonreía resignado.

Abrió la puerta del cuarto. Las cortinas de la ventana estaban descorridas, permitiendo que la luz de la luna bañara la habitación. El cuarto de Kate olía como ella, a flores dulces y a bayas maduras.

Ian apartó las mantas de la cama y depositó a Kate sobre el colchón. Estaba tentado a quitarle la ropa para que ella durmiese de manera más confortable, pero realmente no estaba del todo seguro de poder desnudarla sin abalanzarse sobre ella. *Hoy será mejor que duermas vestida, querida.* Sólo le quitó el tartán y lo extendió sobre las mantas después de arroparla.

El aire del ambiente se sentía frío puesto que el fuego se había extinguido hacía horas; ya no quedaban ni brasas en la chimenea. Ian amontonó algunas ramas más finas y otros leños más gruesos atravesados sobre éstas. Luego de unos pocos intentos, el fuego pronto chisporroteo y las llamas poco a poco fueron ganando terreno a la madera; sólo entonces volvió a acercarse a la cama.

Podría haber pasado toda la noche velando el sueño de Katherine. Descubrió que observarla dormir lo apaciguaba. Ella era un bálsamo para su alma y un rayo de luz para su corazón.

Una vez más deseó con todas sus fuerzas ser alguien digno de ella; tener la libertad de gritarle al mundo cuanto la amaba.

¿Realmente sería tan terrible para ella casarse conmigo?

Ian se permitió imaginarlo... Él era un guerrero sin título, sin fortuna. ¡Claro que tampoco era un marginado, ni un mendigo!

Durante todos esos años, junto a McInnes, había ahorrado algo de dinero. Si quisiera, podría buscar una mujer, casarse y formar una familia y no pasarían hambre, ni les faltaría abrigo; tampoco un techo, puesto que en los últimos años había estado refaccionando la cabaña en dónde había vivido con su padre. En realidad, la había construido nuevamente. Colocando cada uno de los troncos y maderas, había levantado la estructura y hasta la había agrandado un poco. Después de todo, él era el hijo de un carpintero y algo sabía del oficio.

La cabaña casi estaba terminada, y hasta había confeccionado algunos de los muebles con sus propias manos. Con un poco más de trabajo estaría lista para ser habitable, y luego le faltaban los detalles, esos que suelen darles las mujeres: algún tapiz, mantas y cortinados bonitos. La casita tenía una chimenea de piedras que en invierno serviría para caldear el aire de toda la vivienda...

No le fue difícil imaginarse junto a Kate, haciendo el amor frente al fuego; cultivando el pedacito de tierra que le pertenecía; teniendo varios pequeños correteando. Muchachitas con los ojitos pardos y las mejillas coloradas y tal vez algún niño con los ojos azules como él.

Parece una vida feliz.

Ian se inclinó sobre Kate y recorrió el rostro de ella con sus dedos, desde la sien hasta la barbilla. Aspiró el perfume de su cuello y sobre los labios le susurró un *te amo* antes de rozarle, imperceptiblemente, los labios con los suyos.

Te amo y podríamos tener una vida feliz, Kate. Pero al amarte tanto es que no puedo condenarte a tan poco. Tú vivirás en un castillo, mi amor, como siempre lo has hecho; y estarás junto a un gran Laird que te amará. No tanto como te amo yo, porque te amo tanto que más, no creo que sea posible... Pero serás feliz, te prometo que aunque el corazón se me rompa en pedazos al verte con otro, yo no interferiré en tu destino, Lady Katherine.

Capítulo VII

Los siguientes días de Ian fueron una completa locura, colmados de tareas y de preocupaciones y sin tiempo para relajarse. Se encargó de organizar la seguridad de la fortaleza; que fue todo un desafío con el número de guardias que se había visto disminuido. Primero, con la partida de hombres que había llevado el Laird a las islas de *Skye* y después, con los veinte soldados que habían ido con Cam. No obstante, Ian se las había ingeniado para dividirlos en tres turnos de guardias y distribuirlos en lugares estratégicos para cubrir todos los sectores del recinto.

Después estaban los aldeanos, que acudían a él en busca de soluciones a sus problemas más cotidianos. Ian había sido consultado por algunos que le pidieron consejos con respecto a la siembra; también había tenido que ayudar a un matrimonio de ancianos con el parto complicado de una puerca, y hasta tuvo que intervenir como juez ante un par de pleitos entre vecinos, entre otras cosas.

Ian, interiormente, agradecía al cielo que Kate siempre se hubiese mantenido a su lado. Ella le había dado ese empujoncito cada vez que había hecho falta, y un ejemplo claro había sido en la cena desde la primera noche.

El salón había estado, como normalmente ocurría, repleto de personas esperando la cena. Acomodados en largas mesas con bancos de madera de ambos lados, los hombres del castillo con sus familias, habían esperado la llegada del señor del castillo y de la Lady para ser servidos. Ese papel correspondía al Laird McInnes, en su ausencia, lo reemplazaba Cam. Ahora habían faltado los dos y Ian, de ninguna manera, se había sentido capaz de ocupar ese lugar.

—¡Ian, eres tú quien se debe sentar a la cabecera de la mesa! —Le había insistido Kate. Los dos habían permanecido en el corredor, ocultos de miradas curiosas y habían procurado hablar lo más bajo posible para no ser oídos; aunque de tanto en tanto se había filtrado alguna palabra cuando habían elevado un poquito el tono.

—Por favor, Kate, no puedo. Toma tú ese sitio y yo me sentaré a tu derecha —le había rogado, mientras se aferraba a las manos de ella con desesperación.

—¡No seas absurdo! Cam te ha dejado a ti a cargo de esta gente. Ellos necesitan saber que tienen a alguien fuerte que responde por ellos y que los protege y también necesitan tener en claro a quien deben dirigirse y rendir cuentas.

—Kate, absurdo es que yo, alguien que no tiene ningún título, alguien que proviene de la aldea, igual que ellos, se siente en la cabecera de la mesa. ¡No tengo cara para llevar a cabo semejante

brío!

—¡Oh, Ian! —Suspiró con absoluta adoración—. ¿Cuándo empezarás a asumir lo que realmente vales? ¿Recuerdas cuando me dijiste que mis ojos tenían algo de verde y yo ni siquiera lo sabía? Yo creía que mis ojos eran aburridos, que no eran otra cosa más que marrones, pero tú me convenciste de que mis ojos eran bonitos y con una mezcla de matices.

Ian no entendía a donde quería llegar Katherine con aquel sermón. Lo único que sabía a ciencia cierta, era que no podía dejar de mirarla. Sus ojos estaban hechizados por ella.

—Tú eres así, Ian —siguió diciendo, ajena a los atribulados sentimientos que bullían en el corazón masculino—, crees que no vales nada; sigues creyendo que hay que medirte sólo por tu origen humilde y sin embargo, estás a la altura de cualquier Laird o de cualquier heredero. Un título, posesiones, fortuna —enumeró ella con los dedos—, no conforman la verdadera esencia de alguien. Sí lo hacen la honradez, la honestidad, la lealtad, la rectitud —apoyo la palma abierta sobre el centro del pecho de él y sin dejar de mirarlo a los ojos continuó—: el corazón y tú de eso, Ian, tienes de sobra.

—Kate... —el nombre de ella había sido la única palabra que había podido pronunciar.

—Vamos, Ian; la gente te espera para empezar a comer.

Tomados del brazo habían ingresado al salón, como si realmente fuesen el Lord y la Lady del castillo. Las personas habían permanecido en silencio, aguardando expectantes que ellos se acomodaran en la gran mesa.

—Salúdalos, *Mi señor* —le había susurrado ella al oído. Lo que le había hecho ganar una mirada ceñuda por lo del título.

Habían llegado a la mesa. Después de ayudar a Kate a llegar a su lugar, Ian se había colocado de pie junto a la cabecera. Erguido en toda su extensión y aunque por dentro se había muerto de nervios y hasta había tenido un poquito de vergüenza, había hablado con la voz firme.

—Buenas noches —saludó él y Kate se había enorgullecido plenamente del hombre que tenía junto a ella—. Por favor, ya pueden servir la cena.

—Lo has hecho muy bien —le susurró en el oído; inclinándose hacia él para que las palabras solamente quedaran entre ellos—. ¿Te das cuenta de que no resultaba tan difícil?

—¡Eso es lo que tú crees, Kate! —Masculló, apretando los dientes—. Esta silla, realmente me incomoda.

—¡Te queda perfecta! Pero ahora olvídale y disfruta de tu comida, *Mi señor* —le había vuelto a decir ella.

—Kate, deja de llamarme así, por favor.

—No te enfades, Ian; además hoy eres *Mi señor*, aunque tú te empeñes en negarlo.

Esa había sido la primera noche. Desde entonces, ya habían pasado cinco días desde que el joven ocupara el lugar a la cabecera de la mesa y al frente del castillo y todo marchaba de maravillas, aunque cada día estaban más preocupados sin recibir noticias de Cam.

Ian había enviado un mensajero para buscar información acerca de la misión que ocupaba a su amigo, sin embargo no habían llegado todavía los informes, ni buenos ni malos, desde el clan de los MacKenzie. Sí, fueron sorprendidos por una grata llegada ese día y fue la del Laird McInnes.

Esa mañana, Ian estaba entrenando en la liza a un grupo de guardias; enseñándoles nuevas técnicas con la espada. Una segunda tropa, dirigida por Liam, uno de los comandantes del clan, practicaba un poco más alejada, unos tiros con arco sobre unos muñecos hechos con paja. El resto de los hombres ocupaban sus puestos de vigilancia, y fueron ellos quienes, apostados en el parapeto y en la torre, advirtieron la llegada del Laird McInnes y su comitiva.

Ian dejó a sus compañeros practicando y se dirigió al patio para recibir a su señor. Kate, que había estado en su cuarto y desde la ventana había visto el estandarte de su padre, descendió las escaleras como una tromba para ir a su encuentro.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Has vuelto!

El Laird McInnes era un hombre de unos setenta y tantos años. En su juventud había sido un hombre alto y musculoso, de cabellos rubios muy claros, ahora vueltos totalmente de un color blanco impecable, sin una sola hebra de gris. Sus ojos eran de un verde claro casi traslúcido y su nariz larga con puente combado. Había sido un hombre guapo, con sus evidentes raíces vikingas y ahora era un anciano que se mantenía en forma y que a pesar del paso de los años, su rostro no había dejado de ser apuesto.

—¡Mi niña! —Exclamó el hombre, levantando en el aire a su hija para asentarle un sonoro beso en la mejilla—. ¿Te ha cuidado bien tu hermano, querida?

—Sí, padre, aunque han sucedido algunas cosas y él ha tenido que marcharse.

—¿Cómo es eso, Kate? ¿Tu hermano te ha dejado sola?

—¡Claro que no, padre! Cam ha dejado a Ian a cargo de nuestra seguridad —se apresuró a decir la muchacha, antes de que su padre estallara—. Vamos al salón, así te puedes poner cómodo y allí te lo contaré todo —enlazó su brazo en el de su padre para llevarlo dentro del castillo.

—Mi señor, me alegro mucho de verlo.

Ian los había interceptado a mitad de camino así que los tres continuaron la charla mientras seguían caminando hacia el interior.

—Así que mi hijo ha debido marcharse. ¡Espero que haya una muy buena explicación para eso! —El tono del Laird exudaba autoritarismo y exigía una respuesta. Fue Ian el encargado de aclarar las

cosas.

—Mi señor, Cam no ha podido esperar a su regreso. Dos de las hijas del Laird MacKenzie fueron capturadas por los McPherson, una de ellas era Lady Brenna, a quien Cam pensaba desposar. El Laird MacKenzie solicitó la ayuda de tu hijo y él, sin dudarlo, partió con un grupo de veinte hombres; de eso hace ya cinco días.

—Entiendo —el hombre permanecía pensativo—. Me ha dicho Katherine que te dejó a ti a cargo del castillo —el anciano lo observaba enarcando una ceja.

—Sí, he hecho lo mejor posible, mi señor; espero se vea complacido con las decisiones que me he visto obligado a tomar en éstas jornadas.

—¡Oh, padre, Ian lo ha hecho de maravillas! —Acotó Kate, quien se retorció las manos, nerviosa.

—¡Estoy seguro que sí, hija! —Le palmeó la mano que ella aún aferraba a su brazo, luego volvió su atención hacia Mc Dubh—. Me tranquiliza que mi hijo te dejara a ti a cargo, muchacho —echó una ojeada alrededor y sonrió de lado—. Al parecer no te ha ido nada mal. ¡Y no nos han invadido!

—¡Bueno, he tenido suerte y en éstos días nadie intentó un asedio!

—¡De haber ocurrido semejante cosa, no dudo que hubieses defendido muy bien mi fortaleza, Ian Mc Dubh!

—Me honra con su confianza, mi Lord —el joven expresó su agradecimiento con una inclinación de cabeza, a lo que el hombre mayor le respondió con una palmada en el hombro.

Habían llegado al salón.

—Bien, bien —se estiró apoyando su amplia espalda en el respaldar de la silla y cruzando las piernas a la altura de los tobillos—. Me gustaría enterarme de todo lo acontecido en mi ausencia, así que ustedes dos —señaló a Kate y a Ian con su dedo índice antes de tomar la copa que acababan de servirle y beber largos sorbos de vino, antes de añadir—: pueden ir empezando a relatar.

—¿Por dónde empezar, padre? En realidad, lo más dramático ha sido la partida de mi hermano, el resto fueron cosas sin importancia y que Ian ha resuelto sin dificultad.

—Kate, yo no diría que todo ha sido sin importancia —la reprendió el joven—. Mi señor, debo confesarle que en una oportunidad acompañé a Lady Katherine a la feria, me descuidé un momento y la perdí de vista...

—Padre —interrumpió ella—. Ian no tuvo la culpa. Yo me encapriché con una tontería sin importancia, algo que ni recuerdo.

Ian la miró con gesto de incredulidad y Kate en su rostro pudo leer un clarísimo *¿Así que no lo*

recuerdas? ¡Mentirosa!

—Y me alejé de él —continuó diciendo, aunque ya sin tanta convicción y tartamudeando un poco—. Sólo por esa razón me perdió de vista.

—Un hombre de los McPherson la capturó y le pido disculpas por ello, mi señor. Estoy dispuesto a cumplir con el castigo que usted imponga por mi falta.

—¡Padre, claro que no castigarás a Ian por esto! ¿Verdad? — protestó la joven, poniéndose de pie y con los brazos en jarra.

—¡Katherine, siéntate! —Rugió McInnes, señalando la silla que ella había dejado vacía segundos antes.

—Escúchame, padre, Ian me rescató enseguida. Ese hombre, McPherson, no me hizo absolutamente nada. Sólo me tuvo en su poder durante unos breves instantes.

—¿Es eso cierto, Mc Dubh? ¿Puedes jurarme que ese desgraciado no puso sus asquerosas manos sobre mi pequeña?

—¡Puedo jurárselo, mi señor!

—Entonces, por ésta vez, no demandaré ninguna pena. Sin embargo, confío que los dos hayan aprendido una buena lección con lo ocurrido.

—Sí, padre, claro que la hemos aprendido. Yo por mi parte te prometo que no volveré a comportarme como una niña tonta; pero necesito que sepas que la culpa ha sido únicamente mía —se acercó a su padre y sin apartar la mirada de sus ojos volvió a afirmar la inocencia de Ian en el incidente. Entonces su padre asintió convencido.

Ian se sentía incómodo, al fin y al cabo, él sabía que ella había salido corriendo a causa de su rechazo. De todas formas, el tema quedó cerrado y la conversación volvió a girar alrededor de la misión de Cam.

—¿Entonces no han recibido noticias desde su partida?

—Todavía no. He enviado un mensajero hace unos días, pero aún no ha vuelto. Yo pienso que en poco tiempo más tendría que estar llegando la información desde la tierra de los MacKenzie.

—Sí, sin dudas será así —El Laird hacía girar la copa en su mano, mirando fijamente el fondo, tal como si allí dentro buscara las respuestas a sus preocupaciones.

—¿Sucede algo, padre?

—A decir verdad, sí. No esperaba que Cam no estuviese en la fortaleza. Necesitaba enviarlo en un viaje importante.

—¿Y no puedes esperar a que él regrese? ¿Tan urgente es ese asunto que demanda su presencia? —Quiso saber la muchacha.

—No, no puedo esperar ni un día más. Ya vamos retrasados, deberían haber partido hace tres días. Verán, yo tenía pensado llegar tres noches atrás, pero bueno, ya estoy viejo y estos viajes tan largos me dejan agotado. ¡Si he pasado la mayor parte del tiempo acampando! —Bufó.

—¡Oh, padre, tú no estás viejo! —Kate se acercó a darle un fuerte abrazo.

—Sí, mi pequeña, sí que lo estoy. Es por eso también que he tomado ésta importante decisión que te atañe a ti.

—¿A mí? ¿De qué se trata? Hace un buen rato que no logro entender de qué estás hablando, padre —Kate meneó la cabeza—. Algo sobre un viaje que tenía que hacer Cam, no sé dónde y ahora una decisión acerca de mí. ¿Qué es lo que quieres decirnos?

—Empezaré por el principio, querida —respiró hondo y le señaló a su hija una silla junto a él—. Vamos a hablar de tu futuro, Katherine.

Ella abrió los ojos con evidente sorpresa.

—¿Mi señor, desea que los deje solos? —A Ian, la voz le había salido algo rasposa a causa de las palabras del Laird. *El futuro de Katherine*. Eso sólo podía significar una cosa: *matrimonio* y claro que no lo incluía a él. Ian prefería no oír la conversación.

—No, muchacho. Al fin y al cabo también, en cierta forma, lo que voy a decir te incumbe a ti.

—¿Sí? —Preguntó incrédulo.

—Verás, Katherine —empezó el hombre de largos cabellos blancos—, yo ya estoy bastante viejo—. Ella estaba a punto de protestar, pero su padre la acalló con una seña de su enorme mano antes de que pronunciara una palabra—. No sé cuánto tiempo voy a vivir. ¡Ninguno de nosotros puede saber esas cosas! Pero yo ya no tengo veinte años. Debemos reconocer que estoy transitando el último tramo de mi camino, mi niña y no quiero irme de este mundo sin saber que tú quedas aquí con tu futuro asegurado.

—¿De qué estás hablando, padre? —Volvió a preguntar ella.

—Quiero verte casada con un buen hombre que vele por ti. Necesito irme en paz, sabiendo que nunca te faltará nada, y que tu esposo te protegerá con su vida de ser necesario; que te querrá y te respetará cada día de tu vida. ¡Me gustaría llegar a ver nietos también de ser posible, querida!

—¡Oh, padre! —¿Será que él desea que Ian sea mi esposo? ¿Por qué sino le habría dicho que se quedara? ¡Por favor, Señor que sea eso!, rogaba Kate, esperanzada.

A Ian, el corazón le palpitaba con fuerza. Por un breve espacio de tiempo, él también se permitió imaginar que él era el elegido por el Laird para ser el esposo de Lady Katherine, sólo por

un instante...

—Kate, en éste viaje a las islas de *Skye*, he tenido tiempo de pensar y de analizar qué era lo mejor para ti y he tomado una decisión. Estoy seguro al afirmar que tengo al hombre adecuado para que se convierta en tu esposo.

Kate podía jurar que su padre lo nombraría a él, al hombre que ella siempre había sabido que era el adecuado, al que amaba con toda su alma. Los ojos se le habían empezado a llenar de lágrimas de la emoción y sin darse cuenta, sus labios habían esbozado una sonrisa.

—Él es un hombre joven —continuó su padre—, no obstante, es muy valiente. Yo mismo lo he visto luchar y sé que es un gran guerrero, y tú estarás segura con él. Me ha dicho que te protegerá y no dudo de su palabra. Es honorable y leal al clan McInnes.

¡Tiene que ser Ian! ¡Mi padre está hablando de él! Kate estaba a punto de saltar de alegría. Sólo un nombre se repetía en su cabeza una y otra vez. Estaba tan eufórica que tardó en comprender el resto del discurso.

—El Laird McDonalds está esperando ansioso tu llegada. Él nunca ha podido olvidarte.

—¿Qué? —Gritó Kate, volviendo a la realidad abruptamente—. ¿Laird McDonalds? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—Él es tu futuro esposo, hija —enarcó una ceja—. ¿De quién creías que estaba hablando, muchacha? McDonalds me ha pedido tu mano y yo he accedido. Es un hombre poderoso, con tanta riqueza que es imposible contarla. Su castillo es uno de los más hermosos que se haya visto en Escocia y tú, querida Kate, serás su Lady.

Ian se sintió tan idiota en ese momento que hubiese podido reírse a carcajadas de sí mismo. No sabía cómo explicarse la osadía de haber soñado, por un segundo, que McInnes diría que él era el hombre elegido. *¡El hijo de un carpintero, eso es lo que eres, pedazo de idiota!* Se gritó mentalmente. *¿Cómo pude siquiera imaginar que ella sería entregada a mí?*

Ian se hubiese golpeado la cabeza contra el muro de piedra en ese momento, sólo para castigarse por haber creído tal estupidez, pero de haberlo hecho hubiese quedado como un completo loco. Entonces, tomó su rabia, su frustración, el dolor intenso que amenazaba con desgarrarle en dos el corazón; tomó su desilusión, porque al fin y al cabo, el duro e incrédulo guerrero, durante un ratito había mantenido una pequeña esperanza; tomó sus ganas de llorar, porque no podía ser otra cosa ese escozor detrás de los ojos y ese nudo en la garganta. Tomó todas esas sensaciones y sentimiento y los arrojó bien profundo, hasta el fondo de su alma.

—¡Ni muerta me casaré con ese hombre!

Los gritos de Katherine devolvieron a Ian a la realidad. Él ya había compuesto su máscara. Su rostro serio e imperturbable no dejaba entrever la lucha que pujaba en su interior.

Él siempre había sabido qué era lo mejor para ella, para qué estaba destinada. Ella había nacido para ser la Lady de un castillo, ella había llegado a éste mundo para ser la esposa de un Laird. La fortaleza sería la de las Islas de *Skye* y el afortunado hombre al cual ella pertenecería por el resto de su vida, el Laird McDonalds.

—¡Te estás comportando como una niña caprichosa y ya eres una mujer, Katherine McInnes! — La reprendió su padre—. Prometí al Laird de *Skye* que llegarías cuanto antes y ya estamos retrasados. Al amanecer partirás para las Islas y no se volverá a discutir éste asunto.

—¡Yo no lo amo, padre! Ni siquiera sé quién es él —sollozó la muchacha, a punto de derrumbarse. Le dirigió una mirada a Ian que no había abierto la boca y le suplicó con la mirada que interviniese. Él, sólo esquivó sus ojos y Kate supo que sin Ian, ella se moriría.

—Katherine, mi intención era que Cam te llevara hasta las Islas; como el tiempo nos apremia, me veo obligado a confiarle a Ian la tarea.

El aludido apretó tanto sus muelas que éstas podrían haberse quebrado.

—Por eso te he pedido que te quedaras, muchacho. Al amanecer, tú y Kate emprenderán el viaje. Mi orden es que la custodies hasta las tierras de McDonalds y la entregues sana y a salvo a su futuro esposo. Sería bueno que te quedaras con ella hasta el anuncio del compromiso, ya que yo no podré estar presente.

Ian no pudo más que asentir con la cabeza. Si hubiese intentado pronunciar palabra, sabía que no hubiese podido hablar con firmeza.

—Debes entender, querida, que estoy muy viejo para volver a cabalgar durante días tan pronto. Aunque prometo que estaré allí para la boda.

—No puedes pedirme esto, padre —ya no gritaba. La aparente indiferencia de Ian le había quitado hasta las fuerzas de luchar. *¿Para qué pelear, si al parecer, él no me ama como para luchar conmigo?*

—Comprendo que estés molesta, pero con el tiempo ya verás que esto es lo mejor para ti, Katherine. McDonalds es un buen hombre. Aprenderás a quererlo; sólo dale una oportunidad, hija.

¿Las sentencias a muerte se sentirán tan mal cómo esto? Esa era la pregunta que Kate se hacía cuando abandonó el salón, acompañada por Ian, para ir a preparar las cosas para la travesía.

—¿Entonces me llevarás a *Skye* y me entregarás a ese hombre, así, sin más, y sin decir una palabra? —Le preguntó ella cuando habían llegado a la puerta de su cuarto y ya sin poder estar en silencio.

—Se me ha dado una orden y debo cumplirla. ¿Qué pretendes que haga? —No dejaba traslucir ningún sentimiento. Por su fría actitud, cualquiera podría haber pensado que él nada sentía por ella. Claro que se hubiesen equivocado.

—Tal vez esperaba que le dijeras a mi padre que tú te querías desposar conmigo.

—¡Y seguro tu padre me hubiese preferido antes que al Laird asquerosamente rico con el que te vas a desposar! —Masculló con ironía.

—¡Yo te prefiero a ti! —Le susurró con dulzura.

—¿Y vivir en una humilde cabaña, cuyo tamaño completo debe ser la mitad de la cocina del castillo de McDonalds? ¿Subsistir con lo justo? —Le hablaba con dureza, pero no era otra cosa sino el dolor lo que impulsaba sus palabras—. ¿Dices que prefieres ser una simple aldeana a ser la señora de un castillo?

—Digo que quiero ser tu esposa, pasar el resto de mi vida contigo. No me importa dónde tengo que vivir, ni de qué manera, siempre que tú estés a mi lado.

—¡Eso no es posible, Katherine! Yo no voy a ser tu esposo, lo será el Laird McDonalds.

—¿Tan poco te importo que no dudas en cumplir con la tontería que te ha pedido mi padre?

—Porque me importas es por lo que cumpliré con su orden. Porque al igual que él, soy capaz de distinguir lo que es conveniente para ti y para tu futuro. Sólo un necio o un absoluto irresponsable, podría creer que yo soy mejor opción que ese hombre.

—Entonces rogaré a Dios para que antes de llegar a *Skye*, tú te hayas convertido en uno.

* * *

Las primeras luces del alba, con brillantes amarillos y un degradé de naranjas y rojos, habían comenzado a asomar sobre el brusco paisaje de montañas. Una paleta de colores, juegos de claros y de sombras fueron apareciendo sobre la pradera y el brillo espejado de las serpenteantes aguas de un lago se develaron ante los ojos de los dos jinetes que habían dejado atrás, hacía poco menos de una hora, los portones de la fortaleza de McInnes.

Viajaban solos. El Laird no había querido que una extensa caravana llamara la atención. A su juicio, pasarían más desapercibidos si no iban acompañados. El joven guerrero no estaba muy de acuerdo con las ideas del viejo hombre, pero una orden era algo sagrado y él no era quién para contradecirla. Así que se había conformado y por si acaso, había guardado un par de puñales extra en las alforjas de su montura.

La primera parte del camino la habían hecho bastante silenciosos. Ninguno de los dos tenía demasiado que decir, o lo que podrían haber dicho, en nada hubiese cambiado lo que al parecer el cruel destino se había empeñado en escribir.

Kate buscaba una y mil maneras de escapar de ese matrimonio al cual había sido condenada. Estaba convencida que si su hermano hubiese estado en su hogar en vez de estar rescatando damiselas en peligro, ella no estaría ahora montada en ese caballo rumbo al peor de los finales. Porque ella no lo vivía como un comienzo. Un matrimonio podría ser para la gran mayoría un hecho maravilloso, el inicio de una nueva vida colmada de dicha, la formación de una nueva familia. En cambio para Kate, era el final de todo. El final de sus sueños, el final de su felicidad.

Con cada tramo que avanzaban los caballos, ella sentía que iba quedando cada vez más atrás la vida que ella había deseado. Con cada hectárea de pradera que se perdía a sus espaldas, ella iba tomando conciencia de todo lo que le era arrancado abruptamente de las manos.

¿Un castillo inmenso en unas bellas islas rodeadas por el mar? ¿Propiedades, fortuna, tierras? ¿Un Laird cómo esposo? ¿Cómo pueden suponer que prefiero todo eso antes que a Ian? ¿Acaso alguien puede preferir vivir sin parte de su alma? Porque eso representaba Ian para Kate: su alma, la esencia misma de su ser, la única razón verdaderamente importante de su vida. De pronto él le sería arrebatado y ella sabía que cuando llegase ese día, su corazón, irremediablemente, dejaría de latir.

—Ian, ¿crees que podríamos detenernos un momento? —Kate se removía incómoda en la silla de montar.

—Éste no es un lugar seguro, Katherine. Ya estamos fuera de las tierras de tu padre y precisamente, demasiado próximos a aliados de los McPherson. Sería preferible que continuáramos otro tramo antes de parar.

—No sería más que un instante, por favor. Es que he bebido mucho líquido y... ¡Oh Dios! ¿Me entiendes?

—Sí, Kate —le dedicó una de sus sonrisas, esas sonrisas que podrían hacer perder la cabeza a cualquier mujer con un par de ojos—, te comprendo —mientras dijo aquello, escudriñó los alrededores—. Sigamos hasta aquellos árboles —señaló el conjunto—, si no demoras tanto, supongo que no sucederá nada.

—¡Gracias, Ian!

La ayudó a apearse del caballo y la muchacha salió como un rayo hacia el grupo de abetos que él le había señalado. Allí la vegetación era espesa y la resguardaba de miradas, ya sea del hombre que la acompañaba, como de cualquiera que pudiese pasar por el camino.

No demoró mucho en aliviar su vejiga que hacía sólo minutos había estado a punto de explotar. Se estaba acomodando las faldas cuando escuchó el leve crujir de las hojas bajo los pasos de alguien, muy cerca, a su espalda.

Antes que pudiera girarse para ver quién era la persona que se acercaba, la sujetaron por detrás. Una mano firme le tapó la boca antes que pudiera gritar, mientras la arrojaban de bruces al suelo; el hombre cayó sobre ella. Kate pataleó un poco. El recuerdo de lo ocurrido en la feria con McPherson aún permanecía fresco en su memoria. No podía ser que tuviese que verse obligada a atravesar por eso otra vez, no tan pronto.

Ella seguía removiéndose inquieta bajo el cuerpo poderoso. Sentía la dureza de aquellos músculos a lo largo de su propio cuerpo. El amplio torso empujando su espalda, los gruesos muslos aprisionando sus piernas para que no pudiera moverse. Sentía el terror vagar por sus venas y eso fue lo que no le permitió reconocer al hombre que la aplastaba contra la tierra.

El susurro de una voz conocida se coló entre la bruma que el miedo había creado en su mente y le acarició el oído, haciendo que el pánico de segundos antes se transformara en alivio.

—Shhhh Kate, soy Ian. Voy a soltarte, pero no hables ni te muevas —él retiró la mano que le tapaba la boca pero no aflojó el brazo que la rodeaba por la cintura. Tampoco salió de arriba de ella—. Se acerca un grupo de hombres, creo que son tres y van bien armados —le explicó. La voz de él apenas se escuchaba—. Permaneceremos ocultos aquí hasta que se alejen.

—¿Y los caballos? —moduló ella girando apenas el rostro para que él pudiera leer lo que decía sin voz.

Ellos estaban tan pegados uno con el otro que con el sutil movimiento de su cabeza sus labios se deslizaron a lo largo de la barbilla de él, peligrosamente cerca de su boca. La barba crecida de apenas un día le raspó la piel haciéndola agitar.

—Shhhh —volvió a aquietarla—, los caballos están seguros.

El cálido aliento de él se deslizó invitador, y Kate percibió el olor de las fresas maduras que había estado comiendo minutos antes en el camino. Sintió deseos de saborearlo, de recorrer con su lengua la cavidad de su boca.

—Bésame, Ian —le pidió ella y él, que estaba haciendo un esfuerzo descomunal para no quitarle la inocencia en ese mismo instante, con peligro y todo a su alrededor, estuvo a punto de ceder.

—¡No, Kate! Y quédate callada si no quieres que nos descubran —la obligó a volver a girar el rostro hacia el suelo y él enterró su propio rostro en el cabello de ella.

¡Señor, dame fuerzas para no flaquear en mis convicciones!

¡Señor, haz que esos condenados se vayan pronto!, Rogó. Por supuesto que Ian no temía enfrentar a un grupo de tres miserables, lo que él temía era luchar contra su propia voluntad.

Ian sabía que ese viaje hasta *Skye* sería muy largo. Por un lado, quería prolongarlo el mayor tiempo posible, porque era consciente de que cuando ellos llegaran a destino debería abandonar a

Kate allí. Con ella se quedaría su propio corazón. ¿Para qué llevarlo de vuelta consigo si le pertenecía por completo a Katherine? Por otro lado, ansiaba que la tortura llegara a su fin. ¿Cómo se suponía que mantendría alejadas sus manos, su boca y cierta parte de su anatomía que, en ese momento lo estaba aniquilando, lejos de ella?

El Laird McInnes había dicho que no impondría un castigo a Ian por haber perdido de vista a Kate en la feria *¡Já! ¡Maldito desgraciado!, sin saberlo, terminó otorgándome la peor de las condenas.*

Las toscas plegarias de Ian fueron escuchadas y los tres hombres pasaron de largo. Sobre la grupa de uno de los caballos llevaban colgando a un jabalí. Los tres festejaban lo exitosa que había resultado la cacería y reían a carcajadas. Mientras se pasaban de uno a otro una botella de whisky, de tanto en tanto soltaban alguna grosería.

Las voces y el sonido de los cascos de los animales se fueron alejando hasta perderse por completo rumbo al este, justo el camino contrario al que debían tomar ellos. Sólo entonces, Ian se puso de pie y levantó a Kate.

—Ya podemos irnos —dijo sin mucho entusiasmo y se encaminó hacia el lugar en el que había ocultado los caballos.

Kate se alzó de hombros, resignada y lo siguió.

Algún día, Ian Mc Dubh. Estoy segura, mi amor, que algún día cederás...

Capítulo VIII

—Aquí me parece que es un buen lugar para que acampemos. Estamos en tierras seguras; hay un buen bosque en dónde refugiarnos y el río está cerca.

—¡Gracias a Dios! —Exclamó Kate, casi saltando del caballo— ¡Pensé que nunca te oiría pronunciar esas palabras! ¡Me duelen músculos que ni sabía que tenía! —Se masajeaba la cintura y el trasero mientras flexionaba y estiraba las piernas para distenderlas.

—¡Oh vamos, tienes que estar exagerando! —Le dijo Ian, aunque él sabía que ella decía la verdad.

Había hecho que cabalgara todo el día, deteniéndose sólo unos minutos cada tanto para atender sus necesidades y obligándola a comer mientras seguían cabalgando. Todo lo había hecho adrede y él era absolutamente consciente.

¿Si era cobarde? ¡Totalmente! Ian no había querido volver a experimentar la tentación de hacerla suya. Había creído que manteniendo las distancias que otorgaba ir cada uno sobre un caballo, le ayudaría a no sentirse impulsado a abalanzarse sobre ella. ¡A decir verdad, no había sentido ni el más mínimo alivio!

Había empezado a darse cuenta, dolorosamente, que ninguna distancia que existiera entre ambos podría apagar o disminuir lo que él profesaba hacia Katherine. ¡Si su cabeza no hacía otra cosa que pensar en ella! ¡Si su corazón no palpitaba si no era por ella!

Su cuerpo reaccionaba ante su presencia. La deseaba, sí, pero sólo era una parte de lo que Ian sentía. La amaba, más que a nada en el mundo y eso era lo que más lo atormentaba. Y todo su ser reaccionaba también ante su ausencia. Cuando la imaginaba, cuando la soñaba, cuando pensaba en ella, es decir, cada vez que respiraba, porque Katherine era su aire, ella era su vida.

—¡Nada de eso! No estoy exagerando ni un poquito —le dijo ella, aunque él sólo escuchó el final de sus palabras tan sumido en sus desvelos como iba—. ¡Creo que hasta preferiría caminar hasta las islas que volver a subir a lomos de *Heaven*!

—¡Tardaríamos más de un mes si siguiéramos tu plan!

Ian había empezado a descargar las alforjas que llevaban con algunas provisiones.

—Entonces puede que contemple la idea seriamente —masculló ella, deseando prolongar lo máximo posible su estancia al lado de Ian.

* * *

Una fogata ardía en un pequeño claro rodeado de robles añejos y algún serbal mezclado entremedio. Junto al fuego, el aire de la noche no se sentía tan frío y parecía que no habría lluvia. Con las mantas extra que tenían podrían tener un buen descanso.

Al poco rato de acampar, Ian había logrado cazar un conejo con su arco. Siempre había sido un experto cazador y no había demorado mucho en obtener su presa. En cambio, no era tan buen cocinero así que entre los dos se las habían ingeniado para hacer que el animalito quedase aunque fuera, pasable. Y ahora ellos lo saboreaban con ganas; después de todo, esa era la primera comida del día que degustaban sin que el piso se moviese debajo de ellos.

—¡No está mal después de todo! —Exclamó Ian y Kate estalló en carcajadas; entonces la miró entornando los ojos—. ¿Qué sucede?

—Claro que no está mal, ¡si te gustan las suelas de los zapatos!

—¡No está tan seco, Katherine! Debes ser un poco benevolente conmigo, por favor. ¡Al menos he hecho el esfuerzo, mujer! Además, yo nunca te he dicho que supiera cocinar —se excusó.

—Me gustaría saber cómo se las arreglaban tú y Cam para cenar, en cada uno de sus viajes.

—Tengo que confesar que yo era el cazador y tu hermano el cocinero. ¡Te sorprendería saber las maravillas que puede hacer Cam con unas cuantas verduras y un trozo de carne!

—¿Nunca se te ha ocurrido pedirle que te enseñara un poco?

—La verdad es que no —dijo, fingiendo estar apenado—. A mi regreso tendré que pedirle un par de lecciones.

A mi regreso. Esas palabras quedaron flotando en el aire y toda la atmósfera cambió de repente.

A mi regreso y no a nuestro regreso. Eran tres simples palabras que implicaban mucho. Ella se quedaría en *Skye*, se separarían para siempre. Era muy probable que después ya no volviesen a verse y de hacerlo, todo habría cambiado definitivamente. Ya no habría lugar para un: *tal vez*.

—¿En qué piensas, Kate? —Ian rompió el silencio. No soportaba ver la expresión apesadumbrada de la muchacha. Su mirada parecía distante, perdida en las danzantes llamas de la hoguera.

Katherine levantó sus ojos pardos hacia él y le confió algunas de sus inquietudes.

—Ni siquiera sé quién es él... —jugaba nerviosa con el borde de la manga de su túnica. La voz había sonado quebrada.

—¿Te refieres a tu futuro esposo? —La última palabra se le había atragantado en la garganta. Le resultaba tan difícil imaginarla perteneciendo a otro cuando dentro de su ser la sentía como propia.

Ella asintió con una mueca de dolor.

—Sí, ese hombre con quien mi padre quiere que me despose.

—Él me ha dicho que tú conociste a McDonalds en tu viaje a *Skye* hace unos años. ¿No lo recuerdas?

—¿Has hablado con mi padre? ¿Qué más te ha dicho?

—He conversado con él, anoche. Después de dejarte en tu cuarto volví al salón y mantuvimos una pequeña charla, pero no hemos hablado mucho; sólo cosas referentes a lo acontecido durante su ausencia y concernientes a nuestro viaje. ¿Realmente no recuerdas a McDonalds?

—He viajado a *Skye* con mi padre hace cuatro años, sin embargo, no recuerdo al Laird. O mejor dicho, si lo recuerdo, pero era un hombre viejo.

—Ese era el Laird anterior, Kate —le explicó Ian—. Fue asesinado en una batalla hace más de dos años. El nuevo Laird McDonalds es su hijo Colin y es bastante joven por lo que tengo entendido.

—¿Tú lo conoces?

—Nunca lo he visto en persona, aunque he escuchado hablar de él en más de una oportunidad, y puedo decirte que son muchos los rumores que corren acerca de ese hombre.

—¿Tan conocido es? ¿Por qué? —Si bien, Kate no tenía intenciones de tener ningún tipo de relación con McDonalds, ella sentía curiosidad. Su padre lo había elegido como el marido ideal para ella y quería saber cuál era la razón. Además, no tenían otra cosa más interesante que hacer en ese momento; al menos, una cosa que fuese apropiada y que Ian aceptara. Katherine tenía que conformarse con hablar, por eso preguntaba.

—Dicen que es un Laird justo y un buen hombre. ¿No recuerdas haberlo visto en tu estadía en las islas? —Volvió a preguntar—. Tu padre me reveló que McDonalds si te recordaba a ti. Sus textuales palabras han sido que *nunca pudo olvidarte*.

—No, no lo recuerdo. Aunque debo confesarte que yo esa vez no había hecho más que quedarme mirando el mar; así que el resto se me torna borroso.

—De todas formas ya lo conocerás en cuanto lleguemos y seguramente va a agradarte. Otro de los rumores que he escuchado, es que es muy guapo. Dicen que las mujeres mueren por él porque es más hermoso que el pecado —dijo, haciendo un gesto de disgusto—. Así que no debes preocuparte, Kate; no te espera un marido viejo y horroroso.

—¡Me da lo mismo si él es feo o no, porque no seré su esposa! —se alzó de hombros, indiferente.

—¡Oh, claro! ¿Y cuáles son tus planes entonces? Porque yo tenía entendido que ese era el motivo de nuestro viaje —dijo bromeando.

—¡Búrlate de mí si quieres! —Volvió a alzarse de hombros—. Yo sólo te diré una cosa: Pueden obligarme a ir hasta *Skye* o hasta el fin del mundo si lo desean, pero no me obligarán a casarme con un hombre al cual yo no he elegido, ni mucho menos que no amo.

—Me parece que no tienes otra opción, Katherine.

—¿Estás seguro, Ian Mc Dubh que no tengo otra opción? —Lo miraba fijamente y él sentía la intensidad de esos ojos a punto de quemarle lo poco que le quedaba de fuerza de voluntad—. ¡Yo creo que sí! Y te juro que hasta que mi corazón se detenga lucharé por esa otra opción, que es la única que me interesa.

—Bueno, Kate, no voy a discutir contigo. ¡El tiempo me ha enseñado que los hermanos McInnes son más testarudos que una mula! Pero yo también puedo ser tenaz cuando me lo propongo y puedo asegurarte que me mantendré firme con mi decisión. Cumpliré con la tarea que me ha sido encomendada, tú llegarás sana y a salvo a *Skye* y una vez allí, las cosas ya no las tendrás que discutir conmigo sino con tu prometido.

Ella no le contestó nada, sólo hizo un gesto de indiferencia. Él sonrió exasperado y rogó a Dios ser capaz de cumplir con toda esa perorata que había pronunciado. *¡Qué fácil es decirlo y que difícil llevarlo a cabo!*

—¡Ahora ve a dormir, muchacha caprichosa! Mañana será otra larga jornada de viaje y tú ahora necesitas descansar.

Ian preparó una manta cerca del fuego para que Kate se acomodara allí, pero no había dejado un abrigo para él. Katherine lo seguía con la mirada mientras él escudriñaba los alrededores.

No se oía ningún sonido más que el de algún animal lejano y el rumor del viento al colarse entre los árboles. Sólo el batir de las ramas unas con otras, danzando al compás de la débil ventisca de esa noche, y más allá, el suave susurro de las aguas del río. Un arrullo constante, una canción de cuna para los habitantes del bosque.

Ni el más mínimo atisbo de peligro se percibía. La noche, un infinito manto oscuro salpicado de parpadeantes puntitos plateados se cernía sobre ellos, amalgamándolos con el natural paisaje, como si siempre hubiesen sido parte de aquel pedacito de suelo y no como dos extraños que sólo estaban de paso por allí.

—Kate, aún no te has acostado —Ian ya había concluido con la inspección y se disponía a sentarse contra un tronco.

—Tú tampoco lo has hecho. ¿No pensarás pasar la noche sentado allí, verdad? —ella apuntó con el dedo el lugar que él había ocupado.

—Alguien tiene que vigilar, ¿no? —Hizo ese gesto despreocupado, alzando un poco los hombros, que tenía la costumbre de hacer desde que era un niño pequeño.

—Ian, no sé mucho de acampar al aire libre, pero puedo jurar que aquí no corremos ningún peligro, y tú también tienes que dormir —se aproximó a él y le tendió la mano—. Acércate al fuego y duerme, Ian; nadie vendrá por nosotros esta noche —su voz era suave y melodiosa. Irresistible.

Él se levantó mecánicamente. Se sentía hipnotizado por esos ojos de color extraño; esa perfecta fusión de tonos que lo enloquecía. El highlander tomó la mano blanca y delicada de la muchacha; los finos dedos desaparecieron dentro su palma curtida y callosa y se dejó llevar.

En ese momento, Ian se sintió inmerso en uno de aquellos cuentos que le relataba su padre. Se creyó uno de los protagonistas de esas historias de Vikingos, quienes se dejaban guiar bajo el hechizo del canto de las sirenas que habitaban los incommensurables mares. Que se perdían en la profundidad de las aguas en busca de esos mágicos seres de belleza incomparable.

En ese instante detenido en el tiempo, él deseó ser uno de esos hombres y que ella fuese su sirena. Quiso poder internarse, no en el mar, sino en el bosque y perderse para el resto del mundo. Que pudieran ser sólo ellos...

Ansió ser libre para elegir y para decidir. No verse atado a su promesa de lealtad, a su juramento de honor. Por un momento, Ian deseó no tener conciencia; poder hacer lo que su corazón le pedía a gritos, y su corazón le decía que Kate era suya y de nadie más; que le pertenecía, como nunca nadie le había pertenecido jamás. Su corazón bramaba que se la llevara consigo y la hiciera su esposa.

Anhelaba poder hacer oídos sordos a los dictados de su raciocinio que le repetía incansablemente que ella estaba totalmente fuera de su alcance; que ella no era para él, sino para el Laird McDonalds.

Estaban cerca del fuego y ella no lo había soltado. Kate le acarició el rostro con la mano libre y le habló con dulzura.

—Busca tu manta, mi querido guardián y ven a descansar —después de pronunciar aquellas palabras, Kate se liberó de su agarre y se arrebujó en su improvisado lecho.

Ella no le había pedido que la besara ni que se acostara a su lado, y Ian se sintió, en lo profundo de su ser, bastante decepcionado.

Cuando tendió su plaid extra, lo hizo a una escasa distancia de dónde estaba ella. Sólo un metro de tierra y hojas secas los separaba. *¿Sólo eso?*, se preguntó con pesar. Era mucho más que una mísera distancia física lo que se interponía entre ellos, y él lo sabía.

Estaba echado de espaldas, sus fuertes brazos cruzados debajo de su cabeza. La mirada fija, perdida en los caprichosos dibujos que formaban las estrellas en el firmamento.

—Ian...

—¿Qué?

—Tengo frío.

No pronunció ni una sola palabra, cerró los ojos un segundo *¿Estaba meditando?* Puede que sí, o tal vez sólo intentaba darse fuerzas. Tragó saliva, le costó bastante hacerla bajar por su garganta que de pronto se le había puesto seca. Se puso de pie y extendió su manta sobre la que ya cubría a Kate. Ella creyó que él se quedaría toda la noche desabrigoado y estaba a punto de protestar cuando Ian la sorprendió metiéndose debajo de los tartanes, y pegando su cuerpo al suyo.

Ian imitó la posición en la que había estado yaciendo minutos antes, sólo que ahora sus brazos no estaban bajo su cabeza, sino que estaban alrededor de Kate.

Ella absorbió de inmediato el calor que él irradiaba. Acomodó su cabeza en el hueco de su hombro y deslizó una mano sobre su pecho. Arrullada por el siseo apenas un poco agitado de la respiración de Ian y el rítmico latir del corazón que podía palpar bajo su palma, Katherine se quedó dormida.

Observar las estrellas ya no lo distraía. Se había dado cuenta del momento exacto en el que ella se había dormido. Sus pestañas inquietas, como aleteos de mariposas, habían dejado de hacerle cosquillas en el cuello cuando ella había cerrado los ojos completamente. El cuerpo de Kate se había relajado; la respiración y el ritmo cardíaco se habían tranquilizado. Ella dormía plácidamente entre sus brazos sin ser consciente del efecto devastador que estaba causando en él.

Ian Mc Dubh, por primera vez en toda su vida, se estaba planteando seriamente la posibilidad de desafiar a su Laird. Al hombre que tan desinteresadamente le había abierto las puertas de su fortaleza; que le había proporcionado educación y formación militar; que lo había criado como a un hijo más.

Su corazón y su razón batallaban sin darle tregua. En un momento era el amor hacia Kate lo que sacaba ventaja y al siguiente, la lealtad y el honor. Para rematarla, su maldita conciencia lo agujoneaba constantemente. Esa molesta vocecita interior que sabía a la perfección, como cualquier tonto podría saberlo, quién era un mejor partido entre un hombre sencillo como él y un Laird poderoso.

Ian contó estrellas. Trazó en su cabeza las formas de los árboles y le fue dando un nombre a cada uno. Escuchó atentamente los sonidos que los rodeaban y los fue identificando. Ian intentó mil y una cosas diferentes para no prestar atención al único pensamiento que se empeñaba en quedarse anclado en su cabeza... Katherine.

Finalmente cerró los ojos, los apretó fuerte para borrar la imagen de Kate. Ese intento fue tan insustancial cómo cada una de las tentativas anteriores. El tiempo siguió transcurriendo y el agotamiento fue el único que se apiadó de él, venciénolo por fin, hasta que se quedó completamente dormido.

* * *

Cuando Katherine se despertó, recordó que se había quedado dormida entre los brazos de Ian. Sin dudas, esa había sido la mejor noche de su vida y eso provocó que una sonrisa se asomara en sus labios... Pero hora estaba sola. Se sentó restregándose los ojos para despejar la mirada y oyó a sus espaldas la voz de Ian que sonaba divertida.

—¡Así que ya has despertado, muchacha dormilona!

Kate se giró y lo encontró sentado, la espalda recostada en un serbal cubierto de frutos rojos. Tenía las piernas separadas y un poco flexionadas. Uno de sus brazos descansaba despreocupadamente sobre una de sus rodillas; en esa mano, tenía un jarro del que salía una voluta de humo y en la otra, un trozo de pan. El cabello le caía suelto por debajo de los hombros y había despejado la cara trenzando dos mechones, uno a cada lado del rostro, al mejor estilo Vikingo. Sus ojos azules parecían más luminosos, si eso era posible, y resaltaban en contraste con su piel dorada por el sol.

Kate nunca había visto un hombre más hermoso que Ian y estaba segura que no podía existir alguien más perfecto que él. Podía quedarse embobada mirándolo todo el día y nunca le resultaría suficiente.

—¿Por qué no me despertaste cuando tú te levantaste? —Si no se ponía a hablar de cualquier tema trivial, nunca quitaría sus ojos de encima de él.

—No quería interrumpir tu sueño. Además no hacía ningún mal que descansaras un poco más, ya que hoy tendremos un arduo viaje.

—¡De sólo pensar que debo subir nuevamente a ese caballo me dan ganas de llorar!

Kate suspiró resignada mientras se ponía de pie y se acercaba a la fogata en dónde un jarrito con una bebida oscura se mantenía caliente. Le echó una mirada desconfiada, era café, o bueno, un horroroso brebaje con muchas ansias de serlo y a ella no le gustaba o más bien no le gustaba en absoluto cómo lo hacía Ian. Siempre le quedaba demasiado fuerte.

—¡Deja de hacer esa cara de asco, Katherine!

—Lo siento —se disculpó apenada.

No había querido reflejar lo que ese jarrito humeante le provocaba. Para contrarrestar la ofensa, se llevó la taza a los labios y sorbió un trago. No ayudó, al contrario, su gesto de repulsión empeoró.

El único defecto que Kate podía atribuirle a ese magnífico hombre, era su total falta de habilidades culinarias, claro que las reemplazaba con una extensa lista de atributos a favor; pero intentando cocinar, ¡Señor! Cualquier alimento o bebida tenía un destino previamente marcado: ¡Quedaría intragable!

—¿Volvió a quedar demasiado fuerte? —Preguntó él, cómo si ese fuese el único daño del líquido oscuro.

—Sí —Kate hacía un esfuerzo descomunal para que no fuese tan evidente el estremecimiento que le había causado la bebida demasiado concentrada y exageradamente amarga.

—¿Crees que tendría algún arreglo si le agregamos un poco de agua? —Sonaba resignado.

Katherine realmente sintió pena, pero no pudo evitar responderle entre carcajadas.

—¡Sinceramente no creo que tenga solución!, pero lo intentaré. No veo otra cosa para reemplazarlo y no voy a emprender ese condenado viaje sin probar bocado. ¡Sabe Dios cuando volveré a poder sentarme en tierra firme a comer! —Respiró hondo antes de volver a sonreírle—. ¡Te empeñas en torturarme, Ian Mc Dubh! —Meneando la cabeza en gesto negativo se dedicó a intentar hacer algo con ese *café*.

—Haremos un trato —le dijo él, alcanzándole unos trozos de pan y queso que había cortado—: Si dejas de quejarte tanto, permitiré que tú prepares el desayuno la próxima vez.

—¡Santísimo Señor —exclamó a modo de plegaria—, prometo no volver a abrir mi boca!

—¡Ven aquí, muchachita quejumbrosa! —Le señaló un lugar junto al fuego para que se sentara, Kate le obedeció.

Habiendo tirado la mitad de la bebida y agregado agua no sabía tan mal, el queso sí que estaba delicioso y ella se dedicó a devorarlo sin ninguna queja, ¡claro que él, sólo había tenido que cortarlo!

—Vamos a tener que salir cuanto antes —levantó los ojos hacia el cielo e hizo un gesto

negativo.

—¿Lloverá, no es así? —siguió la mirada de él.

El cielo, que el día anterior había estado despejado, ahora se veía cubierto de nubes oscuras. Una extraña profusión de color gris humo, ribeteado por ondas esponjosas de un color blanco inmaculado. Un contraste magnífico y a la vez aterrador. Detrás de las nubes asomaban pinceladas de rojos de tanto en tanto, dando al cielo un aspecto sombrío a la vez que hermoso.

—Sí, hoy tendremos un aguacero —Ian estudiaba el firmamento encapotado; buscaba las respuestas allí, entre esos nubarrones.

—¿No crees que sería más conveniente quedarnos acampando aquí?

—Lloverá, pero no todavía. Prefiero que adelantemos la mayor distancia posible y en cuanto se desate el aguacero buscaremos un refugio, Kate.

—¡Bien, veo que ni la tormenta me salvará! Si tú opinas que eso es lo mejor, entonces nos iremos en un momento —se apresuró a tomar otro trozo de queso, ¡sabía delicioso!

—¿Saldrás a buscar hadas hoy también? En la mirada de él se leía tanto amor que Kate creyó que se derretiría en ese mismo instante.

—¡No puede ser que aún lo recuerdes!

—¿Cómo crees que podría olvidarlo, pequeña? *Pollito mojado*.

Ella no encontró ni una pizca de burla en su sonrisa, sino infinita ternura.

—¡Yo en cambio quiero olvidarlo! ¡Aún no puedo creer que me haya dejado engañar por esa paria!

—Eras sólo una niña, Kate; con eso ha quedado más que justificada tu inocencia. La culpable ha sido esa muchachita odiosa que quiso burlarse de ti. Tengo que confesar que Cam y yo nos asustamos bastante.

—Sin embargo, Cam no dudó en burlarse de mí —dijo indignada.

—¡Es lo que se espera de los hermanos!, ¿no? —Rieron cómplices, recordando el episodio ocurrido catorce años atrás...

Katherine sólo tenía cuatro años. Habían recibido en el castillo la visita de unos primos del sur, y entre los parientes se encontraba Morgana, una detestable niña cinco años mayor que ella. Al parecer, Morgana, se deleitaba haciéndole bromas y haciéndola quedar en ridículo.

Una noche en la que el cielo se veía cargado y plomizo, tal como el que en esa mañana se cernía amenazante sobre ellos, la jovencita no tuvo mejor idea que inventarle una fantástica historia.

—Dice la leyenda —le había dicho la niña— que si sales al bosque, durante la noche y en medio de una tormenta, podrás ver a las hermosas hadas jugando entre los árboles.

—¿Durante la noche y con la lluvia? —le había preguntado ella con su vocecita temerosa.

—¡Claro! ¡Tiene que estar lloviendo para que puedas verlas! ¿No tendrás miedo, verdad, Katherine?

—Eh, no... ¿Tú las has visto alguna vez?

—¡Por supuesto! ¡Cientos de veces! Pero hay que ser muy valiente, Katherine; tal vez tú no te animes, después de todo sólo eres una bebé —le había agujoneado mordazmente.

Eso había sido todo lo que Kate había necesitado para armarse de valor. De ninguna manera podía demostrarle a esa abominable niña con dientes de conejo que ella tenía miedo, entonces lo hizo.

Esperó que su niñera se retirara de su cuarto creyéndola dormida y sin ponerse ningún abrigo, sólo con su camisón blanco largo hasta los tobillos y descalza, salió de su habitación.

Descendió los fríos escalones de piedra del castillo y se escabulló por la puerta de la cocina. Nadie había notado su presencia. Al salir al patio fue azotada de inmediato por una torrencial lluvia que la empapó; el viento le helaba hasta los huesos. Kate podría haber desandado sus pasos en ese instante, pero no lo hizo, continuó su camino atravesando el patio de la fortaleza e internándose entre los abedules plateados y los alisos.

El bosque estaba oscuro. Los árboles que durante el día se veían amigables, durante la noche, iluminados por relámpagos intermitentes, parecían monstruos malvados a punto de comérsela. Cada estruendo retumbaba en su cuerpo, enviándole sacudidas hasta las extremidades.

Ella se introdujo más en la espesura. Estaba tan aterrada, temía mirar las figuras tenebrosas a su alrededor, pero si cerraba los ojos ese sacrificio habría sido en vano y no vería a las hadas. Quería gritar y llamar a su padre, pero su voz podría ahuyentar a los mágicos seres que no se dignaban a aparecer.

Mantuvo sus ojos abiertos, casi sin pestañear y sin emitir sonido alguno. La tempestad caía sobre ella impetuosa y violenta. El viento la mecía como si de una frágil vara se tratase; pero ella no se movía, luchaba contra la furia de la naturaleza y contra su propio miedo. Sin embargo no veía a las hadas, ya no veía nada... Sus ojos estaban nublados con tanta ráfaga golpeándole en la cara, mientras ella permanecía allí, de pie, valiente. Aunque en su interior, estaba muriéndose de miedo.

Así fue como la encontraron Ian y su hermano Cam, como un *pollito mojado*, mote que tuvo que soportar por lo menos hasta cumplir los diez años y a su hermano se le ocurrió uno nuevo.

Cam había estado mirando por la ventana de la torre y había visto a la niña caminar por el enfangado patio del castillo, bajo la lluvia y vestida sólo con su camisón. Había llamado a Ian, que

en ese momento estaba con él allí, para que se asomara y le confirmara que lo que él veía no era una visión. Los dos muchachos habían descendido las escaleras y salido detrás de Kate soltando una sarta de maldiciones a los cuatro vientos.

Cam había sentido deseos de estrangular a su hermana por cometer semejante estupidez, no obstante, Ian sabía que él había reaccionado de esa manera porque se había asustado muchísimo.

Cuando la encontraron, empapada y tiritando de frío, pero con la mirada desafiante y con más valor que el que habían visto en ningún otro niño, Cam empezó a reír a carcajadas. *Alivio*, pensó Ian. Cam se sentía aliviado de encontrarla sana y a salvo, y ahora podía dar rienda suelta a sus bromas típicas de hermano.

Fue Ian quien la envolvió en una capa que había arrancado del vestíbulo y la cargó entre sus brazos de regreso a casa, mientras Cam, entre reprimendas, una y otra vez, le decía que parecía un pollito mojado con el cabello rubio oscuro que se le había soltado de la trenza y se le había pegado a su rostro.

—¡Estaba segura que vería a las hadas, pero lo único seguro, fue el resfrío que pesque esa noche! —Kate no podía evitar reírse de lo inocente que había sido al creer en esa bruja con dientes de conejo. Claro que esa broma a Morgana le había costado el mejor de sus vestidos.

En medio de una pomposa cena, Kate se había encargado de derramar una fuente de cordero grasiento sobre el traje blanco impecable con bordados de hilos de oro que la orgullosa niña vestía. Con eso, Katherine, vio saldada la deuda y además se había ganado las sonrisas cómplices de su hermano y su mejor amigo. Con eso, a ella le había bastado.

—¡No pienso buscar seres mágicos en la tormenta, mi querido Ian —dijo en tono bromista—, pero si no salimos cuanto antes a buscar un buen refugio, ¡seremos dos los pollitos mojados esta vez! —Advirtió, echando una ojeada al cielo.

—Tienes razón, pero aún no lloverá, así que como te dije antes, primero nos subiremos a esos caballos y recorreremos un buen tramo de camino.

Como dos buenos amigos compartiendo bromas y recuerdos que tenían en común, recogieron sus pertenencias y se marcharon.

Las primeras gotas de lluvia tardaron en comenzar a caer.

Ellos ya se habían detenido casi una hora atrás y habían tenido tiempo de buscar un buen lugar donde acampar y estar protegidos. La suerte los había acompañado y habían dado con una cueva pequeña formada en la ladera rocosa de una montaña. No era muy profunda, pero les proporcionaba un buen reparo para ellos y para los animales.

Una cortina de agua bloqueaba la entrada de la caverna, mientras fuera, un vendaval interminable arreciaba con furia. Allí dentro habían prendido una hoguera que caldeaba el aire, tornándolo agradable y reconfortante. Esa noche, el frío no era una excusa para que pudieran dormir

abrazados como en la noche anterior y cualquier contacto entre ellos, no era en lo más mínimo apropiado.

Tendieron las mantas en el suelo y se acostaron dejando un extremo libre para taparse. Los separaba una distancia aún menor que la que los había mantenido alejados antes que Ian encerrara a Kate entre sus brazos.

Ella se echó de costado con la mirada fija en el perfecto perfil de Ian. Él permanecía con los ojos cerrados, sus largas pestañas hacían sombra sobre sus pómulos, y Kate creyó que dormía. Tenía el brazo izquierdo doblado bajo la cabeza y el derecho descansando sobre su estómago. El pecho subía y bajaba casi de manera imperceptible.

Inesperadamente, el brazo derecho de Ian abandonó su sitio. Su mano rústica atrapó la mano delicada de Kate y ella entrelazó sus dedos. Fue el único movimiento que hizo, no abrió los ojos, no pronunció palabra, sólo la tomó de la mano. Necesitaba sentir, aunque más no fuera, ese diminuto pedacito de su piel.

Capítulo IX

Corría el cuarto día de viaje, ya estaban muy cerca de *Skye*. En aquella parte, el camino se tornaba más escarpado y difícil de transitar y también provocaba que los caballos se cansaran más fácilmente, obligándolos a detenerse en forma más frecuente.

Acampaban en las márgenes de un arroyo. El día los había bendecido con los rayos del sol en todo su esplendor, confiriéndole a las flores y a la hierba pátinas más vívidas y brillantes. Un pequeño paraíso en la tierra, eso era Escocia. Una sinfonía de verdes, rojos y púrpuras, con matas de florcillas amarillas salpicadas por aquí y por allá. Montañas rocosas elevándose imponentes ante sus ojos, conjugándose con el azul profundo que en el firmamento resplandecía.

El torrente abrupto del arroyo salpicándolos a su paso, aportaba su nota especial a esa melodía de colores y sonidos que a la naturaleza se le había dado por tocar esa tarde.

—¿Qué tenemos aquí, una linda parejita de enamorados a nuestra entera disposición? —Una voz cáustica rompió el encanto en el que Ian y Kate habían caído.

Ellos habían estado pescando, distraídos, y no habían oído llegar a los dos hombres que ahora los apuntaban amenazantes; uno con una espada corta de mal herraje y el otro con un puñal que aún conservaba adherida la sangre seca de su víctima anterior.

Ian se puso de pie con la mano derecha posada en la empuñadura de su espada. Antes de levantarse, de manera tan sutil que nadie lo había notado, había tomado la daga que portaba en su bota y que ahora permanecía oculta en su mano izquierda.

—¿Qué quieren? —indagó Ian de manera tranquila pero autoritaria.

Los hombres estaban a menos de tres metros de distancia, para Ian era suficiente. Kate se había puesto de pie y él la había hecho colocarse detrás de su espalda.

—¿Y tú qué crees que queremos, grandullón? —La risa del hombre de mediana estatura, de cabello oscuro, y que necesitaba un baño urgente, resonó sarcástica.

—Yo empezaría con tu mujercita —acotó el rubio alto, mientras se relamía lujuriosamente los labios cuarteados.

—¡Nunca! —Una hoja afilada no podría haber sido más cortante que la voz fría de Ian.

—¿Y quién va a impedírmelo?, ¿tú? —Preguntó el moreno y los dos maleantes habían estallado en ruidosas carcajadas—. Tomaré lo que quiera y lo primero será esa mujercuela —señaló a Kate, quien temblaba aterrorizada—. Y después me llevaré hasta tus botas, cabrón.

—Inténtalo, si quieres —lo desafió Ian, desenfundando su espada. Sus ojos refulgían con un odio descomunal. Empujó a Kate lejos de él, ordenándole que se mantuviese al margen y se acercó a los dos hombres, impidiéndoles el paso hacia dónde estaba ella. Entonces se desató la lucha de dos contra uno; era feroz. A Ian no le afectaba ser herido, lo único que realmente le importaba era que ninguno de esos dos gorilas diera un paso hacia Katherine. Si tenía que morir, lo haría, pero primero se encargaría de que los tipos lo acompañaran al mismísimo infierno. No dejaría a Kate en sus manos, jamás.

Entrechocaba espadas con el rubio lascivo mientras el mugriento intentaba enterrarle el puñal en el costado; bloqueó ese golpe con su cuchillo, asentándole un corte en el interior del brazo a su atacante y con una patada eficaz en el estómago, lo hizo caer de espaldas. Eso le concedió tiempo para repeler un par de ataques y para enviar dos estocadas certeras, una a la pierna y la otra al hombro del espadachín.

El del cuchillo había vuelto a ponerse de pie y corría hacia Ian, él lo detuvo con un corte a la altura de las costillas. Los dos vándalos estaban fuera de juego; demasiado heridos como para volver a intentar algo en contra de ellos, y no tan graves como para morir.

—¡Tiren sus armas al suelo y váyanse ahora si no quieren que termine mi trabajo! —Les ordenó, sin bajar ni un segundo la guardia. Sabía que no podía confiarse de que los maleantes estuviesen heridos.

Los hombres obedecieron finalmente, y desarmados, se escaparon antes de que el feroz guerrero de la mirada de hielo cambiara de opinión y decidiera matarlos. No le resultaría difícil y esos individuos lo sabían. Había luchado sin perturbarse, no era ningún improvisado y si ellos seguían con vida, sólo era porque el highlander así lo había querido. Les había otorgado la gracia de vivir, era mejor no tentarlo y correr ellos con otra suerte.

—¿Estás bien, Kate? —Ian se aproximó a ella, tomándola de los hombros para estudiar su expresión.

—Ian —con incredulidad levantó los ojos hacia él—, ¿me preguntas si yo estoy bien, cuando fuiste tú quien se enfrentó a ellos? ¡Soy yo quien tendría que estar haciéndote a ti esta pregunta! —Exclamó, acariciándole el rostro—. ¿No te han lastimado, verdad?

—No tenían ni la más mínima oportunidad —respondió con arrogancia.

—Lo sé, mi querido guardián —se puso de puntillas y posó un beso sobre los labios de él. Fue apenas un roce, y después se alejó, dejándolo desconcertado.

Ian se había quedado inmóvil, siguiéndola con la mirada. Vio a Kate recoger las armas de los ladrones y arrojarlas a la parte más profunda del arroyo, dónde la corriente las arrastraría montaña

abajo.

—Me parece que éste ya no es un lugar seguro para nosotros —dijo ella, al terminar su trabajo. La voz femenina logró sacarlo de su extraño estado aletargado.

—No van a regresar —sentenció él, caminando hacia donde ella se encontraba. Se sentía arrastrado por un poderoso magnetismo que provenía de esa hermosa mujer, cuyos cabellos en ese momento despedían extraños destellos al ser reflejados por los rayos del sol.

—Lo sé, pero de todas formas no vamos a quedarnos aquí para averiguarlo —respondió, mientras guardaba en las alforjas las cosas que tenían desperdigadas en el suelo y siendo absolutamente inconsciente de las sensaciones que estaba despertando en su querido highlander—. ¡Esos malditos desgraciados! ¡Venir a molestarnos justo cuando habíamos encontrado un lugar tan bonito! —Refunfuñó.

Kate, entre insultos y protestas, había terminado de cerrar la hebilla de una de las bolsas de cuero que pendía del lomo de *Heaven*. Cuando se giró, se encontró con Ian que le cerraba el paso. De haber volteado con mayor impulso, seguro que hubiesen colisionado.

Levantó sus ojos hacia los de él, aunque no tuvo demasiado tiempo para adivinar que era lo que sucedía. En ese soplo de tiempo, ella notó que Ian se veía confuso; su mirada era apasionada, y también estaba cargada de varias emociones.

Ian dio un paso más hacia ella. Nuevamente el canto de la sirena lo arrastraba. No los separaba más que un suspiro... Sostuvo el rostro de ella entre sus manos, enredando sus dedos en los rizos alborotados y posó con devoción sus labios sobre la sien de Kate. Fue descendiendo lánguidamente por la mejilla, rozándole la piel.

Kate sintió el corazón a punto de estallar de felicidad, con un trajinar de sangre corriendo enardecida por sus venas. Expectación. Los labios de Ian, dibujando un sendero, le enviaban un cosquilleo directamente a la nuca.

Ian se detuvo en la boca de Kate y se internó en ella. Exploró la parte interna de sus labios con la punta de su lengua, despertando cada fibra del cuerpo de la muchacha. Atrapó el labio inferior entre sus dientes antes de volver a devorarla por completo. Era un beso cargado de amor. No era desenfrenado y enloquecido cómo había sido el beso en la feria, aunque no por eso dejaba de ser un beso apasionado.

Ella se separó de su boca para mirarlo a los ojos, esos ojos que no podían estar mintiéndole, porque le estaban gritando amor.

—Kate yo te a...

Las palabras inconclusas quedaron flotando entre ellos. Ian se giró abruptamente, protegiendo a Katherine con su cuerpo. Volvía a ser el guerrero impasible, su protector, su guardián.

El sonido de los cascos de los caballos retumbando sobre la tierra les anunciaba la llegada de jinetes; de varios jinetes para ser exactos y que en ese momento llegaban al mismo lugar en el que se encontraban.

Ian, alerta, desenfundó la espada. Contó diez hombres fuertemente armados cada uno de ellos. Diez highlanders de aspecto sanguinario. Él no se amedrentaba ante tanto despliegue. Había hecho frente a compañías mayores y aún seguía con vida.

—Buenas tardes, señor —habló, el que parecía ser el líder. Un hombre que no podía ser más que tres o cuatro años mayor que Ian—. Señorita —agregó, con una inclinación de cabeza a modo de reverencia, al atisbar a la joven oculta tras el refugio del cuerpo de Ian.

—Buenas tardes —respondió Ian, secamente.

Kate saludó con una leve reverencia.

—Mi nombre es James —siguió hablando el cabecilla, ahora presentándose ante ellos—. Somos hombres del Laird McDonalds.

Ante esas palabras, Ian se puso rígido y Kate comenzó a temblar. Él sentía los estremecimientos del cuerpo de ella pegados a su espalda.

—Así que hombres de McDonalds... —su tono de voz no revelaba ninguna emoción de todas las que sentía—. ¿Están de paso por aquí? —Quiso saber.

El guerrero de nombre James, esbozo una sonrisa de lado.

—Vamos al encuentro de la prometida de mi Laird —explicó.

—Lo siento, pero ha habido un cambio de planes— se apresuró a decir Kate, saliendo de detrás de la espalda de Ian y poniéndose junto a él.

—Mi señora —dijo el líder de la tropa, desmontando de un salto y volviendo a hacer una reverencia justo frente a ella—. Usted debe de ser Lady Katherine McInnes. Es tal como la ha descrito mi señor.

—Sí, yo soy Katherine McInnes —asintió, irguiéndose como una reina—, pero... ¿Por qué han venido a nuestro encuentro?

—Cuando pasó la fecha en la que su padre había prometido que ustedes llegarían, el Laird pensó que podría haberles ocurrido algún inconveniente en el camino, y se preocupó; por eso nos envió a buscarlos. ¿Usted, Mi Lord, es Cameron McInnes? —Preguntó, hablándole ahora a Ian.

—No, yo soy Ian Mc Dubh, el custodio de Lady Katherine —espetó con sequedad—. Lord Cameron estaba de viaje, por esa razón el Laird McInnes me envió a mí en su lugar.

—Pero Ian, no hace falta que sigamos hasta *Skye*, podemos regresar a casa —le susurró ella en

voz muy baja.

—¡No, nada ha cambiado! —Soltó abruptamente y casi sin mirarla—. Seguiremos con ellos hasta la fortaleza de tu prometido.

El frío que Kate había sentido en su cuerpo la noche de lluvia que había salido a buscar hadas al bosque, no se comparaba con lo helada que sentía el alma ahora.

—Nosotros ya estábamos por emprender nuevamente el viaje hacia las Islas —mintió Ian, dirigiéndose al líder de los hombres de McDonalds, mientras aparentando tranquilidad terminaba de guardar una manta que había quedado suelta.

—Bueno, entonces vamos. Podemos cruzar el estrecho antes del anochecer y cenar esta misma noche junto a mi señor. Él se sentirá muy complacido de verla a usted, Milady.

* * *

Katherine se dejó guiar por el último tramo de montañas. Desde allí, el característico aire de mar ya se podía oler mucho antes de alcanzar la costa, mientras que el rumor constante del viento azotaba el paisaje desierto.

Antes que se ocultaran las últimas luces del atardecer, llegaron hasta un puerto en dónde ya los esperaba la embarcación que los llevaría a su destino. Hacia el noroeste, hacia la imponente Isla de *Skye*.

Todavía no había oscurecido del todo y pudieron apreciar como un archipiélago se abría delante de ellos dónde *Skye* era su gran señora; fastuosa se mostraba ante sus ojos. Desde la nave en la que viajaban, se podían ver los picos más altos de todas las islas: los montes *Cuillins*. Más allá, se adivinaba la presencia de las *Trotternish*, las formaciones rocosas del norte. Algunos botes se mecían anclados cerca de la orilla y decenas de pescadores descargaban las preciadas mercancías que habían capturado durante el día. Algunas mujeres con cofias blancas en sus cabezas y delantales manchados sobre sus ropas, se habían acercado con canastos para cargar parte del tesoro y asistir a sus agotados esposos e hijos.

Por momentos, una densa niebla lo cubría todo, pero increíblemente, ante las fuertes ráfagas de viento ésta se despejaba y el paisaje salvaje volvía a aparecer ante sus ojos: Las montañas ancladas entre profundos valles y lagos, la geografía dramática de la Isla de *Skye* y cómo un centinela, el majestuoso castillo de los McDonalds.

Los aldeanos: grupos de pastores y pescadores, seguían con sus trabajos, aún ignorantes de la llegada de los viajeros. No fue hasta que el barco llegó al puerto que se produjo un hervidero en torno a ellos.

La voz se corrió a la velocidad del viento y pronto, cientos de personas se habían enterado de su llegada y acudían a saludar a quien sería su señora. Katherine no pudo más que quedar anonadada ante el recibimiento cariñoso que le prodigaba el clan. Las mujeres y niños le obsequiaban flores y canciones gaélicas a su paso; los hombres seguían con palmas el ritmo alegre de la música de las gaitas. Se había armado una fiesta por su arribo y Kate sintió pena por tener que desilusionarlos.

Esa gente, era evidente que adoraba a su señor y se alegraban de la llegada, de quien ellos creían, sería su esposa. Katherine tiraría por la borda las ilusiones que ellos habían puesto en ese matrimonio; ya lo había decidido y nada la convencería de contraer matrimonio con ese hombre. Ella hablaría con él y él tendría que comprenderla.

La miriada de personas se dividió al medio, tal como si fuesen las aguas del mar Rojo, para dar paso a una figura. Las pocas luces del día apenas le permitieron a Kate ver de quien se trataba hasta que no estuvo lo suficientemente cerca.

James había hecho detener los caballos y había desmontado. Ian hizo lo mismo y su intención era ayudar a Katherine a apearse de su montura, pero fue interceptado por otra persona, que tras hacerle una sutil reverencia con su cabeza, pasó delante de él y se colocó a los pies de Kate.

El extraño extendió sus brazos y la tomó por la cintura. Sin ninguna dificultad la bajó del caballo y la apoyó en el suelo. Él era altísimo, unos cuantos centímetros más que Ian y Cam, Kate no le llegaba ni a la barbilla. Le tomó la mano y mirándola a los ojos, le besó los nudillos. Fue un toque seductor y se detuvo más tiempo del apropiado rozándole la piel con sus labios; eso lo notó Ian, que hacía el mayor de los esfuerzos por no apartar a ese hombre de *su Kate*, cargársela al hombro y salir de regreso a casa con la muchacha a su lado.

—Mi señora —dijo el individuo, con voz reverencial.

Ian supo, por la mirada embelesada que ese hombre le dirigía a ella, que estaba enamorado. *Ya somos dos*, pensó. *Y en la comparación, yo soy el que pierde*. Se obligó a apartar la mirada, no podía soportar ver como la cortejaba.

—Me honra con su presencia, Milady. Me alegro sinceramente que no haya sufrido ningún accidente en su viaje, Lady Katherine. Me había inquietado cuando pasaban los días y ustedes no arribaban a *Skye*.

Él no dejaba de hablar, su voz era potente a pesar de lo joven que aparentaba ser. No podría tener más de veinticuatro o veinticinco años, supuso Kate. Le habían dicho que ese hombre era guapo, más hermoso que el pecado; pues nada de eso le hacía justicia. No había palabras que pudieran definir con exactitud la belleza del Laird Colin McDonalds.

McDonalds tenía el cabello hasta los hombros, de un color entre rojo y zanahoria, las

caprichosas ondas parecían llamaradas de fuego. Se asemejaban al color exacto que exhibía el cielo en ese momento, con el sol casi oculto detrás de las montañas rocosas de las Islas. Sus ojos, bordeados por espesas pestañas de varios tonos más oscuros que su cabellera, eran dos apacibles estanques de aguas claras, entre verde y turquesa. Un color extraño, indefinible. Su mirada era dulce, cargada de entusiasmo y Kate sintió pena por él, por tener que abandonarlo.

Las facciones de Colin McDonalds eran aniñadas, con su graciosa nariz respingona, sus labios sensuales y definidos, su barbilla delgada. Era uno de esos rostros en los que a pesar del paso de los años, los rasgos continuaban pareciendo los de un jovencito. Aunque Kate podía adivinar que cuando él estaba frente a un combate o ante un problema, su gesto debería de endurecerse, puesto que unas muy finas líneas se marcaban junto a sus ojos y en el entrecejo. La vida lo había puesto frente a un clan cuando apenas comenzaba a ser un hombre, y las responsabilidades, sin dudas, lo habían marcado. Eso no lo afeaba en absoluto, tampoco lo hacía parecer más mayor de lo que en realidad era.

Colin atrapó el brazo de Kate y lo enredó en el suyo, instándola a caminar hacia la fortaleza.

—Entonces, ¿ha tenido un viaje tranquilo, Milady? —Quiso saber.

—Sólo nos topamos con dos maleantes, justo antes de que sus hombres nos encontraran, Milord —dijo ella, continuando la charla que él había iniciado.

Él pegó un respingo, deteniéndose para mirarla de frente y constatar que no estuviese herida.

—¡Por favor, mi señora, dígame que nada malo le ha ocurrido!

—¡Claro que no! —Le restó importancia al asunto haciendo un gesto con la mano—. Mi guardián se ha encargado de esos dos rudos maleantes sin ningún esfuerzo.

Recién entonces, McDonalds recordó al escolta de Kate y se giró hacia él.

—¡Mis perdones, Lord Cameron! Usted sabrá comprender que la esplendorosa belleza de su hermana me ha apabullado haciéndome olvidar de cuanto me rodea —dijo aquello esbozado una sonrisa pícara que le había llegado hasta los ojos y que lo hacía parecer aún más joven todavía.

—Lo comprendo, Milord —dijo Ian, poniéndose a su lado—. La belleza de Lady Katherine puede dejarlo a uno sin aliento; pero permítame que lo corrija en algo, yo no soy Lord Cameron.

—¿No? —McDonalds alzó una ceja.

—Mi querido amigo no ha podido venir, por esa razón, mi Laird me ha enviado en su lugar. Ian Mc Dubh, a su servicio, Milord —hizo una reverencia perfecta ante McDonalds, que había quedado estupefacto.

—Bueno, Mc Dubh; el Laird McInnes debe tenerle mucha confianza para encomendar en sus manos la seguridad de Lady Katherine —escudriñaba el rostro del hombre encargado de custodiar a su futura esposa. Si de él dependiese, jamás hubiese enviado a la muchacha y a ese magnífico highlander solos por las montañas. Ese hombre era joven y además de muy buen ver, ¿cómo se le

podía ocurrir al Laird semejante tontería? ¿En qué estaba pensando?

Era la pregunta que no podía evitar hacerse.

—¡Ian es el mejor guerrero del clan y mi padre le tiene una confianza ciega! —agregó Kate, con demasiado entusiasmo para gusto de Colin, que ya los estudiaba con mayor detenimiento a ambos, aunque no hizo referencia al asunto.

—Me imagino que sí —dijo aparentando indiferencia y haciendo señas para que continuaran su paso—. ¡Bienvenidos a mi hogar! —Exclamó después, cuando ya estaban entrando al castillo.

El salón era imponente, enorme. Las paredes de piedra gris podrían haber resultado frías de no haber sido por los ricos tapices que pendían de ellas. Dos, de gran tamaño y con diseños heráldicos del clan, flanqueaban un hogar en dónde un fuego soberbio caldeaba toda la estancia. ¡Parecía que allí dentro habían echado un árbol entero!

Armas de guerra y más colgaduras adornaban los muros. Sobre una tarima, la gran mesa con sillas señoriales esperaba a los comensales, mientras que en el resto del recinto, estaban diseminados largos tablones con caballetes. Ahora estaban vacíos, pero por los cubiertos y platos que ya estaban puestos sobre ellos, los invitados podían adivinar que a la hora de celebrar la cena, el lugar bulliría de gente.

—Su hogar es muy hermoso, Milord —dijo Kate, humildemente.

—Nuestro hogar, mi señora —le susurró con voz reverencial, mirándola a los ojos y provocando que a Kate le ardieran las mejillas—. No olvide que ahora, este castillo también será suyo.

Las palabras de Colin habían sonado con tanto sentimiento y la había mirado con tanta ilusión, que Kate supo, con seguridad, que le resultaría muy doloroso a ella tener que decirle que nunca sería su esposa. *Tengo que hablar con él cuanto antes, Dios dame el valor suficiente para poder decírselo.* Ella no quería lastimarlo, odiaba tener que hacerlo, pero no tenía otra opción.

—Indudablemente querrán refrescarse un poco antes de la cena— dijo el Laird, y para contribuir a la tranquilidad mental de Kate, dejó de mirarla y se dirigió a una doncella y a un sirviente, encomendándoles algunas tareas—: Indiquen a Lady Katherine y a Mc Dubh sus aposentos —les dijo—. Y encárguense de que les sea llevado todo lo necesario para un baño reconfortante y aquello que ellos les soliciten.

Los sirvientes asintieron y luego invitaron a los recién llegados a seguirlos escaleras arriba. Entonces, ellos se despidieron del Amo del castillo agradeciendo su hospitalidad, y acordando que se reencontrarían en una hora para disfrutar de la comida.

Mientras caminaban, Ian y Kate, sólo se dirigieron una mirada. Los sirvientes estaban a una corta distancia de ellos, impidiéndoles hablar sin ser escuchados; así que la muchacha tuvo que aguantarse las ganas de decirle varias cosas a ese hombre tan cambiante que la volvía loca.

Después de subir dos tramos de escalera y recorrer un largo corredor iluminado por antorchas adosadas a la pared, la doncella mostró a Kate su habitación. Ian continuó hasta el final del pasillo.

El cuarto asignado a la muchacha era bellissimo. En el centro, había una gran cama con dosel de color verde pálido con bordados de hilos de oro. Junto a la pared estaba ubicada una mesa pequeña rodeada de algunas banquetas y al lado de la chimenea, en donde las llamas ya lamían los leños, había sido colocada estratégicamente una silla con respaldar.

Kate se asomó a la ventana. La luna, como un enorme disco de plata, derramaba su luz sobre la irregular geografía de *Skye*. Bruscas elevaciones en el terreno dibujaban sombras sobre las praderas que ahora no eran más que depresiones y relieves. La muchacha imaginó que durante el día, desde allí, la vista sería impresionante. Se oía cercano el sonido de las olas rompiendo sobre la costa. El mar... Kate lo recordaba.

Ian se quitó la ropa sucia y se sumergió en el agua caliente. Era una bendición sentir esa calidez después de haberse bañado durante días en las frías aguas de ríos y arroyos. No soportaba sentirse sucio y ante la falta de agua caliente y una buena tina no había dudado en sumergirse en lo que la naturaleza le había ofrecido en ese momento. ¡Pero de qué manera había echado en falta estas comodidades! ¡Jabón, que bien olía!

Desenredó con sus dedos los largos cabellos y deshizo las dos trenzas que despejaban su rostro. Sumergió la cabeza en el agua, dejando que todo su pelo se humedeciera y después lo enjabonó. Lo frotó con fuerza haciendo abundante espuma y después hizo lo mismo con su cuerpo. Mientras se dedicaba a la tarea de bañarse y después de aclararse el jabón, Ian pensaba en su desdichada suerte.

El maldito Laird era tal y como lo habían descrito: Joven, apuesto, asquerosamente rico y un condenado dechado de virtudes. Y para rematarla, hasta un ciego podía darse cuenta de que Colin McDonalds estaba loco por Kate.

Había hecho ese viaje convencido de cuál era su misión, pero con la esperanza oculta, muy dentro de su corazón, de encontrar una miríada de defectos al hombre, o aunque más no fuera uno solo. Uno que le diera motivos justificados para llevársela consigo. Si McDonalds fuese inapropiado, él arrancararía a Katherine de esas malditas Islas y la devolvería a las tierras de McInnes, dónde podría tenerla cerca... Pero no, el Laird era perfecto y seguía llevándole ventajas insalvables al humilde hijo de un carpintero, que era él.

Señor, dame fuerzas para ser idóneo y cumplir con la palabra dada a mi Laird. Que sea capaz de dejarla en manos de McDonalds. Nada le faltará aquí, ni tierras, ni posesiones, ni título, ni siquiera amor. Él la amará, aunque nunca tanto como la amo yo, de eso estoy seguro; pero no tengo nada más que ofrecerle. ¿Cómo se compara un puñado de tierras ante tanta inmensidad?

No soy un necio, sé qué es lo mejor para ella, y no soy yo... Aunque lo desearía, ¡Cómo lo desearía, maldición!

Prefiero sacrificarme yo mismo y sufrir por el resto de mis días al no tenerla a mi lado, pero

saber que he hecho lo correcto. Saber que no la he condenado, por mi propio egoísmo, a una vida humilde.

Pero necesito valor, Señor. Necesito la fuerza suficiente para alejarme de aquí sin ella y no estoy seguro de tenerla. Por eso te imploro, porque no me creo capaz de lograrlo. ¿Cómo dejarla, cuando ella es mi vida?

Ian no quería llorar, pero tampoco podía evitarlo.

Capítulo X

Cam, por fin regresaba a su hogar. Se sentía exhausto después del cometido que lo había llevado a alejarse de las tierras de su padre. Sólo quería llegar, darse un baño caliente y comer algo bien sustancioso. Su estómago no dejaba de rugir recordándole que en todo el día no había consumido más que pan con un trozo de carne seca.

Él y sus hombres fueron prontamente atendidos por un grupo de mozos de las caballerizas, pero lo que sorprendió a Cam, fue la ausencia de Katherine. Su hermanita, cada vez que el regresaba de algún viaje, gritaba su nombre mientras descendía a toda prisa las escaleras, a pesar de los continuos regaños de él, que más de una vez le había advertido que podía caerse y partirse la cabeza.

Cam estaba seguro de que su revoltosa hermana no había hecho caso de sus palabras y que ahora no permanecía sentada en el salón, como una dama educada, aguardando su ingreso. Una extraña sensación lo atenazaba. Algo sucedía con Kate, puede que estuviese enferma y que por eso ahora no estaba colgada de su cuello dándole la bienvenida. Se sentía preocupado... Tampoco veía a Ian, desde luego que él no corría a colgarse de su cuello, pero sí acudía a saludarlo y a ayudarlo con los fardos, pero hoy no veía a ninguno de ellos.

Cruzó el vestíbulo a grandes zancadas y encontró a su padre sentado a la cabecera de la mesa principal.

—¡Padre, ya estás en casa! —Exclamó con sincera felicidad.

El hombre de cabellos blancos se puso de pie para abrazar con fuerzas a su hijo. La alegría que sentía el viejo Laird era imposible que pasara desapercibida.

—¡Mi muchacho! ¡Cuánto te he echado de menos! —Las palmeadas en la espalda resonaron en todo el salón abarrotado de personas que sonreían ante la efusiva muestra de cariño de los dos hombres.

—Siéntate Cam y cuéntame cómo ha ido tu viaje. Me han dicho Ian Y Katherine que habías salido a rescatar a dos de las niñas de MacKenzie.

—Si padre, los McPherson. ¡Esos malditos desgraciados las habían apresado! —Cam escupió las palabras con evidente desprecio—. Pero dime, padre, hablando de mi hermana y mi amigo, ¿en dónde se han metido ellos? No los he visto por ningún sitio —echó una mirada a su alrededor, sólo para confirmar que ninguno de ellos estaba por allí.

—No los busques, Cam, no están aquí; han viajado.

—¿Viajado? ¿Pero a dónde han ido?

—A estas alturas, ya deben haber llegado a las Islas.

—¿A las Islas? ¿Y para que fueron ellos hasta allí, padre?

Eso era de lo más extraño y a Cam no se le había alejado esa extraña sensación que se le había instalado en el estómago. Algo le decía que lo que su padre tenía para decirle no iba a gustarle en lo más mínimo. Lo dejó que hablara, necesitaba saberlo todo.

—Katherine ha ido a encontrarse con su futuro esposo, el Laird de *Skye*, Colin McDonalds — soltó su padre con tanto entusiasmo como si lo que estaba diciendo fuese la mejor de las noticias.

—¿Qué? ¿Padre, has enloquecido? —Cam se puso de pié, aferrándose con fuerzas al borde de la mesa—. ¡Kate no puede casarse con ese hombre!

—¡Deja de gritar, Cameron McInnes y siéntate! —Rugió el Laird—. ¡Explicame por qué tu hermana no debería casarse con un hombre tan poderoso como el Laird McDonalds!

—Sencillamente, porque ella no lo ama —expuso y luego tomó asiento, aunque no logró relajarse.

—¿Acaso eso importa? —Preguntó su padre, alzando una ceja—. McDonalds ha estado enamorado de Katherine desde que la conoció hace cuatro años, cuando viajé junto a ella a *Skye*. Ha esperado todo este tiempo para pedirme su mano porque era consciente de que Kate sólo era una niña, pero ahora ella ya tiene dieciocho años y él supuso que ya era una edad apropiada para hacerla su esposa.

—¿Y tú crees que es apropiado?

—¡Por supuesto! Y ella con el tiempo le tomará cariño, hasta puede que llegue a amarlo. Colin es un buen hombre, Cam, no tienes que preocuparte por el bienestar de tu hermana.

—Es que no lo entiendes, padre —la voz había sonado cargada de angustia. Se pasó las palmas por el rostro, mientras decidía que lo mejor, era decirle a su padre la verdad—. Kate está enamorada de otro hombre —confesó sin titubear.

—¿Si? —el Laird entornaba sus espesas cejas blancas haciendo que éstas se tocaran en el centro. Ante el gesto de asentimiento de su hijo, el Laird añadió—: Creo que debes decírmelo todo, Cameron.

—Sí, supongo que lo más apropiado es no andarnos con secretos; no ahora —bebió unos tragos de la copa de vino que le habían servido y luego empezó a hablar—: Justo antes de partir en mi misión, tuve una conversación con Katherine y ella me confesó que estaba muy enamorada de alguien. En realidad, sus palabras han sido que siempre lo ha amado y creo que todos, en cierta forma, lo

hemos sabido —clavó sus ojos pardos en los de su padre—, aunque nunca hemos dicho nada. Puede que hasta tú mismo lo sepas, padre.

—No lo sé, Cameron... La verdad es que nunca he prestado demasiada atención a esas cosas —confesó el hombre, sintiéndose molesto consigo mismo por haber ignorado semejante cosa referente a los sentimientos de su pequeña—. Aunque ahora que lo dices... —meditó un instante, no obstante no ahondó en aquellos pensamientos; en cambio preguntó—: ¿Y ella es correspondida por ese hombre?

—Yo iba a hablar con él para confirmarlo, pero tuve que salir con urgencia, sin embargo, puedo aseverar sin temor a equivocarme que sí, que él está enamorado de ella también.

—¿Quién es? —Preguntó sin inquietarse. Tal vez Cam tenía razón y hasta él mismo presentía quien era el enamorado de su hija.

—¿No te lo imaginas, padre? —Cam lo miró a los ojos para observar su reacción. Entonces el Laird asintió, bajando un poco sus párpados. El joven, igual pronunció el nombre—: Ian, Kate ama con todo su corazón a Ian.

—¿Por qué entonces el condenado muchacho no se opuso cuando le ordené custodiar a Katherine hasta *Skye*? —Rugió el Laird, propinando un puñetazo a la mesa.

—Porque Ian jamás contradeciría alguna de tus ordenes, padre. ¿Es que aún no lo sabes? Ian te ha jurado lealtad absoluta, además está el otro asunto...

—¿Qué asunto? ¿Acaso tiene otra mujer o algo así?

—No padre, nada de eso —Cam no pudo evitar sonreír—. Ian no se cree suficiente para Katherine.

—¡Tonterías! —Exclamó con ardor, poniéndose de pie y paseándose nervioso por el salón—. ¡De haber sabido lo que sentían ese par de tontos, jamás los hubiese enviado a *Skye*! ¡Demonios! Si ese muchacho es como un hijo para mí. Nada me honraría más que fuese el esposo de mi hija.

—Pero él se cree inferior, padre. Ian nunca olvidó sus orígenes. ¡Imagínate! ¡Le ofreces a Kate al Laird más rico de toda Escocia! ¿Piensas que Ian se siente capaz de competir contra él?

—¡Mierda! —Masculló, odiándose por haber sido tan ciego—. ¡Ve a buscarlos, Cameron! Trae a ese par de idiotas otra vez a casa y celebraremos la mayor de las bodas.

—¡Ojala no sea demasiado tarde, padre! Y que podamos convencer a McDonalds de no declararnos la guerra por semejante ofensa.

—Confío en ti para eso, hijo —posó una de sus enormes manos sobre el hombro de Cameron—. Realmente no me gustaría perder la amistad de Colin. Él es un buen muchacho.

—Lo intentaré —asintió con una inclinación de cabeza. Recién entonces el Laird pareció tranquilizarse—. Le daré todas las explicaciones que estén a mi alcance.

—Gracias, hijo.

Cam se sentía exhausto, hubiese deseado tenderse en una cama y dormir dos días enteros, pero sabía que estaba retrasado; temía llegar demasiado tarde a *Skye*.

—Saldré esta misma noche —afirmó—. Comeré algo rápido mientras se preparan quince hombres para acompañarme. ¡Dios sabe que si McDonalds nos declara la guerra, con quince hombres no haré nada, pero bueno, todo sea por mi hermana y mi querido amigo! —Puso los ojos en blanco mientras decía aquello.

—¿Quieres contarme tu aventura, hijo? —Preguntó el Laird, percatándose de que no habían hablado de su viaje.

—¡Oh padre, no me alcanzaría el tiempo! —Entonces, Cameron no pudo evitar sonreír, como quien tiene un bonito secreto—. Lo dejaremos pendiente para mi regreso. Ha sido un muy largo viaje y hay mucho para contar. ¡Más de lo que te imaginas!

El Laird asintió.

Dos horas más tarde, Cameron McInnes, rápidamente aseado y con una buena comida en el estómago, al frente de la tropa partió en medio de la noche hacia *Skye*. Tenían un largo viaje por delante, de tres a cuatro días dependiendo del ritmo. Era una carrera contra el tiempo y de su llegada oportuna dependía la felicidad de Kate y de Ian...

Cam se recriminaba el no haber podido conversar con su amigo antes de partir hacia las tierras de McPherson. De haberlo hecho, nada de esto estaría sucediendo, se decía una y otra vez. Los sentimientos de Kate estaban confirmados, ella misma se lo había dicho y con respecto a lo que sentía Ian por la muchacha, mientras más pensaba Cam en el asunto, más se convencía de que Ian definitivamente estaba enamorado de ella. Claro que Mc Dubh se había encargado de ocultarlo a los ojos de todos, pero deteniéndose ahora, Cam podía atisbar algunos detalles que gritaban a los cuatro vientos la devoción que su mejor amigo le profesaba a su hermana. Y él se sentía un idiota, por no haberlo notado antes.

—¡Maldito Ian Mc Dubh! ¡Tú y tú condenado sentido del honor y de lo que es apropiado! —Gruñó entre dientes.

—¿Hablabas usted, mi señor? —Preguntó uno de los soldados, poniéndose a la par con su caballo.

—No, sólo pensaba en voz alta —masculló y continuó pensando y hablando consigo mismo, ahora sí, sin pronunciar palabras, aunque de tanto en tanto le surgía algún gruñido desde lo más profundo de su garganta. *¡Voy a molerte a golpes mi querido y tonto amigo! ¡Hacerme recorrer las montañas cuando sólo quiero dormir! Te juro, Ian que si no entras en razón, te mataré con mis propias manos.*

Ian siempre había tratado a Katherine de una manera especial. Cuando ella era pequeña y ellos

un par de muchachos, Ian siempre había cedido a los caprichos de la niña, transformándose en el personaje que a ella se le antojaba en sus juegos. Era su príncipe, su caballero de brillante armadura, un elfo o un bardo recitándole tontos poemas. Lo que Kate deseaba, él se lo otorgaba. La protegía, la custodiaba y sufría pasmosamente cuando ella estaba enferma.

A medida que el tiempo pasaba y Katherine se transformaba, primero en una bella jovencita, después en una hermosa mujer, Cam recordó ahora entre sonrisas, cómo Ian había dirigido miradas de pocos amigos a los hombres que se le habían acercado galantes a la muchacha. *¡Celos, puros celos!* Reflexionó. *¡Y qué tonto has sido, amigo; ella nunca ha tenido ojos más que para ti!*

Ellos están destinados el uno al otro. ¡Qué ciegos hemos sido todos al no notarlo antes!

Capítulo XI

Kate salió de su cuarto y encontró a un guardia de McDonalds que custodiaba su puerta. Lo saludó amablemente y descendió las escaleras guiadas por aquel hombre de aspecto amable. Ella le había prometido al Laird que se uniría a él en el salón en cuanto terminara de arreglarse, no tenía sentido demorar el asunto, al fin y al cabo, ella necesitaba hablarle, y era mejor si se encontraban solos.

Cómo conjurado por sus pensamientos, el imponente pelirrojo apareció ante ella al pie de la escalera.

—Milady —la saludó, inclinándose ante ella en una reverencia y buscando su mano para ayudarla a bajar el último peldaño.

—Milord —respondió el saludo con la voz temblorosa, aceptando la mano de McDonalds—. Yo quisiera hablar con usted —miró alrededor, notando que sólo estaba el soldado que la había acompañado—, en privado —añadió.

El Laird asintió y después se dirigió al hombre.

—Robert, puedes retirarte. Regresa para la cena.

Una vez que estuvieron solos, él enredó la mano de ella en su brazo para escoltarla hasta la mesa, pero notó su resistencia, entonces no avanzó y permanecieron de pie, uno frente al otro. Él la miraba con dulzura infinita.

—Milord, yo... —no encontraba las palabras para decirle de manera delicada aquello que debía decirle lo antes posible.

—Colin —la interrumpió él—. Sólo llámeme Colin, Lady Katherine.

—¡Oh, bueno! Entonces tal vez usted debería llamarme Katherine y no Lady Katherine —consintió ella.

—¡Me honraría permitiéndomelo, mi señora! —él se llevó una mano al corazón. No era un mero gesto teatral ni burlón, lo hacía con absoluta sinceridad.

Kate se sentía cada vez más abrumada.

¿Por qué no puedes ser simplemente un hombre gruñón y malvado? Te cantarían cuatro verdades, me giraría y regresaría a casa sin el más mínimo remordimiento; pero no, tenías que resultar tan maravilloso, tan bueno... ¿Cómo hago para herirte sin sentirme culpable?

—¿Qué querías decirme, Katherine? —La voz masculina interrumpió sus atribulados pensamientos.

—Milord, eh... Colin —corrigió ante el gesto de él—. Yo no puedo— no encontraba las palabras adecuadas, no sabía cómo decírselo. Durante todo el viaje hasta *Skye* había practicado el discurso una y otra vez: *Yo lo siento mucho, Milord, pero no puedo ser su esposa porque estoy enamorada de otro hombre y jamás consentiré desposarme con usted.* Qué fácil había resultado cuando lo había repetido una y otra vez montada en su caballo, ahora frente a él, con esos ojos verdes turquesa fijos en ella, simplemente las palabras no le salían; le resultaban demasiado bruscas y ella no quería ser dura con Colin McDonalds.

Él la salvó de hablar, la rescató de su encrucijada mental y le propuso una salida.

—Katherine... —él apoyó sus dedos sobre los labios de ella para acallarla. Kate le sintió la piel cálida y algo callosa. Colin dejó sus dedos allí, no los retiró mientras hablaba—. No lo digas, no digas nada todavía —le suplicó, adivinando los sentimientos de ella—. No voy a exigirte algo que no quieras darme, pero si te voy a pedir... No, te voy a rogar —corrigió—, que me concedas un deseo.

—¿Un deseo? —Preguntó ella y su voz se coló entre los dedos de él, bañándolos con su aliento perfumado con menta.

Colin retiró la mano, pero sólo para enredarla entre los rizos de ella, para acariciarle el rostro sutilmente desde la sien a la barbilla.

—Un deseo —repitió él, hechizado—. Concédeme unos días, Katherine. Pasa estos días junto a mí, comparte mi mesa, demos largos paseos por la Isla; déjame mostrarte el castillo, conversa conmigo... ¡Conóceme, bella Katherine!, dame una oportunidad. No me rechaces sin siquiera saber quién o como soy.

—Pero ellos, toda tu gente está convencida de que yo seré tu esposa —se sentía presa del pánico.

—Puede que tu padre y yo nos hayamos desbordado, festejando por adelantado algo que dábamos por hecho —reconoció apenado—. No importa lo que mi gente crea, Katherine, lo único que me importa es lo que creas tú. No voy a ser hipócrita y negar que nada me hiciera más feliz que desposarte, pero tus ojos —con el pulgar delineó una de las cejas de la muchacha—, no me dicen que me aceptan. Tus ojos me muestran dudas y no es eso lo que quiero. Deseo que cuando te comprometas conmigo, que cuando entres a la capilla para convertirte en mi esposa, lo hagas convencida y feliz.

—Pero...

—¡Shhhh! —Volvió a silenciarla—. En cuatro días será mi cumpleaños número veinticinco. Si ese tiempo te ha bastado y me aceptas, en la fiesta que daremos esa noche anunciaremos nuestro compromiso. Si por el contrario, decides que necesitas más tiempo, entonces esa noche sólo festejaremos mi cumpleaños y nos divertiremos, pero sin decir una palabra ni de compromiso, ni de boda. ¿Te parece un acuerdo justo?

—¿Y qué sucederá si a pesar de todo yo nunca acepto ser tu esposa? ¿Si jamás logro enamorarme de ti?

—¡Oh, Katherine! Creo que mi orgullo me impide pensar ahora en una opción semejante —él sonreía con esa sonrisa que le marcaba hoyuelos en las mejillas—. Tiempo, mi rayo de sol. Concédeme tu tiempo, y yo intentaré ocuparme del resto.

—De acuerdo —respondió Kate. Le daría esos cuatro o cinco días y después él, tendría que pensar en la opción, porque ella no iba a enamorarse del Laird, ni en cuatro, cinco ni en mil días. Y no es que algo anduviese mal con él, ¡Ah no! Colin McDonalds, sin dudas, era un hombre perfecto, pero su corazón ya le pertenecía a otro; a otro cuyo único defecto era que no sabía cocinar. Ella, sin querer, sonrió.

—Katherine, una última cosa...

—¿Qué?

—En éstos días, hay algo más que necesito que me prometas y es que no sólo me otorgarás el privilegio de tu presencia, también quiero tus pensamientos, Katherine.

Él lo sabía, ella estaba enamorada de otro hombre y Colin tenía una muy fuerte sospecha acerca de la identidad de su enamorado: Ian Mc Dubh, y podía jurar que el sentimiento era recíproco. No le había pasado desapercibido el intercambio de miradas entre ellos, ni la rabia en los ojos azules del hombre cuando él había cortejado a la muchacha. ¡Qué estoico se había comportado! Correcto y frío, todo un caballero educado, pero sus ojos, en ellos no había podido ocultar sus sentimientos: amor, odio, rabia; todo mezclado en una sola mirada y Colin lo había notado.

Ian Mc Dubh era un oponente fuerte, pero él también estaba enamorado de Katherine y lucharía por ella. Durante cuatro años había acumulado su amor por esa mujer; ese sentimiento había crecido y se había arraigado con determinación en su corazón. Cada día había pensado en ella y cada noche la había soñado. Ahora la tenía a su lado, era real y no producto de su loca imaginación. No la dejaría ir así como así. La enamoraría y ella terminaría accediendo a ser su esposa.

—¿Qué me respondes, Katherine? ¿Serás capaz de concederme también tus pensamientos? —Colin le sostenía el rostro entre las manos, no la dejaba apartar los ojos. Él noto la duda nuevamente en ella—. Recuerda que sólo son unos días, no puede ser tan difícil.

¡No te imaginas cuanto!, pensó ella, pero no lo dijo; en cambio le respondió con la única verdad que podía ofrecerle.

—Lo intentaré, Colin. Te prometo que lo intentaré.

—Tendré que conformarme con eso entonces —le volvió a tender el brazo y ahora ella sí se dejó guiar—. Vamos a la mesa, mi señora. Pronto se servirá la cena.

Al poco rato, se empezaron a sentir los murmullos de los hombres del clan con sus familias que se acercaban a la puerta del salón. Todos se detenían con graves reverencias frente a ellos y después ocupaban las largas mesas y bancos. Pronto el lugar estuvo desbordado de personas que reían y cuchicheaban.

Colin la presentó a su gente simplemente diciendo que tenían el honor de ser visitados por Lady Katherine McInnes. En los rostros de las personas se leía el desconcierto, todos esperaban que ella fuese presentada como la futura esposa del Laird, sin embargo, en toda la noche no se hizo referencia a ningún tema relacionado con la boda.

Katherine ocupaba el lugar de honor a la derecha de McDonalds. En el resto de los sitios de la gran mesa se habían sentado los principales guerreros del Laird y a Ian le habían designado un lugar casi en la otra punta de la tarima.

Rodeado de hombres estruendosos, que gritaban sus palabras, el silencio y la rigidez de Ian se hacían aún más notorios. Kate deseó ir con él, hacerlo reír... ¡Tenía una sonrisa tan bonita! Pero le había prometido a Colin que le daría esos días, su presencia y sus pensamientos, y ya estaba fallando en lo segundo.

Son sólo unos días, mi amor y después, tendré mi vida entera para darte a ti. Esa idea la reconfortó, entonces se obligó a apartar a Ian de su mente. Un enorme vacío la sorprendió, Ian siempre estaba allí y ahora ella lo estaba empujando fuera... Sentía deseos de llorar.

—¿Katherine, te sientes mal? —le preguntó Colin, inclinándose un poco hacia ella y tomándole la mano.

—Sólo estoy un poco cansada, Colin —mintió ella con una sonrisa forzada en los labios.

—Lo siento, Katherine, te he retenido a mi lado toda la noche sin tener en cuenta que aún no has descansado de tu viaje. Vamos, te acompañaré a tu cuarto.

—No, no. Nada de eso. Tú no debes dejar a tu gente, además puedo ir sola. ¡No voy a perderme! —Bromeó.

Ian desde la otra punta de la mesa no podía oír la conversación entre Kate y McDonalds, sólo los veía tomados de las manos y con las cabezas muy juntas. Cuchicheaban y se sonreían. Ian nunca había sentido tantos celos. Necesitaba salir de ese salón; de repente, el aire se le antojaba demasiado viciado.

Estaba por ponerse de pie, pero ellos le ganaron de mano. Volvió a acomodarse en su silla, tenía que averiguar a donde iban, sin embargo, continuó en la ignorancia y todavía más molesto.

El Laird sólo saludó a los presentes con un: *Buenas noches* y escoltó a Kate escaleras arriba. Ella iba aferrada de su brazo. Cuando ellos desaparecieron en el corredor, Ian se levantó, excusándose y salió al patio. Dio una vuelta, no obstante, no le sirvió para calmarse. Mil ideas del Laird y de Kate juntos le corroían los pensamientos.

Volvió a entrar al castillo, McDonalds todavía no había regresado. Subió los escalones de dos en dos, con la respiración agitada, y al voltear en el pasillo a poco estuvo de chocar de frente con Colin que en ese momento llegaba al descansillo.

—Yo, lo siento, Milord —le tocaba a él disculparse, aunque de buena gana hubiese pasado al lado de ese hombre sin siquiera dirigirle la palabra. Ese hombre que le estaba quitando a Kate, a su Kate. Sintió deseos de golpearlo, de borrarle esa maldita sonrisa que parecía tener siempre grabada en el rostro.

—¿Llegas tarde a algún lugar, Mc Dubh? —Colin no solía ser irónico, sin embargo, no se sentía particularmente afable cuando estaba frente a su rival.

Los dos se batían a duelo con la mirada. Colin tuvo que reconocer la intrepidez de Ian. Nunca, ningún individuo se había atrevido a mirarlo de frente, tan abiertamente. Después de todo, él era el poderoso Señor de las Islas y no había quien lo desafiara. Él podría enviarlo a las mazmorras por semejante arrojo si se le antojase, claro que no lo haría, pero tampoco se dejaría intimidar por el guerrero. Esperó la respuesta.

—Sólo me dirigía a mi cuarto, con su permiso, Milord —hizo con su cabeza una reverencia, sin apartar sus ojos de los de McDonalds.

Ian estaba yendo demasiado lejos. Él sabía que un inferior jamás debía mirar a los ojos a un Laird; simplemente no podía evitarlo.

Con eso, se ganó una mirada de furia de Colin, quien pasó a su lado con el mayor aire de arrogancia que pudo recoger. Antes de descender la escalera, y sin girarse, el Señor de *Skye* le habló, con un tono de voz que reverberó grave en el angosto pasillo.

—No despiertes mi ira, Mc Dubh.

Katherine había escuchado el intercambio de palabras que había ocurrido junto a la puerta de su cuarto. Había deseado salir para averiguar qué pasaba, no obstante, algo le dijo que era mejor no intervenir. Se quedó aferrada al cerrojo, rogando porque cada uno siguiera su camino en paz. Finalmente los pasos se alejaron, primero los de Colin descendiendo los peldaños y segundos después los de Ian a lo largo del corredor. Entonces respiró aliviada.

Se quitó el vestido y se metió dentro de la cama. Le dolía un poco la espalda y por eso le costó un poco encontrar una posición en la cual encontrarse cómoda, pero finalmente lo consiguió. No quería pensar en Ian, tampoco en Colin. Sólo quería cerrar los ojos y dormir.

Deseaba que el tiempo pasaran rápido para volver a casa, sin embargo, primero debía vivir

esos días que le había prometido al Laird, y para empezar, en la mañana siguiente, él la llevaría de paseo por las Islas.

Había hecho una promesa y la cumpliría. Le concedería esos cuatro días a Colin, se quedaría hasta la fiesta de su cumpleaños, pero después regresaría a casa, junto a Ian.

* * *

La belleza de *Skye* a la luz del día era sencillamente impresionante. Kate iba tomada del brazo de Colin, éste había cubierto su mano con la de él y no dejaba de prodigarle sutiles caricias a lo largo de los dedos y en la palma. Ella nunca había prestado atención a lo sensible al tacto que era esa zona de su cuerpo, hasta ahora.

Caminaban por un sendero recorriendo un extenso valle cubierto de hierba y flores de colores, siempre acompañados por el viento, asiduo habitante de las Islas. Entre los árboles vieron a un ciervo rojo que pastaba tranquilamente hasta que se percató de la presencia de ellos. Levantó la cabeza, prestando atención a los sonidos que le llegaban, entonces salió corriendo, perdiéndose de vista en pocos segundos.

También lograron ver algunas águilas reales sobre sus cabezas. Un espectáculo de magnificencia, absoluto poder y libertad, revelaban con su vuelo. Kate no pudo evitar pensar en Ian. ¡Cuánto le gustaba a él contemplarlas! Ella lo había espiado muchas veces cuando él se quedaba recostado sobre la hierba o con la espalda contra un tronco y seguía con sus ojos, fascinado, el planeo de las aves de presa.

Kate se sintió culpable, aunque lo había prometido, no lograba desterrarlo del todo de su mente y allí estaba, del brazo de un hombre guapísimo y sin embargo, el más mínimo detalle le hacía regresar a su adorado amor.

—Si nos acercamos a la costa puede que veamos algunas águilas marinas —Colin le enumeraba los nombres de las especies de animales que veían o de alguna flor si ella se lo pedía.

Llegaron a un acantilado. Kate se alejó de su acompañante y se acercó al borde, se quedó hipnotizada, como siempre le ocurría cuando estaba cerca del mar... Se sentía pequeña. Un puntito diminuto rodeada de aquella inmensidad, de aquel soberbio paisaje montañoso, que tal como su interior, no guardaba una sola sensación: Por un lado, bruscos relieves y olas rompiendo impiadosas contra las escarpadas rocas de la orilla; aguas revueltas y espumosas, aguas agitadas como su propio corazón. Y más allá, en contraste las suaves praderas verdes salpicadas de flores amarillas

meciéndose sobre sus flexibles tallos, dejándose llevar por la candencia de la brisa que las acariciaba... Y el mar. Lejos de la orilla sus aguas parecían quietas, apacibles; de un azul profundo que la llenaba de paz. Azules, del mismo color que los ojos de Ian...

—Te recuerdo así —Colin se aproximó a Katherine y se colocó a su espalda, envolviéndola entre sus brazos. Ella temblaba.

—¿Así? No entiendo de qué me hablas, Colin.

—Cuando viniste a *Skye* con tu padre, hace cuatro años —el aliento de él le caldeaba la piel helada del cuello y de la oreja—. Recuerdo que te quedabas así, quieta y con la mirada perdida en las aguas más alejadas. Me fascinaba observarte, me encontraba imaginando que era lo que tanto te gustaba, porque no mirabas las olas chocar contra la costa, ni lo que sucedía a tu alrededor. No, tú mirabas el mar a lo lejos, sólo eso... ¿Por qué? —Quiso saber.

—Porque ese color azul me recordaban a los ojos de alguien —ella habló sin pensar. No fue hasta después de que sus palabras escaparan de su boca que se dio cuenta de que no tendría que haber dicho eso.

—¿Esa era la única razón de tu encantamiento con el mar? —Colin sabía muy bien a que par de ojos ella recordaba mirando esas aguas. El mismo par de ojos que el día anterior, a él, lo habían mirado desafiantes.

—¿En verdad quieres que te responda esa pregunta, Colin? —Kate prefería cambiar de tema y no echar más lodo sobre el asunto.

—Sí —se sentía un idiota por insistir. *¡Demonios! ¿Será que ahora me gusta sufrir? ¿En qué me ha convertido esta mujer?*

—Yo, bueno si tú insistes en preguntar —hizo una mueca con la boca—. No voy a negarte que me atrae muchísimo este paisaje, pero ese lugar en especial —señaló mar adentro—, el mirar allí me confiere paz, me recuerda a los ojos de él —no dijo quién era él, tampoco hacía falta.

—¿Tanto lo amas? —*¿Para qué pregunto?*, era algo que Colin se repitió una y otra vez, pero las frases se formaban en su pecho, ascendían por su garganta y explotaban a viva voz, sin que él pudiera controlarlas.

Kate no le respondió, en cambio le hizo ella otra pregunta.

—¿Por qué quieres casarte conmigo, Colin?

Ella había dejado de mirar a lo lejos, ahora su atención se fijaba en sus pies. Él la hizo girar para ponerla frente a él pero sin soltar el agarre. Ella era tan pequeñita que se perdía entre sus musculosos brazos. La instó a levantar la barbilla.

—¿Acaso no te lo he dicho ya, Katherine? ¡Yo te amo, mujer! —Declaró con profundo sentimiento—. Te amo desde que te he visto por primera vez y aunque no eras más que una

muchachita, supe que eras tú a quien quería como esposa. Y porque eras demasiado joven esperé todo este tiempo para pedir tu mano, pero desde ese día no he dejado de amarte, ni de pensar en ti ni un instante.

—Yo lamento mucho que te hayas enamorado de mí, porque yo no puedo sentir lo mismo por ti, Colin —se sinceró.

—Aún no se ha terminado el tiempo que te he pedido. Todavía puedo lograr que me quieras, Katherine.

—¿No lo entiendes? Cualquier mujer se enamoraría de ti, Colin, hasta yo misma lo haría si no fuese que mi corazón ya le pertenece a otro. No quiero que pierdas más tiempo conmigo —declamó tajante—. ¡Ya has desperdiciado cuatro años de tu vida pensando en mí para nada!

—Katherine, tú misma lo has dicho, cuatro años... No empeoraré las cosas por apostar a ti durante cuatro días más. Yo aún no me he retirado —le acarició el rostro con sus dedos.

La miraba con una intensidad que Kate sentía que las mejillas le escocían. Se sentía extraña. Con el único hombre con el que había estado tan cerca, compartiendo tanta intimidad, había sido Ian. Había experimentado sensaciones tan hermosas junto a él y ahora estaba Colin, abrazándola, acariciándole el rostro y ella temía que él también fuera capaz de despertar esas pasiones en ella. No quería sentirse atraída por Colin McDonalds. Ella sólo quería volver a casa, con Ian.

—Voy a seguir luchando por ti, intentaré todo lo que esté a mi alcance para conquistarte —le anunció, entonces ella se removió entre sus brazos, queriendo soltarse—. Me lo prometiste, Katherine. Durante cuatro días eres mía. Si al término de ese tiempo, después de la fiesta de mi cumpleaños, aún no te has enamorado de mí, entonces te dejaré partir.

—¿Es una promesa? —Preguntó temerosa y a la vez esperanzada.

—Sí, Katherine, te doy mi palabra. Pero no creas que por darte mi palabra estoy aceptando desde ahora una derrota. Yo todavía te considero mi futura esposa, eso no ha cambiado.

Ella entrecerró los ojos, aceptando lo que él le decía. Colin acercó su boca a la oreja de Kate y le susurró:

—Te amo, Katherine McInnes y lucharé por ti —le retiró un mechón de cabello y posó sus labios cálidos justo detrás del lóbulo de la oreja de ella, conmocionándola.

* * *

Buscaron un lugar en dónde los árboles les proporcionaban un buen reparo del azote viento, pero desde donde seguían teniendo una vista privilegiada del lugar. Sentados en la hierba, conversando de temas triviales, parecían dos viejos amigos y Kate descubrió que realmente le agradaba estar con Colin.

Él era tal como le había dicho su padre: inteligente y sumamente culto, un buen hombre, un Laird justo y responsable al que toda su gente adoraba y además, muy divertido. Lograba arrancarle carcajadas con sus locos relatos y la dejaba absorta con las historias de su tierra, que él tanto adoraba.

Katherine tenía que reconocer que su padre no se había equivocado al elegirlo como un posible esposo para ella. Colin McDonalds era el hombre que cualquier mujer en su sano juicio podría desear. En ese momento, él la honraba cantándole una antigua canción de amor que le había enseñado un juglar cuando no era más que un niño. El sonido grave de su voz, la melodía cadenciosa y la letra, todo era una declaración hermosa de emociones.

Kate se encontró de repente abstraída, con toda su atención puesta en Colin, en ese poderoso señor con cara de muchachito. El Laird de los cabellos de fuego y de los ojos verde turquesa. El hombre que no temía declararle sus sentimientos, que le había propuesto matrimonio y que le había jurado que lucharía por ella. Quien le cantaba canciones románticas y se desvivía por conquistarla. Colin McDonalds, quien ahora le acariciaba la mejilla con dulzura y la miraba a los ojos diciéndole cuanto la amaba...

¡Qué sencillo hubiese sido enamorarse de él! Qué feliz podría haber sido siendo su esposa y pasando el resto de su vida a su lado.

Se figuraba aquella vida que podría haber tenido... Se imaginaba recorriendo las praderas de su mano, juntando flores del jardín para adornar su castillo, esperándolo ansiosa regresar de alguna misión para prodigarle una cariñosa bienvenida, disfrutando de maravillosos momentos como el que estaban compartiendo ahora.

Kate no pudo evitar que una lágrima solitaria se desbordara de sus ojos y rodara por su mejilla. Notándolo, Colin se aproximó más a ella; ahora sus dos manos envolvían su rostro, y secó con su boca la humedad de su piel y Kate se sintió débil al tiempo que un nudo de angustia le oprimía la garganta. ¡Hubiese sido tan fácil acostumbrarse a sus caricias! Sus ojos se habían empañado por completo y ya no era sólo una las lágrimas que empapaban su rostro.

—Katherine, por favor no llores —le susurró junto al oído y consolándola con un cariñoso abrazo—. ¿Estás pensando en él? —Le preguntó con dolor.

—No.

Estoy pensando en ti y en cuanto me duele tener que dejarte. Le hubiese dicho ella, pero sabía que eso sería pisar en terreno peligroso. No quería darle esperanzas ni hacerle ilusionar con

cosas que jamás sucederían.

Ella podría haberlo amado con todo su corazón. ¡Si sospechaba que ya lo quería bastante!... *Podría haberlo amado*, se repetía una y otra vez, *pero sólo si no hubiese estado ya enamorada de Ian*.

Permanecieron abrazados hasta que Kate dejó de llorar. Él no le había preguntado nuevamente cual era la causa de su llanto. Colin había supuesto que ella pensaba en su enamorado. ¡Qué equivocado había estado!

Más tarde regresaron al castillo y ella se excusó huyendo después a su cuarto. No volvió a salir hasta la hora de la cena. Cuando se volvieron a reunir en el salón, ya estaba recompuesta, o al menos eso era lo que intentaba. Conversó y se mostró alegre tanto como pudo.

Esa noche, Colin había invitado a unos músicos para que tocaran en el *Céilidh*[6]. La reunión se tornó de lo más divertida cuando después de la comida, fueron apartados las mesas y los bancos hacia un costado de la estancia, dejando en el centro una pista para que varias parejas salieran a bailar al ritmo del *Reel* y de otros bailes tradicionales.

Rodeando a los bailarines, los demás comensales llevaban el ritmo con las palmas y golpeando los pies en el suelo, compartiendo la algarabía de los más osados.

En medio de una de las piezas musicales y entre risas, Colin tomó a Kate de la mano y la llevó a pasos agigantados hasta la pista. Antes de reaccionar, Kate ya se encontraba dando vueltas, haciendo molinetes, cadenas y paseos. Las demás parejas formaron un círculo a su alrededor, dejándolos sólo a ellos bailando en el centro, a la vez que los vitoreaban y los alentaban a seguir saltando y dando giros.

—¡Oh Dios! ¡Colin para ya, necesito beber algo!

Después de cuatro interminables bailes a puro molinete y brinco, Kate sentía los pies que le pulsaban, la cabeza que le giraba como a una ebria, la respiración agitada, la garganta seca y el rostro dolorido de tanto reír. ¡Pero qué bien que se sentía!

—¿Katherine, no vas a decirme que ya te has cansado? —Le decía él, de lo más divertido. Ella asintió demasiado enfáticamente con su cabeza y eso solo le acentuó el mareo, se tambaleó un poco.

—¡Santo cielo! ¡Me he mareado cómo nunca!

No tuvo tiempo de decir más, Colin la había levantado en sus brazos y la llevaba de regreso a la gran mesa.

—¡Colin bájame, puedo caminar sola! —Lo regañaba ella un tanto avergonzada aunque sin lograr ponerse seria. Las personas los aplaudían a su paso y eso hizo que sus mejillas se encendieran inmediatamente.

—¡Lady Katherine, te has sonrojado! —Él la molestaba con sus bromas. Parecía un niño y no el

poderoso Laird de las islas que en realidad era. Ella lograba eso en él, dulcificarlo. Ella lo hacía realmente feliz.

—¡Por favor, Colin, cierra la boca! —Kate había escondido su arrebolado rostro contra el pecho de él y las palabras habían salido amortiguadas, al igual que la risita que no había podido reprimir.

Todos los presentes se divertían, todos excepto el highlander de los ojos azules que permanecía un poco oculto a las sombras en un rincón. Él no había querido bailar, aunque no habían faltado mozas que se lo solicitaran. Reclinado en el respaldo de la silla, con los fuertes brazos cruzados sobre su pecho y las piernas estiradas, aparentaba indiferencia, pero si una sola luz hubiese iluminado su rostro, cada una de las atribuladas emociones de su corazón hubiese saltado a la vista de todos.

Se sentía traicionado por Kate. Ella no le había hablado en toda la jornada, tan solo le había dirigido un saludo al pasar y después había pasado todo el día paseando con McDonalds. En la mesa se había sentado junto a él y no habían dejado de hablar ni un solo instante, como si una buena amistad, o algo más, los uniera. Había bailado con él, se había reído con él, le había regalado sus sonrisas y para colmo de males, ahora el Laird la cargaba entre sus brazos y ella se veía feliz.

¡Le dolían las muelas de tanto oprimirlas! Y no había notado que tenía las manos cerradas en un puño hasta que se le empezaron a acalambrear los dedos de apretarlos con tanta furia; pero no los relajó. Se sentía trastornado, herido.

Se preguntaba si ella lo había olvidado tan rápido después de haberle dicho cuánto lo amaba. *¿Ese era todo el amor que sentía por mí? ¿Tan frágil, tan sutil, que en menos de dos días ya se ha esfumado?*

Quería odiarla, pero su tonto corazón traicionero se negaba. Quería dejar de mirarla, pero sus ojos hechizados la perseguían sin pausa. Quería apartarla de un plumazo de su mente, pero ella era dueña y señora de cada uno de sus pensamientos. Ian se resignó y continuó sufriendo en silencio.

—Te acompañaré a tu cuarto, Katherine —McDonalds había notado el cansancio de la muchacha, entonces la escoltó como lo había hecho la noche anterior, hasta la puerta de su habitación.

Ian empujó su cabeza hacia atrás con fuerza, propinándose un golpe en el occipital contra la dura pared en la que estaba apoyada la silla. Necesitaba descargarse, golpear algo y a la vez pasar desapercibido. Se sentía reprimido, acorralado y ahora con un doloroso chichón en el cráneo. Con el barullo había logrado que nadie lo notara, aunque no se sentía más relajado. La frustración lo consumía.

Ian se levantó de la silla tan bruscamente que el mobiliario salió disparado directamente al suelo. Salió al patio, a la noche que lo envolvió con su oscuridad infinita. Y corrió. Corrió tan rápido como si en ello le fuera la vida.

Volutas de vapor se formaban con el aire de su aliento y la hierba crujía bajo sus pasos desesperados... Y siguió corriendo, cada vez más aprisa, cómo si al alejarse del castillo pudiese realmente alejarse de su sufrimiento, hasta que llegó al lago.

Ian se desnudó y se arrojó a las aguas que lo acogieron como un manto helado. Sentía como si millares de puñales se le clavaran en todo el cuerpo. Sus extremidades se entumecían, se insensibilizaban por el frío, sin embargo no hizo nada por regresar a la orilla y siguió nadando. Deseó que también sucediera eso con su mente, con cada uno de sus tormentos. Simplemente, anhelaba dejar de pensar.

Dejó de trasladarse a través de las aguas, se quedó quieto y cerró los ojos, dejando que las aguas lo llevaran hacia abajo, que se cerraran sobre su cabeza. Las plantas del lago lo acariciaban en su viaje descendente, y todo transcurría con lentitud.

Los pensamientos, las imágenes conjuradas en su mente no eran más que algo distante, lejano, borroso. Una inmensa paz lo abordaba mientras el lago lo refugiaba en su seno y allí ya no había sufrimientos. Ian se adormecía, se dejaba ir...

Un fuerte grito reverberó, no en sus oídos, sino en su interior y supo que era Kate, llamándolo; sintiendo preocupación por él. Tal vez sólo era su imaginación o sus fuertes deseos porque ella lo buscara. Ian no pudo saberlo. Primero quiso ignorarlo, sin embargo, esa extraña sensación se hacía cada vez más poderosa, tanto que poco a poco logró despertarlo de su somnolencia, devolviéndolo de una sacudida violenta a la realidad. A la triste realidad en la que él seguía siendo simplemente Ian Mc Dubh y Kate, la prometida del perfecto Laird McDonalds. Y la más dura de todas las verdades era que había sido él y su condenada testarudez, quien la había arrojado en los brazos del pelirrojo.

Se impulsó hacia la superficie. Le dolía la espalda por contener la respiración y los músculos helados no le respondían. Se sentía cansado, débil, con ganas de abandonarse a la paz de las aguas, sin embargo, sabía que no podía ser un cobarde. Después de una lucha desigual, emergió, atrapando una gran bocanada de aire que le quemó en los pulmones y con esfuerzo nadó hasta la orilla.

Una vez alcanzada la costa, se arrastró hasta salir completamente del agua. La hierba le raspaba la piel y el cabello alborotado se le pegaba en el rostro tapándole los ojos. El aire frío lo azotó impiadoso, haciéndolo convulsionar. Estaba helado. Sus labios se habían tornado azules, y tenía la piel erizada. No era capaz de sentir su cuerpo.

Ian se obligó a llegar hasta su ropa, no estaba a más de metro y medio de distancia, sin embargo le resultó demasiado lejos. Sin poder detener el temblor de su cuerpo y con manos torpes, tomó su plaid y se enrolló en él, no fue capaz de nada más.

Sintió su cuerpo agitarse durante un buen rato, no podría precisar la cantidad exacta de tiempo que transcurrió hasta que fue recuperando el calor perdido. Poco a poco volvía a tener consciencia de sus miembros. La sangre empezaba a circular con normalidad y mil agujetas en sus pies y en sus manos le anunciaban que el momentáneo adormecimiento iba desapareciendo.

Se incorporó estremeciéndose nuevamente. Con manos, que le parecían ajenas, pasó su camisa

rústica a través de su cabeza, consiguiendo que la franela le envolviera el torso con su calidez. Se calzó las botas de ante[7] y por último enrolló su plaid a la cintura reteniéndolo con su cinturón de cuero. Pasó un extremo de la manta de tartán sobre su hombro izquierdo y lo sujetó con el broche de plata que Kate le había regalado en la feria.

Aquel era el objeto más fino y hermoso que él había tenido jamás y lo más importante, se lo había obsequiado ella. Lo acarició con los dedos y la tristeza volvió a torturarlo. La realidad se revelaba burlona ante sus ojos. Ese broche, esa fina joya que él no había querido aceptar en un principio, sería finalmente lo único que a él, le quedaría de ella.

Intentó apartar esos pensamientos y se dispuso a emprender la marcha hacia el castillo. El trayecto de regreso se le tornó más largo. Ya no corría abriéndose camino entre las ramas. Ahora, con su paso más lento y aún entumecido, las distancias se le hacían enormes, infinitamente lejanas.

Cuando Ian entró al castillo la reunión ya había finalizado. Sólo quedaban algunos guardias, que por las jarras vacías, Ian dedujo que habían estado bebiendo cerveza y ahora yacían dormidos. Algunos sobre los bancos y otros apoyados sobre la mesa, con la cabeza entre las manos. Ninguno se despertó cuando él pasó a su lado y se dirigió hacia las escaleras. Tampoco había rastros de Kate ni de McDonalds.

Ian no pudo dormir en toda la noche. Removiéndose inquieto en su cama, e imaginando si Kate estaba compartiendo o no, su lecho con el Laird. Después de todo era su futura esposa y si decidía entregarse a él antes de la boda nadie se lo recriminaría. Ian estaba a punto de estallar de solo pensarlo.

Las luces del día le anunciaron a Ian que ya no tenía que hacer ningún esfuerzo por dormirse, al contrario, ya era hora de levantarse.

No había pegado un ojo. Se sentía agotado, dolorido, irritado y por si todo eso no fuera suficiente, había pescado un resfrío de Dios y María Santísima. ¡Se sentía simplemente, un completo idiota!

Bajó a desayunar a la cocina, hábito que mantenía del castillo McInnes. A pesar de las regañinas del Laird, que les insistía a Cam, a Kate y a él que debían sentarse a la mesa del salón, a ellos nada les había gustado más que sentarse en la rústica mesa de la cocina, junto al fuego y ser mimados por la anciana cocinera. Ella los atiborraba de pasteles mientras les contaba algún cuento o los entretenía con alguna noticia de la aldea, que valiese la pena ser contada.

Tomó un enorme tazón de gachas de avena con leche y unas *shortbread*[8], esas tortas dulces, secas y quebradizas que le encantaban. Después salió a la liza y se unió en un combate de espadas a los hombres que entrenaban esa mañana. Necesitaba ejercitarse, pero sobre todo, necesitaba canalizar de alguna manera toda la cólera que se le había acumulado en el cuerpo.

Kate había estado inquieta desde que Colin la había dejado en la puerta de su cuarto la noche anterior. Un repentino temor por la integridad física de Ian se le había instalado en el pecho. Había querido salir a verificar que él estuviese bien, pero sabía que tal actitud no hubiese sido bien vista. Tampoco podía pasearse por todo el castillo a esas horas de la noche con tantos hombres pasados de bebida que había. ¡Dios sabía cómo podría haber terminado! En cambio, se había quedado de pie junto a la puerta de madera, rezando para que nada malo le sucediese a Ian. Cuando la horrible sensación pareció alejarse, recién entonces se dispuso a acostarse, y una vez que se tranquilizó, no le costó mucho conciliar el sueño. ¡Estaba agotada!

Hoy veía que sus temores habían sido infundados. Ian estaba entrenando y se veía perfectamente. Un poco pálido tal vez y algo resfriado si lo miraba detenidamente. Él no dejaba de limpiarse la nariz con el dorso de la mano.

Kate se figuró que él había tomado frío. Le preguntaría más tarde si había estado desabrigado, se dijo, y si necesitaba alguna otra manta. No quería imaginar que el Laird no le hubiese proporcionado suficiente abrigo o un buen fuego en su cuarto. De todas formas nada perdería con interrogarlo, pero lo haría luego, cuando él terminara de entrenar y cuando ella volviese de su primera lección de arquería.

Colin, que era un experto arquero, o al menos eso le había dicho él, y se había ofrecido para instruirle al enterarse que ella nunca lo había intentado.

Ian, hacía varios años, a modo de precaución le había enseñado a defenderse usando un pequeño puñal que ella llevaba siempre consigo; pero ese era todo su conocimiento con las armas y ahora estaba muy entusiasmada con la idea de probar su puntería con el arco y la flecha.

Llegaron al campo de tiro. Había varios muñecos de paja con un enorme círculo blanco dibujado en el pecho y en el centro de cada dibujo, un círculo más pequeño de color rojo. Estaban alineados, separados por una distancia de aproximadamente dos metros entre sí.

Las armas yacían sobre una mesa a un costado. Colin buscó dos arcos y dos flechas. Después de revisarlos minuciosamente, le entregó uno a la muchacha.

—¡Bueno, veamos qué es lo que puedes hacer!

—¡Oh no, nada de eso! ¡No tengo ni la más mínima idea de lo que tengo que hacer!

—Entonces te lo mostraré una vez y luego tú lo imitarás, ¿de acuerdo?

Ella no se veía muy convencida pero asintió.

Colin se paró con los pies un poco separados, una distancia no mayor a la amplitud de sus hombros; estaba un poco de perfil, aunque no demasiado. Con maestría sujetó el arco y la flecha en el centro, tomándola sólo con tres dedos. Empujó el brazo hacia atrás, tensando la cuerda y luego soltó. La flecha silbó cortando el aire y se clavó en el blanco, en el diminuto puntito rojo que el muñeco tenía pintado en el centro de su pecho. Kate estalló en aplausos y felicitaciones y a Colin le fascinó esa efusividad en ella. No perdía las esperanzas, todavía no.

—Ahora es tu turno, Katherine —le cedió el paso con una florida reverencia.

—Ni sueñes con que lograré acertar allí —señaló la marca que había quedado en el muñeco después de que un escudero le retirara la saeta.

—¡Al menos inténtalo! Veamos cuales son los defectos y así podremos corregirlos. Recuerda la posición que yo he tomado y la forma en la que había colocado las manos.

Kate lo intentó. Se había plantado con los pies exageradamente juntos, demasiado de perfil y no le dio para nada la suficiente tensión a la cuerda. ¡Ni hablar de la postura de su brazo! Colin la dejó hacer, ella disparó y la flecha cayó a menos de dos metros con una tristísima curva hacia abajo. Avergonzada se mordió el labio. ¡Había sido un tiro horrible!

—¡No te preocupes, no ha sido tan malo! —Le mintió él.

—¡Y tú, Colin McDonalds, eres un gran mentiroso!

Por toda respuesta, le regaló una de sus seductoras sonrisas.

—¡Déjame ayudarte y verás que para cuando termine el día, serás la mejor arquera de *Skye*!

—¿Y hay muchas por aquí, con las cuales se comparará mi capacidad?

—¡A decir verdad, no muchas!, pero tú serás la mejor —Colin se colocó detrás de ella. Kate estaba tensa, la ponía nerviosa tanta proximidad.

—Relájate, Katherine —le susurró cerca del oído, levantando los brazos de la muchacha hasta acomodarlos en la posición correcta—. Con esta mano debes sujetar el arco con firmeza.

Ella iba haciendo lo que él le indicaba. El corazón le latía demasiado deprisa. Ya no estaba segura de querer estar ahí.

—Mejor lo intentamos luego —dijo, bajando los brazos.

Colin volvió a levantárselos, cerrando sus manos sobre las de ella, y después deslizándolas a lo largo de los brazos con la excusa de acomodarlos adecuadamente. A ella le pareció una sensual caricia.

—¿A qué le temes, Katherine? —Su voz volvía a ser un susurro acariciándole el oído.

Le temía a él, a la cantidad de sensaciones que estaba despertando en ella, aunque no lo dijo, sólo negó con la cabeza. Él se conformó con eso y ella no llegó a atisbar la sonrisa satisfecha que esbozó Colin enterrando el rostro entre sus cabellos perfumados.

—¡Eso es! Debes deslizar el brazo hacia atrás. No, no, el codo casi a la altura del hombro — con un toque sutil le levantó el codo y lo empujó hacia atrás—. ¡Muy bien! Siente la fuerza provocada por el arco, la sensación que emite la cuerda al soltarla.

Fue un tiro limpio, aunque no alcanzó a dar en el blanco. Había quedado demasiado corto y escasamente desviado hacia la mano que había soltado la cuerda

—¡Muy bien! Ahora vamos a repetirlo, pero esta vez no sueltes la cuerda hacia delante, eso es lo que ha provocado la desviación en tu tiro y que haya quedado corto. Concéntrate en llevar el codo hacia atrás y cuando hayas soltado la cuerda, apoya tus dedos en el hombro.

Volvieron a intentarlo varias veces más y cada vez con mejor puntería. Colin en ningún momento la había soltado.

—¡Lo estás haciendo muy bien, *sunshine*[9]! —Esa no era la primera vez que él la llamaba con un apelativo tan cariñoso, se lo había tomado por costumbre. Y aunque a Kate la inquietaba un poco, no llegaba a desagradarle.

* * *

Ian sólo tenía su concentración a medias en el enfrentamiento, el resto de su mente, era absolutamente consciente de la escena que se desarrollaba a varios metros de distancia. No podía oír su conversación, pero se los veía como una parejita de enamorados compartiendo unos momentos juntos.

Él la instruía en cómo debía sujetar el arco, la perfecta posición de sus dedos sobre la flecha, la tensión justa que debía darle y cuando soltar la cuerda para que la sagita impactara en el blanco. ¡Él también podría haberle enseñado todo eso!

A Ian no le gustaba la forma que el joven Laird utilizaba para mostrarle a Kate la técnica apropiada. McDonalds estaba pegado a la espalda de ella. ¡Si entre ellos no podía pasar ni una ráfaga de viento! Le sujetaba las manos sobre el arma y le susurraba al oído. Y para mayor desconcierto de Ian, ella no lo reprendía por estar tocándola, por tener todo su cuerpo apoyado sobre su espalda y sobre las demás partes de su anatomía que él, demasiado bien recordaba.

Ian descargó su violencia desmedida con el guerrero con el cual se estaba batiendo. El otro hombre se quedó apabullado por un instante, observando la furia incomprensible de Mc Dubh, quien se lanzó sobre él con estocadas casi imposibles de repeler.

Otro guardia notó que la lucha se había tornado desigual para su amigo, entonces intervino sorprendiendo a Ian. Apareció de repente por el flanco izquierdo de éste, y con un fuerte sablazo le sacó la espada de las manos haciéndola volar por los aires y enviándola lejos. El primer soldado con el que Ian había estado peleando se arrimó a él y le asentó un puñetazo en el rostro, haciéndolo tambalear hacia atrás.

—¡Maldito idiota, acaso quieres matarme! ¡Es sólo una práctica, infeliz, no un combate real! — Le gritó el hombre, propinándole otro golpe en el rostro antes que pudiera defenderse, haciéndolo caer de espaldas esta vez.

—Lo siento, no pensé que los entrenamientos de ustedes fuesen sólo un juego de niños —Ian se puso de pie y escupió la sangre que le rezumaba del labio partido—. ¡En las tierras de McInnes estoy acostumbrado a entrenar de verdad, no sólo para hacer ejercicio! La próxima vez me aseguraré de buscar verdaderos guerreros para mi adiestramiento —espetó con arrogancia, y echándoles una mirada de superioridad recogió su espada y se alejó de la arena.

—¡Maldito perro arrogante! —Le gritó el hombre de McDonalds.

Ian no se dio por aludido. En el fondo sabía que el hombre tenía razón y que él se había dejado llevar por su ira. ¡Ni muerto lo reconocería!

Capítulo XII

—¡Santo Dios! —Exclamó Kate al ver entrar a Ian al salón.

No pudo evitar reaccionar de esa manera, se puso de pie, dejando solo a McDonalds en la mesa principal y corrió hacia él. Lo interceptó a mitad de camino.

—¿Qué te ha sucedido? —Le preguntó conmovida, poniéndose de puntillas y tocándole las heridas. Ian tenía un ojo morado y el labio partido.

—¡Nada! —Ladró él, apartándole la mano y disponiéndose a caminar hacia su lugar asignado en la mesa, muy lejos de ella.

—¡Ian, no puedes decirme que no te ha sucedido nada cuando es evidente que alguien te ha golpeado! —Ella lo siguió. Intentaba tomarlo del brazo para detenerlo pero él se zafaba de su agarre —. ¡Ian! —Volvió a llamarlo al borde de las lágrimas. No podía soportar que él la ignorara de esa manera.

—¡Lady Katherine, usted está montando una escena por nada! —Le dijo él, volteándose para enfrentarla y mirarla a los ojos—. Regrese a la mesa con su prometido que yo no necesito de su preocupación —diciendo aquello se giró y siguió andando, dejándola aturdida.

Kate nunca había visto a Ian de esa manera, tan frío. ¡La había llamado Lady Katherine! ¿Señor, qué le ocurría? La había apartado, a la vista de todos, y sus ojos... sus ojos le habían provocado un hilo de sudor frío a lo largo de la espalda con esa mirada cargada de desprecio. Ella no quería ser mirada de esa manera por él, era demasiado duro de soportar.

Katherine no había notado cuanto temblaba hasta que Colin se lo hizo saber. La envolvió entre sus brazos y le susurró palabras tranquilizadoras mientras la hacía caminar hasta la silla dónde volvieron a ocupar sus lugares.

Ian no se había detenido en la mesa, había pasado de largo hacia el patio. ¡Cuánto lo había enojado ella con su repentina preocupación después de haberlo ignorado esos últimos días!

Kate lo siguió con la mirada hasta que él desapareció tras las puertas dobles de madera maciza.

—¡Es un idiota, Katherine, no le hagas caso! Después hablaré con él y le exigiré que te pida disculpas. ¡El muy descarado! También le ordenaré que abandone *Skye* mañana mismo.

—No, por favor, Colin —dijo entre sollozos aferrándose al brazo del Laird con gesto suplicante. El pánico de perder a Ian penetró en su pecho como una daga afilada, hiriéndola directamente en el corazón—. Él nunca se había comportado de esa manera —le explicó, justificándolo—. ¡Si tú lo conocieras! Ian es un hombre bueno y educado.

—¡Mc Dubh te ha faltado el respeto y si no lo arrojo de cabeza a la mazmorra es porque sé que tu padre lo quiere como a un hijo! —Los ojos verde turquesa de Colin destellaban de enfado, parecían más intensos y la voz denotaba un autoritarismo absoluto.

—Ian no es así; algo le sucede, de lo contrario jamás me hablaría de esa manera. Colin, estoy preocupada por él.

—¡Nada le confiere el derecho de comportarse de esa manera! ¿Es que se ha olvidado que no es más que un plebeyo de las tierras de tu padre? ¡Tú eres la hija de un Laird, estás muy por encima de él!

—No, Colin —lo miró con horror, agrandado mucho los ojos—. Por favor, no vuelvas a repetir eso, ni dar a entender que Ian es inferior a mí. Yo lo veo como un igual.

—¡Pero no es así! —Exclamó apretando los puños contra la madera pulida.

—Siento no estar de acuerdo contigo y voy a pedirte, no, mejor a suplicarte, que no intervengas en éste asunto —Kate se había erguido y sin querer, había adoptado la pose regia de una reina—. Ian es mi custodio, un hombre de mi padre y mi mejor amigo y seré únicamente yo, quien tome las medidas pertinentes con respecto a él.

Colin asintió a desgana.

—Respetaré tu voluntad, Katherine, pero quiero que sepas que yo no opino lo mismo que tú.

* * *

Ian se había refugiado en el establo y ahora permanecía sentado sobre un montón de heno. Prefería morirse de hambre que ser testigo de los cortejos que McDonalds derramaba sobre Kate.

Tocó con sus dedos las lesiones de su rostro, aún percibía sobre su piel la caricia de las delicadas manos de ella. Sabía que la había tratado de mala manera, que se había comportado como un mal nacido y que a esas alturas, el Laird ya debería haber ordenado su arresto.

Esperaba que los guardias entraran al establo en cualquier momento para arrojarlo a una mugrienta celda para que pagara por la ofensa hecha a Lady Katherine. Aguardaba, pero ellos no llegaban.

Había apoyado su cabeza sobre las rodillas flexionadas y se había adormecido. Desde lejos le llegaban los sonidos del castillo, esa noche no se oía música, pero sí a un juglar que recitaba poesías. A Ian le resultó conocida esa voz y se imaginó que podría tratarse de Jason McDonnell, el bardo de la feria.

¡Lo único que faltaba, un enamorado más de Kate!

Ian la visualizó en su mente, con los ojitos soñadores, escuchando embelesada los relatos del joven, los poemas de amor, las canciones empalagosas. Él jamás había sido capaz de hacer rimar más de dos versos, menos aún de escribirle un poema completo. Se sintió un poco envidioso del muchachito rubio, quien en sólo unos minutos había creado una obra completa para la dama. Y a pesar de ser un hombre instruido, Ian se sintió un ignorante.

¿Qué es lo único que sé hacer bien? ¿Luchar cómo un bruto con una espada? ¿Ser el mejor guerrero del clan, el más feroz? ¿Acaso es eso una cualidad?

La puerta rechinó al abrirse y el heno crujió bajo las pisadas. Ian esperó. ¿Habían venido a buscarlo? Notó que los pasos eran demasiado delicados para ser los de un hombre.

Alguien se detuvo detrás de él y le acarició el cabello. Ian no levantó la cabeza, permaneció con los ojos cerrados. Necesitaba esas caricias. Las manos fueron a su nuca, proporcionándole un masaje circular con los pulgares, después bajaron a lo largo del cuello y de los hombros. Una de las manos le apartó el cabello y los dedos fueron reemplazados por labios que le recorrían la piel. Las manos habían pasado hacia delante y se deslizaban por su amplio pecho en camino descendente, provocativas y excitándolo.

Ian no quería abrir los ojos.

Una de las manos fue más lejos, hasta el borde de su plaid para después volver a subir por el interior de su muslo, arrastrando la tela a su paso. Ella palpó la magnitud de su deseo, enardeciéndolo más todavía. Se giró con rapidez para tomarla por la cintura y sentarla sobre su regazo. Quería permanecer con los ojos cerrados. La besaba febrilmente en la boca mientras deseaba seguir imaginando que la mujer era Kate. Aunque no lo era y él lo había notado desde el momento en el que ella había acariciado su cabello.

Ardía de deseos, la besaba, la tocaba, pero ella no era Katherine. No era su pelo, no era su cuerpo ni su adorable perfume, no era su boca. Ian gruñó de frustración y se apartó de ella.

—Cuando regrese quiero que te hayas marchado —le dijo con sequedad, mientras se dirigía hacia la puerta. Había decidido que se daría un baño helado. No se sumergiría como el día anterior, sería sólo un chapuzón que aplacara su fiebre.

—Pero mi señor, ¿qué he hecho mal? —Quiso saber la mujer.

—Simplemente no ser ella —dijo y las palabras habían sido pronunciadas con dolor.

Momentos después, Ian regresó a las caballerizas. Ya se sentía un poco más tranquilo. Había resuelto que no iba a ir a su cuarto; el heno era lo bastante cómodo como para pasar la noche allí. Se sintió aliviado al comprobar que estaba vacío, la mujer ya se había ido. *¡Mejor así!*, pensó. Necesitaba estar solo, necesitaba paz.

Se acostó en el suelo y cerró los ojos. A pesar de haber pasado la noche en vela; de tener un resfriado de mil demonios, que con seguridad ahora se vería agravado por el nuevo chapuzón; de estar con el rostro dolorido por los golpes y el corazón roto y con el mayor cargo de conciencia que había tenido en toda su vida por haberle hablado mal a Katherine, aún así, milagrosamente se quedó dormido. Y soñó con ella.

Cuando todo el castillo dormía, Kate salió a buscarlo. Ella sabía que él no estaba dentro de la enorme construcción de piedra, puesto que en ningún momento lo había visto regresar. Descendía sigilosa las escaleras. Las antorchas estaban apagadas y sólo la tenue luz de la luna que se filtraba por las pequeñas ventanas iluminaba los escalones. Daba pasos de pluma para no ser oída en el profundo silencio de la noche.

Pretendía escabullirse por la puerta de la cocina, por dónde nadie podría verla, para ello, tenía que tomar por el camino más largo y andar por un corredor y una escalera circular inmersa en una torre. Era un camino arriesgado; sin buena luz podía resbalar con la humedad y caer, y de suceder, se partiría la cabeza sin dudas. Finalmente lo logró y consiguió salir al patio. El aire estaba frío y caía una fina llovizna.

Amparada por las sombras, buscó entre las construcciones. Inició la búsqueda en un cobertizo con herramientas; no lo encontró allí. Volvió a salir al patio y entró ahora en un taller de carpintería; este también estaba vacío. Cerró los ojos y lo buscó con su corazón o tal vez haya sido con su alma... Los pies la guiaron hasta el establo.

Con cuidado, intentando no hacer ruido, Kate abrió una de las hojas de la puerta, y el olor del forraje y de los caballos se impregnó en sus fosas nasales. Dejó que sus ojos se acostumbraran a la parcial oscuridad del lugar y entonces por fin lo halló, contra una de las paredes de madera y acurrucado sobre un improvisado jergón de heno.

Katherine cerró la puerta y se arrimó a su lado. Allí, los débiles hilos de luz que se filtraban por las rendijas de la madera lo iluminaban a medias. Ian tenía el párpado un poco hinchado y amoratado y el labio inferior lastimado cerca de una de las comisuras. Tenía el cabello húmedo y su cuerpo entero tiritaba.

¿Qué has estado haciendo, mi amor?

Lo arropó con la manta que había llevado de su cuarto. Era una manta extra que le habían colocado la noche anterior sobre la cama. Ella no la necesitaba, pero había sentido que a Ian sí le

hacía falta, y ahora comprobaba que no se había equivocado.

Él no se movió cuando ella lo arropó, pero al rato, Kate notó que empezaba a relajar el cuerpo al recuperar el calor. Estiró la mano hacia la sien de él. Deseaba tocarlo, acariciarlo, curar sus heridas. Lo deseaba a él con cada fibra de su ser, pero ese no era el momento oportuno ni el lugar. *Ya habrá tiempo para eso*, se dijo para consolarse a sí misma. Detuvo las puntas de sus dedos a solo milímetros del rostro de Ian, y tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para retirarlos.

Falta poco mi amor, sólo dos días y nos iremos a casa...

Cuando Ian despertó en la mañana, un perfume conocido le invadió los sentidos... *Kate*. Escudriñó a su alrededor, pero ella no estaba en ese lugar, sin embargo su presencia era fuerte.

Había soñado con ella, un sueño extraño en el que Kate salía del castillo para ir a su encuentro. Se quedó pensativo y entonces fue cuando descubrió la manta que lo cubría; la llevó a su nariz y olió. *Tal vez después de todo el sueño ha sido real y ella ha estado aquí, junto a mí...* Se deleitó con la idea y por primera vez en esos días desde que había llegado a las islas, sonrió. Aunque la alegría le duró poco.

Al día siguiente era el cumpleaños del Laird y se había empezado a correr el rumor de que esa noche se anunciaría el compromiso de McDonalds con Katherine.

¿Entonces, Kate accedió a casarse con McDonalds? ¿Dónde quedó todo ese discurso en el que me había dicho que lucharía por mí hasta que su corazón dejara de latir? ¡Vamos Ian, sabías que esto tarde o temprano sucedería!, se repetía a sí mismo. *¡Y sabes, condenadamente bien, que es lo mejor para su futuro, lo sabes!*

A Kate no le gustaba en lo más mínimo lo que la gente estaba diciendo entre cuchicheos. Le había pedido a Colin que lo desmintiera y él sólo le había respondido que no les prestara atención y que además, el tiempo concedido aún no había acabado y que los rumores podían llegar a convertirse en una certeza. ¿Para qué rebatirlos entonces?, le había dicho entre sonrisas seductoras. Kate estaba convencida de que eso no sucedería, pero Colin no parecía querer escucharla.

Quería hablar con Ian para decirle que no hiciera caso a lo que escuchara, pero él había salido temprano con un grupo de hombres hacia el mar y no regresarían hasta el atardecer del día siguiente. Los nervios y la angustia por no poder saber de él, la estaban consumiendo. No podía hacer nada más que esperar y matar el tiempo. Si se quedaba sentada, sólo esperando, corría el riesgo de enloquecer, por lo tanto aceptó la invitación de Colin para recorrer la aldea.

Skye se componía mayormente por un poblado de pescadores y pastores. A medida que se internaban en la aldea, podían reconocer con facilidad qué hogares pertenecían a los hombres de mar, ya que fuera de las sencillas cabañas pendían las redes y los canastos vacíos y un inconfundible aroma a pescado lo impregnaba todo a su alrededor.

Cada familia le relataba al Laird cuáles eran sus necesidades, para que él se encargara de que éstas fueran satisfechas. En una de las viviendas le habían solicitado maderas para construir un

corral; en otra, el pedido había sido de paja para reforzar un techo; algunas gallinas y un cerdo y hasta cebada para fabricar whisky; un telar; algunas verduras... La lista seguía, puesto que cada habitante tenía algo que pedir, sin embargo, Kate advirtió que las condiciones en las que vivían eran buenas. No había casitas derruidas. Sencillas sí, pero en mal estado ninguna.

Fueron invitados a comer en la casa de un pastor anciano y su esposa, y ellos aceptaron gustosos y pasaron parte de la tarde oyendo anécdotas de *Skye* que se remontaban a tiempos inmemorables, mientras tanto, degustaban el tradicional plato escocés: el *Haggis*. No olía muy bien, pero el sabor era delicioso.

Antes de retirarse, la ancianita le obsequió a Kate un chal de lana tejido por ella. Era precioso y a la muchacha le pareció del mismo color que toma la manteca después de un buen batido. Ese tono extraño que no es blanco, aunque tampoco amarillo; un punto intermedio, que le confería a la prenda un toque distinguido.

Kate no quería aceptar regalos, pero los habitantes de *Skye* deseaban agasajarla y Colin le hacía señas para que ella no despreciara las atenciones. Finalmente, cuando regresaron al castillo, las alforjas de su caballo estaban repletas de objetos de toda forma, material y color. Desde prendas para vestir y adornos para el cabello, hasta cajitas de madera, agujas para coser y collares hechos con caracolas.

—¡Nunca había recibido tantos regalos juntos! —Se excusó ante Colin, cuando éste cargaba sobre el hombro los pesados bolsos de cuero escaleras arriba.

—Ellos te han tomado cariño, Katherine —Con esas palabras, Colin quería argumentar la actitud de las personas de su pueblo.

—Ellos creen que yo seré tu esposa, por eso desean halagarme. Cuando vean que eso no sucede y que me marchó, me odiarán y me pedirán todos los obsequios de regreso —bromeó ella.

Habían llegado a la puerta de su cuarto, él descargó los bultos en el suelo.

—Aún no ha terminado el tiempo —le susurró con voz sensual. Estaba peligrosamente cerca de ella.

Kate dio un paso hacia atrás y chocó con la puerta. Él acertó nuevamente las distancias. Las puntas de sus pies se tocaban.

—Colin, yo me quedaré hasta la fiesta de tu cumpleaños, pero después regresaré a mi hogar. ¿Cuándo vas a aceptarlo?

—No hasta que la embarcación haya partido contigo. Hasta ese último instante, tengo la esperanza de hacerte cambiar de opinión —le respondió muy escuetamente. Apoyó sus manos, una a cada lado de la cabeza de Kate y se inclinó un poco sobre ella.

—¿Colin, me prometes que cuando me vaya no vas a odiarme y que aceptarás seguir siendo mi

amigo? —Quiso saber. Su pregunta estaba cargada de sinceridad. No quería perder su amistad. Le había tomado un cariño especial al maravilloso pelirrojo que ahora hacía gestos de negación, muy cerca de su rostro; tan cerca que podía frotarle la nariz con la de él.

—No deseo ser tu amigo, Katherine —volvió a negar más cerca aún—. Deseo ser tu esposo.

Colin la besó con amor infinito, capturando sus labios entre los suyos, y jugueteando con su lengua. La veneraba en cada beso, y le declaraba su devoción en cada caricia de su boca.

—Te amo, Katherine —le dijo con voz ronca junto al oído—. No deseo ser tu amigo.

Después de declarar aquello, Colin se alejó, dejándola con la respiración agitada y todo el cuerpo temblando de nerviosidad.

¿Qué significa eso?, se preguntó con pesar. *¿Qué si no accedo a ser su esposa, tampoco podré ser su amiga?*

Ella no quería perderlo.

Capítulo XIII

Había llegado el día del cumpleaños del Laird McDonalds, y el castillo bullía de actividad con los preparativos para la noche. Todos los aldeanos estaban invitados y también algunos Lairds vecinos y sus familias.

Colin, a pesar de la cantidad de trabajo que tenía que hacer no había querido perder ni un instante de tiempo lejos de Katherine, así que sin pedirle permiso, la había montado sobre su caballo y se la había llevado lejos de todo el bullicio. Irían hacia el norte, dónde no serían molestados.

—¿Por qué no volvemos a buscar mi caballo? —Inquirió, removiéndose inquieta en la montura—. ¡Estaríamos mucho más cómodos!

—¡Yo estoy cómodo! —exclamó él, apretando los dientes. Con tanto moverse lo estaba enloqueciendo. Colin empezaba a sospechar que ese paseo romántico que tenía planeado terminaría siendo una tortura para su cordura.

—¡Pues no lo pareces! —Kate se había girado un poco para mirarlo a la cara—. ¿Por qué aprietas los dientes y gruñes si vas tan cómodo cómo dices?

—Tal vez, si tú te quedaras quieta en vez de moverte como si te hubieses sentado sobre un hormiguero —Colin intentó mantener la compostura. Ella parecía confundida con aquella respuesta que él le había dado.

—¿Colin y qué tiene que ver si yo me muevo o no? —Le preguntó con inocencia.

—¡Oh, Katherine, no tienes idea de cuánto tiene que ver! —No sabía cómo decírselo de manera sutil—. Escucha, tú te mueves de aquí para allá y... —había hecho una pausa, esperando que con eso ella ya entendiese... Nada. La muchacha seguía mirándolo y esperando una mejor explicación—. ¡Dios, Katherine, me estás rozando con tu cuerpo! ¿Entiendes?

—¡Oh! —Moduló Katherine con su boca sin que la voz alcanzara a salirle. Había abierto los ojos de manera desmesurada.

—¡Me estoy excitando como un demonio, Katherine! —Soltó él abruptamente.

—Ya, ya te entendí, no lo digas —gritó, tapándose los oídos con las manos y después el rostro, que le ardía de calor—. Lo siento, Colin. Lo siento, no ha sido mi intención —intentó separarse de

él, alejarse, pero no podía sin sostenerse.

—Está bien, olvídale —le dijo él para tranquilizarla.

—Lo siento, lo siento —seguía repitiendo. Torpemente quiso apoyarse en el lomo del caballo colocando una de sus manos justo detrás de su cadera para impulsarse hacia adelante, con tanta mala suerte que al bajarla tocó partes de Colin que hubiese deseado no haber tocado jamás.

—¡Quédate quieta de una buena vez, mujer! —Le rogó conteniendo el aliento.

—¡Quiero bajar de este caballo ahora! Colin, por favor, haz que se detenga —Sollozaba angustiada, entonces él le obedeció.

En cuanto el animal se detuvo, Kate saltó al suelo sin darle a Colin tiempo para ayudarla. Él permaneció un instante más a lomos de su montura, respirando profundo y pensando en cualquier cosa que no fuese esa mujer que lo volvía completamente loco. Espero que su cuerpo se normalizara, inspiró una nueva bocanada de aire y ahora, más relajado, lo ocurrido le resultó chistoso. Colin McDonalds, recuperado de su excitación, estalló en estruendosas carcajadas. Eso le valió para ganarse una mirada enfadada de parte de Kate, que desde luego, no alcanzó para que se pusiera serio.

—¡No me parece divertido!

—¡A mí sí! —Le respondió él.

Colin ya estaba de pie y en ese momento amarraba al caballo a un árbol. Cuando terminó fue a su encuentro. Rezumaba sensualidad cuando se acercó a ella y la tomó entre sus brazos.

—¿Katherine, no sabías lo que puede pasar con un hombre si lo tocas? —Su sonrisa era tan sensual que podía provocar que a una mujer le temblaran las rodillas.

—Yo, eh... no, sí —se corrigió luego de titubear bastante—. No lo pensé. Yo sólo quería alejarme, Colin... como ahora —susurró, mientras buscaba escabullirse y retroceder algunos pasos.

—Sé que no querías hacerlo a propósito, *sunshine* —acortó la distancia que ella había logrado y la envolvió con un solo brazo y con la mano libre la sostuvo por la nuca—. Ahora ya tienes una idea de lo que provocas en mí, Katherine. Sin siquiera querer hacerlo, con un roce sutil, con una de tus miradas. ¡Me enciendes, mujer! —Declamó con ardor, apretándola más contra su cuerpo, para demostrarle que no le mentía y buscó sus labios.

—Colin... por favor —apartando el rostro había logrado esquivarlo—. Preferiría que me soltaras.

No necesitó repetirlo dos veces. Él aflojó su agarre; pero antes de dar un paso hacia atrás buscó su mirada y cuando le habló, lo hizo sin apartar sus ojos de los de ella.

—No me dejes, Katherine. Quédate conmigo —le rogó.

* * *

Anocheecía en *Skye* y el castillo McDonalds ya estaba colmado de invitados que ocupaban las mesas del salón o paseaban por los alrededores de la fortaleza admirando el paisaje que se pintaba con las últimas luces del día.

Ian había regresado esa misma tarde de su excursión con los pescadores. La tranquilidad del mar lo había ayudado a meditar, y allí, rodeado de aquellas aguas infinitamente azules, nuevamente había puesto en una balanza su corazón y su razón. Había sopesado todo lo que sentía por Kate y también lo que consideraba mejor para ella.

Ian nunca había sido egoísta, y consideraba que lo sería si hacía prevalecer su felicidad ante la prosperidad de Kate; no obstante, durante el viaje se había planteado seriamente si valía la pena ser tan honorable. El corazón le había dicho que sí, que nada podía ser más importante que el verdadero amor. La razón le había echado todas las ilusiones por tierra.

Ian había tomado una decisión, porque tampoco podía olvidar el giro que habían dados los acontecimientos.

Con anterioridad, Kate le había jurado que lo amaba y que no se casaría con otro hombre que no fuese él. Había repudiado cualquier idea de unirse a McDonalds, pero claro que todo eso había sido antes de poner sus pies en las islas y de conocer al pelirrojo.

En esos últimos días, Katherine había pasado desde la mañana hasta altas horas de la noche junto al Laird y no se la había visto en lo más mínimo disgustada con la idea, al contrario, Ian podía jurar que había estado a gusto y feliz.

Con aquellos indicios, se le ocurrió pensar que tal vez Katherine había cambiado de idea y se había dado cuenta finalmente de cuál era el mejor partido para ella. Al menos el rumor decía que esa noche ellos se comprometerían; si era así, Ian se iría para siempre de su vida.

Esa era la decisión que había tomado Ian, dejaría que ella eligiera su futuro. Si Kate todavía lo amaba y deseaba desposarse con él, entonces se enfrentaría a quien tuviese que enfrentarse por su amor. En cambio, si Kate lo elegía a McDonalds como esposo, entonces él aceptaría su destino y se iría lejos. Lejos de todo y lejos de todos. No se quedaría tampoco en las tierras de McInnes, puesto que sabía que no soportaría estar allí sin ella y mucho menos, soportaría tener que verla regresar en algún viaje, del brazo de su esposo. Se marcharía y nunca más volverían a saber de él.

Era la medida más dura que había tomado, pero también, la única que era capaz de tomar.

Capítulo XIV

El Laird Colin McDonalds hizo su entrada a la fiesta ataviado con su mejor tartán en tonos azules. Un broche de oro con aguamarinas incrustadas, de un color que se confundía con el de sus ojos, sujetaba un extremo de su plaid en el pecho. Llevaba su espada sujeta con una funda de cuero a la cintura y los cabellos rojos sueltos, cayéndole sobre los hombros.

Katherine McInnes, con un vestido de seda verde que acentuaba su pequeña cintura y su voluptuoso busto, con el cabello recogido, que dejaba despejadas sus hermosas facciones, iba de su brazo.

Conformaban una pareja formidable, y ese detalle no pasó desapercibido ante los presentes, que recibieron al homenajeados y a su dama con un fervoroso aplauso y vítores. A lo largo del salón no dejaban de oírse los cuchicheos, y todos hablaban de lo mismo: del anuncio del compromiso entre Colin Y Kate. No lo decían como una posibilidad, ellos ya daban por sentado que eso ocurriría.

McDonalds se sentó a la cabecera de la mesa y Katherine a su derecha, en el lugar de honor, entonces se dio comienzo a la celebración.

Un batallón de sirvientes, pulcramente ataviados, aparecieron en el salón cargando fuentes con todo tipo de carnes y verduras exquisitamente preparadas. Jarras de cerveza y de los vinos más finos, fueron servidas a granel. Los invitados disfrutaban del banquete entre miraditas y comentarios hacia su señor. Todos esperaban lo mismo: el gran momento del anuncio.

En medio de la cena, Colin se puso de pie y la multitud se enardeció. Sólo Ian sintió que en ese momento, se moría. Contuvo la respiración y aguardó un momento. Sin dudas, ese era el final de su vida tal como la había conocido hasta ahora. De ahí al futuro, sólo podía ver soledad y sufrimiento para sus días.

El Laird tenía una copa en una de sus manos y una bolsita de terciopelo azul en la otra. Katherine lo miraba sorprendida.

—Quiero agradecerles a todos por vuestra presencia en mi casa esta noche —dijo y los comensales estallaron en aplausos una vez más—, que cómo cada año, se han acercado para celebrar junto a mí.

—¡Larga vida a nuestro Laird! —Gritó uno de los guardias.

—¡Larga vida a nuestro Laird! —Repitió la multitud, eufórica.

—Sin embargo —continuó con su discurso, luego de aguardar unos segundos a que los gritos amainaran—, este año tengo el honor de contar con la presencia de Lady Katherine McInnes —volvió a detenerse un momento, esta vez para contemplar, con ojos enamorados, a la bella mujer que estaba a su lado—. Y es por ella por quien hoy deseo levantar mi copa y además, darle las gracias por haber traído un poco de alegría a mis días y a este castillo.

—¡Lady Katherine! ¡Lady Katherine! —Corearon todos los invitados de manera unánime.

—¡A la salud de Lady Katherine! —Colin levantó la copa y bebió hasta la última gota. Después la dejó sobre la mesa.

El pelirrojo tenía en su mano la bolsita de terciopelo. Sin prisa, desató el nudo hecho con hilo de seda blanco y plata y luego descargó el objeto en la palma de su mano. La pieza de joyería, inmediatamente refulgió con brillo cegador.

Una sola exclamación se oyó en ese momento en todo el recinto.

—¡Ooooh!

Colin se colocó a espaldas de Katherine y desplegó sobre su cuello un finísimo collar de oro blanco con incrustaciones de diminutas esmeraldas intercaladas con diamantes. Era una joya única y monstruosamente valiosa.

Ian no pudo más. Ese fue un golpe directo al pecho, que le mostraba la enorme diferencia de ese mundo al suyo. Supo que contra eso no podía competir y también se dio cuenta de que no podía ser egoísta. No estaba en su naturaleza. Él amaba a Katherine demasiado como para privarla de esas cosas que a su lado jamás podría tener.

McDonalds le regalaba un collar de esmeraldas y diamantes. ¿Qué le había obsequiado él? ¿Un viejo broche de latón desgastado, una tosca muñeca tallada en madera por él, una cinta para el cabello en alguno de sus cumpleaños? *¿Cómo pude haber sido tan idiota y creer que esas cosas podrían compensar la falta de piedras preciosas?*

Se puso de pie. No esperaba a saber qué decisión hubiese tomado ella; él ya había resuelto por los dos. Katherine tendría que ser la esposa de McDonalds, pero él no se quedaría para verlo.

Se escabulló entre la multitud hacia las escaleras, llegó a su cuarto y recogió sus pertenencias. Rápidamente escribió una carta; eran unas pocas líneas, y al pasar por el cuarto vacío de Katherine, la dejó sobre la almohada de ella, junto con un trozo de su tartán para que ella supiera que había sido él quien lo había escrito. *¡Un pedazo de tartán! ¡Otro de mis regalos sencillos!* se dijo inmediatamente. Sintió deseos de reír de impotencia, aunque se le mezclaba bastante con un llanto descarado que quería salir a la luz.

Katherine se había negado a aceptar el collar, pidiendo a Colin que lo regresara a la bolsa de terciopelo. Él se había negado y ella se vio acorralada, no podía montar una escena ante la mirada crítica de los invitados, así que no le quedó más que quedárselo.

—No quieras comprarme con joyas, Colin McDonalds —le susurró al oído.

—¡Es sólo un obsequio, Katherine! ¡Hazme el favor de aceptarlo sin suponer que tengo dobles intenciones!

—¿Acaso no las tienes?

—Quiero que seas mi esposa, ya te lo he dicho y si me aceptas o no, lo harás con o sin joyas. No soy tan idiota como para creer que te enamorarás de mí porque te he regalado un collar. Simplemente quería obsequiártelo; eso es todo.

—¿Si? —Preguntó ella con desconfianza.

—Sí, Katherine. No te sientas obligada por esa fina pieza de joyería —dijo él, exasperado.

—Entonces me lo quedaré —aceptó, todavía con un poco de desconfianza—. Gracias Colin.

—¿Eso es todo? No vas a darme siquiera un beso en agradecimiento —bromeó él.

—Sólo en la mejilla.

Kate se inclinó hacia Colin y lo besó en la mejilla, tal como le había dicho. Antes de que ella se retirara del todo, él capturó su barbilla con una mano. La miraba a los ojos con muchísima intensidad.

—Me has hecho muy feliz estos días, Katherine.

Ella creyó que él la besaría, pero no, Colin la soltó y después fingió centrarse en el espectáculo que se montaba en el centro del salón, dónde unos actores representaban una escena de batalla bastante cómica.

Kate no veía a Ian por ningún lado y por esas cosas extrañas que solía sentir, llámese sexto sentido o intuición, supo que Ian se iría.

Aprovecho la distracción de Colin, quien había sido llamado por un Laird aliado y con quien

ahora conversaba a unos metros de ella y corrió directamente hacia las caballerizas. Fuera se había desatado una fuerte tormenta.

Ian estaba terminando de ajustar la silla de montar y las alforjas de *Warrior*, cuando Kate lo sorprendió.

—¿Pensabas saludar o simplemente huirías sin despedirte? —Kate estaba enfurecida.

Ian no podía creer que fuera capaz de hablar cuando tenía un nudo que le estrangulaba la garganta así que se quedó en silencio.

—¿Tampoco vas a responderme? —Inquirió, bullendo de rabia.

Ian seguía mudo, dándole la espalda. Ella veía todos sus músculos tensionados y la fuerza de sus brazos al ajustar la cincha, pero no alcanzaba a divisar su rostro.

—¡Háblame, Ian! —Exigió, estallando histéricamente ya sin poder soportar su silencio—. ¿Por qué demonios ibas a irte sin decirme nada? ¿Por qué no podías esperar hasta el final de la fiesta?

—No puedo quedarme —fue su única respuesta.

—¡Mi padre te ordenó que te quedaras a cuidarme! ¿Por qué entonces me abandonabas? —Las frases le salían a borbotones, con angustia y con rabia.

—¡Ya te lo he dicho, no puedo quedarme! —Masculló entre dientes.

—¿Por qué? —Volvió a gritar entre lágrimas y zarandeándolo de la manga de la camisa para que al menos se dignara a mirarla.

Cuando Ian se volteó, Kate no esperaba encontrarlo así, con el rostro empapado de lágrimas. Él la tomó con fuerza de sus brazos, mientras le gritaba.

—¡Porque si me quedo, no podré cumplir con la misión más importante que me ha encomendado tu padre! —Con la última palabra pronunciada aflojó su agarre y se apartó de ella. Se alejó hasta apoyar la frente contra la pared. No quería que ella lo viese de esa manera.

—Ian, quiero que me digas por qué no podrías cumplir con esa orden —pidió, esta vez intentando sonar tranquila. Dentro de su cuerpo, su corazón palpitaba frenético. Él volvió a enmudecer y eso la sacaba de quicio—. ¡Habla, maldito seas! ¡No seas tan cobarde y dime por qué tenías que huir! ¡Dime por qué no serías capaz de cumplir con lo que te ha encomendado mi padre! ¡Si pensabas abandonarme, aunque sea me debes esa explicación!

—¡Porque te amo! —Gritó, poniéndose frente a ella. No quería tocarla, si lo hacía, temía no ser capaz de soltarla—. Te amo más que a mi vida y no soportaría ver cómo te prometes a él —ya estaba, lo había confesado, de la manera más abrupta y enloquecida, pero lo había hecho. Con voz herida, añadió—: Ve con tu futuro esposo, Kate. Por favor, no me lo hagas más difícil de lo que ya es.

—Ian, yo no voy a desposarme con Colin —una risa histérica burbujeaba en su garganta... *¡Ian me ama!*

—¡Sí que lo harás!

—No, mi amor —se aferró a las manos del hombre que más había amado en su vida. No quería soltarlo, no podía—. ¿Cómo desposarme con otro si yo te amo a ti? Por favor, espera hasta que termine la fiesta y nos iremos los dos juntos a casa —ella ahora se había abrazado a su cintura y enterraba el rostro en su pecho. Con voz soñadora y cargada de emoción, agregó—: ¡Ian seremos tan felices!

—Katherine, yo me iré solo —las palabras, como un puñal afilado, cortaron el aire.

—¿De qué hablas? —Levantó el rostro, buscando sus ojos inmensamente azules—. ¿Cómo que te irás solo si acabas de decirme que me amas?

—Lo que yo siento por ti no tiene importancia. McDonalds también te ama y te hará feliz —sonaba tan tranquilo. Ni él mismo se explicaba cómo lo hacía.

—Pero yo no amo a Colin. ¡Te amo a ti! —Sollozó, volviendo a enterrar el rostro en el amplio pecho masculino.

Ian, haciendo un esfuerzo sobrehumano la apartó de su cuerpo.

—El Laird te dará cosas que yo nunca podría —señaló el collar, que en el cuello de Kate refulgía como burlándose de él.

—¿Crees que me importan estas joyas? —Preguntó, tocando la fina pieza y negando con la cabeza—. No las necesito, Ian. Sólo te necesito a ti —volvió a arrojarse a sus brazos.

—Lo siento, Kate, pero no puedo llevarte conmigo —sentencio. Con todo el dolor de su alma la apartó de su lado y avanzó hacia su caballo.

Kate había quedado tan apabullada, que no fue capaz de reaccionar hasta que no vio a Ian tomando las riendas de *Warrior* y sacándolo al patio para enfrentar la tormenta. Cuando ella pudo mover sus piernas y correr a su lado, Ian ya montaba sobre su semental.

—No me abandones, Ian —le rogó, aferrándose de la bota de él con tanta fuerza como si fuese una cuerda y ella se estuviese ahogando. No estaba muy lejos de la realidad, sin él se sentía sin aire—. ¡Ian, Ian, yo te amo! —Sollozaba sin consuelo.

—Yo también te amo, Kate —se soltó de sus manos—, pero no es suficiente —esas fueron sus últimas palabras antes de salir a todo galope, dejándola a ella atrás.

Kate cerró los ojos. No soportaba ver cómo Ian se alejaba de ella. Se abrazó a sí misma y se dejó caer de rodillas en el fango. Allí, azotada por la lluvia, el viento y el dolor, lloró hasta que creyó que no le quedaban más lágrimas, mientras no podía entender porqué, si Ian la amaba, la había

dejado para que se desposara con otro.

—¿Por qué? ¿Por qué? —Aún repetía una y otra vez cuando más tarde Colin la encontró empapada y echa un ovillo sobre el suelo embarrado.

—¡Cielos, Katherine! ¿Qué demonios haces aquí fuera?

No esperó una respuesta, ella tampoco tenía intenciones de dársela. McDonalds la levantó en brazos sin ningún esfuerzo y la llevó a la fortaleza. Ingresó por la cocina para no ser visto por los invitados que en ese momento, en el salón bailaban al compás de las gaitas. En cuanto ingresaron al caldeado recinto, Colin ordenó a dos muchachos que subieran, con urgencia, una tina y agua caliente al cuarto de Kate.

—Tú, Julie —señaló a una mujer robusta que había sido designada como doncella de Katherine desde que la muchacha llegara al castillo—, ven con nosotros.

—Sí, mi señor —asintió la mujer—. ¿Pero qué le ha ocurrido a Lady Katherine? ¿Qué hacía ella allí afuera con esta lluvia? —Curioseó, mientras subían las estrechas escaleras.

—No lo sé, Julie.

Habían llegado al cuarto. Kate parecía dormida, y Colin temía que ella estuviese inconsciente.

—¿Has visto a Mc Dubh? —Indagó el Laird a la doncella.

—¿El escolta de mi señora? —Preguntó ella. Al ver que Colin asentía con la cabeza, exclamó —: ¡Oh sí, Milord! Recuerdo haberlo visto dirigirse a las caballerizas hace bastante tiempo. Después no he vuelto a verlo. ¿Quiere que mande a buscarlo?

—Después —dijo. De todos modos, Colin sospechaba que no lo encontrarían.

La mujer abrió la puerta del cuarto. Un buen fuego ya había sido prendido para mantener el lugar caliente.

—Ayúdame a quitarle la ropa. Eh... y busca un albornoz o bata para que podamos ponerle encima —agregó luego, ante la mirada censuradora de Julie.

—¿No querrá Salir, Milord? —Le sugirió la doncella—. Yo solita puedo atender a Lady Katherine mientras usted se cambia sus ropas mojadas y después puede volver a entrar al cuarto cuando ella se encuentre presentable.

—Sí, tienes razón, Julie —estuvo de acuerdo con la mujer—. Es mejor que yo me retire.

En ese momento llegó el baño que habían solicitado y Colin aprovechó para decirles a las dos muchachas que cargaban toallas, jabones y otros enseres, que se quedaran para colaborarle a la doncella. Kate se removió entre sus brazos y abrió los ojos, entonces Colin la acomodó en una amplia silla de respaldar alto.

—Volveré más tarde, Katherine —le anunció, tomando una de las manos heladas de la joven y llevándosela a los labios para depositar en sus nudillos un casto beso.

Cuando se encaminaba hacia la puerta, Colin atisbó el blanco de un papel sobre las mantas coloridas de la cama, a la altura de la almohada. Se acercó y lo tomó en sus manos. Sabía que no debía leerlo, pero tal vez ese trozo de papel le echara luz a lo sucedido.

Lo desdobló y le echó un vistazo. La carta había sido escrita con una prolija letra, aunque algo despatarrada y junto al papel había un trozo de tartán. Eran los colores del clan McInnes, y McDonalds supo al instante quién había escrito la nota, aún antes de llegar a la firma.

Kate:

Tengo que decirte adiós, pero no soy capaz de decírtelo a la cara, por eso te dejo mis explicaciones en este trozo de papel.

Se me desgarran el corazón al tener que dejarte, sin embargo, estoy convencido de que es lo mejor para ti. Esta es la misión más difícil a la cual me he enfrentado y si no me voy ahora, no estoy seguro de poder cumplirla.

Te amo con toda mi alma, aunque no soy lo que tú te mereces; pero McDonalds sí. Sé feliz a su lado, mi adorada Kate.

Yo te amaré por siempre,

Ian

Colin volvió a dejar la nota sobre la almohada y salió del cuarto. Su cabeza estaba abarrotada de preguntas. *¿Si Mc Dubh la ama, entonces por qué la lanza a mis brazos? ¿Por qué no lucha por ella?* Recordó las palabras de la carta: *Te amo con toda mi alma, aunque no soy lo que tú te mereces; pero McDonalds sí. Sé feliz a su lado*, había escrito. Entonces Colin lo comprendió todo.

Sabía que Mc Dubh había tenido orígenes humildes, y por más esfuerzo que hiciera durante toda su vida, jamás llegaría a tener la fortuna que poseía él, *El Gran Laird de las Islas*. Entonces, Mc Dubh sacrificaba su propia felicidad por el futuro de Katherine.

¿Cómo ha podido Mc Dubh abandonarla? Porque él la ama, y nada le importa más que verla bien, reflexionó Colin. Sólo que Ian Mc Dubh había obviado un detalle y era que Katherine no podría ser feliz con ningún otro hombre que no fuese él y eso era algo que el Laird, dolorosamente, acababa de confirmar.

¿Cómo lograré hacerlo? ¿Cómo condenarme a amarla por el resto de mi vida sin poder tenerla? Colin McDonalds sospechaba que él, estaba a punto de averiguarlo.

Cuando Colin regresó una hora después a visitar a Katherine, ella ya había tomado su baño caliente y vestida con un camisón limpio, yacía arropada debajo de las mantas. Estaba despierta y abrazaba junto a su pecho la nota arrugada y el trozo de tartán verde y azul.

—¿Cómo te encuentras? —Sabía que era una pregunta idiota, pero no se le ocurría otra para hacerle y que ayudara a romper el hielo.

—Me dejó esto —extendió el papel hacia Colin. Se mordía el labio inferior y luchaba contra sus lágrimas, una batalla que sospechaba volvería a perder.

—Ya la he leído. El muy tonto te ama y a pesar de eso se ha ido.

—Ian dice que él no es suficiente para mí, pero yo no quiero a nadie más —sollozó, sintiendo un nudo apretarle la garganta.

—Déjame decirte que eso no es muy halagador para mí —sonrió de lado. En su gesto se veía resignación—. ¿Pero tendré que aguantármelo, no es así?

—¡Oh, Colin! Tú eres maravilloso y si te interesa saberlo, te quiero muchísimo y no me hubiese costado nada enamorarme de ti. ¿Pero como amarte cuando todo mi corazón, desde que era una niña, le pertenece a Ian?

—¿Entiendes que lo que él está haciendo es de lo más honorable?

—No quiero su honor —susurró, negando con la cabeza y volviendo a apretar la carta y el tartán contra su corazón.

Colin se sentó en el borde de la cama y le acarició la cabeza.

—Él se sacrifica porque sólo busca lo mejor para ti, Katherine, y resulta que a su juicio, yo vendría a ser el candidato perfecto —hizo una mueca y alzó una ceja—. ¡Y eso que tenía la impresión de que él me odiaba!

—No estaba muy contento contigo, pero no por eso dejaba de ser objetivo —apuntó, esbozando una débil sonrisa.

—Katherine, yo también te amo y lo sabes.

Kate asintió con la cabeza y bajó los ojos hacia las mantas de la cama, esquivando los ojos

verde turquesa de él, que no hacían más que gritarle ese sentimiento.

—Sin embargo, con esto que acaba de suceder, Ian Mc Dubh me ha enseñado una lección. Lo único que yo quiero es que puedas ser realmente feliz, aunque eso no me incluya —la tomó de la barbilla con la punta de sus dedos y volvió a alzársela para mirarla a los ojos—. Dime que es lo que quieres, Katherine y yo haré lo que esté a mi alcance para que tú lo tengas.

Kate cerró los ojos durante unos breves instantes. Habían vuelto a llenársele de lágrimas. Cuando levantó los párpados, procuro mirar hacia un costado.

—A Ian como esposo y a ti como amigo... Pero tú me dijiste que no querías ser mi amigo —dijo apenada.

—Creo que he cambiado de opinión.

Kate volteó el rostro con un gesto de incredulidad.

—Quiero que seamos amigos, Katherine McInnes —le confirmó, acariciándole la mejilla—, aunque después me dedique el resto de mi vida a lamentarlo.

—Mi padre no se equivocó contigo —las lágrimas, incontenibles, brotaban de sus ojos a borbotones—. Eres un buen hombre, Colin. Es por esa razón que no quiero perderte.

—No me perderás, *sunshine*. Y te prometo que cuando te sientas recuperada, saldrás hacia las tierras de tu padre y allí podrás encontrarte con Mc Dubh —le acarició el cabello con ternura—. Aunque yo no voy a acompañarte. Creo que no soy tan bueno como Ian después de todo —esbozó una sonrisa—. Enviaré a una escolta con mis mejores hombres y también viajará Julie para hacerte compañía.

—Gracias.

—Descansa ahora, Katherine. Cuanto antes te sientas mejor, más rápido podrás partir —le besó la frente y salió del cuarto, repitiéndose una y mil veces que hacía lo correcto.

Imaginó a Ian Mc Dubh haciendo lo mismo y comprendió la furia contenida del hombre de los ojos azules. Del mismo azul que el mar que rodeaba a sus Islas. *¡Ironías del destino!*, se dijo.

* * *

Kate presentía que Ian no iría a las tierras de su padre, que para él había sido una despedida absoluta. Y sospechaba que si tardaba demasiado en salir detrás de él, lo perdería para siempre. Por esa razón, no podía esperar a los hombres de Colin y tampoco le parecía conveniente salir con una caravana. Si la idea de Ian era irse lejos, y los oía llegar, con seguridad se ocultaría. Resolvió que sería más fácil encontrarlo si viajaba sola.

Buscó sus pertenencias y tal como había hecho Ian, hizo ella. Dejó una nota con las explicaciones y las disculpas al Laird y después, montando a *Heaven*, salió detrás de su amor.

Ian le llevaba por lo menos seis horas de ventaja, aunque cuando él había salido llovía torrencialmente y eso podría haber hecho que se retrasara. Ahora la lluvia había disminuido, transformándose en una débil llovizna que iba penetrando constante en su abrigo. Si no cambiaba el clima, en poco tiempo estaría empapada hasta los huesos. Aunque sabía que si lograba encontrarlo, entonces todo ese enfriamiento habría valido la pena.

Ian espérame, no sigas alejándote...

* * *

Un grupo de hombres con los colores y el estandarte de los McInnes llegaron al castillo, coincidiendo con el momento en el que Colin y una tropa, entre los que se encontraba su fiel guardia, James, montaban sobre sus caballos y se disponían a salir.

—¿Son hombres de McInnes? —Interrogó el Laird, pasando al lado del líder de los recién llegados.

—Cameron McInnes, Milord —se presentó el recién llegado, quien parecía un espléndido vikingo con sus cabellos rubios ondeando sobre sus hombros.

—¡Entonces han llegado justo a tiempo! —Espetó Colin sin detenerse—. ¡Andando! —Ordenó, haciendo que su caballo avanzara hacia los portones de salida.

—¿A tiempo? ¿A tiempo para qué? —Preguntó Cameron, haciendo voltear a su caballo y poniéndose a la par del pelirrojo.

McDonalds le entregó una hoja de papel.

—¡Lee pero sin interrumpir la marcha! No podemos perder más tiempo.

Cam no podía creer lo que leía. *¡Señor! ¿Será que estoy destinado a no descansar después de un viaje, por culpa de mi hermana y de mi amigo?*

Colin

Espero que puedas entender porqué no espero a tu escolta. Me temo que Ian no irá a las tierras de mi padre y si no emprendo su búsqueda ahora mismo, puede que lo pierda para siempre. También sospecho que si él escucha llegar a tus hombres, pueda esconderse.

Confío en que me resultará más sencillo encontrarlo si viajo sola.

No te enfades conmigo, querido amigo. Te quiere,

Kate

—Si me permite preguntárselo, Milord. ¿Desde cuándo se ha convertido en el *querido amigo* de mi hermana?

—Desde que he dejado de ser su *posible futuro esposo* —en su voz se atisbaba un poco de sarcasmo.

—Sabe, Milord que me encuentro bastante confundido.

—¡Espera que te cuente la historia completa entonces!

—Usted, eh..., Katherine y usted. ¿Se han comprometido? —Cam quería tantear en qué tipo de terreno pisaba. *Desde que he dejado de ser su posible futuro esposo*, había dicho McDonalds. Cam deseaba saber cómo había ocurrido eso.

—No Lord Cam, su hermana y yo, lamentablemente, sólo podremos compartir una amistad. Ella ha hecho su elección y yo he perdido.

—Milord, no pretendo excusar a Kate, pero ella siempre ha estado enamorada de otro hombre —echó una mirada de reojo al altivo pelirrojo que en ese momento, sobre su montura y absolutamente serio, exudaba poder.

—Lo sé y también es de mi conocimiento la identidad de su enamorado, así que no tiene que andarse con rodeos conmigo.

—No entiendo cómo llegamos al punto en el que mi hermana sale detrás de Ian. ¿Acaso él la dejó aquí y se marchó? —Preguntó con incredulidad.

—Así es —asintió con voz sombría—. Mc Dubh decidió que lo mejor para Lady Katherine era que se desposara conmigo, así que se marchó dejándole una carta.

—¿Dejándole una carta? ¿Usted la leyó, Lord McDonalds?

El Laird asintió.

—¿Recuerda que decía? —Cameron necesitaba saberlo todo para saber cómo actuar cuando encontrara a su mejor amigo.

—Que él la amaba pero que no era lo que ella merecía, y después le pedía que fuese feliz a mi lado —sonrió apesadumbrado—. El muy tonto... —negó con la cabeza—. Creyó que ella aceptaría dócil. ¡Cómo si a Katherine le importara un comino si él era suficiente para ella o no! En cuanto todo el castillo se había dormido, escapó tras él.

—¿Milord, es de su conocimiento a qué hora han salido Ian y mi hermana del castillo?

—No puedo precisar con exactitud la hora de partida de Mc Dubh, pero debe haber ocurrido a eso de las diez o las once y su hermana ha sido vista abordando una embarcación unas horas antes del amanecer.

—Debería haberme cruzado con ellos en el camino —meditó—. Pero qué extraño, no he visto a ninguno de ellos.

—Puede que ninguno de los dos haya querido ser visto —especuló McDonalds. Si Mc Dubh no tenía pensado volver a las tierras de vuestro padre, tal como Lady Katherine lo ha presentido, y él los ha visto acercarse, es probable que se haya ocultado. Y lo mismo puede haber hecho su hermana.

—Tiene usted razón, Laird McDonalds. ¡Ese par de cabezas huecas deben haber estado escondidos!

En lo que tardaron en llegar desde el castillo hasta el muelle, y después emprender el viaje rumbo a las tierras de McInnes, los dos hombres se habían hecho buenos amigos.

Cada uno de ellos había escuchado maravillas acerca del otro por medio del Laird McInnes, y no les demandó más que un rato comprobar que cada palabra oída era cierta. Se encontraron compartiendo algunas anécdotas de viajes y de batallas, aunque con frecuencia, lo sucedido entre Ian y Kate volvía a ser el centro de atención.

Cameron supo que Colin McDonalds estaba enamorado de su hermana en cuanto el hombre había comenzado a hablar de ella. Se le habían iluminado los ojos, aunque en el fondo había podido atisbar un poquito de tristeza y bastante resignación.

Cam, durante todo el camino hacia *Skye*, había temido que en cuanto él se plantara frente al Laird para decirle que el motivo de su visita era llevarse con él a Kate, porque ella no podía casarse con él, el pelirrojo le declarararía la guerra. Sin embargo, al llegar, se había encontrado con un panorama absolutamente diferente: Ian se había ido, Katherine había salido detrás de él y el Laird cabalgaba con una caravana de guerreros, preocupado por la seguridad de la muchacha.

Aunque parecía que Colin ya no albergaba esperanzas de casarse con ella, la buscaba y se

interesaba por su bienestar, y tampoco tenía intenciones de enfrentarse con los McInnes por las ofensas que le había procurado Katherine, y eso a Cam lo tranquilizaba.

Comprobó en persona que el Laird Colin McDonalds no sólo era un buen hombre, sino que era un gran hombre y sumamente noble. Su padre se sentiría feliz de no haber perdido la simpatía del joven señor de las Islas.

—Mi padre me ha pedido que le entregue sus saludos y sus sinceras disculpas, Milord —dijo Cam, sin poder retrasar más las explicaciones.

—¿Disculpas? ¿Y eso por qué, Lord Cam?

—Verá, Milord, él no tenía conocimiento de los sentimientos entre mi hermana y mi amigo, por esa razón le había dado a usted su palabra de enviar a Katherine a las Islas. Sin embargo, yo sí lo sabía y había prometido a mi hermana interceder a favor de un matrimonio entre ella e Ian.

—¿Entonces usted ha venido hasta mis tierras para llevársela?

—Me temo que sí, Laird McDonalds —dijo apenado—. Mi padre y yo entenderíamos si usted decide negarnos su amistad por todo este asunto, aunque permítame que sea sincero con usted y le diga que mi padre le ruega que lo perdone. Él le tiene muchísimo aprecio a usted.

—Lo sé —Colin miraba hacia un punto lejano en las cumbres nevadas—. Yo también estimo a su padre y puede decirle, Lord Cam, que valoro la buena voluntad que él ha tenido conmigo. Y aunque yo hubiese preferido desposarme con Lady Katherine, soy capaz de entender lo que ella siente por ese amigo suyo. ¡Y no voy a declararle la guerra a una familia amiga sólo porque la muchacha no me ha preferido a mí!

—Se lo agradezco, Milord, porque muchos Lairds, en su lugar, no hubiesen dudado en destruirnos por esa razón.

—Yo no —aseveró.

* * *

Cuando Ian dejó atrás al castillo McDonalds, sabía que allí también estaba dejando a su corazón. Durante unos segundos, mientras galopaba por el patio, había seguido escuchando a través de la lluvia los ruegos y el llanto de Katherine. Había estado a punto de flaquear, de mandar la promesa, su honor y su conciencia al diablo. Iba a regresar, cargarla sobre su caballo y llevársela

lejos, pero demoró demasiado y ya no pudo retroceder.

Cruzó el estrecho en una pequeña embarcación. La tormenta había amainado y sólo caía una llovizna. Se quedó de pie en la popa, como un fantasma envuelto en la niebla y con su capa ondeando sobre sus hombros. Inspiró el aire helado y con olor a mar y dejó que sus ojos recorrieran por última vez el paisaje. Nunca olvidaría esa Isla. Recordaría cada piedra, cada montaña, cada valle. Recordaría el castillo. Ese lugar que le había quitado a *su* Kate para siempre.

Cerró los ojos antes de llegar a tierra y volvió a verla de pequeña, con sus largos rizos de color rubio oscuro y sus ojitos pardos, dando pasitos tambaleantes y estirándole los bracitos hasta llegar a su lado. Jugando a ser su princesa, o la damisela en peligro; aprendiendo a montar a caballo; a luchar con un puñal; recogiendo flores en el jardín; cantando una canción con su voz melodiosa o leyendo un poema para su padre. Kate... con ojitos soñadores, dulce, inocente y a la vez salvaje... Apasionada. Rememorar aquellos besos que le había robado, le enfebrecía el alma.

Recorrer las montañas sin ella, ver los lugares en los que habían estado juntos, agravaban la sensación de soledad que Ian sentía.

Había decidido que llegaría hasta el lugar de la cueva de piedra y después desviaría su camino. No iría hacia el este, sino que tomaría rumbo al norte y pasaría un tiempo allí, donde tenía algunos amigos que no dudarían en albergarlo unos días. Sólo quería acomodar sus ideas y pensar que hacer. Puede que viajase a Francia. Con su entrenamiento podría prestar sus servicios a algún Lord o al mismísimo Rey. Ya había trabajado en más de una oportunidad bajo las ordenes del Monarca de su tierra, bien lo podría hacer ahora para el Rey de Francia, o también podía convertirse en mercenario. A decir verdad, ya nada le importaba y cualquier cosa que le deparara el destino no podía ser peor a estar sin ella. ¡Si su vida ya era un tormento! ¿Qué le importaba caer en el infierno?

Cuando había escuchado los caballos que se aproximaban, rápidamente se había ocultado entre los arbustos, y no le había costado más que un instante determinar que se trataba de Cam y sus hombres. Ian supuso que su amigo acudía a *Skye* para acompañar a su hermana en la boda. *¡Al menos ella no estará sola!*, pensó.

El grupo se alejó sin notar su presencia. En cuanto ya no corría riesgos de ser visto siguió su marcha.

¡Qué paradoja eran sus sentimientos! Por un lado no deseaba alejarse y por el otro, sólo quería agrandar lo máximo posible las distancias, cómo si cada metro de suelo recorrido pudiese echarla a ella en el olvido. ¡Nada más alejado de la realidad!

Ian ya había comprobado, en más de una oportunidad, que nada sobre esa tierra ni fuera de ella podía lograr semejante cosa. Kate era parte de él, parte de su vida. ¡Qué va! ¡Kate era *su vida*! Y jamás, caminara los kilómetros que caminara, pasaran los minutos, los meses, los años que pasaran, Ian nunca podría olvidarla; mucho menos, matar el amor que sentía por ella.

Las horas transcurrieron. Tenía el cuerpo dolorido y cansado. Ya anocheecía y no había hecho pausa alguna más que para descargar su vejiga en un par de ocasiones; tarea que no le había llevado

más que un par de minutos. En ese tiempo había aprovechado para estirar las piernas, pero ahora la fatiga lo estaba desarmando. Además, Ian sospechaba que le había subido un poco de fiebre. Sus chapuzones en el agua helada y su escapada bajo la lluvia le habían valido un buen resfrío que ahora se dejaba sentir.

Le dolían los huesos, sobre todo a la altura de las articulaciones. Sentía los músculos agarrotados y un temblor constante lo recorría de pies a cabeza. Resolvió que buscaría un refugio seguro y se echaría a dormir. Con algo de suerte, tal vez se sentiría mejor por la mañana y podría seguir con su viaje.

* * *

Kate había tomado la resolución de no detenerse a acampar hasta no encontrar a Ian. Su instinto le seguía el rastro y estaba convencida de que iba por buen camino, sólo que el tiempo transcurría, se había ido ya el día, y él parecía distanciarse cada vez más.

Siguió sobre lomos de *Heaven*. Había pasado bastante de la medianoche y cuando ya creía que el cansancio iba a vencerla, con alivio, Kate divisó a *Warrior* que estaba amarrado a un roble. Detuvo a su montura y sin perder tiempo se apeó de un salto. Mientras se acercaba al caballo buscaba frenética con la mirada y entonces lo vio a él, a pocos metros de distancia. Estaba entre unos árboles, acurrucado debajo de un refugio precario armado con ramas y musgo.

Las ascuas de una fogata que necesitaba ser reavivada urgente, iluminaban sus facciones perfectas, haciendo que juegos de luces y de sombras resaltaran las líneas de su perfil: Los labios perfectamente cincelados, la nariz respingona.

El pecho de Ian subía y bajaba demasiado rápido y su respiración salía con un extraño siseo. Kate ya estaba junto a él y pudo comprobar que sólo lo cubría una manta seca. El resto de sus ropas, todas algo húmedas, estaban colgadas de los árboles para que se secaran.

Sin detenerse a pensarlo, Katherine se despojó del tartán que llevaba y lo extendió sobre el cuerpo de Ian, luego desató los lazos de su túnica color verde oscuro y se la quitó haciéndola pasar sobre su cabeza. Sus botas y el resto de sus prendas fueron todas a parar sobre un montón de telas dispersadas por el suelo.

Se metió debajo de las mantas, estirándose al lado del cuerpo de él. Ian ardía, y cuando ella lo rozó sutilmente a él se le erizó la piel instantáneamente. Kate no pudo contenerse y espió debajo de los cobertores. Quería ver con sus ojos las formas poderosas que palpaba bajo el tartán.

Ian era puro músculos.

Deslizó sus manos inexpertas en una caricia ascendente, recorriéndole las piernas velludas y masculinas. Sentía la piel tersa sobre la dureza de sus recios muslos. Con su toque, Ian se había excitado, y aunque permanecía dormido, en su cuerpo habían empezado a operar algunos cambios.

Kate rozó el miembro de Ian, apenas con las puntas de los dedos, haciéndolo erguirse al instante. Descubrió con su tacto que la piel se sentía sedosa y aterciopelada sobre la dura erección y se sorprendió. Volvió a tocarlo con curiosidad y con mayor efusividad una vez más, antes de continuar con su minuciosa exploración.

Dibujando los planos y los relieves del estómago masculino llegó hasta su pecho, que a diferencia de las piernas, no tenía vello. Se le ocurrió acompañar las caricias de sus manos también con su boca. Apoyó sus labios sobre el amplio pecho, un besito aquí y otro allá, hasta que fue tomando confianza y recorrió la línea del hombro con la punta de su lengua. Le besó el cuello, justo dónde se une con la clavícula y siguió aprisionando porciones de piel entre sus labios mientras ascendía hasta la oreja. Allí le recorrió el lóbulo con la lengua para después atraparlo entre sus dientes con un leve mordisco.

Kate buscó su boca y no se detuvo. Rozó los labios que se sentían tibios y profundizó el beso, tal como él la había besado antes. Ian se removió inquieto, aunque no se despertaba.

—Ian, te amo tanto —le decía entre besos.

—Kate, Kate —susurró con voz débil—. Sal de mi cabeza, por favor —rogó él, quien creía que soñaba.

—Ian, despierta.

—¡No! ¡No Kate! Si despierto ya no estarás aquí —gimió. Tenía la frente perlada de sudor, los ojos y los puños apretados.

—Siempre estaré aquí contigo, mi amor. Nadie podrá separarnos— Kate subió a horcajadas sobre el estómago de Ian y lo besó apasionadamente, explorando con su lengua la cavidad húmeda de su boca—. Despierta, Ian. Estoy aquí.

Él respondió estrechándola más contra su cuerpo. Sus brazos poderosos le rodearon la cintura, y su boca se dio un festín con la de ella. Abrió los ojos en medio de tanta fogosidad, temiendo que cuando los abriera se encontrara solo, como un tonto, besando y abrazando a la nada. Pero ella seguía allí, sobre él, mirándolo con sus ojitos llenos de lágrimas, con los labios hinchados por los besos, los cabellos sueltos cayéndole sobre su pecho, y estaba desnuda; completa y gloriosamente desnuda.

—No puede ser cierto que estés aquí. Tengo fiebre y estoy alucinando —dijo sin dejar de besarla. La abrazaba con tanta fuerza que ella podía quebrarse.

—Tienes fiebre, sí, pero no soy una alucinación. Estoy aquí, Ian, estoy aquí. He venido a buscarte.

Ian se volteó, colocando a Kate sobre el suelo y él posicionándose arriba de ella. Tenía los ojos azules vidriosos a causa de la emoción y por la fiebre. Encerró la cabeza de ella entre las manos y enterró la nariz en su pelo. Sintió su perfume, aspiró fuerte, deseando que el olor a bayas le llegara hasta lo más profundo de su alma; que cada caricia que sus manos trazaban sobre la piel de ella, desterrara la desolación y la pena que hasta unos breves instantes previos habían embargado a su corazón.

—¿Cómo es posible? —Preguntaba él, aunque no le interesaban mucho los cómo ni los por qué en ese momento. Lo único realmente importante para Ian era que Kate estaba allí. ¿Alucinación? ¿Sueño? ¿Realidad? Si ella era producto de su imaginación, Ian no quería despertar jamás y si Kate verdaderamente era real, ya nada ni nadie, lo separaría de ella—. ¿Cómo es posible? —Volvió a repetir.

—Porque te amo y porque no puedo vivir sin ti.

Ian no necesitó más explicaciones. Ella estaba allí y él la amaba con cada fibra de su ser, con cada latido de su corazón, con cada una de sus inspiraciones. Kate había nacido para él, estaba destinada sólo a él y ahora la haría definitivamente suya.

—Te amo, Kate. Te he amado siempre —mientras le declaraba su amor la miraba a los ojos.

Kate temía que se apartara tal como había hecho en la feria, sin embargo, Ian siguió hablando de amor y eso la tranquilizó.

—Te amo y aún ahora, sé que no soy la mejor opción para ti. ¡Pero que me condenen!, porque soy demasiado egoísta como para volver a dejarte ir.

—¡Oh, Ian! —Entrecerró el rostro masculino entre sus pequeñas manos—. ¡No puede haber sobre ésta tierra nadie que sea más correcto que tú para mí, ni nadie que no seas tú, que pueda hacerme feliz!

Las palabras se perdieron entre los besos que desbordaban pasión, deseo y el más puro y profundo amor. Se reverenciaban en cada caricia, en cada roce a lo largo de la piel, que respondía erizándose, encendiéndose al paso de las manos o de los labios.

Ian no quería dejar ni un centímetro de ella sin su marca. Trazó círculos con su lengua sobre sus pechos y palpó el latido de su cuello con su boca cuando se internaba en ella para hacerla suya.

—¡Mía! —Repetía en cada embestida— ¡Eres mía, Kate!

—¡Siempre lo he sido, sólo has tardado en reclamarme, Ian!

Katherine enredaba sus dedos en los cabellos de él, atrayéndolo más hacia ella, besándolo con ardor cuando el torbellino que tomaba forma dentro de ella estalló en una miríada de sensaciones y

de espasmos, al mismo tiempo que él se enterraba más en su cuerpo. Juntos se estremecieron en una sucesión de convulsiones. Sentían que era cómo haber ascendido hasta un arrecife y abruptamente haberse lanzado al vacío, en picada.

Se miraron a los ojos y volvieron a besarse, ahora con suavidad. Después, Ian se echó sobre su espalda llevando a Kate con él entre sus brazos y haciéndole apoyar la cabeza sobre su pecho aún agitado. Mientras pensaba en su suerte, le acariciaba el cabello, desenredando los mechones alborotados.

—Me has vuelto a encontrar, Kate. Siempre lo has hecho —susurró con la voz quebrada por la emoción.

—Mi corazón me guía hasta dónde tú estás —con su dedo trazó dibujos sobre el pecho de él—. No tienes a dónde correr, Ian Mc Dubh —le advirtió—, yo siempre estaré detrás de tus pasos hasta dar contigo.

—Me he cansado de huir de mi destino, Katherine. Ya no tendrás que perseguirme porque siempre estaré a tu lado —le prometió.

—¡Más te vale!, porque nunca seré capaz de resignarme a perderte.

—Yo tampoco, ya no...

Ian levantó la cabeza para volver a depositar un beso sobre los labios de su mujer y al poco rato, el cansancio acumulado del día los venció, y los fue adormeciendo. Allí, en aquel rústico refugio, desnudos debajo de las mantas y con los cuerpos entrelazados, piel con piel. Aspirando su aroma, percibiendo los rítmicos latidos de sus corazones.

—Ian...

—¿Qué?

—Dímelo otra vez —la voz sonaba lejana, somnolienta.

—Te amo, Kate. Te amo.

Capítulo XVI

—¡Ahora tendrás que casarte con mi hermana, Mc Dubh! —Rugió la voz masculina que sonaba directamente sobre ellos, aunque a Ian se le antojaba lejana, cómo si quien hablaba lo hiciera a través de un colchón de plumas.

Ian abrió los ojos. Kate tardó un par de segundos más que él en despertarse, aún permanecía entre sus brazos. Ian levantó un poco la cabeza y se encontró con la punta de una espada sobre el hueco de su garganta. Cam estaba al otro extremo del arma, o al menos Ian creía que era Cam, porque la vista se le había tornado nublada. Intentó enfocar mejor y entre una espesa capa parecida a la neblina de *Skye*, apareció el rostro de su amigo, que tendría que haber estado enfadado por haberlo encontrado desnudo y enredado con su hermana, sin embargo le sonreía de lado, aunque no quitaba la hoja afilada de su cuello.

—¡Cam, aparta esa espada ahora! —Exigió Kate al darse cuenta de lo que ocurría. Se había sentado y empujado las mantas hasta su barbilla para cubrirse.

—¡Este tonto tendrá que casarse contigo ahora y no dejaré de apuntarlo con mi *Claymore* hasta que no diga *acepto* o *si quiero*, cómo más le guste, delante de un sacerdote!

—¡Por supuesto que voy a casarme con Kate! No necesitas amenazarme.

Rápido cómo un destello en la noche, Ian levantó el brazo derecho, que permanecía oculto bajo las mantas, describiendo un arco perfecto y apartando con su espada el arma de su amigo. Casi en el mismo movimiento, con un ágil salto se puso de pie, emergiendo del lecho improvisado. Parecía un Dios pagano en todo su esplendor; el señor de la guerra en posición de combate; una escultura prolijamente tallada. ¡Y completamente desnudo!

—¿Acaso crees que hubiese sucedido algo entre nosotros si no tenía pensado desposarla? —Expuso con enfado.

—¡Eso espero! —Exclamó, levantando una ceja—. Buscaremos un párroco en la próxima aldea para que oficie al matrimonio, y una vez que estemos en el castillo, allí podrán hacerse las celebraciones —la orden no daba lugar a refutaciones.

Ian asintió encantado. Katherine hubiese querido que su padre estuviese presente en su matrimonio, pero era mejor ser la esposa de Ian cuánto antes, así que no objetaría la decisión de su hermano.

—¡Ahora vístete, o te pescarás un resfriado! —Cam señaló el cuerpo desnudo de su amigo.

—¡Ya ha enfermado! —Contó Kate—. Tiene fiebre.

—¿Es eso cierto? —Cam, ahora más tranquilo, se detuvo a observar a su amigo. Ian sudaba a mares y su piel, normalmente dorada, presentaba un color ceniciento.

—¡No es nada! —Rezongó el aludido—. Será mejor que tú y tus hombres se retiren para que Kate pueda vestirse —dijo en cambio.

—¿Estás seguro que no es nada? —El rubio no lograba convencerse, sin embargo, se resignó ante la nueva afirmación de Ian y se apartó para dar lugar a la pareja para que pudiese vestirse.

Cuando estuvieron solos, Ian se acercó a su mujer, la abrazó con fuerzas y la besó en la boca.

—¿Hoy, me sigues amando tanto cómo ayer, *Mi Kate*?

—No Ian, a cada instante que pasa te amo aún más.

* * *

La boda no pudo llevarse a cabo, ni ese día ni al día siguiente. La fiebre de Ian seguía elevándose, al igual que los dolores de cabeza, que se habían tornado tan fuertes que parecía que alguien le estuviese dando martillazos en el cráneo.

La caravana quería detenerse en alguna aldea para que él descansara sobre una cama, pero Ian se había negado. Estaba empeñado en seguir viajando, puesto que sólo quería llegar a las tierras de su Laird y pedirle la mano de su hija tal como correspondía.

Cameron, como líder de la caravana, dictaminó que al menos fuese atendido por una curandera. La mujer, quien habitaba en una choza precaria de adobe y paja internada en la montaña, lo había examinado y luego le había entregado a Katherine dos bolsitas de tela. La primera contenía hierbas y debía prepararse en infusión y dársela de beber al enfermo cada dos o tres horas para bajarle la temperatura. En la segunda bolsita había un bote de unguento espeso con olor mentolado que tenía que ser aplicada sobre el pecho, la espalda, la frente, la nariz y la garganta de Ian. *Eso le curará los pulmones*, había sentenciado la anciana de cabellos grises y el rostro tan arrugado como una pasa.

Al inicio del segundo día de viaje, por más esfuerzo que había hecho, Ian ya no había podido mantenerse sobre el caballo, entonces Cam Y Colin McDonalds, quien aún los acompañaba, habían

conseguido una tosca carreta con la cual transportarlo. Katherine viajaba con él, acunándolo sobre su regazo. Iba arropado bajo una gruesa capa de mantas, y aún así, todavía seguía tiritando.

Religiosamente, Katherine le daba de beber la tisana y aplicaba la crema cada dos o tres horas. Por momentos, Ian se veía mejor, más lúcido y con la mirada no tan perdida, pero cuando la fiebre volvía a subir, Ian sólo balbuceaba el nombre de ella, en un estado que rayaba entre la consciencia y la inconsciencia.

—¡Ni se te ocurra dejarme ahora, Ian Mc Dubh! ¿Es que acaso te ganará una tonta fiebre? — Las lágrimas que caían de sus ojos se confundían con el sudor en la frente y en el cabello de él—. ¿Tú, el mejor guerrero de las tierras altas, quien se ha enfrentado a sanguinarios soldados sin que siquiera te tiemble el pulso, dejarás que una maldita fiebre te aleje de mí?

—Mi Kate... —fue un sonido tan débil que provocó en ella un agudo dolor en el pecho.

Era tanta la angustia que sentía Katherine, que le lastimaba la garganta; pero también sentía furia, porque no podía aceptar que ese fuera su destino.

—¡Despierta, Ian! —Lo zarandeaba para que reaccionara, le gritaba con todas sus fuerzas. Fuerzas que eran algo más que físicas, que surgían desde dentro de ella, desde lo más íntimo de su alma—. ¡Abre tus ojos, Ian! ¡No te atrevas a dejarme, maldito infeliz! No te atrevas... por favor —la voz se le ahogaba entre el llanto.

—Ya Kate, tranquilízate —le dijo su hermano, pasándole un brazo sobre los hombros—. Se pondrá bien, ya verás hermanita —Cam intentó sonar convencido cuando pronunció esas palabras, pero la verdad sea dicha, no se sabía a ciencia cierta qué sucedería con Ian.

Cam sospechaba, aunque no lo dijo a su hermana, que su amigo no soportaría mucho tiempo más si la temperatura de su cuerpo no descendía. Sólo les quedaba seguir administrándole las medicinas que le había dado la curandera y esperar.

—Ven, Katherine. Tú también necesitas descansar —la tomó de la cintura, con intenciones de llevarla hasta un jergón para que pudiese dormir.

—¡No! —Se liberó de las manos de su hermano—. ¡No voy a apartarme del lado de Ian! Él me necesita.

—Tú también tienes que echarte un rato. No has dormido nada en estos últimos días. ¿Crees que voy a permitir que tú también te enfermes?

—No me siento fatigada.

—Lo estás. No me mientas —se arrodilló junto a ella y la rodeó por los hombros, haciendo que Kate apoyara la cabeza en su pecho—. Si pudieras verte como te veo yo, no me contradecirías. Te ves pálida, hermanita y aquí —señaló debajo de sus ojos—, tienes unos círculos oscuros que denotan tu cansancio.

—No puedo dejarlo —sollozó—. No puedo, Cameron... Si Ian se mue... —no era capaz de pronunciar esa palabra. No quería ni pensar en ello. Estalló en un llanto desconsolado, aferrándose con fuerzas al torso de Cameron—. Quiero estar con él cada segundo que me sea posible —balbuceó entre lágrimas que la ahogaban.

Cam cerró los ojos, maldiciendo la suerte que les tocaba a su hermana y a su mejor amigo... a su hermano. Comprendía a Kate, él también deseaba estar junto a Ian, más con la incertidumbre que vivían, al no saber cuánto tiempo le quedaba.

Se acomodó mejor, sentándose en el suelo de la carreta, y apoyando la espalda contra una de las paredes de madera. Atrajo a Kate hacia él, dejando que ella se recostara sobre su pecho y la cubrió con una capa.

—Duerme un rato. Aquí estás junto a Ian —se apresuró a decir antes de que ella protestara—. Yo permaneceré despierto y te avisaré de inmediato si... si surge algún cambio.

—Sólo un rato —asintió ella. Estaba tan cansada, aunque se empeñara en negarlo, que no tardó en caer rendida.

—¿Cómo sigue? —Preguntó Colin, acercándose a la carreta y tendiéndole a Cameron una taza de café caliente.

—Igual... Si la temperatura de su cuerpo no desciende pronto —negó con la cabeza. Kate se removió entre sus brazos—. Shhhh —la arrulló, acunándola como si se tratase de una niña y acariciándole el cabello—. No quería dormir —le dijo a Colin, refiriéndose a la muchacha.

—Estaré por aquí —señaló un grupo de árboles a pocos metros—, por si me necesitas.

Cameron asintió, entonces el pelirrojo se alejó hacia su refugio. A Colin le dolía ver a Kate tan desesperada, tanto, que si hubiese estado en sus manos, hubiese hecho lo que fuera necesario con tal de que Mc Dubh se recuperara. Todo fuese por verla a ella feliz.

Kate había dormido un poco en brazos de Cameron, pero no podía estar mucho tiempo sin abrazar a Ian. Se incorporó, a pesar de las protestas de su hermano, y volvió junto al único hombre que amaría en su vida. Se acostó junto a él, poniéndose de lado y posó una de sus manos sobre el pecho masculino. Notó que el pulso seguía débil y el ritmo de la respiración, aunque no tanto, seguía siendo agitado.

Señor, no te lo lles. En medio de sus plegarias, volvió a quedarse dormida.

Llegó la noche, y aunque la cena estaba lista, Cameron prefirió no despertarla y permitir que durmiera hasta el día siguiente. Él velaría por el sueño de la pareja y estaría pendiente de cualquier cosa que pudiese ocurrir. Mientras tanto, él también se había unido a las plegarias que Kate había elevado al cielo una y otra vez. No les quedaba más que esperar. Esperar, tal vez un milagro...

Ian parpadeó. Un rayo matutino de sol le daba justo sobre los ojos. Levantó la mano a modo de visera para bloquearlo y entonces abrió los ojos. Recordaba los fuertes dolores de cabeza que había tenido, pero ahora parecía que habían empezado a remitir.

Al sentir que Ian se movía, Kate se despabiló rápidamente y se incorporó a su lado.

—¡Ian! —exclamó al verlo con los ojos abiertos e intentando sentarse—. Mi amor, has despertado —emocionada se arrojó a sus brazos, provocando que él volviera a caer de espaldas llevándola consigo.

Cameron, alertado por el alboroto que había montado su hermana, también abrió los ojos y de un salto se puso de pie. Le dolía la espalda de haber permanecido toda la noche en la misma posición de sentado.

—¡Si no dejas de apretujarlo, lograrás asfixiarlo! —Reprendió a su hermana, quien no dejaba de abrazar a Ian y de cubrirlo de besos—. A ver, déjame comprobar si aún tiene temperatura.

—¡Ya no! —Exclamó Kate con euforia—. Su fiebre se ha ido y ahora se pondrá bien, ¿no es así? —Sus enormes ojos pardos suplicaban por una respuesta afirmativa.

—Estoy bien, Katherine. No tienes que preocuparte —la tranquilizó Ian, logrando esta vez incorporarse del todo. Estaba lúcido, aunque todavía se sentía algo débil.

—¡Ya nos dijiste eso una vez y luego nos mantuviste a todos a punto de cavar tu tumba! —Exclamó Cameron con brusquedad. Se sentía tan aliviado que no sabía si reír, llorar o moler a golpes a su amigo por haberlos mantenido en vilo todos aquellos días.

—¡Cameron! —Lo reprendió Kate—. Es un bruto, mi amor, no le hagas caso; pero lo cierto es que nos has dado un susto de muerte. No vuelvas a hacerlo, por favor —le suplicó.

—Te lo prometo, Katherine. La rodeó con sus brazos. Necesitaba sentirla. No podía ni pensar en morir y dejarla a ella. Se hubiese odiado para toda la eternidad de haber ocurrido.

Ian, una vez que hubo despertado, y al poder ingerir alimentos, se fue recuperando con una rapidez asombrosa, tanto que al quinto día, también había desaparecido el estado de sumisión que él había tenido durante su enfermedad.

—¡Iré sobre mi caballo! —Declaró con énfasis—. ¡No volveré a acostarme en esa carreta como si fuese un inútil!

—Ian, has estado muy enfermo y todavía no te has recuperado completamente —Kate lo seguía de aquí para allá, mientras lo veía volver a ponerse todas las armas. La daga en la bota, la espada con la funda de cuero en la cintura.

—¿No sé por qué razón me habían sacado mi espada y mi puñal? —Protestó—. ¿Cómo se supone que voy a defenderte si somos atacados si no estoy armado?

—Bueno Ian, no estabas en condiciones siquiera de mantenerte en pie, mucho menos de enfrentarte a alguien.

—Lo hubiese hecho de ser necesario, Katherine. Que no te quepa la menor duda.

—¿Si tú lo dices! —Kate dudaba bastante, pero no se lo dijo, sólo le sonrió y en ese momento vio la determinación en los ojos de él. Entonces lo supo, Ian se hubiese levantado de esa carreta, tambaleando y sin ver nada a su alrededor, pero hubiese luchado con valor y la hubiese protegido. Sintió tanto orgullo de él que parecía que iba a estallarle el pecho, y no reprimió las ganas de abrazarlo y de besarlo en la boca que la asaltaron de repente—. Te amo, Ian Mc Dubh. Te amo más que a mi vida.

* * *

El Laird McDonalds decidió que ya era tiempo de pegar la vuelta y volver a sus Islas. Con Mc Dubh recuperado y cerca del hogar de los McInnes, su presencia estaba de más.

Colin resolvió que visitaría al gran Laird en su fortaleza, pero no ahora, con la inaplazable boda de Katherine tan próxima. Prefería dejar pasar el tiempo, y curar un poco las heridas que ese amor no correspondido había marcado en su corazón.

Durante cuatro años había imaginado hacer a Kate su esposa, claro que él nunca había contado con lo que pudiese sentir ella. No obstante, ahora ya se había resignado a perderla y aunque le dolía en lo más profundo, tenía que reconocer que jamás la había visto a ella tan radiante cómo cuando estaba con ese hombre de los ojos azules.

—Adiós, Katherine. Deseo que seas inmensamente feliz —Colin se despidió de ella y mientras le decía aquello, la tomaba de las manos ante la mirada atenta de su guardián.

—Gracias, Colin. Yo también anhelo que tú puedas ser dichoso, mi querido amigo y te incluiré en mis oraciones cada noche para que así sea y que puedas encontrar el amor en una buena mujer que te merezca y te corresponda.

Colin esbozó una sonrisa. Después se inclinó sobre ella y depositó un beso en sus labios; un suave toque, leve como una pluma.

Ian, el duro guerrero, volvía a estar erguido sobre su montura, y aunque aún estaba convaleciente, no lo demostraba. Llevaba una barba de un par de días, sin embargo no le daba aspecto desalineado, al contrario, le confería una imagen recia y poderosa y en ese momento sus ojos fulminaban a McDonalds con una dura mirada de reproche por la demostración de cariño que acababa de procurar a su mujer.

El Laird lo desafió en un duelo de miradas a que le recriminara su comportamiento. Ian guardó silencio, pero en su rostro se leía claramente: *Vuelve a hacerlo y te romperé la cara*. McDonalds asintió con una inclinación de cabeza, montó sobre su rocín y después la tropa emprendió viaje hacia el oeste, la dirección contraria a la que llevaban ellos.

A mitad de camino, Ian rodeó a Kate con el brazo y la pasó a su caballo. Se cubrieron con una capa enorme, su pequeño y privado refugio. Le gustaba tenerla así, cerca de él, pegada a su cuerpo. Con el cabello rizado haciéndole cosquillas en la nariz; el olor de su cuello invitándolo a saborear su calidez, a rozarla con su lengua; la línea de la espalda de ella tocándose con su enorme pecho; las tentadoras piernas, alineadas con las suyas. La acarició por debajo de la capa, subiéndole el borde de la falda para sentirle la piel: fría a la altura de las pantorrillas, más tibia y provocadora en el interior de los muslos.

—Ian —suplicó— van a vernos.

—¡Shhhh! —La mano de él no se detuvo, siguió torturándola.

Kate movió sus caderas restregándolas contra él, después de todo, algo había aprendido de su paseo a caballo con Colin McDonalds y quería comprobar si en Ian tenía el mismo efecto.

—Kate... —Ian contenía la respiración.

Eso le alcanzó a Katherine para tomar coraje. Giró el torso hacia él, montando de lado y le rodeó el cuello y lo besó profundamente en la boca. Enredó uno de sus brazos en torno a los hombros masculinos y dejó el otro libre, oculto bajo el tartán.

Cortaron el beso y se miraron a los ojos durante unos instantes intensos. Kate, con su dedo índice jugueteó en el hueco de la garganta de Ian y después depositó un beso en ese punto que se sentía tibio. Sin que ella dejara de besarlo, la mano delicada empezó a descender... Atravesó el pecho, mientras Ian la observaba expectante. Llegó a la cintura del plaid, e introduciendo la punta de los dedos en forma sugerente, lo recorrió de un extremo a otro con lentitud y sensualidad.

Su masculinidad pujaba debajo de la ropa. Kate la tocó al pasar, arrancándole a él gemidos desesperados y después, su mano se perdió debajo del tartán, directamente sintiéndole la piel.

—Kate —dijo Ian apretando los dientes—. Te deseo tanto, amor.

Ian, como pudo, escudriñó a su alrededor, y comprobó que ellos habían quedado algo rezagados. Sin pensárselo dos veces, guió al caballo entre los árboles, internándolo en la espesura del bosque. Mientras tanto, debajo de la capa, las manos estaban en todas partes.

Él desmontó de un salto y ayudó a su mujer a descender de la montura, pero no la dejó en el suelo, la llevó en sus brazos mientras se protegían más de posibles ojos curiosos. Las piernas de Kate estaban alrededor de su cintura y sus bocas no dejaban de devorarse con ardiente pasión.

Ian buscó el tronco de un añejo espécimen como apoyo, protegiendo la espalda de Katherine con su brazo para que no se lastimara. Con urgencia le subió las faldas hasta la cintura y se internó en ella con una sola embestida. Ya habría tiempo para hacerlo despacio, ahora el ritmo era desenfrenado.

Se amaron guiados por el ardiente deseo que les quemaba en la piel; con una pasión enloquecida que los consumía a ambos de la misma manera. Un grito reprimido hizo eco en sus gargantas cuando llegaron a la cúspide al unísono, aferrándose con fuerzas uno al otro. Aquello era una fusión de cuerpos y de almas. Una entrega total y absoluta...

Permanecieron unidos, con las frentes juntas y con la respiración agitada. Katherine le acarició la mejilla y se contemplaron intensamente. El azul profundo del mar y el color de los campos en la mañana. No se dijeron absolutamente nada, en ese instante sublime cada uno percibía las emociones del otro, y claras como el agua las leyeron en el reflejo de sus miradas. Se leían el corazón y también aquello que les gritaba el alma. ¿Qué más podrían decirse?, si en esa fracción de tiempo, sobran las palabras.

Capítulo XVII

Llegaron al castillo por la noche, cuando ya la cena había concluido y todo el mundo se había retirado a dormir.

Ian ingresó al salón y allí encontró al Laird junto a la chimenea, sentado en su silla de enorme respaldo adornado con dos dragones rampantes tallados en la madera. El anciano bebía de una copa un vino entibiado y especiado.

—Mi señor —saludó el joven, acercándose al hombre, quien al verlo sonrió de la manera que lo hace un padre cariñoso al reencontrarse con un hijo al que hace tiempo que no ve.

—¡Muchacho! —Exclamó y cuando Ian se acercó para abrazarlo lo estrechó fuertemente y le palmeó la espalda. Se veía cansado y un poco más avejentado.

Las preocupaciones, pensó Ian.

—Mi Laird, necesito hablar con usted. Es un asunto urgente.

—Yo también tengo que decirte algo, Ian Mc Dubh —en sus ojos era evidente el pesar que lo perturbaba.

—Permítame hablar primero, Milord, por favor —le rogó Ian.

El hombre de cabellos blancos asintió con la cabeza, y después volvió a sorber de su copa.

—Siéntate, hijo —le indicó una silla cercana y después llamó a un vasallo para que le sirviera algo de beber al recién llegado. Cuando el muchacho se había alejado, dejando previamente una copa cerca de Ian, el Laird le hizo una seña a éste para que comenzara a departir.

—Milord —comenzó Ian—. Usted me ha impartido una orden y yo no he sido capaz de cumplirla.

Ian esperaba que el hombre saltara de la silla, rugiendo con ira porque él no había entregado a Katherine al gran Laird McDonalds de las Islas de *Skye*; sin embargo, se sorprendió al notar que los ojos del anciano destellaron y el rostro se le relajó aliviado. Estaba por decir algo, pero Ian no se lo permitió.

—Por favor, mi Laird, déjeme continuar —aguardó a tener la concesión y entonces continuó diciendo—: Reconozco que debería estar avergonzado y arrepentido por no cumplir con la orden que se me había impuesto. Y sé también que no debería haber cedido ante mis propios deseos; pero debo confesarle que no estoy arrepentido de haber actuado de la manera en la que actué. ¡Perdóneme, Milord! —Ian se puso de rodillas ante el anciano, aferrándole las manos entre las suyas y con la cabeza gacha.

—Levántate, Ian —ordenó con voz grave. Le tomó el rostro y se lo levantó hacia él y mirándolo a los ojos, añadió—: No hay nada por lo que debas pedirme que te exima.

—¡Sí lo hay! —Exclamó con angustia—. Yo le he fallado. Me he enamorado de su hija... No he podido evitarlo. Y aunque sé que no tengo el derecho siquiera de imaginar una vida a su lado, es eso lo que he venido a pedirle, mi señor, que me conceda la mano de Katherine.

—Ian...

—Yo soy consciente, mi señor, que no soy lo que usted anhelaba para su hija. Y sé también que el Laird McDonalds hubiese sido el esposo adecuado para ella; él era a quien Katherine merecía... Pero soy egoísta y la quiero para mí —Ian no podía dejar de hablar, pidiendo disculpas y también intentando dar explicaciones. Sentía que le había fallado a ese hombre que siempre había sido un padre para él y por eso necesitaba exponer todo su caso.

—Ian te he dicho que te levantes —masculló el Laird; sonaba exasperado.

Recién entonces el más joven obedeció y volvió a ocupar su lugar en la silla. Iba a volver a abrir la boca, pero el Laird lo silenció con un rotundo gesto de su mano.

—¡Silencio! Deja de hablar de una buena vez —le exigió—. Y deja que sea yo quien hable ahora.

—Desde luego, mi Laird.

—Yo he cometido un error, Ian, al enviarlos a ti y a Katherine allí —confesó y Mc Dubh se quedó de piedra—. No sabía que ustedes dos estaban enamorados.

—Mi señor, yo nunca me atreví a revelar mis sinceros sentimientos porque sabía que no era digno de Katherine. No tengo mucho para ofrecerle, pero le juro por mi vida que si me concede su mano, viviré sólo para hacerla feliz.

—Estoy convencido de ello, hijo, y nada me hará más dichoso que verlos a ustedes dos juntos.

Ian cerró los ojos un instante. No podía creer que esa conversación fuese real. Tantas veces había soñado con ello.

—Tengo algo de oro que he ahorrado durante todos éstos años, y una cabaña confortable, aunque jamás podría compararse al castillo de McDonalds ni a éste —abarcó la estancia con un gesto de su mano—. Pero le doy mi palabra que trabajaré arduamente para que a Katherine y a

nuestros hijos nada les falte.

—Cam me ha dicho antes de partir, que ella te ha elegido a ti sobre el Laird o sobre cualquier otro hombre, y con esa actitud, Katherine ha demostrado que no le importan las riquezas, sólo el amor que siente por ti. Así que estoy seguro de que tendrán una buena vida. Es por esa razón que envié a mi hijo a traerlos a los dos de regreso a casa y a riesgo de una guerra inminente con el señor de *Skye* —los ojos del Laird se ensombrecieron ante el mínimo pensamiento de una enemistad con Colin. Él le tenía un aprecio sincero al joven señor de *Skye* y no deseaba estar enemistado con él.

—Tengo entendido que el Laird McDonalds ha sabido entender la situación y que no os guarda rencor, aunque de ello le hablará Cam, más tarde, cuando usted pueda atenderlo a él.

—Me alegra y tranquiliza saberlo —su rostro se había relajado—. Hablaré con mi hijo cuando termine contigo, Ian. Ahora dime, muchacho. ¿Cuándo tienen pensado desposarse tú y mi pequeña?

—Cuanto antes sea posible, mi señor —el corazón dentro de su pecho estaba a punto de estallar.

—¡Qué sea en una semana entonces! Ese tiempo será suficiente para que puedan acudir nuestros amigos de los clanes vecinos y hacer todos los preparativos. ¿Te parece bien esa fecha, muchacho?

—Sí, Milord —aunque Ian hubiese preferido desposar a Kate esa misma noche, no le quedaba más que resignarse a esperar siete días. Los que serían los siete días más interminables de toda su vida.

* * *

Días previos a la boda

Vestido para la novia, un plaid nuevo para el novio, enviar mensajeros a los clanes amigos para invitarlos a la ceremonia, el banquete... La lista era interminable y Kate estaba agotada, para colmo extrañaba a Ian. Durante el transcurso de esos días casi no lo había visto y él había alegado que estaba ocupado haciendo *algo* que no podía decirle qué era.

Ian se levantaba, desayunaba a las corridas y después se iba, para regresar bien entrada la

noche, sucio y cansado, lo que resultaba un absoluto misterio para la ansiosa novia. Para colmo, cada vez que ella le había preguntado dónde había pasado toda la jornada o que había estado haciendo, Ian sólo le había sonreído. Entonces Kate, que hasta ese momento había estado echando chispas, se olvidaba de que había estado enfadada durante todo el día y se derretía en sus brazos, consumida por sus besos y sus caricias.

Dos jornadas antes de la fecha de la ceremonia, empezaron a llegar los invitados, y el castillo se convirtió en un verdadero caos, con gente yendo y viniendo por los corredores, colmando el salón y los jardines. Kate sólo deseaba que el tiempo transcurriera de prisa. Quería poder estar con Ian; él y ella solos, en su nuevo hogar.

Nuevo hogar... ¡Tenía tantas expectativas puestas en ese lugar que aún no conocía! Ganas no le habían faltado de escaparse hasta allí...

Quedaba dentro de las tierras del castillo, no muy lejos, y Ian le había dicho que la casita estaba rodeada por un hermoso bosque y muy cerca de un lago, en dónde podrían nadar y pasar maravillosas tardes de sol. También le había contado que tenía un jardín repleto de flores de colores y un pedacito de tierra en dónde podrían hacer un huerto.

A pesar de que él no le había querido contar mucho, ella había podido ir recreando una imagen posible en su cabeza. Se moría de curiosidad por conocer la cabaña en dónde compartiría el resto de su vida junto a su gran amor, pero Ian le había hecho prometer que no iría hasta allí hasta que él la llevase y Kate le había dado su palabra y la cumpliría. Además, sospechaba que las escapadas de Ian y ese *algo* que estaba haciendo, tenían mucho que ver con algunos arreglos en la vivienda, entonces, si Ian quería darle una sorpresa, pues bien, ella esperaría.

Esa tarde, Kate había huido del bullicio del castillo en busca de un poco de paz, y el lugar elegido para encontrarla era uno de los sitios favoritos de Ian: Una loma cubierta de tréboles y de brezos de colores púrpura y blancos, en dónde el único sonido que se oía era la canción del viento, y desde donde se podía contemplar el vuelo de las águilas en todo su esplendor.

Se sentó en la hierba y mantuvo su atención en el cielo durante un rato, siguiendo la ruta imaginaria de las aves; un ir y venir en círculos para después alejarse. Más tarde, Kate dejó que su mirada se perdiera en un punto fijo en la distancia y soñó despierta... No podía ser más feliz de lo que ya era. Volvió a la realidad cuando alguien se acercó por detrás de su espalda y le tapó los ojos con las manos.

—¿Adivina quién soy? —Le dijo, cambiando la voz y rozándole la oreja con la barbilla áspera por la barba crecida de un par de días.

Kate levantó las manos y las apoyó a la altura de los codos de él, le recorrió los brazos lánguidamente, palpando el suave vello que los cubría. Llegó hasta las manos, las acarició con ternura y entrelazó con fuerza sus dedos con los de él.

—Reconozco tus manos aún teniendo los ojos cerrados. Tengo grabados en mi mente tu olor y el tacto de tu piel, y aunque intentes cambiar tu voz, jamás te confundiría. Te percibo, te siento. Aún

si no me estuvieses tocando sabría quien eres. Eres el hombre que he amado desde que inspiré mi primera bocanada de aire y al cuál amaré siempre, aún después de exhalar mi último suspiro. Eres tú, Ian. Mi gran amor; el único.

—Te amo, Katherine —le susurró ahora con su propia voz aunque algo ronca debido a la emoción. Le besó el cuello, en el punto dónde los latidos de ella se sentían intensamente. No podía creer el tener tanta suerte y que ella fuera suya.

—Ian, si yo te tapara los ojos a ti, ¿tú serías capaz de reconocerme? —Quiso saber.

—Siempre, mi amor —Ian retiró una de las manos que cubría los ojos de Kate y cuando la volvió a llevar delante de ella, tenía su palma abierta y sobre ésta había un finísimo broche de plata con dos corazones entrelazados—. Para ti, Kate. Recíbelo como muestra de mi compromiso y de mi amor eterno por ti.

—¡Oh, Ian! ¡Es bellissimo! —Se giró hacia él, con los ojos empañados, se aferró a su cuello y lo besó con efusividad. No era el hermoso objeto lo que la conmovía, sino la promesa de amor eterno que él le ofrecía; algo con lo que había soñado desde niña.

—¡Al menos no es ese viejo prendedor de latón! —Le dijo él bromeando y con una sonrisa de lado.

—¡Sabes que adoro ese viejo prendedor! —Buscó en su bolsillo y extrajo una bolsita verde de pana de dónde sacó el objeto en cuestión para enseñárselo a él—. Lo llevo siempre conmigo, porque te ha pertenecido —Kate acarició con adoración la pieza con sus dedos, Ian la atrajo hacia él y la besó en la frente.

—Kate, también tienes algo más que es mío, pero que siempre te ha pertenecido a ti y eso es mi corazón —dijo, aún con los labios apretados contra el nacimiento del cabello de la muchacha, aspirando su olor a bayas maduras. Adoraba esa fragancia.

—Ian... Yo nunca imaginé que fuese posible sentir tanta felicidad en una sola vida, pero tú me lo acabas de demostrar, y yo también quiero darte un regalo de compromiso junto con mi promesa de amarte para siempre —junto a aquellas palabras se quitó un anillo de oro que llevaba en el dedo mayor. Era una banda ancha con dibujos celtas grabados que había pertenecido a su abuelo, el padre de su madre y se lo colocó a él en el dedo anular—. Mi amor, mi corazón y mi alma te pertenecen.

—Katherine, soy muy afortunado porque tú me has honrado con tu amor, aunque temo que algún día te arrepientas de la decisión que has tomado.

—¡Nunca ocurrirá algo así! —Sentenció Kate dando un respingo para mirarlo a los ojos; él podía leer en ellos que ella hablaba en serio.

—¿Kate, acaso eres consciente de todo lo que has rechazado por estar junto a mí? Has preferido una vida sencilla en una cabaña confortable, pero que jamás podrá compararse en tamaño ni siquiera a la cocina del castillo de McDonalds. Has preferido una vida moderada cuándo podrías

haber tenido riquezas y cuanta cosa se te antojase, has elegido...

Ella lo silenció apoyando sus dedos sobre los labios de él.

—Te he elegido a ti, Ian Mc Dubh —le sonrió radiante—, y para mí nada es más importante que eso. Te elegido a ti, mi amor y te seguiré eligiendo cada día de mi vida.

—Te juro, Katherine que sólo viviré para hacerte feliz —la estrechó con fuerza entre sus brazos. No quería soltarla, no quería dejarla nunca más. De sólo recordar que había estado a punto de perderla se le hacía trizas el corazón, pero ella se había apiadado de él y había ido a buscarlo. La había recuperado, y él, un simple y egoísta mortal, ahora no podía soltarla. Kate era suya, sólo suya para siempre.

Ian se sentía un completo egoísta, pero por primera vez en toda su vida, se alegraba de serlo...

—Por favor, Kate, nunca te alejes de mi lado.

Ella sonrió y agradeció a Dios el haberle concedido su pedido.

* * *

Cuando regresaron al castillo, como ese era el día anterior a la boda, los amigos del novio, entre los que se encontraban: Cam, algunos soldados y hombres de otros clanes; ya estaban preparados para llevar a cabo la antigua tradición del lavado de pies a la novia en un barreño. Era de lo más embarazoso, pero era la tradición y si de tradición se trataba, los escoceses llevaban la punta.

Después, los hombres dejaron a Kate en compañía de las mujeres para que abrieran los obsequios y acarrearon al novio en medio de la bulla y los cánticos.

Los padrinos y otros muchachos que no querían perderse la diversión, empaparon a Ian con agua fría y le cubrieron los pies con grasa, cenizas y hollín, con éste extraño ritual del baño frío, se aseguraba la buena fortuna en la unión de la pareja.

¡En tanto no enferme de nuevo!, había pensado Ian. Por si acaso se aseguró de cambiarse de ropa en cuanto le fue posible y con la justa intervención de Cam, nadie volvió a mojarlo.

—¡Dejen al pobre muchacho permanecer con éstas ropas secas, que si vuelve a recaer con la fiebre, mi hermana lo azotará! —Había dicho Cameron en tono de broma, recibiendo estruendosas

carcajadas y ruidos como respuesta.

Los festejos con música, whisky y bromas siguieron hasta bien entrada la noche, y no fue hasta que el cansancio se apoderó de sus cuerpos, que los convidados se retiraron a sus aposentos. Otra larga jornada de celebraciones los aguardaba al día siguiente, representado en una gran fiesta para todos los invitados; el día más importante de sus vidas, para Ian y Kate.

* * *

Día de la boda

Ian esperaba a Katherine en la puerta de la capilla. Iba vestido de manera impecable con el tartán verde y azul de los McInnes, en honor al Laird que lo había acogido en su familia cómo a un hijo más. ¡Estaba tremendamente guapo!

Llevaba el plaid alrededor de su cintura amarrado con un cinturón de cuero y la escarcela de piel de tejón. Uno de los extremos de la vestimenta, cruzada sobre su hombro izquierdo, iba prendida sobre su pecho con el broche de plata con el grabado del águila real que le había obsequiado Katherine, y en su dedo anular tenía el anillo, joya que había jurado nunca quitar de su dedo. La camisa de color blanco immaculado resaltaba su tez dorada y sus inmensos ojos azules, que jamás habían estado tan radiantes cómo esa tarde. Se había trenzado el cabello a ambos lados del rostro, atándolo con finas tiras de cuero del mismo color que sus botas, su cinturón y la funda de su puñal; el resto de su cabello suelto, largo por debajo de los hombros, le confería un aire salvaje que contrastaba con el aspecto cuidado y elegante de su ropa, y quizás era ese contraste el que lo hacía más atractivo aún.

En el momento en el que Ian divisó a su novia imaginó que ella era un ángel, porque una mujer era imposible que fuese tan bella. Se le aceleró el pulso y su corazón comenzó a latir a un ritmo frenético.

Kate caminaba hacia él, escoltada por su padre y un cortejo de muchachitas que arrojaban flores a su paso. Estaba ataviada con un vestido blanco largo hasta el suelo, tan largo que apenas se veían las puntas de sus zapatillas de raso. El traje de novia se ajustaba a sus perfectas formas, resaltando su generoso busto y su diminuta cintura y se ampliaba en una campana desde la cadera.

Las mangas caían lánguidas sobre sus brazos terminando en un pico que llegaba hasta la altura de sus rodillas. Llevaba el cabello castaño claro suelto, sólo con algunas intrincadas trenzas a mitad de la cabeza y una coronilla de flores blanca diminutas que hacía juego con su ramito, en el que también habían intercalado algunas florcitas de brezo. Las únicas joyas que Katherine lucía, eran una cadenita de plata a modo de cinturón a la altura de la cadera y debajo de la clavícula izquierda, llevaba el broche de plata con los corazones entrelazados del cual pendía un trozo del tartán de su clan.

El rostro de Katherine era el de un hada y cómo tantas otras veces le había pasado, Ian se sentía hechizado; conmovido ante tanta hermosura y perfección. Sus ojos pardos, con esas sutiles pinceladas de verde y esas pestañas interminables lo miraban fijamente, declarándoles su amor. La boca delicada y del color de las fresas, parecía suplicarle ser besada y Ian se moría por hacerlo.

El padre entregó a la novia a su futuro esposo. El estómago de Kate revoloteaba con un millar de mariposas, mientras el corazón parecía estar a punto de saltar de su pecho. Se sentía feliz, radiante y sonrió y no pudo dejar de hacerlo, así fue que ingresó a la capilla de la mano de su novio y con una sonrisa plena en sus labios.

Los novios oyeron todo el sermón aferrados con fuerza de las manos, con los dedos entrelazados y sus almas llenas de luz. Llegado el momento se juraron amor eterno, cómo ya lo habían hecho en la intimidad de la pradera, pero ésta vez fue frente al párroco y frente a Dios.

Las palabras durante tanto tiempo esperadas por fin llegaron cuando el sacerdote los declaró marido y mujer. Ian tomó el rostro de Kate entre sus manos, y al hacerlo notó que le temblaba el pulso. Nunca ni en la peor de las batallas le había sucedido algo así, pero Kate no era su enemigo, era su esposa, su alma misma y estaba aterrado...

Delante de todos los presentes la besó con ternura y con el más puro amor que pudiese existir. Reacio, cortó el beso y trazó un camino ardiente sobre la mejilla de su flamante esposa hasta llegar a la oreja.

—Me alegra que no hayas elegido a McDonalds —le confesó bajito, para que sólo ella pudiese oírlo.

—Yo también —le respondió Kate, procurándole un apretón en la mano para reforzar su respuesta.

—Y haré el mayor de los esfuerzos para que nunca te arrepientas y para que nada te falte, *mocridhe*[10] —*mi corazón*, le había dicho él en gaélico escocés y Kate sintió como todo su interior bullía de regocijo.

—Lo sé, Ian —ahora fue ella quien besó a él en los labios—. He elegido al hombre correcto, al alma que complementa la mía, y jamás me faltará nada porque tengo lo único que realmente me importa, que eres tú.

Ian la estrechó entre sus brazos y ahogó un suspiro enterrando el rostro en la masa de rizos que olían a bayas maduras. Necesitaba sentirla así, muy cerca y también necesitaba recomponer la

compostura, de lo contrario, los invitados verían que sus ojos brillaban repletos de lágrimas.

Los novios recorrieron el pasillo de la capilla y en cuanto salieron al patio, un niño vestido con plaid se acercó a ellos y le entregó a la novia una herradura de plata para la buena fortuna. En ese momento un gaitero empezó a tocar y los acompañó con su música en todo el camino hasta el castillo, en dónde se celebraría el banquete. Durante ese trayecto, Ian, para atraer la buena suerte, repartió pequeñas monedas a los muchachitos que se acercaban a saludarlos.

En el banquete fueron servidos una enorme variedad de platos exquisitamente preparados, incluyendo el tradicional y popular plato de bodas llamado *pastel de la novia*. Estaba hecho con carne picada de cordero y en su interior se escondía un anillo de cristal. La leyenda decía que la muchacha que lo encontrara sería la próxima en desposarse.

Se repartieron las porciones y todos degustaban el apetitoso plato, con cuidado de no tragarse la preciada pieza y expectantes para ver a quien le tocaba. En el extremo de la mesa principal de los novios, una bonita mujer, algo mayor que Kate, de cabellos negros y ojos como el carbón, sonrió. Después de limpiar un objeto pequeño con un trozo de lino abrió la palma y mostró a los presentes su tesoro.

Luego de que se descubriera quien había encontrado el anillo de cristal, se armó un gran alborotó puesto que todos quisieron felicitar a la afortunada Lady Brenna MacKenzie. Ella fue amable recibiendo los cumplidos que le prodigaron, pero sólo tenía los ojos posados sobre una persona de la reunión: El impresionante guerrero rubio de ojos pardos, por cuyas venas corría sangre vikinga, que le correspondía con su mirada y que le sonreía en forma seductora y cómplice desde el otro lado de la mesa.

—¡Amigo, pienso que muy pronto habrá otra boda en éste castillo! —Exclamó Ian, levantando su copa para brindar secretamente con su compañero.

—Puede ser, todo puede ser —Cam chocó la copa con Ian. Un brillo especial destellaba en sus ojos pardos, muy parecidos a los de Kate.

Epílogo

La hermosa música de las gaitas todavía resonaba en el aire cuando los novios, montados en sus caballos, se escaparon de la fiesta.

Hicieron el camino, relativamente corto que los separaba de su casita, amparados por la oscuridad de la noche. La luz de la luna que se filtraba tenuemente entre las ramas de los árboles le otorgaba al bosque un aspecto mágico, casi irreal, con matices azules que a la luz del día no estaban presentes.

Kate había trazado en su cabeza, uno y mil dibujos posibles de la cabaña, pero nunca había pensado en lo que ahora tenía frente a sus ojos. Ian le había dicho que era un lugar sencillo. *¡Ian tiene una concepción bastante errada de lo que es sencillo!*, pensó Kate. Claro que no era el castillo McDonalds, pero la casa que Ian había construido para ellos dos era una absoluta belleza.

Desde afuera, precedido por un jardín lleno de flores de colores y un sendero entre medio marcado con piedras, se veía la fachada de la vivienda, cuyas paredes tenían una fuerte base de piedras, al igual que la chimenea y después, el resto era de troncos y madera.

Bajo un árbol y en una posición estratégica, había un banco tallado con vista al lago, que ahora, como un inmenso espejo de plata les daba la bienvenida.

Llevaron a los caballos al establo y después de acomodarlos regresaron a la entrada. Ian tomó a Kate en brazos para cruzar el umbral. ¡Estaba tan ansioso por conocer la opinión de ella! Había trabajado duro, desde el alba hasta el anochecer para terminar lo mejor posible la residencia. Había construido algunos muebles y adquirido otros en la aldea, y aunque no sabía mucho de cómo decorar una casa, así y todo había comprado algunas alfombras y ropa para las camas, también una tela color crema para cubrir la mesa principal y unos cortinados gruesos para las ventanas.

No quería decepcionarla. Deseaba que ella se sintiese cómoda allí y no que tuviese ganas de correr a la fortaleza de su padre al día siguiente, por esa razón, había pedido a la mujer de uno de sus amigos que fuese ese día a colocar algunos jarrones con flores en el saloncito y al parecer la mujer había hecho un buen trabajo, porque un aromático bouquet los recibió al abrir la puerta.

—¡Bienvenida a casa, *mo cridhe!*

Dentro de la construcción, en la planta baja, estaban la cocina y un saloncito en donde estaban la mesa y varias sillas deliciosamente torneadas. Junto a la chimenea, destacaba una alfombra de piel

tendida sobre el suelo y un par de sillas de amplio respaldar y con confortables apoyabrazos, ideales para pasar una tarde de invierno junto al fuego.

—¡Ian, es maravilloso! —Exclamó embelesada, descubriendo cada detalle de su nuevo hogar—. ¿Todo esto lo has hecho tú?

—La mayor parte —dijo orgulloso y muy, pero muy aliviado.

Tomándola de la mano, Ian la guió hacia una escalera de madera que conducía a la planta superior en dónde había dos cuartos. El dormitorio que ellos compartirían tenía una amplia ventana desde dónde se apreciaba todo el valle, el lago y rodeándolos, las montañas altas. Una bonita cama con dosel color azul, dos baúles, una pequeña mesa y dos sillas eran los únicos muebles. El otro cuarto todavía estaba vacío; ya se encargarían, con el tiempo, de llenarlo de muebles y de niños.

—¿En verdad te gusta? ¿No huirás de regreso al castillo?

—¿Estás bromeando? ¡Me encanta! —Kate se acercó a la ventana y contempló el paisaje maravilloso que se abría ante sus ojos. ¡Estaba fascinada! Todo le parecía más colorido, más vivo; pero no era Escocia lo que había cambiado, era ella.

—¿Por qué lloras, *mo cridhe*? —Le preguntó Ian, un poco preocupado, mientras le secaba las lágrimas con los pulgares.

—Porque soy tan feliz que tengo miedo de despertar y encontrarme que todo no ha sido más que un sueño.

—¡Oh, Kate, ven aquí! —Con ternura la levantó en brazos y la llevó hasta la cama, se sentó en el borde y la colocó a ella sobre su regazo—. Amor, yo me he preguntado lo mismo desde que te encontré a mi lado en el bosque. ¿Pero sabes qué, Kate? ¡Es real! Me he pellizcado una y otra vez para comprobar que estoy despierto y cada una de las veces me ha dolido.

—¡No has hecho eso!, ¿o sí? —Lo miró inclinando un poco la cabeza. Unas lágrimas pendían de sus pestañas cómo diminutos diamantes, y él deseó secarlas con sus labios, pero Kate se veía tan adorable con ellas, que las dejó así.

—¡Ayé![11] —Le respondió contestando la pregunta que ella le había hecho—. ¡Estamos despiertos, Kate! Tú y yo... No es un dulce sueño, es la más increíble y hermosa de las realidades.

—¿Ian, puedo hacerte una pregunta?

—¡Por supuesto!

—¿Recuerdas ese día en la feria? —Le preguntó, sintiendo que a sus mejillas ascendía un incómodo calor repentino. Él asintió con su cabeza como toda respuesta, entonces ella añadió—: Cuando yo te pregunté qué sentías por mí y tú me respondiste que sólo sentías pura y absoluta lujuria...

—Kate, déjame explicarte —se apresuró a interrumpirla. Parecía avergonzado y triste al recordarlo.

—¿Me mentiste ese día? —Quiso saber.

—Sí, Kate —afirmó con absoluta resolución, y levantándole el rostro hizo que lo mirara a los ojos—. No podía decirte la verdad, puesto que en ese momento quería salvarte de mí. Supuse que con esas duras palabras te mantendría lejos de mi lado, pero te juro que me sentí asqueado al decirte todo aquello. ¡Te mentí descaradamente! —Confesó—. Aunque pensaba que era lo mejor para tu futuro...

Kate sintió tanta felicidad con aquellas palabras, que creía que el corazón podía explotarle de un momento a otro dentro del pecho.

—¿Ya no piensas así, qué lo mejor para mi bienestar es alejarme de tu lado? —Le preguntó con dulzura, acompañando las palabras con un toque sensual y cadencioso de sus dedos sobre el hombro de él.

—No, Kate, ya no soy capaz —le atrapó la mano y le besó con devoción las puntas de los dedos—. Ahora me perteneces y no podría soportar que te alejes de mí.

—Por favor, prométeme que no volverás a mentirme de esa manera. ¡Nunca! —Le rogó. Había liberado su mano y ahora le acariciaba a él la nuca.

—Te lo juro, mujer. Nunca más te mentiré —declaró con énfasis—. Créeme que lo siento... ¿Podrás perdonarme alguna vez?

Kate sonrió con dulzura y a la vez con un poquitín de picardía, provocando que a Ian se le detuviera un segundo el corazón.

—Entonces... ¿Me perdonarás, *mo cridhe*? —Volvió a repetirle la pregunta, esta vez con voz suplicante.

—Sólo si ahora me respondes con sinceridad, Ian Mc Dubh —fue la determinada respuesta de Katherine.

—Te lo juro, esposa mía —acompañó las palabras posando una mano sobre su corazón—. Pregúntame los que deseas y sólo responderé con la más absoluta de las verdades —prometió.

Kate asintió con la cabeza. Sentía todo su interior bulléndole de esperanza y también de ansiedad.

—¿Qué sentías por mí, ese día en la feria?

Ian sonrió. Sus ojos inmensamente azules brillaban de una manera especial, cargados de un sentimiento que sólo podía ser amor. Tomó el rostro de Kate entre sus manos, procurando que sus miradas se encontraran. Cuando le respondiera su pregunta, quería asegurarse de que Kate supiera

que él no le mentía. Le hablaría con el corazón y sabía que ella podría percibirlo en sus ojos.

—Aún no me respondes —susurró, con la voz entrecortada.

—No —resiguió el labio inferior de ella con su pulgar, sintiendo la suavidad de su piel—, aún no lo hago.

Permanecieron un momento más, sólo en silencio y mirándose fijamente. Sus corazones galopaban dentro de sus pechos.

—Dímelo, Ian —Kate ya no podía alargar más el momento. Necesitaba oírlo y necesitaba, desesperadamente, besarlo—. ¿Qué sentías por mí, ese día en la feria?

—Te amaba, Katherine —le confesó por fin—. Te amaba como te he amado desde que eras una niña; como te amo ahora, esposa mía y como te amaré por el resto de mis días... ¡Con todo mi corazón!

Fin

Nota de la autora

Los rituales brevemente descritos en este libro, antes, durante, y después de la boda, son algunas de las tradiciones arraigadas en Escocia en la antigüedad ¡Y hay varias más! Durante la actualidad, hay algunas ceremonias en las cuales puede estar presente alguna de aquellas viejas costumbres.

Biografía

Brianna Callum, es un seudónimo utilizado por Karina Costa Ferreyra para firmar sus obras.

Es autora de relatos y de novelas románticas contemporáneas, históricas de ficción (de época, romance escocés, etc.), y algunas con tintes sobrenaturales. Sus creaciones se distinguen por la manera en la que logra plasmar las sensaciones y emociones de los personajes, haciéndolos palpables para el lector.

Karina nació el 20 de marzo de 1975, en Capital Federal, Argentina. Y aunque vivió casi toda su vida en Buenos Aires, desde principios del año 2006, ella y su familia eligieron Capilla del Monte, Córdoba (Argentina), como su hogar permanente.

Karina desarrolló una temprana afición por la lectura que con el correr de los años se fue incrementando, igual que su fascinación por la escritura. Ya en edad escolar demostró una facilidad para crear historias y relatos cortos, ganando en el segundo año de secundaria, un segundo puesto en un concurso literario escolar. Sin embargo, no conservó ninguno de los escritos de su infancia y adolescencia.

A pesar de que Karina siempre fue poseedora de una gran imaginación, su escritura sufrió un impás y tuvieron que pasar varios años, -y fue necesaria la intervención de su sobrina Marisa-, para que se decidiera a plasmar en papel aquellos personajes, historias y situaciones que durante años habían habitado dentro de su cabeza.

En enero de 2009, Karina, sin saber que su vida a partir de ese instante cambiaría por completo, abrió un documento de word y lo primero que escribió allí, fue su seudónimo. Ese fue el día en el que nació Brianna Callum. Lo siguiente que tipeó, fue el título de la que sería su primera novela escrita, aunque no la primera que saliera a la luz: *Mi corazón es tuyo* *.

Brianna Callum vio su primera novela publicada en formato electrónico bajo el sello de *Editora Digital*, el 18 de Mayo de 2009. Esa novela fue *Diez años después*. Con esa misma novela, participó también, en Junio de 2009, en el *Especial de Nuevos Talentos*, de la web española de novela romántica *Autoras en la Sombra*.

Durante 2009 y 2010, *Editora Digital*, continúa publicando sus títulos, posicionándose su novela *El Guardián de mi corazón*, desde el 18 de octubre de 2009, en el primer puesto de la lista de los más vendidos de la editorial.

En Abril de 2011, Brianna, con su relato *Pero me acuerdo de ti...* gana el primer puesto en el concurso de relatos *Ponle letra a esta canción*, organizado por el blog literario español, *Alas para Volar*.

En Agosto de 2011, Editorial *Pelicano* (Ed. de Miami, USA), **publica en papel** su novela romántica contemporánea: *Carrusel, la historia de un amor*, recogiendo muy buenas críticas y, a siete meses de su publicación, siendo parte de los más vendidos de dicha editorial.

En Septiembre de 2011, Editorial *El Maquinista* (Ed. de España), **publica en papel** su novela romántica contemporánea: *Mi corazón es tuyo**, cosechando excelentes críticas y apareciendo en la lista de los libros más vendidos de romántica de Fnac España desde el 13 de octubre de 2011 hasta los primeros días de febrero de 2012 ininterrumpidamente, oscilando en distintos puestos del ranking.

En noviembre de 2011, con su relato *Sólo un momento*, resulta entre los dieciocho ganadores en el *Certamen de Relatos Románticos de Ediciones Rubeo* (Ed. De España). El libro con los relatos ganadores, titulado: *Ese amor que nos lleva...* se **publica en papel** en marzo de 2012.

En diciembre de 2011, con su micro-relato *Amor a primera vista*, resulta entre los ganadores en el *Certamen Cien mini-relatos de amor y un deseo satisfecho*, organizado por Editorial *Éride*, colección *Letra eNe*. El libro con los mini-relatos ganadores se publica en papel en febrero de 2012.

En marzo de 2012, de la mano de la plataforma *Amazon* y *Createspace*, se publica *Alas de mariposas*, una deliciosa recopilación de relatos y micro-relatos de su autoría, disponible en formato electrónico y **en papel**, la cual, a pocos días de su lanzamiento, ya forma parte de los primeros puesto en las listas de los más vendidos en la categoría cuentos cortos y romántica, de Amazon.es.

Bibliografía de Brianna Callum

Publicados En Papel

-Carrusel, la historia de un amor (Editorial Pelícano) (Agosto 2011 - **ISBN978-1-937482-22-0**).

-Mi corazón es tuyo (Editorial El Maquinista) (Septiembre 2011 -**ISBN:978-84-938890-0-5**).

-Cien mini-relatos de amor y un deseo satisfecho (Aparece su micro-relato: *Amor a primera vista*) (Editorial Éride Colección Letra eNe) (Febrero de 2012 - **ISBN: 978-84-15425-57-1**).

-Ese amor que nos lleva... (Aparece su relato romántico con tintes policiales: *Sólo un momento*) (Editorial Rubeo) (Marzo de 2012 - **ISBN: 978-84-939865-3-7**).

-Alas de mariposas - Recopilación de relatos y micro-relatos (CreateSpace) (Marzo de 2012 - **ISBN: 978-1475053555**).

Publicados En Formato Electrónico

*(Disponibles los derechos para publicación en papel).

-Serie Highlands I El guardián de mi corazón* (*Editora Digital*);

-Serie Highlands II Rehén de tu amor* (*Editora Digital*);

-Serie Enamorados I Mi corazón es tuyo* (*Editora Digital*);

-Serie Enamorados II Oculto en el corazón* (*Editora Digital*);

-Título independiente: Diez años después* (*Editora Digital*);

-Título independiente: Carrusel, la historia de un amor (*Editora Digital*).

-Alas de mariposas - Recopilación de relatos y micro-relatos (*Amazon Kindle Store*).

Terminados inéditos

-Título independiente: Siempre has sido tú;

-Título independiente: Besos negados;

-Título independiente: Juramentos de Sangre.

En Producción

-Serie Highlands III Corazones enemigos;

-Título independiente: En las puertas del infierno.

Blog oficial de la autora

<http://novelasromanticasdebriannacallum.blogspot.com/>

E-mail de contacto

brianna.callum@yahoo.com.ar

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Biografía](#)

[Bibliografía de Brianna Callum](#)

[1] Plaid: Manta de tartán. Vestimenta típica de los Highlanders. Consistía en una larga tira de tela que los hombres usaban alrededor del cuerpo sujetando el restante sobre el hombro ajustado con un broche. La colocación del tartán se consideraba un arte, en el que los pliegues quedaban perfectamente colocados. / El tartán, es un tejido típico escocés. Los colores de los tartanes representaba los colores del clan al que pertenecían.

[2] Piel de ciervo.

[3] Haggis: Plato tradicional escocés que se prepara en un estómago de oveja limpio y se rellena con trocito de hígado, vísceras, copos de avena, etc.

[4] Cranachan: Postre tradicional escocés, elaborado con harina de avena, nata (crema) y frambuesas.

[5] Reel: Danza popular de Escocia e Irlanda.

[6] (Visita) reunión social organizada después de la jornada laboral dónde en algunas ocasiones un bardo cantaba o narraba leyendas o historias folclóricas.

[7] Piel de ciervo.

[8] Tortas dulces, secas y quebradizas.

[9] Rayo de sol, en inglés.

[10] Mo cridhe: Mi corazón, en gaélico escocés.

[11] ¡Ayé!: Expresión escocesa utilizada para afirmar.